

ADOLESCENCIA Y CLÍNICA PSICOANALÍTICA

Rodolfo Urribarri



Rodolfo Urribarri es doctor en Psicología por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Desde 1985 fue profesor regular de Psicología Evolutiva de la Adolescencia en la Facultad de Psicología de la UBA donde en 2007 fue designado profesor consulto titular y también fue coordinador general de las pasantías clínicas "Clínica de las adicciones" y "Embarazo y aborto en la adolescencia". En 1993 fue profesor invitado en la Université de Paris VII "Denis Diderot" para dar cursos de grado, posgrado y doctorado. Ha dictado seminarios, conferencias y cursos en diversas instituciones psicoanalíticas y universidades nacionales e internacionales. Desde 1991 es director de la revista *n/A. Psicoanálisis con niños y adolescentes*. También es miembro titular y especialista en niños y adolescentes de la Asociación Psicoanalítica Argentina y de la Asociación Psicoanalítica Internacional. Ha recibido numerosos premios y distinciones nacionales e internacionales.

Ha publicado artículos y ensayos en revistas y volúmenes colectivos y el libro *Estructuración psíquica y subjetivación del niño de escolaridad primaria. El trabajo de la latencia* (2008).

SECCIÓN DE OBRAS DE PSICOLOGÍA, PSIQUIATRÍA Y PSICOANÁLISIS

ADOLESCENCIA Y CLÍNICA PSICOANALÍTICA

RODOLFO URRIBARRI

ADOLESCENCIA Y CLÍNICA PSICOANALÍTICA



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ESPAÑA - ESTADOS
UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición, 2015

Primera edición electrónica, 2016

Armado de tapa: Hernán Morfese

D.R. © 2015, Fondo de Cultura Económica de Argentina, S.A.

El Salvador 5665; C1414BQE Buenos Aires, Argentina

fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar

Carr. Picacho Ajusco 227; 14738 México D.F.

Comentarios:

editorial@fce.com.ar

editorial@fondodeculturaeconomica.com

Tel. (55) 5227-4672



www.fondodeculturaeconomica.com

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc., son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicanas e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-3964-6 (mobi)

Hecho en México - *Made in Mexico*

ÍNDICE

Prólogo, por Abel Mario Fainstein
Presentación

- I. La importancia de la Latencia para la adolescencia*
- II. Notas sobre pubertad, traumatismo y representación*
- III. Sobre adolescencia, duelo y a posteriori*
- IV. Conflictos, desafíos y procesamiento en la adolescencia*
Anexo: Acerca del proceso de subjetivación en Raymond Cahn
- V. Patología adulta en relación con la estructuración psíquica postedípica*
- VI. Oscilando entre repetición y creación, limitación y liberación, escisión e integración*
- VII. Pérdida de seres queridos en la infancia y la adolescencia: consecuencias en la estructuración psíquica*
Anexo: Reseña del artículo “The Return of the Lost Parent”, de Edith Jacobson
- VIII. Las voces del silencio. Adolescencia y poesía en Charles Baudelaire y Arthur Rimbaud, junto con Eduardo Mandet*

Bibliografía
Sobre la procedencia de los textos
Índice de nombres

*Dedicado a mis hijos y nietos.
A la memoria de Alicia Cohan, quien fuera mi compañera,
estímulo y colaboradora por más de treinta años.*

Jamás se crearía nada, si todos nos sintiéramos satisfechos con lo ya creado.

SÉNECA

Nuestra juventud es decadente e indisciplinada. Los hijos no respetan ni escuchan ya los consejos de sus mayores.

Labrado en piedra, en caldeo, año 2000 a. C.

Los viejos desconfían de la juventud porque también han sido jóvenes.

WILLIAM SHAKESPEARE

PRÓLOGO

Abel Mario Fainstein

LA FAMILIA, la escuela, la comunidad, la política y la sociedad en general son atravesadas por los procesos adolescentes, no solo de los jóvenes, sino también muchas veces de los adultos. La relación entre padres e hijos y maestros y alumnos, la confrontación generacional, la práctica masturbatoria o la irrupción de la genitalidad que caracterizan estos procesos se suman a problemas acuciantes de nuestra sociedad, como los embarazos adolescentes, la violencia en la escuela o las adicciones. Por otra parte, la importancia de la frecuente patologización de este período de la vida y la aparición de enfermedades psicosomáticas y psiquiátricas nos exigen profundizar en el estudio de la adolescencia.

Distintos autores han devenido ya clásicos en esta temática, por lo que un nuevo aporte requiere desarrollos que articulen o cuestionen a aquellos y a la vez delimiten conceptos que faciliten el abordaje clínico y eviten patologizar la normalidad y confundir patologías. Ese es el aporte de esta obra y, por este motivo, es bienvenida.

Rodolfo Urribarri es un amplio conocedor de la obra freudiana y kleiniana, heredero de la escuela argentina o rioplatense que forjaron Arminda Aberastury y sus colaboradores, interlocutor de Peter Blos y de psicoanalistas de la escuela francesa, como Raymond Cahn, André Green, Philippe Gutton, Philippe Jeammet, entre otros. En este libro recoge su larga y profunda experiencia clínica y sus investigaciones teóricas sobre el tema. Aporta al mejor conocimiento de una etapa de la vida que es también un proceso con implicancias normales y eventualmente patológicas que pueden proyectarse incluso en la adultez, especialmente en el ámbito de la creatividad.

En este sentido, la obra interesa no solo a los especialistas en salud mental, sino también a los padres, educadores, médicos en general, y pediatras y hebiatras en especial, así como a todos los que traten con adolescentes o estén interesados en la creatividad y su relación con esa etapa de la vida.

Fuertemente articulados con la clínica, gran parte de los capítulos incluyen ejemplificadoras viñetas acerca de los motivos de consulta más frecuentes: encierro y falta de desarrollo, trastornos alimentarios, disminución del rendimiento escolar, dificultades para estudiar, embarazo adolescente. Otros temas, como erecciones ante situaciones de angustia, son menos frecuentes pero igualmente interesantes.

De acuerdo con la temporalidad retroactiva propia del psicoanálisis, esto es, donde la significación de un acontecimiento se instala o modifica a posteriori, la adolescencia es definida metapsicológicamente como un proceso elaborativo que trasciende un momento evolutivo, un período etario. Aunque está condicionada por la evolución y por la historia,

tiene como eje central el abordaje y procesamiento de nuevos intereses, apetencias, emociones, deseos y formas de insertarse socialmente. Es, en este sentido, central para la estructuración del aparato psíquico y, por consiguiente, de la subjetividad.

A partir del estudio de la relación intersubjetiva con los padres, los hermanos, el grupo de pares, la escuela, la sociedad y las instituciones, el autor hace una rica descripción metapsicológica del lugar central del preconscious en su rol de artífice de las modificaciones manifiestas del yo, que se traducen en sus capacidades efectoras, cognitivas y de dominio corporal y ambiental. Se agrega su descripción del trabajo de representación, en especial del que requieren los cambios en el cuerpo durante la pubertad y los contenidos transgeneracionales para no devenir traumáticos, y que se asocia a la sensación frecuente en este período de la vida de sentirse un “caso raro”.

El libro resume los conflictos y desafíos del proceso adolescente en relación con la reapropiación del propio cuerpo, de la historia y de la vida, lo que aleja no solo de la autoridad parental, sino también del proyecto identificador y de los ideales parentales. A esto, el autor agrega sus desarrollos sobre la latencia como paso previo e imprescindible al trabajo de la adolescencia —concepto que fuera introducido por Peter Blos—, y su cuestionamiento al enfoque clásico de Arminda Aberastury acerca del duelo como trabajo elaborativo central en ese período, que patologizó una conducta normal, producto del interés por la ejercitación de lo nuevo, y favoreció la consideración de los adolescentes como actuadores cercanos a la psicopatía o maníacos negadores. Jerarquiza, en cambio, el entusiasmo que el crecimiento y la maduración puberal generan por sobre los sentimientos de pérdida, y habla entonces de lo que el adolescente deja, resigna, cambia, transforma.

No se trataría entonces del duelo por un paraíso perdido, sino del convencimiento de algo que no volverá a ser, y esa tristeza puede confundirse con duelo pese a tener un origen diferente. A esto se añade en algunos casos la percepción de que el desarrollo del adolescente genera tristeza y vacío en sus padres, y esto es tema de un apartado especial que describe la necesidad de cambios intrapsíquicos, duelos y reacomodaciones conductuales en la pareja conyugal ante la pérdida del hijo ideal anhelado. Esta desidealización del *self* y del objeto es la que puede confundirse con procesos de duelo. Se destaca además la posible influencia del medio familiar, que también ha sufrido la pérdida, en dificultar o patologizar ese proceso.

Para nuestro autor, entonces, el trabajo de duelo en su descripción clásica freudiana solo puede ser realizado una vez atravesada la adolescencia. Desarrolla de este modo un modelo basado en los “trabajos psíquicos” que suponen los procesos adolescentes de simbolización, de identificación y desidentificación, de resignación y de duelo, que usamos cotidianamente con fines diagnósticos y terapéuticos en la clínica con adolescentes y más recientemente para poder abordar patologías llamadas actuales, que, como la fronteriza, suponen trastornos en la conformación del yo. A partir de la lectura de este libro, también podemos entender cómo la problemática latente, puberal o adolescente puede ser determinante traumático de patología adulta, trastornos del

carácter y relaciones de pareja, lo que extiende su interés a los especialistas en otras etapas de la vida.

Interesantes ejercicios de análisis aplicado en biografías ejemplifican el impacto de la latencia y adolescencia en la adultez, al mostrar vicisitudes traumáticas, y en ocasiones trágicas, que a la vez generaron una apertura creativa destacable. Es el caso de Heinrich Schliemann, descubridor de la ciudad de Troya y considerado luego el pionero de la antropología moderna; del prestigioso psicoanalista Wilfred Bion, y de los poetas Arthur Rimbaud y Charles Baudelaire —estos dos últimos, en coautoría con Eduardo Mandet—. Las biografías de Rimbaud y Baudelaire toman como hilos conductores conceptos como encuentro, límite, ruptura, más allá, poesía y yo para abordar en sus respectivas obras las derivaciones que adquiere la adolescencia: un momento de la vida que implica nuevas articulaciones del mundo simbólico para enfrentar un plus sin significar; un momento de apropiación de la herencia deseante e identificatoria; procesos de desidentificación con el consiguiente dolor y pérdida de límites, y momentos de ruptura que introducen en el dominio del más allá del principio del placer.

Aunque el libro admite la lectura de capítulos por separado, según el interés momentáneo del lector por alguno de los temas, tiene un ordenamiento que permite ir desenvolviendo distintos aspectos de la temática central. Está escrito en forma clara y didáctica, y el diálogo con otros autores permite un trabajo acerca de las convergencias y divergencias sobre el tema.

Para terminar, es mi deseo que estas páginas estimulen la lectura del libro completo, ya sea eligiendo los capítulos según el interés o siguiendo el ordenamiento del autor. Estoy seguro de que junto a los significativos epígrafes y la rica bibliografía, satisfará las expectativas del especialista deseoso de profundizar en las cuestiones de la adolescencia o del lector interesado en estos temas.

PRESENTACIÓN

DESDE LOS COMIENZOS de mi práctica profesional, e internamente mucho antes, me interesé por la adolescencia. Me resultó un desafío apasionante adentrarme en los vericuetos del mundo de los púberes y jóvenes, en su mente en continuo cambio, en el enfrentamiento con sus padres y hermanos y en la dinámica con sus pares. Este libro reúne los trabajos ya publicados sobre el tema en diversas revistas y compilaciones. Estos trabajos fueron revisados, corregidos y aumentados en algunos casos. El orden en que aparecen no es cronológico. En los primeros se resaltan los aspectos evolutivos, los replanteos teóricos y la relación con la clínica. A partir del capítulo V se destaca la importancia de las modificaciones y los padeceres adolescentes en relación con la vida y los trastornos en la adultez.

En estas más de cuatro décadas y media de clínica, docencia y participación en diversas jornadas y congresos, debo agradecer a mis pacientes y a sus padres por lo que me enseñaron, por haberme “obligado” a replantear la teoría y la clínica. También agradezco a los numerosos profesores y supervisores por sus enseñanzas y recomendaciones, así como a los analistas que me ayudaron a conocer mejor la relación entre mi historial vital y el interés por la adolescencia; a los colegas que debatieron y enriquecieron mis propuestas en la Asociación Psicoanalítica Argentina y otras instituciones del país, y a los colegas uruguayos agrupados junto a Mercedes Garbarino y a Alejandro Klein, entre otros.

Especialmente quiero destacar mi profundo agradecimiento a Susana Lustig de Ferrer, Eduardo Salas y Peter Blos, más allá de lo profesional, por el vínculo afectuoso, de apoyo, reconocimiento y valoración que me transmitieron, así como por su insistencia en que pasara de las presentaciones orales en ponencias, conferencias y clases, a la escritura y la publicación. Lamentablemente, me demoré. Ninguno pudo tener mis libros en sus manos, pero aún dialogo con ellos.

También quiero agradecer el incentivo que significó la docencia universitaria, ejercida con libertad dialógica, que posibilitó inquietudes, cuestionamientos y esclarecimientos con mi alumnado, en su gran mayoría constituido por jóvenes que aún atravesaban su proceso adolescente.

En otro plano, agradezco al sólido grupo de colegas que colaboró en el dictado de la materia (algunos durante los veinte años en que ejercí la docencia), quienes preguntaron, cuestionaron y trabajaron con marcado interés en la temática, desarrollos propios y en un clima de afecto y respeto.

También agradezco la cordial acogida y el intenso y fructífero intercambio del grupo de colegas de la Unidad de Investigación sobre Adolescencia, dirigido por Philippe Gutton, cuando fui contratado como profesor en la Universidad Paris Diderot, en un encuentro propuesto por Danièle Brun en enero y febrero de 2003. Allí conocí, además

de a Gutton, a Raymond Cahn, Annie Birraux, Alain Braconnier, entre otros, y me reencontré con mis amigos Philippe Jeammet, Bernard Penot, Jean Jose Baranes, Bernard Brusset. Más allá de mi tarea docente en grado, posgrado y doctorado, compartí con ellos muchas actividades, sociales y de intercambio. Incluso, invité a algunos de ellos a participar del Seminario Internacional sobre Adolescencia que organicé mediante el Rectorado de la Universidad de Buenos Aires y se dictó también en Montevideo (Uruguay) en el primer cuatrimestre del 2006. Estas experiencias tuvieron una gran significación y apertura en mi formación.

Un especial reconocimiento a Luis Hornstein, ya que gentilmente me conectó con Alejandro Archain, a cargo de la editorial Fondo de Cultura Económica en Buenos Aires, quien se interesó en la propuesta de edición de este libro.

Mi reconocimiento a la labor de Mariana Rey y su equipo, que realizaron la ardua labor de transformar un *pendrive* en un libro.

Por último, y no por ello menos importante, mi agradecimiento a Abel Fainstein (entre otras cosas) por la cuidadosa redacción del prólogo; también a las secretarias que en diversos momentos colaboraron con mis escritos.

A partir de su publicación, este deja de ser “mi libro” para pertenecer a sus lectores y las ideas que les sugiera. Espero que les sea de utilidad.

I. LA IMPORTANCIA DE LA LATENCIA PARA LA ADOLESCENCIA

PUEDE sorprender que un libro sobre la adolescencia comience refiriéndose a la Latencia; no obstante, lo hago con el convencimiento, después de varias décadas de clínica y enseñanza sobre adolescencia, de la crucial importancia que tiene la manera en que se organiza y complejiza el psiquismo durante el período previo.¹

Pasaré a reseñar sintéticamente los principales conceptos, en relación con la estructuración psíquica en los niños latentes, que desarrollara en mi libro *Estructuración psíquica y subjetivación del niño de escolaridad primaria*,² como pivote para considerar en las intensas y por momentos agitadas modificaciones del pasaje por la adolescencia.

Defino Latencia³ como el proceso de profundas modificaciones psíquicas de subjetivación y diferenciación que se generan y desarrollan. Descarto la referencia a este proceso como un período, noción que tiende a centrarlo en lo temporal y a la vez lo vacía de contenidos.

A diferencia de las fases libidinales, la Latencia ha sido definida más por la negativa (lo que deja de ocurrir), que por la positiva (lo que surge y complejiza). Al referirse a los niños en la edad de Latencia, es frecuente enfatizar en la desaparición de las conductas sexuales manifiestas, particularmente la masturbación, en la masiva utilización de defensas, en la disminución de la emergencia de lo inconsciente en sus expresiones y conductas, en la suspensión del desarrollo de la sexualidad, en la desexualización, en el contrainvestimento, en la represión, en las formaciones reactivas y en la virtualización del deseo. A su vez, es usual caracterizar al aparato psíquico como centrado en el control represivo de los retoños pulsionales, en lugar de tratar de dar cuenta de los fenomenales cambios que se dan tanto en su organización y funcionamiento como en las conductas, actividades, juegos, y las relaciones sociales que establece.

No es científico definir solo los aspectos negativos puestos en juego (lo que no hay, o deja de ocurrir), pues conjunta y preponderantemente se encuentran procesos de cambio y de reordenamiento psicodinámico que permiten la salida del bloqueo (o coartación) del Edipo y la continuidad del desarrollo. Junto a lo que se destruye o coarta, está lo que se construye y posibilita; junto a lo que obliga al renunciamiento, lo que ofrece y construye nuevos placeres y destinos; a lo que aliena y ajeniza se contrapone lo que se domina y autonomiza, y todo esto se expresa en actividades, aprendizajes, expansiones, relaciones, complejizaciones diversas, etc., tanto en lo intra como en lo intersubjetivo. Por lo tanto, debemos caracterizar los procesamientos de la Latencia, sus modificaciones respecto de la primera infancia y qué implicancias tiene para la adolescencia.

Para ir descorriendo el velo que oculta los procesos de la Latencia, me he propuesto

establecer una *descripción sistemática*, una *caracterización amplia y precisa* de la Latencia, una *generalización teórica*. Para eso, es necesario aclarar algunos conceptos (como los de Latencia temprana y tardía) y desarrollar otros (como las diferencias para cada sexo), partiendo de lo observacional y la clínica, e intentar llegar a una *explicación metapsicológica*. Esto incluye, en la clínica, valorar las interferencias que dificultaron la estructuración potencial o esperable.

Como hipótesis general postulo un *trabajo psíquico de la Latencia*, que se enfoque tanto en el esfuerzo de organización, diferenciación, complejización y ampliación del aparato psíquico, como en la exigencia de tramitar la pulsión en un nuevo ordenamiento dinámico y estructural, tomando como eje central las modificaciones y neogénesis en el aparato y no en lo cronológico (si bien ocurre habitualmente dentro de cierta edad del sujeto).

El trabajo de la Latencia tiene diferencias y similitudes con otros trabajos psíquicos planteados por Sigmund Freud (del sueño, del chiste, del duelo, etc.). Básicamente se da en dos planos (si bien interconectados): intrasubjetivo e intersubjetivo, y se insinúa en el transubjetivo. En el plano intrasubjetivo se complejiza y amplía el aparato psíquico en sus aspectos tópico, dinámico y económico (metapsicológicos). En el plano intersubjetivo se re trabajan las problemáticas edípica y fraterna, y se amplían las relaciones con pares y adultos.

Estimo que la Latencia es promovida por un nuevo ordenamiento intrapsíquico, producto de la resolución edípica (con la concomitante inclusión del superyó), e incitado culturalmente, lo que obliga al yo a buscar nuevas maneras de canalizar el impulso en su labor mediatizadora. Esto implica, de allí en más, un funcionamiento acorde con el segundo tópico. Entiendo entonces que lo característico del trabajo de Latencia, a partir de la intensificación de la inhibición de meta, es la *conurrencia de diversos mecanismos defensivos previos* al fin sublimatorio.

La organización psíquica de la Latencia no se caracteriza por la represión, la formación reactiva, la sublimación, etc., que existen desde antes, sino por su configuración dinámica, su reorganización operativa, su peso relativo y el balance intersistemático determinados por el intenso y sutil *trabajo de la Latencia*. Es así que mecanismos como la formación reactiva, el aislamiento y la desafectivización orientados al servicio de la sublimación —que en el caso de la neurosis obsesiva generan un claro empobrecimiento y debilitamiento del yo— favorecen el desarrollo y la ampliación yoica, al igual que la simbolización, la autoestima y la inserción social. De forma similar, podríamos explicar los diversos aprendizajes característicos de este período, que implican variadas tendencias, defensas y capacidades que concurren subordinadas a un fin socialmente aceptado y, a la vez, promovido y esperado.

LATENCIA TEMPRANA Y TARDÍA

Acuerdo con Berta Bornstein⁴ en cuanto a la no uniformidad de esta organización y la discriminación de dos momentos diferentes denominados primera y segunda latencia o Latencia temprana y tardía, cuyo cambio se ubica aproximadamente a los 8 años. No obstante, no concuerdo con sus conceptos teóricos sobre las diferencias entre ambos.

La primera latencia se caracteriza por la fragilidad del equilibrio intersistémico, con la consecuente emergencia de angustia frente a lo impulsivo. La lucha inicial que comprende el yo está ligada al control de lo pulsional y, en particular, al límite de la descarga, inicialmente, mediante el freno represivo. Recurre luego a otros mecanismos, como la formación reactiva, que también requiere del mantenimiento de una contracatexis que limita al yo. Su persistencia tendería a dificultar su desarrollo.

El desenlace edípico inaugura un nuevo orden intrapsíquico (a partir de la interdicción y la operancia del superyó), y esos primeros años sumen al latente en el trabajo psíquico de tratar de lograr ese delicado equilibrio entre lo prohibido y lo permitido, lo promovido y lo logrado, lo ansiado y lo posible, lo placentero y lo displacentero, consciente de sus dificultades y sufrimientos, y en estado casi de alerta continuo. El desafío del niño es no agotarse en el recurrente círculo vicioso de embate pulsional —sofocamiento defensivo—, falta de descarga, inestabilidad, etc. No necesitará desgastarse en la defensa *si logra abrir vías sublimatorias* que posibiliten redirigir lo pulsional, favorecer la descarga a través de otras metas aceptables; el yo buscará así armonizar con los mandatos del superyó y los requerimientos socioculturales. Poder posponer se transforma de este modo en una meta anhelada, ya que solo mediante la renuncia a la acción directa que evita la descarga inmediata puede armonizar con el superyó. Esta capacidad se dirige, en principio, al control de la motricidad, a poder “quedarse quieto” (que también es requerido por padres, maestros, vecinos, instructores, etc.), y es el punto de partida para acceder (mediante la concentración, el desplazamiento y la atención) al aprendizaje por la vía sublimatoria a través de la acción conjunta defensiva. Inicialmente se instala para coartar la tendencia a la acción masturbatoria (en consecuencia, las fantasías edípicas) y a la descarga desorganizada; también favorece la neutralización libidinal y agresiva necesaria para la sublimación. Esto implica para el niño una parcial vuelta hacia adentro que lo torna más reflexivo, y se incrementa paulatinamente el diálogo interiorizado y el fantasear; se nota la creciente ampliación de lo verbal.

Veamos esto esquemáticamente a través del análisis de los factores que operan en el aprendizaje, por ejemplo, la escritura. La escritura se asienta en las nuevas capacidades intelectuales propias de la edad y en la maduración neurobiológica (ya sea de los músculos accesorios de los dedos o de los músculos de acomodación del cristalino, de la direccionalidad, de la independencia interhemisférica, etc.). La prohibición superyoica recae sobre los deseos incestuosos y, consecuentemente, sobre la masturbación; esto implica redirigir el impulso y, para evitar la “tentación” de masturbarse, necesita ocupar sus manos en otra actividad. La inhibición de la meta, la operancia del aislamiento y la desafectivización posibilitan la atención, la concentración y la inserción escolar. La escuela, como agente de la sociedad, refuerza el mandato represivo al tiempo que

prescribe ciertas actividades y propone algunas vías de descarga alternativas. La formación reactiva lleva al niño a tornarse limpio y prolijo frente al deseo regresivo (y defensivo) de ensuciar, pero en acción conjunta con lo previamente señalado, le da la posibilidad de ensuciar de forma controlada, según el código que lo inserta en lo sociocultural amplio: es decir, a través de la escritura.

La organización de la latencia tardía se caracteriza por una mayor fluidez, autonomía, continuidad y equilibrio de la conducta, por un menor sufrimiento consciente del temor al desborde y al surgimiento de la angustia, así como por una progresiva operancia del principio de realidad en la determinación de la conducta. Se incrementa el fantasear, aparece con nitidez el ensueño diurno, se amplía el distanciamiento de los padres y lo familiar, y adquiere mayor importancia el grupo de pares. Además, la cualidad placentera del despliegue y la ejercitación de las nuevas capacidades (tanto motrices, de dominio, de desplazamientos en el “exterior” y cognitivas), con cierto erotismo en juego, soportes y refuerzos tanto del autoerotismo primario como del narcisismo secundario —siguiendo las formulaciones de placer funcional y de placer del funcionamiento del yo—, podrían dar la impresión de un yo menos conflictuado, en vez de un yo más estructurado, fortalecido, con mayores recursos para canalizar la descarga y sortear la angustia.

SOBRE EL DIBUJO

La expresión a través del dibujo va adquiriendo complejidad, riqueza y organización, y a medida que avanza el procesamiento psíquico de la Latencia, hay una clara diferenciación para cada sexo en temática y forma. En particular se ve cómo se completa la figura humana y se define la diferenciación sexual, la que está estrechamente ligada a la ejercitación más o menos lograda de la actividad motriz y del juego corporal, y surgen de manera progresiva ciertas características o modalidades diferenciales acordes con cada sexo. También se amplían los recursos utilizados: lápices, crayones, marcadores, témperas, etc., que se usan por separado o juntos, y en ocasiones se combinan con objetos que se pegan (papel glasé, plastilina, hilo, etc.) para formar un *collage*. Es frecuente que los niños dibujen lugares conocidos (la calle donde viven, el campo o club que frecuentan, el barco en que pasean, etc.), pero tras la reproducción de lo conocido “encubren” la fantasmática conflictiva. Por ejemplo, en mi consulta, un niño dibujó la cuadra siguiente a la de su casa, donde lo significativo era que en medio de las viviendas y los negocios se destacaba un aserradero y carpintería que representaba la conflictiva en torno a la escena primaria. En otra sesión, dibujó un barco amenazado por una inminente tormenta, que representaba tanto la furia que lo invadía frente a la soledad en que lo sumía la escena primaria como el riesgo ante el incipiente cambio puberal. Puede observarse, entonces, de manera encubierta, la conflictiva inconsciente, que se vale de escenas y situaciones de lo cotidiano, en las que se puede colegir el sutil y refinado encubrimiento y la simbolización.

También se nota (sobre todo en la latencia tardía) la progresiva búsqueda de graficar perspectiva en los diseños, las construcciones o maquetas, donde se incluye la corporeidad, la tercera dimensión. Esto probablemente esté ligado a una más afinada captación perceptual, a la noción del cuerpo propio y de los otros, a sus volúmenes y diferencias, a la conceptualización de tamaños y distancias, así como al apego a lo “real”, tan marcado en el latente y que lo mueve a graficar o construir más “objetivamente” (en relación con el predominio del principio de realidad). Un dibujo típico de esta organización del aparato psíquico es aquel que divide la hoja en dos: una situación o escena se desarrolla arriba —mundo aéreo, visible— y otra abajo —mundo subterráneo, submarino, oculto—. Esto espacializa en la hoja la diferencia entre lo manifiesto-consciente y lo latente-inconsciente, y a veces sus conexiones (por ejemplo, la caña del pescador), sus irrupciones (el pez que salta sobre el agua) o sus formaciones intermedias (un hormiguero o una cueva) como graficación de la organización de su aparato y las rupturas. Se expresan también todas las dimensiones del espacio: arriba, abajo, izquierda, derecha y diagonal.

Quisiera hacer dos observaciones largamente corroboradas por diversos medios (asociaciones, dibujos, índices clínicos): una se refiere a los varones y su cuerpo, y la otra, a la representación de una instancia.

En los dibujos de los varones he observado la *recurrencia a una configuración* que representa el pene y los testículos: junto a una figura central prominente y alargada, se ubican dos formaciones menores, con la particularidad de que una es más pequeña y está situada un poco más arriba que la otra.

El otro elemento que quiero destacar es la *aparición del cuello* en los dibujos, que en circunstancias normales suele diferenciarse hacia los 8 años. A mi entender, se trata del lugar mediatizador que tiene lo preconscious entre lo pulsional, representado por el cuerpo, y lo consciente, representado por la cabeza. Es interesante observar la ausencia de cuello en los dibujos de niños con marcada impulsividad y desbordes físicos, así como en los niños de hogares violentos; a veces, si bien está presente durante algunos años, desaparece con la irrupción puberal brusca. En el proceso terapéutico es notorio también que a medida que se elaboran los conflictos, se estabilizan controles operativos y se expanden las vías sublimatorias, aparece el cuello en el dibujo de la figura humana o a veces en el de un animal. Una niña que se dibuja sin cuello, pero al dibujar a su terapeuta se lo coloca, marca su noción del cuerpo y del cuello, pero simboliza una diferencia entre ella y la otra persona en la organización psíquica. También, en el dibujo de un niño en que el pequeño cuello mezcla colores de la cara y el cuerpo, se grafica en el tamaño reducido y el coloreado que lo preconscious y, por ende, el cuello están en incipiente proceso de diferenciación.

Estimo que el dibujo del cuello y sus características son un *índice diagnóstico destacable* para tener en cuenta, dada la importancia que el preconscious tiene en el trabajo de la Latencia y también con respecto a la diferenciación de subperíodos. El dibujo puede aparecer como enigmático debido al encubrimiento, pero, aun así, es una

“vía regia” de acceso a lo inconsciente en el tratamiento con niños, incluso en la Latencia.

ACERCA DE LOS JUEGOS

El juego tiende a perder la clara simbología de la conflictiva inconsciente previa a la Latencia, producto de las operaciones defensivas y del nuevo orden intersistémico que se establece, pero también se tiñe de su creciente y marcado interés por la realidad, sus alternativas, dificultades y posibilidades de inserción en términos racionales. Vemos entonces en los juegos el intento de los niños de conocer, dominar y ejercitar su cuerpo y el espacio físico, junto con su interés por el mundo ampliado desde lo familiar, las semejanzas y diferencias con otros y su adaptación a diversas circunstancias.

El clásico juego de roles que se despliega en la Latencia revela la organización psíquica más compleja alcanzada, el acceso al registro de lo simbólico, donde se pueden desplegar identificaciones transitorias con los diversos personajes y sus interacciones en una trama dramática (planteo, desarrollo y desenlace) con una secuencia temporal que experimenta y discrimina, escenificando así un tiempo que se historiza. Los cambios que se operan marcan también una clara diferencia en lo atinente al juego anterior a la Latencia. Este se torna progresivamente más organizado (ligado al mundo real, no tan fantástico), compartido y socializado, lo que permite el desarrollo de la noción de limitaciones y reglas así como la competencia y la actitud cooperativa.

Tanto la actividad motriz como el juego varían entre la Latencia temprana y la tardía. Al comienzo, se nota que el movimiento es expresión de alegría gozosa y placentera; predomina la actividad motriz gruesa, en particular la de las piernas, como correr, patear la pelota, patinar, saltar y trepar, donde gravita más la fortaleza que la habilidad. Si la actividad motriz es rítmica y normativa, esto revela el avance del control yoico en la descarga; por otra parte, si se torna repetitiva y compulsiva (por ejemplo, patear la pelota contra la pared), o fuera de lugar o momento, esto muestra un carácter defensivo que se acerca a lo patológico. Una actividad peculiar de este período suele ser el equilibrio y balanceo (con riesgo de la integridad), lo que, además de corresponder a la ejercitación de nuevas capacidades, pareciera *escenificar en el espacio*, mediante lo corporal, *ese riesgoso y precario equilibrio intrapsíquico* que el niño se empeña en dominar y estabilizar.

Al principio, el juego, aunque compartido, es tumultuoso y desordenado; lo vemos, por ejemplo, cuando todos los niños corren tras la pelota en los deportes grupales. Luego, cuando cada uno tiene la posibilidad de interiorizar su rol y diferencia lugares y funciones, puede encuadrarse en una tarea de equipo y realizar una parte de la acción destinada a un fin común, tanto si elige o es elegido, de acuerdo con sus habilidades, imagen de sí, afinidades y el rol por desempeñar. A partir de los 8 años, el niño ya combina en su actividad motriz lo armónico y lo plástico, el desplazamiento y el ingenio

(por ejemplo, puede gambetear en el fútbol o eludir en el básquet). Predomina entonces la habilidad más que la fortaleza, y la secuencia para la obtención de un logro sobre la repetitividad.

Sin duda, estas actividades corporales de juego son una de las vías privilegiadas para la descarga energética pulsional “neutralizada” y la evitación de la masturbación, y a la vez favorecen el desarrollo en otros sentidos (integración de la imagen corporal, ampliación de los recursos yoicos, interiorización, intercambio, cooperatividad de roles, rivalidad, competitividad, exogamia e integración en grupos de pares, etc.), así como la obtención de placer por el movimiento. Las raíces en la vida temprana tanto de la descarga energética de la actividad corporal como la obtención de placer por el movimiento posibilitan el asentamiento de esta vía sublimatoria y la sustitución del placer masturbatorio por el del juego.

El típico *juego de las escondidas*, que podría entenderse como un relevo natural del juego del carretel según Bernard Brusset,⁵ o incluso como elaboración de la ruptura del vínculo primario de apego según Hermann,⁶ escenifica a mi entender el *funcionamiento psíquico* propio de la Latencia. Los jugadores están encubiertos, disimulados, escondidos, acechando el momento para emerger; es decir, latentes. En una función homóloga a la del superyó, uno de ellos busca evitar que los demás, retoños pulsionales, alcancen su meta; a su vez, estos buscan caminos alternativos y ardides mientras esperan el relajamiento (distracción) o el distanciamiento del que vigila (censura) para escapar y “liberarse”. Este juego espacializa el funcionamiento intrasubjetivo, pero, en la medida en que es grupal, se torna intersubjetivo, especialmente con los pares. Cada participante expone su singularidad: influye en los demás y, al mismo tiempo, es influenciado por los otros, lo que se convierte en un proceso compartido de interacción de lo intra y lo intersubjetivo en un marco transubjetivo, pues la tradición cultural de las características y reglas del juego condicionan sus interacciones.

En la medida que se asienta la utilización de la sublimación, se incrementa la capacidad simbólica, las mediaciones preconscientes; se logra entonces posponer la acción, el juego se complejiza y mediatiza, se proponen estrategias, se combinan habilidades con el azar (la inclusión de lo fortuito e inesperado de la vida), se colabora con otros para un fin común (por operancia de pulsiones de meta inhibida). El “quedarse quieto” le permite al niño realizar juegos de mesa y, cuando logra la descentración a los 7 u 8 años,⁷ las reglas y normas adquieren real importancia y se desarrolla un sentido de la justicia y la equidad diferente (no por lo impuesto por la autoridad externa, sino por lo compartido con el grupo de pares). Estas modificaciones en el juego son posibles por aquellos logros; a la vez, jugar desarrolla, estabiliza e integra dichos logros con la consecuente ampliación yoica, el aumento de la autoestima y el sentimiento de sí. En este sentido, podemos pensar el juego (así como la ensoñación diurna, el dibujo, etc.), no solo como equivalente masturbatorio y descarga energética, sino como ligazones complejas, sutiles mediaciones y articulaciones en diversos niveles del aparato, con múltiples objetos y las novedosas situaciones que posibilitan. Realizar actividades lúdicas revierte sobre el

yo, asentándolo, enriqueciéndolo, “como una relación nutricia que procura al yo el sentimiento de una mayor plenitud”.⁸

Si bien podemos ver que ambos sexos tienen actividades y juegos compartidos, una observación más cuidadosa nos mostrará diferencias en la forma en que se entregan a ellos. Por ejemplo, las niñas tienden a utilizar la bicicleta de una forma en que lo placentero está ligado a lo armónico, a lo cadencioso y al desplazamiento, mientras que los varones se centran más en la velocidad, la habilidad y el arrojo. El varón tiende (aunque esto no es taxativo) a una utilización del músculo más ligada con el vigor, la fortaleza y la resistencia, mientras que la niña tiende a una utilización de su cuerpo en bloque, más ligada a la coordinación, al ritmo y a lo estético del movimiento. Al varón no le interesa tanto la forma, el modo o el atuendo como la efectividad, los récords, la descarga de fuerzas y la competitividad, lo que parece estar regido por las *diferencias en la manera de conceptualizar y utilizar placenteramente el cuerpo para cada sexo* y también en el uso del espacio.

En los varones, embocar la pelota en una cesta, un arco o una meta, sorteando las dificultades que plantean los adversarios, es un juego frecuente que persiste desde la remota Antigüedad. Son evidentes los contenidos genitales subyacentes, así como la importancia de la competitividad y el triunfo sobre el rival, a tal punto que el juego carece de sentido y placer si no hay a quién vencer.

En las niñas, saltar el elástico o la soga parece no tener connotaciones significativas para el observador, más allá de lo motriz. Pero si imaginamos la sucesión de posiciones de la soga cuando se desplaza, veremos que crea una cavidad virtual en la cual queda incluida la niña, así como una ocasional compañera que entra y sale (generalmente, al ritmo de cánticos o palabras). Algo similar ocurre con el elástico: cuando se desplaza de las posiciones inferiores (los tobillos) hasta las más altas (las caderas) de las que lo sostienen, también describe una cavidad virtual de la que entra y sale la que salta mientras cumple los rituales establecidos (ya sea de forma, verbalización, velocidad o una combinación de todos). En ambos casos, como pude inferir en la clínica al igual que otros colegas, esta cavidad virtual, elástica y variable de la que se entra y se sale es una representación espacializada de la vagina y el útero y de su funcionalidad.

También podemos observar la diferencia de sexo en relación con el coito; por ejemplo, en la tendencia de los varones hacia la carpintería, predomina el interés por la descarga al serruchar y clavar, dos acciones que en el lenguaje común utilizan los mayores para aludir al coito. El juego de las niñas de cocinar y servir la comida está ligado al “misterioso” interior femenino y a la gestación —recordemos que los adultos se refieren en ocasiones al genital femenino como “la cocina” o “la cacerola”, y que la expresión “se le llenó de humo la cocina” alude a que alguien está embarazada—. Entonces, de manera *simbólica y desplazada*, niños y niñas *exploran y prueban sus genitales* mediante juegos manifiestamente ingenuos que les permiten eludir las prohibiciones superyoicas y el control de los adultos, mientras que al jugar rítmicamente (equivalente masturbatorio) mantienen ocupadas sus manos como una defensa frente a la

tendencia a masturbarse y dan curso desplazado a la descarga energética, lo que resulta placentero e integrativo al mismo tiempo.

Los juegos o las actividades de los niños raramente son practicados por las niñas, y viceversa, y si lo hacen es para poner a prueba la habilidad motriz, pero no porque revistan interés y placer. Estas diferencias en las configuraciones lúdicas y de movimiento más frecuentes para cada sexo parecen representar la *funcionalidad de los genitales* y relacionarse con una elaboración y ejercitación preparatoria del rol sexual por desempeñar, como una activa tarea de *diferenciación sexual encubierta*.

ACTIVIDAD INTELECTUAL

La actividad intelectual y de pensamiento se mueve por intereses prácticos, concretos, dirigidos a saber, que devienen en teoría explicativa como resultado del pensamiento, es decir que se produce una modificación de lo escotofílico por el apoderamiento (aprehender, captar) que conduce a lo epistemofílico. En otros términos, el placer derivado de ver, unido a la representación del objeto, produce un efecto de apoderamiento y dominación (a la vez placentero, en la medida en que permite tolerar la distancia o ausencia del objeto). Surge así la posibilidad de “manipular” representaciones en lugar del objeto (o el cuerpo) y, posteriormente, la búsqueda de ideas que implican relaciones causales y explicativas entre las representaciones que dan cuenta y organizan los hechos de la realidad (tanto externa como interna).

Paulatinamente, el niño en Latencia experimenta esa prima de placer en la actividad intelectual. Se produce un alivio en el balance económico y en el nivel narcisístico por el placer experimentado en la actividad sublimatoria lograda, con el creciente poder que le otorga el conocimiento frente a los menores, el correlativo acortamiento de las diferencias con los mayores, y el reconocimiento y la gratificación otorgados por padres, adultos e instituciones. Además, se adentra en el mundo del saber en términos de aventura, riesgo y dominio, que lo pueden resarcir de vivencias tempranas de inseguridad. Todo esto es reforzado por el exitoso avance que implica lograr posponer y modificar las acciones por la intermediación del pensamiento y el posible carácter placentero de pensar y fantasear.

Puede pensarse que el desconocimiento y/o la captación del error de lo previamente supuesto motorizan la fantasmaticización y el pensamiento en la afanosa búsqueda del saber y la verdad. Es por vía de la ausencia del objeto que se inicia la simbolización —y es ahora nuevamente la relativa ausencia (por resignación) del objeto edípico y de la descarga directa la que desarrolla un enorme despliegue del mundo representacional que dinamiza la imaginación y el pensamiento—, que solo es posible si anteriormente se ha podido diferenciar la ausencia de la muerte y se ha aprendido a tolerar la ausencia (ideas que se encuentran en autores disimiles, de Melanie Klein a Jacques Lacan). Este despliegue del pensamiento, expresado en nuevos enlaces con lo inconsciente, implica también un otorgamiento de nuevos sentidos y una reestructuración de lo previo (en el

sentido de “Carta 52”, de Sigmund Freud).⁹

El lenguaje que posibilitará la nominación, y la articulación de imágenes, afectos e ideas, deberá ser catectizado más intensamente para convertirse en instrumento privilegiado del yo en su búsqueda de sentido. Al mismo tiempo, lo perceptual adquiere una mayor selectividad y direccionalidad concentradas (atención) hacia la captación y discriminación de datos. La actividad de pensar, si bien busca solucionar un conflicto, es a la vez fuente de nuevos conflictos en tanto “descubre” situaciones o relaciones hasta entonces ocultas para el yo, vividas como engaños que, si no pueden ser procesados con nuevos pensamientos, promueven el establecimiento de rígidas defensas que sofocan la capacidad intelectual y de pensamiento, como podemos observar en la clínica. En cambio, cuando se desarrolla de manera progresiva, pensar se emancipa y expresa como autonomía intelectual y orientación autónoma del latente en su devenir subjetivante. Estas alternativas se organizan desde la intersubjetividad previa, especialmente desde la tolerancia a la autonomía progresiva y la aceptación del cambio, como renuncia parental al dominio del hijo y al deseo de no cambio. Esta renuncia solo será posible si la madre (o los padres) previamente ha narcisizado el pensar del niño pequeño como una actividad que para ella es fuente de placer¹⁰ y puede aceptar y/o promover el pensamiento independiente y el inicio del camino exogámico. Particularmente, esto solo será posible si puede admitir la temida emancipación progresiva de su pensamiento y la catectización de otros objetos y relaciones que se refuerzan durante la Latencia, mediante las respuestas del entorno familiar significativo y luego, también, por el desplazamiento y la simbolización de los representantes institucionales.

SECRETO Y ENSUEÑO DIURNO

En la medida en que el latente retoma y refuerza la noción de que el pensamiento es ocultable, relativamente intangible, a diferencia de las manifestaciones corporales visibles y evidentes (gestos, movimientos del cuerpo, acciones, etc.), esto puede ser o no comunicado o deformado; por lo tanto, no pone en riesgo su integridad corporal o su vida. Se transforma así, por el trabajo psíquico en marcha, en un vigoroso elemento de autonomía que posibilita la oposición interna o el rechazo de las ideas-teorías-historias de los padres y también de aquello que le estaba vedado conocer y pensar sobre lo que ellos, en especial la madre, no pueden pensar. Esta peculiaridad de secreto y ocultamiento caracteriza al pensamiento, y en particular a la modalidad de funcionamiento del latente, ya que este, además, debe sortear a sus padres internalizados, que “vigilan y amenazan” desde el superyó, por lo que la formalización de sus pensamientos mediante simbolizaciones y desplazamientos cada vez más complejos disimula la idea original y posibilita su procesamiento.

A comienzos de este período se instala, según Piaget, el pensamiento operatorio concreto, y se tiende a esta modalidad comparativa y a una actitud cuestionadora

científica en busca de explicaciones. Es posible observar momentos de pensamiento mágico y actitudes supersticiosas, como emergencia de resabios narcisísticos con una modalidad ritualista que es característica de esta etapa o como intentos omnipotentes de controlar la angustia de muerte activada por fantasías edípicas (escasamente simbolizadas y desplazadas), y resabios de funcionamientos primarios, con alejamiento de la realidad, tendientes a una gratificación en la fantasía. También se observa la emergencia de la velada gratificación a través del ensueño diurno o de los relatos de revistas, programas televisivos o libros de aventuras, en los que puede disfrutar de sus fantasías en forma desplazada y con la preeminencia temporaria del principio del placer, que lo transporta a “otro mundo”. Vemos así surgir la novela familiar, estructurada desde lo edípico, que condensa deseos de represalia y venganza, con una versión más reivindicativa heroica al comienzo y una tonalidad más claramente sexualizada cuando se acerca la pubertad.

La *ensoñación*, si bien originariamente está ligada a la masturbación, es algo más y diferente. Decir que es un equivalente masturbatorio tiende a clausurar, a excluir otros sentidos, como efecto de una saturación que a la vez conlleva cierto matiz valorativo-moralizante que la descalifica. De este modo, se pierde la noción del esfuerzo y el trabajo psíquico que se ponen en juego y de la nueva formación que implica un cambio cualitativo, respecto de su origen y forma, que amplía y consolida el procesamiento psíquico y la tramitación pulsional por vía de la sublimación. La ensoñación implica encubrimiento, es decir que operan las censuras y, por ende, la diferenciación de los sistemas inconsciente y preconsciente-consciente, la utilización de pequeñas cantidades de carga, la ligazón de representaciones, la limitación del desplazamiento, la simbolización, etc. Es un refinado y sutil esfuerzo del trabajo de la Latencia que facilita la descarga sin producir limitaciones ni riesgos mayores, ya que vuelve visibles y conscientes, y a la vez encubiertos, sus contenidos. Esto posibilita otros procesamiento y/o actividades, dando curso a lo deseado al soslayar lo temido y, por lo tanto, el surgimiento de angustia, que consolida y puebla el incipiente espacio de intimidad y secreto en tanto se perfila lo diferencial y el sello personal que contribuyen a la subjetivación.

Algunos de estos sueños diurnos cumplimentan a veces otra función. Me refiero a cierto carácter de acción de prueba de un rol futuro y de una tendencia modificatoria de la realidad vital que tienen un valor preparatorio de configuraciones y acciones precisas a desarrollar en un futuro. Cuando el niño imagina que cumple un rol determinado, la forma de ejecutarlo, la respuesta de los otros, o el resultado final, modifica parcialmente su ensueño, que persiste en el tiempo, pero a la vez cambia. Está realizando pruebas, ensayos de situaciones que imagina como posibles/deseables en su futuro, y programa, acomoda, ajusta su proyecto identificadorio, lo que contiene en germen con la tendencia a modificar su realidad. Esta *figuración interna*, aunque escenificada en lo externo, subjetiva y a la vez objetiva, virtual al mismo tiempo que real, concreta y sin embargo intangible, con una temporalidad singular (se vive en lo actual, remite a un posible futuro y alude a un pasado), conforma un *objeto transicional* dentro del *funcionamiento del pensamiento como espacio potencial*; de allí, su creatividad y efecto modificador.

VERBALIZACIÓN Y LENGUAJE

La verbalización adquiere paulatinamente preeminencia respecto de la acción. El sentido ya no es predominantemente expresado por lo corporal-gestual-movimiento lúdico, como en la primera infancia, sino que esos canales se restringen, con un paralelo incremento de lo verbal. No se trata solo de un acompañamiento o complemento de palabras. El significante verbal es un anudamiento o una confluencia de lo trans subjetivo, lo intersubjetivo y lo intrasubjetivo que posibilita la expresión verbal y a la vez es sostén y dador de sentidos de lo expresivo en otros canales. Implica un logro sublimatorio que, además de su inserción cultural y de ser un código compartido con otros (por ende, transmisible), abre el camino hacia otras sublimaciones. Este cambio acompaña y posibilita las modificaciones (interdependientes) del pensamiento en ese pasaje (nunca completamente acabado) de las creencias infantiles, asentadas en las fantasías originarias de cada sujeto y emocionalmente sostenidas, al saber consensuado y lógicamente articulado, atravesando desorganizaciones y reorganizaciones por vía de la confrontación-desilusión.

El uso del lenguaje en la Latencia pone de manifiesto la manera en que adquiere primacía el proceso secundario, la operancia del principio de realidad, lo que da lugar a la organización de las diferencias en tanto las nuevas relaciones ofrecen al yo nuevas formas de placer e intercambios enmarcadas en la factibilidad, o no, y en un tiempo que se diferencia e historiza.

Los tiempos verbales reflejan y precisan la distinción creciente entre realidad psíquica y exterior. En la latencia tardía, generalmente, se incluye el modo potencial, que señala la aceptación de que algo puede o no realizarse y que la concreción depende de que se cumplan ciertas condiciones que pueden ser ajenas al sujeto. Por un lado, esto implica el descentramiento del egocentrismo, la falibilidad y el coto a la omnipotencia con relación a la presencia e incidencia de los otros, como declinación del narcisismo; por el otro, se establecen secuencias condicionadas como consecuencia del proceso secundario y del sutil procesamiento de la castración.

Tanto el chiste como el contenido manifiesto del sueño son expresiones del trabajo de la Latencia, donde el desplazamiento, el encubrimiento, la alusión y la simbolización están ligados a la creciente diferenciación consciente-preconsciente-inconsciente, en relación con lo prohibido y lo permitido (operancia del superyó), que da lugar a nuevas modalidades que se explicitan en la existencia de un contenido manifiesto y otro latente en los que el lenguaje ocupa un lugar central. Es probable que en paralelo surja la comprensión y posterior utilización de la alegoría (que se despliega también en otros planos, como en la expresión gráfica) y de la metáfora, en tanto que se restringe y modifica la expresión de las emociones y fantasías a través del cuerpo.

PRECONSCIENTE Y SUBLIMACIÓN

En lo expuesto hasta aquí me he referido, casi sin mencionarlo explícitamente, al preconsciente, que sin duda adquiere notoria importancia por su función y ampliación, y por las consecuencias psicopatológicas y clínicas durante este lapso y posteriormente. He basado mi referencia al aprendizaje, el pensamiento y las ensoñaciones en características de lo preconsciente, y en su intensa y rápida organización en la Latencia, en las conexiones y arborizaciones que subyacen y posibilitan dichos procesos. En la diferenciación y consolidación del preconsciente, destaco la aparición de una segunda censura que se establece en el límite entre preconsciente y consciente, que se diferencia de la primera censura (que opera en el pasaje de inconsciente a preconsciente), donde más que deformar y encubrir, selecciona, ya que su función consiste en proteger a la conciencia de ideas perturbadoras. Es por eso que, unido a la posibilidad de dirigir pequeñas cantidades de energía libre, posibilita y favorece el ejercicio de la atención, función clave para el desarrollo del aprendizaje en la Latencia. La atención está también condicionada por la inhibición de la descarga motora (poder “quedarse quieto”) y la demora de esta (la capacidad de espera), ambos pasos previos a la sublimación y característicos del funcionamiento preconsciente. Como vemos, *uno de los cambios prominentes durante la Latencia, como el aprendizaje, está posibilitado y condicionado por lo preconsciente.*

Podría decirse que la sublimación solo es posible si hay mediación y procesamiento preconsciente. Además, podemos concebir el armado, la organización y la ampliación del preconsciente como una inhibición de la descarga, una redirección de la energía pulsional y una adecuación a códigos culturales (lenguaje) que definen este proceso como una sublimación. En otros términos: si bien el preconsciente es *condición de posibilidad*, su creación y organización ya constituyen una *sublimación*; curiosa paradoja en la que el proceso y el producto se entremezclan y codeterminan.

Es característico del preconsciente la utilización de energía ligada a través del proceso secundario, en el que predomina el principio de realidad; no obstante, puede a veces reconocerse la influencia del proceso primario y la predominancia del principio de placer como, por ejemplo, en las ensoñaciones. Podría pensarse la función mediadora, de paraexcitación, de relación, de puesta en sentido y en palabras del preconsciente como un derivado interiorizado de las relaciones tempranas madre-infans (teniendo en cuenta los trabajos de Piera Aulagnier), que adquieren una particular vigencia, organización y ampliación, central en la Latencia, y cuya mayor o menor efectividad y operancia dependerán de la cualidad de esos intercambios, del desenlace edípico y de su inserción grupal-institucional. Por lo tanto, el preconsciente es una *instancia intrapsíquica*, una formación gestada desde lo intersubjetivo, con influencias de lo transubjetivo, pivote clave del funcionamiento psíquico posterior a la Latencia, como bien señalaron los psicosomatistas al estudiarlo, por ejemplo, en las patologías del acto.¹¹

PSEUDOLATENCIA

Un cuadro observable es el que presentan algunos niños que no han logrado la “reducción de la dependencia objetal infantil merced a la identificación y a la organización del superyó”.¹² No ha cedido en esos casos la identificación con la madre fálica, lo que dificulta la constitución dramática propia del complejo de Edipo y, consecuentemente, se ve perturbada la organización psíquica esperable en la Latencia. Persisten en algún grado las indiferenciaciones adentro-afuera, sujeto-objeto, percibido-deseado, como una marcada tendencia a la descarga inmediata y la búsqueda de gratificaciones primarias. Así es que estos niños no pueden desarrollar verdaderas vías sublimatorias para canalizar lo pulsional, y su psiquismo se estructura sobre la base de una intensificación de la represión, de los mecanismos obsesivos y de las inhibiciones. Faltan el interés y la sensación placentera en el juego y otras actividades. No se cuestionan lo que hacen ni transmiten deseos propios, tan solo reproducen un modelo esperado. Por lo tanto, no hay verdadera ampliación yoica en cuanto a capacidades y recursos, sino copia, imitación y acumulación enciclopédica. Por lo general tienen un buen nivel intelectual, logran un desempeño escolar adecuado, son obedientes, claramente apegados a las normas y a su cumplimiento, con cierto ritualismo y lentitud en su actuar. No diversifican ni armonizan sus mecanismos de control de la ansiedad, sino que recurren a intensificar la utilización de rígidas defensas que los empobrecen y limitan, sofocando el deseo e inhibiendo la imaginación y lo lúdico. Son afectivamente “apagados”, tristes. No pueden utilizar su ambiente para facilitar la descarga, la ampliación de su mundo relacional ni promover la cooperación, la amistad y nuevas identificaciones con otros adultos y pares que los enriquezcan. Nunca son motivo de consulta, ya que no presentan problemas escolares, familiares o de salud física. En este cuadro, que he denominado *pseudolatencia*, se intensifica un falso *self* que va adueñándose de la persona y automatizando su vida, aislándola del contacto afectivo con los demás y consigo misma, de manera insidiosa y solapada. Generalmente, se produce una eclosión clínica recién en la adolescencia, o se perpetúa hasta la adultez, como estructura caracterial rígida, producto de contrainvestiduras, con sobreinvestidura de lo real y normativo. Esta eclosión es más notoria y limitante si hay marcadas dificultades previas, y su posterior patología adolescente es más severa.

En mi prolongada práctica clínica con adolescentes, he podido observar a jóvenes con profundos desajustes, en los que es posible inferir este funcionamiento perturbado durante la Latencia que les impidió obtener recursos para enfrentar el embate puberal. Luego de un período de agudización defensiva, sufrieron una crisis: desde una acotada aunque inquietante problemática de resolución bastante favorable mediante un tratamiento breve y orientación parental, hasta severas desorganizaciones de mal pronóstico y diversos trastornos conductuales y caracteriales, como la anorexia nerviosa, las adicciones y formas de violencia social.

Más allá de las diferencias, todos los cuadros de eclosión durante la adolescencia antes mencionados tienen en común la preeminencia de una organización de personalidad basada en lo defensivo y sus fallas notorias: la dificultad para tolerar la demora y la frustración, así como la confrontación con limitaciones o trabas (tanto en el sujeto como

en el mundo exterior), un pensamiento secundario y un lenguaje poco desarrollados, escasa capacidad sublimatoria. Consecuentemente, se dificultan las mediaciones preconscientes y un predominio del principio de realidad que module y acote al principio del placer, con escasa canalización y discriminación de afectos y emergencia recurrente de angustia. Estas dificultades muestran las falencias o distorsiones que impiden el logro de una organización psíquica derivada del *trabajo de Latencia*, que se resalta como elemento previo de gran importancia y cuyo fracaso o insuficiencia condiciona seriamente los devenires adolescentes y adultos.

DE LA LATENCIA A LA ADOLESCENCIA

Un tiempo después de que se establece y se estabiliza relativamente la Latencia tardía, para algunos más temprano que para otros, se observa una progresiva aparición de cierta inquietud y desasosiego creciente. Sin causa manifiesta, se incrementa la descarga motriz fuera de contexto, en actividades de ejercitación y deportivas, y surgen altibajos del afecto.

Al principio de la escolaridad primaria había inquietud, movimiento y cierto desorden en el aula; el primer logro fue “quedarse quieto y en silencio” para poder concentrar la atención y posibilitar entonces el proceso de enseñanza y aprendizaje. Hacia sexto y séptimo grado, reaparece de a poco aquel estado inicial de bullicio, con el agregado de cierta brusquedad en los movimientos, agresiones verbales y elevación del tono de voz, lo que dificulta la actividad de los maestros, quienes con frecuencia se abocan a reencausar la quietud y el orden. Se notan incrementos de cuchicheos, comentarios y cruces de miradas o gestos entre grupos de un mismo sexo hacia el otro; se arrojan “flechitas”, se envían mensajes, lo que inicia claramente el interés por la temática sexual y la atracción-seducción. El avance y la conquista son aún dificultosos, temidos aunque deseados; por ejemplo, es frecuente observar que en un recreo algún varón empuja a otro y este “choca” a una compañera: el primero hace que el segundo ejecute su deseo de acercarse y tocar, palpar, el cuerpo femenino. En la casa, los padres refieren actitudes similares, los ven con una fuerte tendencia a la distracción, el movimiento y los bruscos cambios anímicos.

Estos cambios que desconciertan y que los mismos niños no pueden explicar se deben a consecuencias y reacciones de un incipiente y subyacente proceso de modificación corporal que aún no es visible, pero sí detectable microscópicamente y mediante el análisis de los dosajes hormonales. Se está instalando la pubertad, que abrirá el camino hacia la adolescencia; en otros términos: la pubertad es una modificación biológica del cuerpo, que desencadena un proceso de elaboración psíquica compleja. La adolescencia es un proceso más amplio, complejo y profundo de lo que algunos autores postulan cuando la limitan a una “psiquización de la pubertad”.¹³

Con frecuencia, la inquietud y el desasosiego ceden, se aplacan con el

“descubrimiento” de la aparición de “pelitos” en el pubis. Algunos me han comentado que frente a eso se dicen: “¡Ah! Es que me estoy haciendo grande”. Se produce entonces un período de transición donde persisten ciertas características del modo de funcionamiento de la Latencia y crecientes irrupciones de temáticas, acciones propias de la adolescencia. Es como una confluencia de aguas hasta que se conforma un nuevo curso.

Desde el punto de vista metapsicológico, diríamos que la pubertad incrementa el embate pulsional del ello, desequilibrando el relativo equilibrio intersistémico logrado en la Latencia. El superyó encuentra dificultades para realizar su tarea normativa y de control. El yo está por momentos desbordado y su accionar se “debilita” frente a los requerimientos de su mundo externo circundante y las demandas del superyó. Los progresivos requerimientos, donde lo pulsional se va tornando cada vez más genitalizado y demandante, promueven una modificación estructural de las otras instancias y su interjuego, así como su acomodación e inserción diferente en lo social, ardua tarea que desafía el decurso adolescente. Daré cuenta de esto en los próximos capítulos.

II. NOTAS SOBRE PUBERTAD, TRAUMATISMO Y REPRESENTACIÓN

DURANTE las profundas modificaciones propias de la adolescencia, al joven se le plantean numerosas situaciones potencialmente traumáticas que jaquean su estabilidad narcisística. La situación traumática, más allá de sus características y del sujeto que la afronta, representa una injuria narcisística en tanto el yo no puede dominar su impacto y tramitarla psíquicamente para obtener una respuesta adecuada. El sujeto ha sido desbordado por la situación y ha perdido su capacidad de control, lo que hace decrecer su autoestima y devalúa su yo.

Sin considerar las singularidades personales, pasaré a señalar algunas situaciones, quizás paradigmáticas, que explican por qué en diferentes sujetos no revisten la misma cualidad o igual magnitud.

Estimo que las modificaciones corporales de la pubertad constituyen una situación potencialmente traumática a comienzos de la adolescencia, con un fuerte compromiso narcisístico, en tanto comprometen aspectos centrales del sujeto y su identidad. Estos aspectos requieren luego de un largo e intenso trabajo psíquico no solo respecto de las características externas y capacidades funcionales del cuerpo y sus progresivas transformaciones, sino también de sus sensaciones y afectos concomitantes, de las representaciones, de la modificación del esquema corporal, de la genitalización, de la pujanza pulsional incrementada y de las expectativas relacionales vinculares: cómo se es visto y valorado por pares y adultos.

A partir de las ideas de Sigmund Freud, conocemos la importancia de lo corporal en el sujeto como sustrato de lo pulsional y sede de lo erótico, de la génesis de su organización psíquica y también de su conexión con lo narcisístico y lo afectivo. A diferencia del crecimiento infantil, que luego del primer año es parejo, armónico y lento, una progresiva expansión (a semejanza de la ampliación de una fotografía), el cambio puberal es disarmónico: se modifican algunas partes mientras otras permanecen igual, lo que crea sensaciones de cambio caótico que alteran el sentimiento de identidad. Por ejemplo, las orejas y la nariz crecen antes que el resto del macizo cráneo facial, o los miembros inferiores y superiores antes que el resto del cuerpo (lo que se asemeja más a una caricatura que a una ampliación fotográfica). Se desarrollan los caracteres sexuales primarios y emergen los secundarios; nuevas formas, sensaciones y excitaciones, que, aunque esperadas, desajustan. El joven se ve y es mirado de manera diferente, y se desencuentra relativamente con la imagen previa que tiene de sí. A nivel metapsicológico, debe realizar una profunda y ardua labor de inscripción y reinscripción de su cuerpo a causa de las modificaciones que se le imponen. Generalmente, estos cambios devienen traumáticos cuando son tempranos, bruscos, intensos y se producen en un corto lapso, con relativa independencia de la historia previa que condiciona los grados y las

características del desajuste. Lo cuantitativo de la intensidad de estos cambios —lo que sería un proceso normal de desarrollo, de por sí problemático—, la brusquedad con que ocurren (frecuentemente antes de lo esperado) y el corto lapso en que se producen operan tornando a la situación como traumática, y se produce así un salto de lo cuantitativo a lo cualitativo.

Los cambios corporales de la pubertad remueven los basamentos narcisísticos de la estructuración psíquica, pero en las condiciones antes mencionadas son conmocionados intensa y profundamente, y a la vez se produce la herida narcisística por la imposibilidad de controlar y tramitar la situación. La problemática puberal se ve agudizada particularmente en lo referente a la vivencia de ajenidad de los cambios corporales, la sensación de que provienen del afuera, y al ser dominado por los cambios, son frecuentes entonces las búsquedas de soluciones externas, como tratamientos cosméticos, regímenes e intervenciones quirúrgicas o conductas como el desenfreno sexual.

Quisiera enfatizar un elemento que estimo de gran importancia, en la medida en que le resta un poderoso recurso al joven. Me refiero a que se ve desfasado de su grupo de pares, que no puede comprenderlo ni acompañarlo en la situación, y pierde así el ámbito privilegiado en que los adolescentes procesan gran parte de sus angustias y cambios, en tanto funciona como un espacio psíquico ampliado y compartido que ofrece contención. Queda sumido de este modo en la soledad, genera vivencias de ser un “caso raro”, radicalmente diferente de los otros, y esto incrementa la injuria narcisística, aunque, como maniobra defensiva, intenta a veces tornarlo en un emblema de superioridad. Se ve también dificultado de cotejar y procesar en palabras con sus pares las sensaciones novedosas y los cambios corporales. Además, la intensidad de las emociones y los afectos rompe las cadenas de significación a las que estaban ligados y contribuye al desequilibrio del aparato. Creo que es válido citar un párrafo de André Green:

Por su intensidad y su significación, *el afecto desborda* de la cadena inconsciente como un río que se sale de madre, y desorganiza las comunicaciones *destruyendo las estructuras productoras de sentido*. En este caso no estamos frente a un afecto señal en el yo, sino, tal vez, a mociones pulsionales reales provenientes del ello, que han quebrado las barreras yoicas y producen un avance sobre el núcleo del yo a la manera de una *Blitzkrieg*. La desorganización de la cadena es la responsable del *afecto traumático que puede paralizar* o incluir una tendencia a la *acción compulsiva*, si es que no trae por resultado una reacción de *inmovilidad pasmada*.¹

Ilustraré lo señalado hasta aquí con breves viñetas clínicas.

Pedro, a quien había tratado entre los 6 años y medio y los 10 años y medio, vuelve a la consulta dos años más tarde porque tiene dificultades para estudiar; su rendimiento escolar había decrecido notoriamente. Los padres me informan que en los cuatro meses previos había crecido con intensidad, a tal punto que la ropa que le compraban al poco tiempo le quedaba chica. Cuando lo veo, me impacta, pues el niño aparecía estirado longitudinalmente, medía casi 1,80 metros, aunque el volumen corporal y la masa muscular no se habían desarrollado de manera acorde. Su rostro era de perplejidad; se mostraba vacilante, se movía con cautela y relativa torpeza, se expresaba de un modo entrecortado y con cierta confusión. No aludía en lo manifiesto a los cambios físicos,

sino que insistía en sus trabas con el estudio; llamativamente, reiteraba “No entiendo” y “No sé”, incluso fuera del sentido lógico de su discurso en algunas oportunidades. Fue claro durante las sesiones posteriores que dichas frases expresaban su desconcierto frente a la pérdida de la capacidad de razonamiento, en tanto ruptura de los encadenamientos y modos previos del pensamiento y de la desorganización producida a partir del profundo cambio en su cuerpo y del incremento pulsional. Pudo verse la emergencia de fantasías y apetencias, y sus fallidos intentos de alejarlas, que interferían su pensamiento de manera continua; también se vio su esfuerzo por centrarse en lo mental y las expectativas escolares, desatendiendo así lo que pasaba desde y con su cuerpo, que era vivido con extrañamiento y ajenidad.

Para mi sorpresa, en una de las primeras sesiones se presentó con un *short* deportivo que le quedaba muy corto y ajustado y una musculosa que acentuaban su estatura. Se podría decir que tenía un atuendo de niño en un cuerpo de grande. Con expresión contrariada y perpleja, dijo: “¡No sé qué me pasa hoy! Cuando venía para aquí, todos me miraban. No entiendo”. Es claro que desconocía los cambios físicos ocurridos y se vestía como si fuera el de antes. Se sorprendía frente a las miradas de los otros, ya que no podía significarlas ni reconocerse en ellas.

Luego de un tiempo, y de haber recuperado parcialmente sus posibilidades expresivas verbales y de pensamiento, dijo: “Estoy como corriendo detrás de mi cuerpo a ver si lo alcanzo”. Claramente expresó en esta frase el extrañamiento frente a su cuerpo, que lo sabía propio y a la vez lo desconocía como tal (operancia de la desmentida-*Verleugnung*), así como el apremio del tiempo. Era evidente que la brusquedad e intensidad de los cambios le impedían reapropiarse de su propio cuerpo, lo que hacía manifiestas las vivencias respecto de este como algo externo y en parte ajeno al yo. Aparecía una dificultad en el desempeño deportivo, particularmente en grupo, debido a la diferencia física con sus pares. También mostraba un intenso bloqueo de la expresión agresiva, ligado a un profundo temor a no poder controlar los resultados de sus acciones corporales, que podían derivar en una destructividad ingobernable. Por otra parte, aunque era bien visto y buscado por sus compañeras, tenía una marcada inhibición para contactarse con ellas.

Julia,² de 16 años, encara una psicoterapia debido a dificultades alimentarias. Relata que tuvo su menarca a los 10 años y que su crecimiento físico fue intenso en corto tiempo. Dice: “Así como me ves ahora, ya era a los 10 años y medio”, lo que denota sus modificaciones corporales tempranas. A través de su expresión gestual, vocal y afectiva, se percibía el asombro y la perplejidad frente al cuerpo, como así también la paralización o “congelamiento” que le produjo, lo que pudo inferirse y corroborarse también a partir de otras manifestaciones y relatos durante el tratamiento. También se refirió a la soledad que implicó su dificultad de procesamiento, en la medida en que se sintió violentamente apartada de su grupo de pares, ya que estaba “muy lejos” de poder compartir con ella sus vivencias y temores sobre esta problemática. Dijo: “Se me adelantó de golpe”.

Este brusco lanzamiento hacia la madurez forzado por su cuerpo no solo rompía los

acomodamientos previos entre las instancias, sino que principalmente jaqueaba sus basamentos narcisísticos y sus fantasías de control, y esto se relacionaba con su conducta alimentaria alterada. Buscaba así, como es frecuente observar en las anoréxicas, librar su batalla en un doble frente. Por un lado, llevaba a cabo el combate contra la pujanza pulsional desbordante; por el otro, intentaba restañar su orgullo narcisístico herido en el intento de doblegar y dominar hasta la necesidad alimentaria, con el beneficio secundario de hacer decrecer sus formas corporales femeninas. No obstante su aparente triunfo, quedaba encerrada en una lucha continua, sin poder tramitar la situación traumática en términos de descarga, de investimentos y ligazones representacionales preconscious.

Antes de que se instalara el trastorno alimentario, a los 13 años, comenzó a tener relaciones genitales con un novio de 20, que no fueron satisfactorias ni desde la perspectiva del placer y de la primacía genital (aún no lograda), ni en la relación afectiva. En el momento en que realiza la consulta, mantenía relaciones sexuales con otro novio. Tampoco le resultaban satisfactorias, pero significaban una moneda de cambio para una relación cariñosa de sostén: trocaba su vagina para la descarga pulsional de su novio por la oreja-escucha de él para la descarga angustiosa de ella frente a la vida. Este intercambio con partes del cuerpo denotaba su aún no lograda integración del cuerpo propio, ni del otro, su necesidad de sostén y contacto corporal regresivo y su fragilidad narcisística, sostenida precariamente en ese trueque poco placentero destinado a aplacar la ansiedad. Además, reforzaba, pese al rechazo manifiesto, el control y la dependencia de sus padres, y aceptaba sus indicaciones con pasividad (comer, ir a la nutricionista, a la psicoanalista, etc.), lo que planteaba una marcada detención del proceso adolescente.

Transcribiré algunas frases del relato de otra joven que reafirman los cambios bruscos en el cuerpo. Carolina,³ de 16 años, con manifestaciones bulímicas, tuvo su menarca a los 11 años. Con respecto a esto dijo:

Entre los 10 y 12 años me daba vergüenza porque había crecido... Estaba rara... Jugaba con mis primas y me tenía que portar mejor porque aparentaba más edad... Me daba vergüenza subir al tobogán... Me sentía más grande... Todas iban en *short* y remera y yo iba con pantalones y me cambiaba en el club... Me molestaba que me dijeran cosas en la calle... Tenía miedo de que me hicieran algo... Empecé a taparme y cortarme el pelo para que nadie me vea, ni nada... ¡Vi de golpe que había crecido!... No me di cuenta cuándo fui creciendo y, de repente, ¡tenía pechos! Me molestaba en gimnasia... Cuando saltaba, me molestaba el peso y ¡empecé a odiar el cuerpo de mujer!

Existen reacciones similares, aunque de menor severidad clínica, pero no por ello menos dramáticas y angustiantes para el sujeto. Por ejemplo, es frecuente observar que luego de las dos o tres primeras menstruaciones algunas jóvenes pasan por un largo período con marcada dismenorrea o amenorrea, incluso sin que se justifique orgánicamente, lo que se puede pensar como una detención de los procesos biológicos en la medida en que los cambios no pueden ser psíquicamente aceptados y tramitados. Lo mismo ocurre con el uso de vestimentas sueltas que encubren las formas corporales, o con posiciones para disimular la turgencia de los pechos.

En los varones, un elemento inquietante es la ocurrencia inesperada de la erección y la eyaculación. El hecho de que ocurra aun no buscándola crea en ellos una vivencia de ajenidad y descontrol que los angustia. Por ejemplo, circunstancias triviales como el movimiento rítmico y los roces en los transportes, en las que alejados de fantasías eróticas “padecen” una erección e incluso la eyaculación, los desconcierta y asombra. Quedan perplejos e inermes, y esto puede acarrear diversas reacciones: desde acciones destinadas a contrarrestar la situación, hasta estados afectivos de estupor o pánico. A la sensación de descontrol de parte del cuerpo, que sienten que funciona con autonomía, se agrega el miedo a ser descubiertos por los otros con sentimientos predominantemente de vergüenza. Lo mismo ocurre frente a las poluciones nocturnas. Al no poder significarlas, las homologan con la pérdida del control vesical y tratan de ocultarlas, con el consiguiente sentimiento de infantilización y la declinación de la autoestima.

Por ejemplo, en el caso de Matías, de 13 años, estas situaciones se agudizaron. Cuando ingresó en la escuela secundaria, padecía erecciones ante la angustia de ser llamado por un profesor al frente de la clase, ya sea para exponer un tema o efectuar una ejercitación en el pizarrón. Se debatía entre tratar de disimular la erección y seguir la indicación del profesor. Frente a esto, hablaba entrecortado, casi balbuceaba, y al mismo tiempo se movía y contorsionaba, por lo que era reprendido y obtenía bajas calificaciones, que contrastaban notoriamente con las que recibía en sus pruebas escritas y trabajos prácticos. Poco tiempo después, comenzó a solicitar permiso para ir al baño, donde se masturbaba rápidamente y volvía aliviado a la clase para dar la lección. La inquietud y el desasosiego frente a la posibilidad de la erección lo mantenían en un estado casi continuo de alerta ansiosa y dañaban seriamente su autoestima.⁴

Estas situaciones de descontrol, propias de la pubertad, injuriantes narcisísticamente, que atentan contra el sentimiento de integridad y el dominio del propio cuerpo, pueden verse en una escala menos álgida y dramática en la práctica masturbatoria de los varones. Esta, más allá de otras determinaciones, estaría destinada a lograr en los albores adolescentes ese dominio y control sobre la genitalidad (cuando le pregunté a un joven paciente por qué pensaba que se masturbaba tantas veces diarias, me contestó: “Estoy domando mi pito”). Al mismo tiempo, se trata de incluir los genitales y su funcionalidad en el esquema corporal actual. Es por ello, quizás, que podría explicarse, según estudios estadísticos y encuestas sobre sexualidad, que los varones parecieran masturbarse en mayor número y con más frecuencia que las mujeres, ya que la masturbación no estaría regida tanto por la consecución del placer erótico sino más centrada en la búsqueda del autodomínio de los genitales.

Otra situación que frecuentemente se torna traumática es la de los comienzos de la práctica genital. En niñas con un desarrollo temprano suele ocurrir que, ante el crepitar pulsional, luego del desconcierto y extrañamiento inicial que tienden a retraerlas, se vuelcan a la actividad sexual con la expectativa de solventar el desequilibrio mediante la descarga y el teñido de fantasías románticas idealizadas muy alejadas de la realidad de su compañero. Dado que no se dieron los procesamientos psíquicos concomitantes, ni se

arribó a la primacía genital, estas fantasías revisten el carácter de una actuación. Cuando la práctica genital es llevada a cabo, y en tanto no se cumplen las expectativas idealizadas, se incrementa el desajuste con el cuerpo y también la angustia y el displacer, con lo que la situación se torna traumática y se tienden a fijar disfunciones sexuales, como en el caso de Julia (véase más arriba, p. 58). Esta cuestión se agrava cuando se trata de episodios sexuales traumáticos (por ejemplo, los planteados por Phyllis Greenacre en las niñas),⁵ violaciones y/o involucramientos grupales o con parejas sexuales perversas.

Otra situación que generalmente deviene traumática y conmueve lo narcisístico es la ocurrencia de un embarazo antes de los 16 años. Es impactante observar que con frecuencia los jóvenes no tienen noción ni dimensión de la situación que enfrentan, y conocerla los sume en un estupor paralizante o en una confusión ansiosa, con creciente desestructuración y tendencia al *acting out* y ostensibles contenidos omnipotentes. En las jóvenes, el desconocimiento del cuerpo y la carencia de representaciones psíquicas adecuadas se traducen en un no registro de sus alteraciones corporales por el embarazo, e incluso en su desmentida. Es frecuente que confundan el embarazo con modificaciones propias de la pubertad o atribuyan los síntomas a desajustes de salud aunque esté avanzado. Es común, incluso, que el embarazo no sea detectado por un ginecólogo u obstetra sino en una consulta médica de otra especialidad.

Rita,⁶ de 14 años, fue un caso extremo. Tuvo vagas sensaciones de malestar durante cierto tiempo. Un día, se sintió descompuesta, con vómitos y cólicos, por lo que no concurrió al colegio. “Me cayeron mal los ñoquis que comí ayer”, creyó. Su madre salió a comprarle una gaseosa, y al volver, la increpó: “¿Qué hacés con esa muñeca?”. De inmediato, descubrió de qué se trataba. Sin darse cuenta, Rita había parido a un bebé prematuro de 6 meses de gestación y 1 kilo de peso. Su relato es más con gestos que con palabras; transmite que se mojó entre las piernas y sintió muy vagamente la presencia del bebé. Estaba atónita, perpleja. Al ser interrogada sobre cómo cortó el cordón umbilical, dice que tenía los útiles escolares al lado y tomó la tijera. Gesticula cómo lo hizo. No había registrado ningún cambio ni sensación que la hicieran sospechar de su embarazo.

Al quedar internada, pensaba que volvería enseguida a su casa. No se conectaba con el bebé ni dimensionaba su situación actual, ni mucho menos la futura. Su única preocupación era volver pronto al colegio y ver a su novio de 17 años, a quien temía perder. Su madre llamó al novio por teléfono ese día y secamente le dijo: “Sos padre”. Llamativamente, la madre de Rita se acercaba a la cunita en la sala de terapia intensiva con un arrobamiento y una exaltación poco frecuentes en estos casos. Se comportaba como quien recibió un inesperado regalo. Sin tener noción del riesgo del bebé, ni del estado de su hija, hacía planes a futuro. “Pronto lo llevaremos a casa”, decía.

Pudo saberse luego, por la información que brindó su ex esposo, que la señora había dado a luz a un bebé a término a los 14 años, pero su hermana mayor y el médico que la asistió hicieron un acuerdo para engañarla: le dijeron que había muerto al nacer cuando en realidad había sido dado en adopción. Rita no conocía esta historia, constituía un

secreto familiar.

Expongo este material clínico para resaltar no solo los elementos en torno a la situación traumática que puede revestir el embarazo adolescente, sino también la potencialidad traumática que puede ejercer lo transgeneracional en el psiquismo de un joven. Si bien, como se ha señalado,⁷ la adolescencia opera como un revelador de las adquisiciones narcisísticas tempranas, es evidente desde la clínica que se trata también del momento en que se reeditan situaciones traumáticas transgeneracionales que el joven desconoce. En el caso de Rita, es claro que, además de su problemática personal, repetía la situación traumática enquistada de su madre. El hijo que desconocía era, para ambas, la restitución del que fue robado en el pasado, del bebé que no murió, donde los elementos mágico-omnipotentes dominaban, al servicio de restañar la herida narcisística de la madre, en un estado de confusión de los sujetos y sus cuerpos, y en un “sin tiempo” donde pasado y presente se fundían. La situación traumática de la madre, enquistada y silenciada, había pasado a formar parte constitutiva del psiquismo de su hija, como una identificación transgeneracional alienante, en tanto regida por la historia de otro, lo que implica una desmentida de la alteridad, de la diferencia generacional y del tiempo.

Los casos clínicos fueron incluidos para ejemplificar la cualidad traumática que dificulta la integración y progresión de esos cambios. Cuando los cambios puberales comienzan *temprano*, de manera *brusca*, *intensa* y en *corto lapso*, generan esa *Blitzkrieg* —al decir de André Green—. El desborde afectivo irrumpe violentamente, anega el aparato psíquico, dificulta los circuitos de procesamiento establecidos y las estructuras productoras de sentido, mina el narcisismo trófico y el sentimiento de identidad; es decir, lo traumático ataca lo modular del aparato psíquico en diversas funciones y estructuras. Sin duda, la magnitud del desajuste y las características que revista dependerán de la historia singular de cada sujeto, de la cualidad de sus adquisiciones tempranas, de los basamentos narcisísticos establecidos, de sus posteriores procesamiento y de su entorno familiar y social.

Quiero destacar otro procesamiento clave —además de los tempranos— para el devenir de la adolescencia: cómo se instituyó y desarrolló el período de Latencia.⁸ En tanto pueda consolidar una relación intersistémica fluida, que posibilite la descarga por vía de la sublimación (con la concurrencia de otros mecanismos), y no centrada en la formación reactiva y la represión (que constriñe, rigidiza y empobrece por el desgaste contracatóctico), se producirá la ampliación y el fortalecimiento del yo, en particular en la diversificación de canales de expresión y descarga, los anudamientos relacionales e institucionales, la ampliación del pensamiento y el lenguaje, y fundamentalmente en la articulación y funcionalidad del preconsciente.

Cuanto menos asentada se encuentre la organización previa, menos recursos tendrá el joven para enfrentar el embate puberal. En casos extremos se generarán desorganizaciones diversas, con predominio de las actuaciones violentas y antisociales o la psicosis puberal en los varones, y de la frenética entrega a la práctica genital o los

trastornos alimentarios como la anorexia nerviosa en las mujeres.⁹

Como han señalado numerosos autores, el psiquismo tiende al otorgamiento de sentidos y a la representación, la cual incluye —para Green— el plano de la fuerza además del plano del sentido, lo que la diferencia de la representación filosófica y del significante lingüístico. Green postula una teoría generalizada de la representación, a partir de las relaciones de la psique con a) el cuerpo, b) el mundo y c) el otro. De su relación con el cuerpo, surge la pulsión —ella misma un representante—, una delegación de la fuerza en el psiquismo nominada *Psychische Repräsentanz*, representada a su vez por el afecto y distinta del representante-representativo (*Vorstellung-repräsentanz*). De su relación con el mundo, desde la búsqueda de placer y satisfacción, surge la representación de cosa como huella mnémica dejada por la experiencia de satisfacción que ha aportado el objeto, por lo que recibe su inscripción en ella y posibilita una ligadura a la pulsión. De su relación con el otro semejante, en tanto ser parlante inmerso en la cultura, se posibilita la representación de palabra, a lo que se agregan los “juicios que en él representan la realidad”, al decir de Freud, es decir, representaciones de la realidad. Green resalta de este modo la existencia de diferentes formas de representación, así como la posibilidad de que la representación de cosa se articule con la pulsión y el lenguaje a la vez.¹⁰

Durante la pubertad, a partir del incremento pulsional, de las modificaciones corporales y de la genitalización, el psiquismo se ve llevado a reformular sus representaciones en los tres niveles antes señalados para encarar ese plus sin significar, es decir, para realizar un trabajo de reinscripción de lo previo y de inscripción de lo aún no representado. Este trabajo se dificulta o se traba cuando la pubertad es temprana, brusca, intensa y en corto plazo, e incluso puede verse impedido, como se infiere de los casos clínicos expuestos. La pubertad se plantea para el joven en una encrucijada en que la pulsión se descarga o se logra derivarla mediante el procesamiento representacional y su inclusión en encadenamientos de sentido; en otros términos: acto o representación, como polos extremos. Debe tenerse en cuenta que la representación y su enlace con el lenguaje no siempre alcanzan para derivar la presión ejercida por lo pulsional, y así es que surgen las actuaciones o los trastornos comportamentales. De este modo, vemos en proporciones variables aspectos representados y otros descargados en el acto.¹¹

Por último, la lentitud y una marcada postergación del cambio corporal también provocan un estado de desequilibrio narcisístico, con aislamiento y relativa pérdida de la autoestima, aunque sin generar la estridente conmoción desbordante que previamente destaqué para la problemática opuesta. Los pares suelen contribuir negativamente, en especial por los ataques reiterados (encubiertos, a veces, como bromas o chistes) e incluso por vejaciones y/o amedrentamientos. Mediante estas conductas, los pares manifiestan activamente lo que sufrieron antes de manera pasiva por parte de los que ya eran “grandes”; al mismo tiempo, expulsan de sí (a través de una identificación proyectiva) los aspectos más infantiles rechazados (que los alejarían de los “grandes”), representados por el cuerpo poco o nada desarrollado de los “chicos”, que los instituye

en objeto de burla y exclusión, generalmente condensado en motes y apodos desvalorizantes.

Para los jóvenes cuyo desarrollo se produce más tardíamente, la vivencia suele ser de extrañeza por la “demora”, con un incremento de la inquietud a medida que transcurre el tiempo. Tal fue el caso de Carla, de 14 años, cuyos padres solicitaron la consulta por su progresivo encierro y falta de desarrollo. Se presentó apocada y callada, pero de a poco pudo desplegar sus inquietudes. Era una joven vivaz, inteligente, agraciada y activa, que había tenido buen contacto afectivo y relacional con adultos y pares, pero se había ido apagando y aislando. “A medida que las otras se desarrollaban, y yo seguía chica”, explicó. Fue insensiblemente apartada por las compañeras y se aisló de su grupo en la medida en que había inquietudes, preocupaciones, situaciones, proposiciones, salidas, etc., que no podía compartir. En paralelo, comenzó a preguntarse con ansiedad por su “pubertad demorada”, lo que la llevó luego a ocultas angustias hipocondríacas por su cuerpo y su porvenir (por ejemplo, se preguntaba si podría realizar el coito y/o procrear, o si quedaría “petisa” o con “cara de nena”). Era la única de su división en la escuela que aún no había menstruado y esperaba ese hito con ansiedad, ya que podía significar “el pasaporte para estar en otra” y un apaciguamiento de la angustia en torno a su cuerpo. Sus datos históricos, el informe médico y las entrevistas diagnósticas no indicaban ninguna alteración considerable ni una inhibición de su desarrollo. Se trataba tan solo de que tenía otro ritmo o tiempo. No obstante, pese a que su situación se encuadrara dentro de la “normalidad”, esto no amenguaba su angustia, ni resolvía su conflicto, ni modificaba su autoimagen, que se había alterado por el impacto a nivel narcisístico que le provocaba tener un crecimiento puberal a “destiempo” del resto de sus pares. El desasosiego por la pérdida de los referentes que esto le significaba era similar, aunque por un motivo manifiesto opuesto, al observado en Julia o Carolina.¹²

El desarrollo tardío suele tornarse en intensas ideas persecutorias de ser diferente, un “caso raro” que “no va a crecer”, y en una preocupación por el futuro como adulto, con marcados sentimientos de inferioridad y vergüenza, y la consecuente autodesvalorización y pérdida de autoestima que señalan la tensión entre el yo y el ideal, así como la injuria narcisista operante. La actitud de los pares agrava esta situación, ya que con sus dichos y hechos (desde el apartamiento manifiesto hasta la exclusión radical) reactivan el narcisismo herido e incrementan la devaluación de la estima de sí (lo que tiende a constituirse en “síndrome del patito feo”).

III. SOBRE ADOLESCENCIA, DUELO Y A POSTERIORI

Procuremos más ser padres de nuestro porvenir que hijos de nuestro pasado.

MIGUEL DE UNAMUNO

INTRODUCCIÓN

En el presente trabajo me abocaré al concepto de duelo y a su teorización en nuestro medio como aspecto central en la problemática adolescente.¹ Sabemos que el decurso de la adolescencia involucra una serie de modificaciones que se producen en el psiquismo y en las relaciones con su medio (humano y ambiental) a partir de la maduración física y genital. La pregunta por responder es, en relación con los intensos cambios que se producen en ese período: ¿qué es lo que se duela? O, dicho en otros términos, ¿qué es lo que duele y apenas perder de lo anterior? Esto se liga con las siguientes preguntas: ¿qué es lo nuevo?, ¿cómo se produce este pasaje de lo infantil a lo juvenil?, ¿qué se proyecta hacia la adultez? Cabe agregar a esta cuestión si los cambios evolutivos en la adolescencia son diferentes a los de otros períodos.

REVISIÓN BIBLIOGRÁFICA

Quizá la primera referencia al papel que la aflicción cumple en la adolescencia es la que realizó Nathan Root,² por sugerencia de Berta Bornstein, ligada al desprendimiento afectivo de los padres y a la orientación hacia nuevos objetos, de acuerdo con lo que postulaba Sigmund Freud.³

Un año más tarde, Anna Freud, en su clásico trabajo sobre adolescencia,⁴ relaciona las dificultades en el tratamiento de los jóvenes y las que se presentan en pacientes que están en duelo o que han sufrido un infortunio amoroso reciente. Hace hincapié en la similitud emocional y comportamental. Ambos casos

son estados emocionales en los que la libido del individuo está totalmente comprometida con un objeto de amor real del presente o del pasado inmediato; el dolor mental es el resultado de la difícil tarea de retirar la catexia y renunciar a una posición que ya no ofrece posibilidades de retorno del amor, es decir, de gratificación.

[...] También el adolescente está empeñado en una lucha emocional de extremada urgencia e inmediatez. Su libido está a punto de desligarse de los padres para catectizar nuevos objetos. Son inevitables el duelo por los objetos del pasado y los amores afortunados o desafortunados.⁵

Poco después, cuando Peter Blos desarrolla la fase de la adolescencia, refiere que está

ligada a dos temas dominantes, a saber: la revivencia edípica positiva y la desconexión con los primeros objetos de amor. Agrega que se puede describir esta fase en términos de dos amplios estados afectivos: duelo y enamoramiento.

El trabajo de duelo [...] es una tarea psicológica importante en el período de la adolescencia (Root, 1957). La elaboración del proceso de duelo es esencial para el logro gradual de la liberación del objeto perdido; requiere tiempo y repetición. Similarmente en la adolescencia la separación de los padres edípicos es un proceso doloroso que únicamente puede lograrse gradualmente.⁶

Reseña luego la contrapartida de este fenómeno, dado por la capacidad de enamoramiento de los jóvenes. Más adelante, relaciona el duelo con la pérdida objetual del padre edípico y dice que “esta pérdida es más definitiva e irrevocable que la que ocurre al final de la fase edípica”.

Edith Jacobson caracteriza la adolescencia como

el período entre la triste despedida de la infancia y un gradual, ansioso y esperanzado pasaje de barreras a través del camino que permite la entrada al todavía desconocido país de la adultez. [...]

[El adolescente] *no solo debe desligarse de los objetos y limitaciones infantiles, sino renunciar a sus anteriores placeres y metas*, así como prepararse para su adultez, lo que requiere una completa reorientación, que lleva a enérgicas transformaciones estructurales, a una redistribución catéctico-económica y a una drástica recomposición de toda la organización psíquica.⁷

En el capítulo siguiente, agrega:

Ahora los deseos hostiles y sexuales incestuosos deben ser finalmente abandonados. Además, las ligaduras afectivas que el adolescente tiene con sus padres deben también haber cedido [...]. Esta es la causa de sus reacciones de pesar, que no tiene paralelo en la infancia. Lo que hace esta tarea emocional más difícil aún es el hecho de que implica, además, un definitivo y final abandono de la dependencia práctica y emocional con sus padres.⁸

Tres años después, Peter Blos reitera la relación entre el afecto concomitante al desligamiento de las representaciones parentales infantiles y el trabajo de duelo, que se desarrolla paralelamente con el júbilo de sentirse independiente del progenitor interiorizado. Señala también los estados transitorios de exaltación, egolatría y ensimismamiento, producto de la transitoria inundación libidinal del *self*, hasta su reconexión con nuevos objetos.⁹

En nuestro país y en América Latina, los trabajos de Arminda Aberastury y colaboradores relacionaron la adolescencia con el duelo desde otra perspectiva.¹⁰ Se refieren en primer lugar al carácter invasivo que las modificaciones corporales y las exigencias ambientales tienen para el adolescente, y el modo en que esto “lo lleva como defensa a retener muchos de sus logros infantiles, aunque también coexiste el placer y el afán de alcanzar su nuevo estatus”,¹¹ así como el refugio en su mundo interno. Añaden que los cambios en los que el niño pierde su identidad implican la búsqueda de una nueva.

Según los autores, la modificación del joven es lenta y

ninguna premura interna o externa favorece esta labor, pues como toda elaboración de duelo, exige tiempo para ser una verdadera elaboración y no tomar las características de una negación maníaca. La patología de estos duelos emparenta la adolescencia con la psicopatía, y en ambas la conducta de los padres puede favorecer o no las negaciones, en cualquiera de los tres planos o en los tres. La pérdida que debe aceptar el adolescente al hacer el duelo por el cuerpo es doble: la de su cuerpo de niño a partir de la aparición de los caracteres sexuales secundarios y el abandono de la fantasía de doble sexo implícita en todo ser humano como consecuencia de su bisexualidad básica.¹²

Además, añaden, “la elaboración del duelo conduce a la aceptación del rol que la pubertad le marca. Durante el duelo surgen defensas cuyo fin es negar la pérdida de la infancia”.¹³

Los autores sostienen que, cuando el adolescente puede aceptar los aspectos infantiles y adultos, es capaz de oscilar en la aceptación de sus cambios corporales y surge así de manera paulatina una nueva identidad. “Este largo proceso de búsqueda de identidad ocupa gran parte de la energía y es la consecuencia de la pérdida de la identidad infantil que se produce cuando comienzan los cambios corporales”, subrayan.¹⁴ Más adelante, reiteran que las modificaciones en el cuerpo promueven “la estructuración de un nuevo yo corporal, la búsqueda de su identidad y el cumplimiento de nuevos roles; así como una nueva forma de relación con los padres”, y precisan que el adolescente “tiene que dejar de ser a través de los padres para llegar a ser él mismo”.¹⁵ Insisten luego en la actitud de los padres, que pueden trabar la labor de duelo debido a la incompreensión de las oscilaciones conductuales en el eje dependencia-independencia.

Es quizá más claro (aunque no del todo coincidente con Aberastury) lo que Mauricio Knobel dice al respecto:

Siguiendo las ideas de Aberastury podemos decir que el adolescente realiza tres duelos fundamentales: a) el duelo por el cuerpo infantil perdido, base biológica de la adolescencia, que se impone al individuo, que no pocas veces tiene que sentir sus cambios como algo externo frente a lo cual se encuentra como espectador impotente de lo que ocurre en su propio organismo; b) el duelo por el rol y la identidad infantil, que lo obliga a una renuncia de la dependencia y a una aceptación de responsabilidad que muchas veces desconoce, y c) el duelo por los padres de la infancia, a los que persistentemente trata de retener en su personalidad buscando el refugio y la protección que ellos significan, situación que es cómplice por la propia actitud de los padres. [...] Se une a estos duelos el duelo por la bisexualidad infantil también perdida. Estos duelos, verdaderas pérdidas de personalidad, varían acompañados por todo el complejo psicodinámico del duelo normal y en ocasiones, transitoria y fugazmente, adquieren las características del duelo patológico.¹⁶

Octavio Fernández Mouján define la adolescencia, desde la perspectiva del duelo, “como un período donde se viven las vicisitudes de pérdidas manifestadas en todas las áreas de relación: con el cuerpo, con los objetos externos (familia y medio ambiente) y con los objetos internos (las identificaciones y sus configuraciones)”.¹⁷

Destaca:

Al tener que dejar el yo determinados vínculos objetales y esperar la nueva organización vincular, el esperar opera sobre un espacio confusional, que genera tres tipos clásicos de ansiedades: 1) de persecución, 2) depresivas, ligadas a las fantasías sobre la pérdida, de ser atacado o de haber atacado, como también de perder una estructura y transitar por un espacio incierto, lo cual agrega 3) otra ansiedad muy importante en este

proceso de duelo, ligada a vivir la identidad en crisis y que suele manifestarse como despersonalización, extrañamiento y desorientación, la ansiedad confusional.

[...]

El duelo adolescente no es un duelo “puro”, que supone una pérdida y un nuevo vínculo objetal. Durante la adolescencia la pérdida coexiste con un “renacer” [...]; no solo se vive una pérdida y su consecuente desplazamiento de la libido objetal hacia el yo, sino que hay un desplazamiento de la libido narcisista hacia nuevos objetos, requeridos no por la pérdida, sino por la nueva configuración yoica desarrollada.¹⁸

Este autor liga el duelo a tres etapas de la adolescencia. Durante la pubertad, el duelo se centra en el cuerpo, sobre dos pérdidas: la del cuerpo físico tangible y la del esquema corporal que incluye la idealización del cuerpo adulto esperado. A los 15 años el duelo se centra en el yo psicológico, es decir, en las identificaciones y la función imaginativa y pensante. La última etapa adolescente se caracteriza por el desplazamiento hacia nuevos objetos y supone el logro de una identidad básica que posibilita al sujeto el estar solo. Fernández Mouján relaciona estas tres fases con los tres períodos del duelo, según Bowlby, a saber: el de protesta, el de desesperación y el de desapego y búsqueda de nuevos objetos. También señala una coincidencia entre los tres momentos del duelo y los tres períodos adolescentes: “En la pubertad prima el retiro del objeto; en la mediana adolescencia predominan las tendencias narcisistas, la idealización yoica, las ilusiones y la participación en identidades grupales o totalidades; en el final de la adolescencia encontramos la vuelta al ‘objeto externo’”.¹⁹

REVISIÓN CRÍTICA

En los autores extranjeros que he reseñado hasta aquí, prima una concepción freudiana del duelo, ligada a la renuncia a los objetos primarios de amor, y su concomitante afectiva. Es de resaltar que Blos señala que estar enamorado es un estado coetáneo del duelo, lo que marca esta peculiaridad adolescente de “dejar y tomar” al mismo tiempo. Algo similar plantea Jacobson al hacer referencia a que no solo hay cierta tristeza por el alejamiento de la infancia, sino también júbilo por la paulatina concreción de la esperanza de ser adulto, y que el énfasis está más en lo que progresa y desarrolla, que en lo que se pierde. Sin embargo, aunque Blos se explaya más que Jacobson en este sentido, ninguno centra sus formulaciones en el duelo, sino que lo consideran un componente de una compleja serie de modificaciones y resoluciones ante novedosos conflictos.

En cuanto a las formulaciones de Aberastury y colaboradores, es importante señalar que no definen su concepto de duelo; no es claramente una postura kleiniana, ni es tampoco freudiana. Si nos atenemos al esquema del duelo de Freud, desde lo económico, con sus tres momentos (decatectización, vuelta hacia el yo y recarga de nuevos objetos), no pareciera cumplirse en los duelos propuestos por los autores, pues estos momentos no son sucesivos, sino en general simultáneos (por ejemplo, la coexistencia de conductas y sentimientos de identidad infantiles y adultos, o la vinculación con nuevos objetos, sin haber renunciado completamente a los primarios). Tampoco definen explícitamente a qué

aluden con cada duelo, ni cómo es el proceso de elaboración por el cual gradualmente se accede a la adultez, ni qué entienden por cuerpo infantil, rol infantil y padres de la infancia.

Es evidente que, para ellos, lo central del duelo es la pérdida, y frente a esto podemos preguntarnos, por ejemplo, sobre el duelo por el cuerpo infantil: ¿por qué el adolescente significa su cuerpo cambiante necesariamente como pérdida? ¿O es que acaso no observamos, en la generalidad, que el crecimiento y la maduración puberal son ansiosamente deseados, esperados y recibidos con júbilo? Algo similar podría plantearse con los otros dos duelos.

Además, en lo que al duelo por el cuerpo se refiere, según los autores, el joven tiene que aceptar una doble pérdida: la de cuerpo de niño y la fantasía de bisexualidad; la primera parecen referirla más bien al cuerpo concreto y tangible, no a su representación psíquica, mientras que la segunda se refiere a un orden diferente, una fantasía. Ambas, no obstante, declinan para ellos desde la maduración física, lo que hace un tanto confusa la propuesta. En cuanto al segundo duelo, enfatizan la búsqueda de una nueva identidad que reemplace la perdida. Pero, si lo que caracteriza el sentimiento de identidad en el sujeto es continuar siendo él mismo aun en el cambio, ¿cómo es que se pierde una identidad y se “deambula” hasta la adquisición de otra? De ser así, todos los adolescentes atravesarían por un largo período psicótico, ya que han perdido su noción de identidad, y es claro que eso no es lo que habitualmente observamos.

Ahora bien, volviendo a Freud, el desenlace de una pérdida promueve la identificación en el yo con el objeto perdido; pero, desde esta perspectiva, ¿podemos imaginar a algún joven identificado con su cuerpo o identidad infantiles como un resultado normal de su adolescencia? No parece ser este el desenlace.

Fernández Mouján se centra en la pérdida en la adolescencia y señala que abarca todas las áreas; en este caso, la pregunta es: ¿cómo sobreviven los jóvenes a tan intensa y devastadora sensación de pérdida? Si bien son discutibles las pérdidas en el cuerpo (esto es homologable a lo que he planteado respecto a los autores anteriores), y aún más con respecto a la familia y el medio ambiente, desconcierta su planteo de pérdida de identificaciones, que no aclara ni desarrolla. En cuanto a la triple dimensión de la pérdida, es claro que adscribe al planteo de León Grinberg, en tanto señala la pérdida de parte del yo; asimismo, sigue la propuesta de José Bleger, en tanto agrega la ansiedad confusional a las postuladas por Melanie Klein.²⁰

No es claro por qué, al parecer, postula un lapso entre el abandono de ciertos lazos objetales y la nueva organización vincular; de ser así, se provocaría un “vacío relacional” y, consecuentemente, de objetos catectizados, lo que implicaría un estado psicótico que duraría tanto como la adolescencia. Tampoco aclara ni justifica cómo se arribaría a la nueva organización vincular ni por qué la espera se produce sobre un espacio confusional, lo que nuevamente remite a una imagen caótica de la adolescencia que no coincide con lo observable.

En cuanto a la superposición del esquema de las tres etapas en la adolescencia con el

de tres etapas del duelo observado por Bowlby (en niños pequeños frente a pérdidas objetales importantes como la de los padres), no aparece justificado teóricamente, ni esclarecidas las reglas de correspondencia, ni su utilidad. Por ejemplo, Fernández Mouján dice que en la etapa de protesta, para Bowlby, “el yo trata de recuperar el objeto perdido y se queja de lo acontecido, se muestra irritable, inquieto y decepcionado”.²¹ ¿Cómo se relaciona con la propuesta del púber? ¿Él entiende esta propuesta no como un enfrentamiento con los padres, o como un producto de la regresión pregenital, o como una defensa frente a la madre arcaica, sino como una reacción al cuerpo infantil y esquema corporal perdidos? Y, en ese caso, ¿qué agrega para esclarecer en cuanto al duelo o en cuanto al conocimiento de la pubertad?

Además, su correlación final de las tres fases de la adolescencia con los tres momentos del duelo para Freud es parcialmente válida. En la pubertad priman el distanciamiento físico y el rechazo reactivo de los objetos primarios; si esto es lo que el autor entiende por retiro del objeto, es cierto. Pero no lo es si se refiere a su decaetización, que es posterior, como parte del desenlace edípico que ocupa la adolescencia media. El incremento narcisista o la participación grupal no son solo exclusivos ni predominantes del segundo período, así como el hallazgo del objeto al que se refiere Freud sea característico de la última (supongo que alude a ese objeto, puesto que objetos externos nuevos aparecen a lo largo de toda la adolescencia y también de la vida).

En resumen, los duelos propuestos no se atienen a las características señaladas por Freud ni en su movimiento catéctico, ni en lo objetal, ni en lo identificatorio. Tampoco serían duelos desde el esquema kleiniano, ya que este se centra en la revivencia de la pérdida del pecho y en la etapa depresiva, a la que curiosamente Aberastury, pionera de dicha corriente en nuestro país y en América Latina, no alude. No parece coincidir tampoco, por otra parte, con la observación de la adolescencia.

Quisiera destacar que, con posterioridad a los trabajos iniciales, se hipertrofió el valor de los duelos mencionados. El duelo ocupó entonces el lugar central en las formulaciones teóricas y clínicas sobre la problemática adolescente, al punto que se lo señalaba casi como un axioma o postulado que se daba por aceptado y desde el cual se partía. Esta situación esquematizó y empequeñeció el pensamiento de Aberastury sobre el tema, como puede constatarse en sus otros trabajos.²² A modo de ejemplo, en su último trabajo,²³ dedica al duelo solo dos de 25 páginas, mientras que se explaya con riqueza sobre la adolescencia en las restantes. Me consta su preocupación por otros aspectos, como el papel de los padres (en particular, del padre) en cuanto a la facilitación o traba del desarrollo normal del joven, los condicionamientos sociales, el ejercicio de la libertad, la importancia del pensamiento y del mundo interno, entre otros.²⁴

Quiero aclarar que mi crítica a los mencionados autores en cuanto al tratamiento del duelo no empaña el valor que sus aportaciones tuvieron en otros aspectos, ni el rol protagónico y meritorio que desempeñaron en el estudio de la adolescencia y en la asistencia clínica de los jóvenes. Es tan solo un intento de trabajar y cuestionar sus

propuestas teóricas y señalar sus déficits, es decir, una puesta a prueba.

REPLANTEOS

A mi entender, una de las dificultades en torno al tema del duelo proviene de un equívoco sobre el desarrollo: se enfatiza lo que se deja y se lo significa como pérdida. Pero el adolescente *no pierde*, sino que *cambia, se transforma*.²⁵ Si bien le cuesta dejar lo conocido (infantil), desea fervientemente lo nuevo y puja por lograrlo y ejercitarlo, tanto o más que lo que se apena por alejarse de su pasado, que sobredimensiona e idealiza a partir de las dificultades y las angustias que trae aparejadas lo nuevo. Es decir que lo infantil se modifica, complejiza y organiza bajo una nueva forma. En otras palabras, se produce una transmutación que, de alguna manera, incluye lo anterior.

La relación con los padres, la identidad, el rol y el cuerpo, si bien dejan de existir en su forma infantil, no constituyen propiamente una pérdida, sino que cambian, y este cambio de alguna manera *se basa, incluye y modifica el pasado infantil*; por lo tanto, este pasado no se pierde y, consecuentemente, no hay motivos para el duelo.

Podría decir, parafraseando la ley de Lavoisier, que nada se pierde, todo se transforma. Esta es una concepción del desarrollo radicalmente diferente de quienes postulan que

vivir implica necesariamente pasar por una sucesión de duelos. El crecimiento en sí, el pasaje de una etapa a otra, involucran pérdidas de ciertas actitudes, modalidades y relaciones que, aunque son sustituidas por otras más evolucionadas, impactan al yo como procesos de duelo, que no siempre son suficientemente elaborados.²⁶

Se observa claramente en los cambios evolutivos o en otros hechos del vivir que dejar algo o cambiar de estado no promueve malestar o pesar. Además, no solo cuenta para el sujeto lo que puede perder, sino lo que gana a cambio. Por ejemplo, si un niño concurre a un campamento, puede dudar de alejarse y perder temporariamente a sus padres, sus cuidados, seguridad y amparo, pero las actividades que va a realizar, la convivencia con compañeros y líderes, etc., o sea, la ganancia, lo impulsan y resarcen de la pérdida transitoria; por ende, la situación no es vivida con pesar y dolor, afectos propios del duelo, sino con interés e incluso júbilo, lo que no impide que recuerde a sus padres o que los extrañe.

Esta búsqueda de ganancia significa como deseable algo que se espera que provoque un incremento del placer, y que se anhele satisfacer. Desde esta perspectiva de la prima de incentivación y de placer, el sujeto motoriza el acceso a nuevas situaciones y logros que impulsan su desarrollo.²⁷ En otros términos, el niño normalmente anhela desde pequeño ocupar el lugar del adulto, al que atribuye todos los privilegios y goces; por eso, busca el progreso en los diferentes niveles. En la adolescencia, el acceso a la genitalidad y a la independencia lo fascina y resarce de cualquier posible pérdida parcial.

La creencia en la necesidad de elaborar duelos frente a los cambios (aun los más insignificantes) promueve una visualización equívoca de los jóvenes, que son tildados de actuadores que no pueden sentir las pérdidas, lo que los acerca peligrosamente a la psicopatía o a las reacciones maníacas por negación del duelo. En ambos casos se patologiza tanto una conducta normal, producto del interés por la ejercitación de lo nuevo, que Freud señalaba como placer funcional, así como el interés que la prima de placer despierta, que explica el empuje hacia lo nuevo y el desarrollo. Como he mencionado en un trabajo anterior:

Quienes se han centrado en el duelo, metafóricamente, viajan en un barco (el desarrollo) pero mirando desde la terraza de popa; ven solo la estela que deja, apartándose dolorosamente de lo conocido. No captan que, si se ubican en la proa, verían cómo surcan las aguas avanzando hacia nuevos horizontes. Y el desarrollo es las dos cosas a la vez, tanto la relativa pena por lo que se deja como la alegría de lo que se espera, de lo que se logra, de lo que se progresa.²⁸

Hoy agregaría que debe primar la alegría, pues de lo contrario hay una detención o regresión, y también que desde la popa no se puede guiar el barco hacia lo nuevo sin encallar o embestir escollos.

Por ende, en lugar de hablar del grado de elaboración del duelo por lo perdido frente a la asunción de lo nuevo, me parece más acertado utilizar como explicación del funcionamiento juvenil el modelo —propuesto por Helene Deutsch y Peter Blos—²⁹ de los movimientos oscilantes entre lo regresivo y lo progresivo que caracteriza al adolescente (más marcadamente a comienzos del período). No solo son una manera de resolver y reencauzar fijaciones previas, juntamente con las nuevas capacidades y posibilidades, sino que posibilitan incluir el pasado en el futuro, lo que sin duda minimiza la “pérdida de lo infantil”.

Retomo en este punto el problema del duelo por la pérdida del cuerpo infantil que he expuesto más arriba. Diré que para mí no hay pérdida ni duelo. Por un lado, porque el cuerpo se desarrolla desde el cuerpo infantil previo, con señales progresivas de cambio; por otro, porque las nuevas capacidades físicas, la potencia muscular, la maduración genital y consecuentemente la capacidad reproductora, así como la voluptuosidad en el uso del cuerpo y de lo orgásmico-genital, que progresivamente homologa al adolescente con el adulto, dan esa prima de incentivación y de placer que promueve hacia lo progresivo y compensa con creces lo que se deja. En cuanto a la representación psíquica del cuerpo, tampoco se pierde. Por el contrario, a partir de la percepción progresiva de nuevas sensaciones (exteroceptivas e interoceptivas), se captan modificaciones externas del cuerpo, aparecen nuevas funciones, se es visto por los otros de manera diferente, etc. Estos elementos son *significados e incorporados gradualmente*, y se va produciendo así una *parcial y continuada modificación de la representación psíquica del cuerpo*. Por eso, reitero, no se pierde la representación del cuerpo infantil, sino que esta se encuentra incluida en la transformación que sufre y que, desde otro punto de vista, le otorga continuidad en el cambio y en el tiempo. A partir de esto, de manera homóloga, podemos pensar que la identidad tampoco se pierde, sino que se transforma o complejiza, o que la

relación con los padres varía en contenidos, modos y lapsos de tiempo.

Las vacilaciones o los trastornos relativos que se observan pueden ser explicados, no en función de las dificultades para elaborar los duelos, sino en cuanto a la necesidad de incluir nuevas capacidades y funciones (por modificaciones cuantitativas y cualitativas) frente a las cuales el adolescente se encuentra desconcertado. Aún desconoce sus propias posibilidades, efectoras y placenteras, en coordinación con sus deseos y afectos, así como el equilibrio entre la aceptación y la exigencia de su medio, y el predominio yoico en la organización de su vida acorde con un sistema valorativo y de ideales cambiantes que regulen su accionar y orienten su vida. *Esta diferencia de conceptualización del fenómeno determina un abordaje radicalmente distinto en la clínica.*

Lo antedicho hace pensar que la palabra “pérdida” (que contiene un sentido pasivo, determinado por algo ajeno al sujeto) no corresponde a este fenómeno. En el joven, este alejamiento de la infancia está más precisado por el *dejar*, en el sentido de abandonar una cosa, cesar, resignar (que connota una actitud desde el sujeto, como activo en la situación). Desde esta perspectiva, el joven deja un objeto, un modo relacional, un modo de satisfacción o de descarga; en última instancia, deja su infancia para tomar lo nuevo y encaminarse hacia la adultez.

Dejar lo infantil, alejarse con una mirada puesta en el futuro, se transforma en pérdida y, consecuentemente, en traba para el desarrollo y en duelos por superar si la historia del sujeto está condicionada por las diversas vicisitudes que le ha tocado vivir (como la intensidad y/o reiteración de experiencias traumáticas) y/o por la actitud de los padres (y de la ideología familiar y social) frente a la aceptación o el rechazo de los cambios y de la vida.³⁰

¿QUÉ SE PIERDE O DUELA EN LA ADOLESCENCIA?

Para evitar que equivocadamente se interprete que no creo que haya pérdidas y duelo durante este período, pasaré a señalar lo que sí corresponde con esas vivencias y desencadena ese proceso según mi punto de vista.

En primer lugar, privilegio la reactualización edípica, por la resignificación que el advenimiento del erotismo genital y la maduración física propicia y lleva al complejo a bordear la tragedia (tanto en la vivencia interna como en la convivencia familiar). Esto urge a una resolución, la cual adquiere características diferentes a las de la realizada en la infancia.

El lugar del sujeto en tanto aceptación de la castración, y ubicado en un orden social y familiar regido por el tabú del incesto, promueve su renuncia forzada a los padres como objetos eróticos de amor, en la que siente que pierde su ligamen sexualizado infantil (tanto edípico como preedípico). Esta sí es una ardua y lenta tarea de duelo (que, en términos energéticos, se conoce como decalectización de las imagos parentales),³¹ un

proceso que está ligado con la representación psíquica de los padres y con la modalidad vincular y el contacto externo con los padres reales.

Esta tarea de duelo es difícil no solo porque se trata de los objetos más significativos y deseados que el joven tuvo y quizás tendrá en su vida, sino porque se encuentra ante dos grandes escollos. Uno deriva de que debe renunciar a los padres aun cuando están presentes, sin perder el vínculo por eso. El otro deriva de que esa renuncia del ligamen tanpreciado y anhelado debe trocarse por una relación tierna y cariñosa, deserotizada; debido a ambos escollos, por momentos pareciera un castigo similar al de Tántalo.

Este duelo se ve dificultado (como bien señalara Karl Abraham para todo duelo)³² por la ambivalencia afectiva; si los sentimientos de odio y resentimiento prevalecen, se promueve el enfrentamiento encarnizado que bordea lo criminoso o se cristaliza en un vínculo persistente y cruel. Para poder realizar la renuncia, deben ser más intensos los sentimientos amorosos, de modo tal que se neutralicen los impulsos hostiles y el amor por el progenitor del mismo sexo (más que su temor a él) promueva el apartamiento en vez del enfrentamiento. Si la falta de temor ante la amenaza parental engendrada en el joven por el conocimiento de su fortaleza y vigor (sabe que puede vencer) no se neutraliza por el amor tierno al progenitor de igual género, es inevitable el enfrentamiento a muerte, incrementado por los sentimientos hostiles, como en la tragedia de Sófocles. Esta compleja resolución se ve claramente influida y condicionada por la actitud que asumieron y asumen los padres hacia él, y entre ellos como pareja conyugal, y está determinada por sus propias vicisitudes edípicas e historia vital, así como por el encadenamiento generacional.

La situación edípica en la adolescencia no es una repetición del complejo infantil, sino que toma otra dimensión y destino a partir de la resignificación que los logros de este período promueven y desde la cual la situación difiere. La pérdida, con su consecuente duelo, es también aceptada en la medida en que, a cambio, pueda acceder al contacto genital y a la vida amorosa de pareja, socialmente posibilitada y convalidada, lo que representa la prima de incentivación y de placer que promueve el proceso.

Este duelo, como es de esperar, es lento, arduo y paulatino; en cierto sentido se cumplen los tres momentos señalados por Freud, pero mientras el conflicto es incipiente, el joven se aparta reactivamente de sus padres, predomina la conducta en lo externo y de escasa remoción intrapsíquica. Parcialmente, los padres son reemplazados por el grupo de pares, que pasa a cumplir algunas de sus funciones y que es intensamente investido y en general contrapuesto. En este sentido, hay coexistencia del nuevo objeto y del anterior aún no plenamente resignado; se fundirán el primero y el tercer momento del duelo para Freud, ¿o es que solo apoyándose en nuevos objetos y situaciones el joven puede ir parcialmente desligándose e independizándose de los padres?

De manera similar, luego, durante la adolescencia temprana, predomina la relación con amigos, en especial con “el” amigo o “la” amiga íntimos, que se instalan en el acmé de la elaboración edípica negativa como desplazamiento de la figura parental y a la vez posibilitan su renuncia y el alejamiento de ella, con la consecuente derivación de la

energía narcisista-homosexual implícita en el conflicto, al cargar de manera neutralizada el ideal del yo como instancia más diferenciada y relativamente autónoma. O sea que también en ese período hay coexistencia de objetos.

En la etapa posterior, en la cual se acomete más plenamente la conflictiva edípica positiva, también se ve con claridad la presencia de objetos heterosexuales y la práctica genital (que a veces ya había comenzado antes), al tiempo que se elabora el conflicto. Aunque aquí son más evidentes las sensaciones de “vacío”, tristeza y reactivación narcisista, producto del apartamiento y el desligamiento catéctico del objeto edípico positivo y la vuelta hacia la propia persona de la libido anteriormente ligada a ese objeto. Estos vínculos heterosexuales son en general transitorios y poco comprometidos, aunque intensamente afectivizados. Es recién después de estas paulatinas renunciaciones y pruebas cuando se produce el desenlace edípico, y en ese sentido sí aparece un nuevo tipo de posibilidad de ligarse al objeto, que sería ese “hallazgo de objeto” al que se refería Freud.³³

La fantasía de bisexualidad declina notoriamente, no tanto a partir de la maduración puberal, sino de la resolución edípica negativa. A esta se agrega, en la relación posterior de pareja heterosexual, la delegación al *partenaire* de las fantasías ajenas al propio género³⁴ (por identificación proyectiva) y la satisfacción placentera obtenida con la ejercitación genital desde el rol acorde con su género. Las resoluciones también contribuyen a las reactivaciones narcisistas y particularmente al proceso de desidealización.

Estimo que otro proceso de duelo, propio de la adolescencia, es la renuncia del niño a la imagen ideal forjada en la infancia sobre cómo sería de joven o adulto. Esto es particularmente importante en lo que se refiere al cuerpo, ya que este cambia básicamente según los determinantes genéticos y no de acuerdo con el propio deseo (o el de los padres). Esta discordancia entre lo anhelado y lo que aparece crea a veces un intenso conflicto, y su resolución implica un penoso duelo por la pérdida de un ideal de “perfección” física que la realidad contraría y que nunca se alcanzará (coincido en esto con Fernández Mouján).³⁵

También puede observarse este duelo respecto de alguna capacidad o habilidad imaginada como que iba a ser lograda con el desarrollo, y que la realidad lo muestra inoperante en esa área o carente de esos dones que iban a ser utilizados. Solo mediante una lenta resignación impuesta por la realidad que posibilita la renuncia con tristeza por lo que nunca se será, como desenlace del duelo, podrá descubrir, catectizar y consecuentemente promover y enaltecer aquellas capacidades y/o habilidades que sí se tienen. Homólogamente en el caso del cuerpo, invertir su cuerpo real y realzar sus aspectos más destacables o que se acerquen a su ideal.

Esta problemática entre lo que él quería ser (anhelo infantil), y que por momentos se cree que es (defensa megalómana reactiva), y lo que es o puede ser es responsable de muchas de las fluctuaciones anímicas propias de la adolescencia, y seguramente determinan sus reacciones de vergüenza e inferioridad, frente a sus aspectos no logrados.

Esto origina también pérdidas notorias de autoestima en su aún primitivo sistema de regulación. Asimismo, esta conflictiva es de crucial importancia en lo referente a la elección vocacional y a la inserción social.

PROCESOS CONEXOS CON EL DUELO EN LA ADOLESCENCIA

Creo importante reseñar algunos procesos propios de este período y diferenciarlos del duelo, con los que podrían ser confundidos. En primer lugar, me referiré al proceso de desidealización, tanto del *self* como del objeto, que es probablemente el proceso más doloroso por el que transcurre el adolescente. El incipiente movimiento exogámico, iniciado en el período de Latencia y fuertemente incrementado en la adolescencia, lo conecta con otras familias (otros padres y otras maneras de relación parento-filial), otros adultos, otras relaciones de autoridad, permisividad y castigos, códigos, etc. Esto le permite comparar y tomar una imagen más realista de sus padres que aquella derivada de la idealización infantil, que los tornó fantásticos y omnipotentes (o reactivamente incapaces y degradados), y que ocupó un lugar preponderante en su estructura psíquica.

Cabe considerar lo que el agudo observador y lúcido crítico Oscar Wilde ha dicho: “Los niños empiezan por amar a sus padres. A medida que crecen, los van juzgando. A veces los perdonan”. Este proceso de desilusión gradual hace que los padres caigan del lugar de semidioses en que estaban ubicados, y el adolescente los perfila entonces como sujetos con virtudes y defectos, capacidades y limitaciones, es decir, los humaniza. Se trata de un proceso de modificación de las imagos parentales, de cambio, de resignificación, no de duelo. Algo similar podríamos decir de la desidealización del *self*, en tanto, por el encuentro con los otros y el cotejo con la realidad a través de la acción, se va perfilando una representación más realista de uno mismo y se dejan de lado las representaciones omnipotentes infantiles y las fantasías megalómanas. Esta modificación de la representación de sí está influida o es conexa con el duelo por la imagen esperada de uno mismo al crecer, como mencioné anteriormente.

El proceso de desidealización está bien ligado a las vicisitudes de la reactivación narcisista, a la continuación y la consolidación del pasaje del yo ideal al ideal del yo, a la declinación en la creencia de la omnipotencia de los padres (que remite a la propia omnipotencia injuriada) y al distanciamiento de los padres como soporte narcisista a partir de la confrontación y la prueba a que somete la realidad, más que a un proceso de pérdida y su procesamiento como duelo.

Este proceso de desidealización (tanto del *self* como del objeto) para centrarse en el logro de objetivos, en el cumplimiento de metas, en el cotejo con un ideal perseguido, junto con el apartamiento de la utilización de los padres como sostén y suministro narcisista que gradúa la autoestima, posibilitan gradualmente que el joven en la prueba de la acción descubra lo propio, lo singular de sí, lo que lo va distinguiendo de su familia, de su grupo. Avanza así en el doloroso desasimiento de la autoridad parental de la que

hablara Freud.³⁶ Es decir que el crecimiento implica una resignificación y disolución de la omnipotencia infantil, cuya compensación es acceder al placer y las prerrogativas de los adultos, que resarcan de la injuria narcisista al yo ideal declinante.

Podrá parecer que en lo anterior hay una contraposición entre duelo y resignificación, pero no es esa mi intención. Quizá, en cierto sentido, puede entenderse el proceso de duelo como una resignificación a posteriori, en tanto la pérdida del objeto promueve una reestructuración y reevaluación de la relación con uno mismo, pero además implica procesos que le son propios (resignación y decatectización del objeto, reconexión con otros objetos e identificación). Asimismo, podrían plantearse otras formas peculiares de resignificación, que se procesen de manera diferente, como en el caso de las estructuras de origen narcisista.

El proceso de desidealización corresponde a un proceso de resignificación a posteriori en la medida en que es desencadenado por “acontecimientos y situaciones, o por una maduración orgánica que permiten al sujeto alcanzar un nuevo tipo de significación y reelaborar sus experiencias anteriores”.³⁷ Es probable que en este proceso contribuya lo que Freud denominó “juicio de condenación” (también traducido como juicio adverso).³⁸ Dice en referencia a Juanito: “sustituye el proceso de la represión, que es automático y excesivo, por el ‘dominio’ [*Bewältigung*], medurado y dirigido a una meta, con auxilio de las instancias anímicas superiores”.³⁹ En Juanito, “la esperanza de volverse mayor, expresada desde el principio por la idea de que su pene —‘con sus raíces en el cuerpo’— aumentaría de tamaño, constituye uno de los mecanismos concretos, mediante los cuales el yo se desprende del conflicto edípico y de la angustia de castración”,⁴⁰ según la idea que de este mecanismo aporta Daniel Lagache⁴¹ en relación con la cura.

También podría considerarse de utilidad el concepto de mecanismo de desprendimiento,⁴² introducido por Edward Bibring, como utilizado por el yo, diferenciado del intento de descarga en la abreacción y de los intentos de reducir la tensión y alejar el conflicto como en la operancia de los mecanismos defensivos: “Su función es disolver la tensión gradualmente, cambiando las condiciones internas que la originan”.⁴³ Ese concepto, retomado y ampliado por Lagache, constituye “un pasaje de un modo de funcionamiento mental a un otro. El ejemplo más clásico es el pasaje de la repetición actuada a la rememoración pensada y hablada”. Alude luego a otros ejemplos, como el pasaje de la disociación a la integración o la familiarización con las situaciones fóbicas. Señala que la operación defensiva queda neutralizada/sustituida por las operaciones de desprendimiento, las que

hacen un llamado a la inteligencia, en el sentido en el cual nosotros la caracterizamos, por el ajuste a las situaciones nuevas y la recomposición estructural del campo psicológico; nosotros nos reencontramos con Sigmund Freud, quien, en los raros pasajes en que aborda este problema, hace intervenir el juicio inteligente y la elección voluntaria, los argumentos lógicos, la libertad de decisión.⁴⁴

Sus consideraciones lo llevan a distinguir entre un yo constituido,

agente de las operaciones defensivas, automáticas e inconscientes, motivadas por el ello y el superyó y que persiguen la reducción urgente de los afectos desagradables y de las tensiones penosas, y un yo que se está constituyendo, que se diferencia por su resistencia a las tensiones y a la repetición, tiende a la realización de las posibilidades del sujeto, pone en juego las más altas formas de la actividad consciente, [...] le permiten afirmar su autonomía con relación al yo constituido y proceder a una recompostura estructural del campo psicológico en una acción a la vez destructora y reconstituyente.⁴⁵

Lagache vuelve sobre estos conceptos al referirse al cambio en el proceso analítico: se pregunta si estos mecanismos no están en juego en los efectos de la interpretación y en el resultado del psicoanálisis.⁴⁶ Con respecto a lo que plantea este autor, se puede pensar que mientras se considere la idealización como un proceso defensivo, su proceso inverso, la desidealización, se correspondería con los procesos de desprendimiento, cuyo accionar no ha sido claramente definido ni metapsicológicamente explicado, al igual que el juicio de condenación; no obstante, sin duda se diferencian del duelo y de la abreacción. Desde esta perspectiva, la desactivación del proceso defensivo de idealización no da lugar al duelo, así como esto tampoco ocurre en el levantamiento de la represión o en el cese de una formación reactiva, según la conceptualización freudiana.

Podría pensarse la novela familiar, aparte de sus raíces en la situación edípica, no solo como un proceso defensivo derivado de la comparación con otros padres, de las frustraciones o desilusiones que ocurren en los pequeños sucesos de la vida, del sentimiento de ser relegado o de no ser correspondido, sino también como una formación defensiva que perpetúa la creencia en padres idealizados (omnipotentes) y en ciertos ensueños diurnos, en la medida en que mantienen la propia idealización frente a las limitaciones e injurias de la realidad. Vemos que estas dos formaciones declinan durante la adolescencia, tanto en su eficacia como en su frecuencia. Serían como estaciones intermedias en el proceso de desidealización, que intentan conservar los resabios narcisistas tempranos que la prueba de realidad socava, para relegar finalmente dichas fantasías y que emerjan en el soñar.

Otro aspecto importante es el cambio que se opera en el eje temporal, que adquiere otro sentido a partir de la adolescencia. Los cambios intensos y bruscos que enfrentan al joven, la concomitante acomodación a ellos, la remodelación de sus estructuras psíquicas y en particular de la representación de sí mismo hacen que adquiera otra noción de su historia, de la irreversibilidad del tiempo y, por ende, de la irrecuperabilidad de su pasado. Esto promueve cierta añoranza, que puede ser confundida con el duelar por su aparente similitud fenoménica.

En el tránsito adolescente juega un rol preponderante, para el logro exitoso o fallido de su misión, el trabajo de puesta en memoria (permanencia de invariantes basales) y puesta en historia⁴⁷ (reorganización de situaciones y otorgamiento de nuevos sentidos), un *après-coup* mediante el cual un pasado, irrecuperable como tal, continúa existiendo psíquicamente, y otorga el sentimiento de identidad pese a los cambios, en una concatenación donde la fugacidad del presente se proyecta en un futuro altamente catectizado. Esto tiene lugar a través de una tarea de historización de una autobiografía siempre inconclusa y en revisión, producto de un yo (*self*) que “no puede ser y devenir

más que persiguiéndola desde el comienzo al fin de su existir”,⁴⁸ lo que alcanza en la adolescencia su punto culminante y a la vez crítico. Es decir que el adolescente no duela por la infancia como un paraíso perdido, sino que se da cuenta cabalmente de que no volverá a ser, que no se recreará. Esa añoranza que se genera, derivada de una nueva noción del decurso temporal, unida a las angustias y dificultades propias del tránsito adolescente, hace que idealice la infancia, que por momentos se añora, ya que “las imágenes falsificadas de su niñez lo ayudan a soportar las angustias de los amores adolescentes”.⁴⁹ Esto puede ser confundido con la tristeza que aparea el duelo, pero tiene a mi entender un origen diferente. En ocasiones, por ejemplo, he podido observar a jóvenes con una marcada nostalgia y apego por el pasado infantil, que se debían a una identificación con padres que no podían aceptar el crecimiento y la independización de sus hijos y penaban entristecidos. Por lo tanto, el sentimiento de los jóvenes no se debía a las dificultades para elaborar los duelos por lo infantil perdido, sino a que percibían que su desarrollo e independización generaban tristeza y vivencia de vacío en sus padres.

En otros términos, el joven, en sus oscilaciones regresivo-progresivas, reactualiza y reinscribe su pasado a partir de las resignificaciones y la remodelación de sus estructuras psíquicas, historiza su vida y le otorga un sentido de continuidad yoica. Esta noción diferente del tiempo no solo modifica el pasado, sino que carga el futuro como el momento en que se pueden concretar los anhelos y satisfacer los deseos, que se amalgaman con las capacidades, las posibilidades y los ideales a los que aspira y a partir de los cuales organiza un proyecto de vida.

SOBRE LAS DIFERENCIAS ENTRE EL ADOLESCENTE Y EL QUE ESTÁ EN DUELO O SUFRE UN INFORTUNIO AMOROSO

Si bien se puede aceptar la semejanza aparente de actitudes frente al tratamiento entre el adolescente y los pacientes que atraviesan un período de duelo o de infortunio amoroso, su explicación en términos catéctico-libidinales, como plantea Anna Freud,⁵⁰ no me parece satisfactoria. Los pacientes que atraviesan dichos estados tienen dificultades para establecer contacto con el analista, ya que consciente e inconscientemente se encuentran del todo abocados a la situación que los aqueja, y carecen de interés y capacidad libidinal para catectizar el vínculo y el tratamiento, y a veces incluso para realizar elementales tareas cotidianas.

No es similar el caso de los adolescentes, que, si bien pueden estar lidiando con las diversas ansiedades y preocupaciones que el crecer les depara, incluidas las tareas del duelo, no por eso dejan de interesarse en nuevas situaciones, propuestas o personas, ya que muestran una inusual capacidad para desplegar actividad y catectizar situaciones o personas, más allá de sus pesares y tristezas. Por tanto, estimo que esta actitud esquiva, distante o poco interesada no es explicable en términos económicos, sino como expresión de una modalidad vincular, por la desconfianza que la situación o el terapeuta le

provocan, o como rechazo de una situación forzada por los padres, o como resultado de la incapacidad del terapeuta en crear un espacio compartido, etc. Las décadas de práctica clínica con jóvenes me demuestran que muchas veces es arduo lograr establecer el vínculo terapéutico, que es lábil en cuanto a su mantenimiento inicial. Pero no es siempre así; también hay muchos adolescentes deseosos de ser ayudados y que se prestan gustosos a la tarea, que establecen lazos sólidos y persistentes con la terapia y con su terapeuta, siempre que puedan apreciar un compromiso afectivo y efectivo con él y perciban una escucha no prejuiciada (desde el enfrentamiento generacional básicamente). Entonces, no presentan una actitud refractaria e impenetrable, características de los pacientes antes mencionados, sino que, por el contrario, se muestran interesados y colaboradores aunque atraviesen duelos o sufran desencuentros amorosos. Esta relación entre dichos cuadros y la modalidad del joven que señalara Anna Freud⁵¹ fue también hipertrofiada y casi se llegó a una sinonimia equivocada entre adolescencia y duelo, por lo que trataré de reseñar algunas diferencias.

Aquel que duela siente que perdió a alguien o algo que identifica claramente, y que pena por no tener, mientras que el joven no conoce el motivo de su penar e ignora las razones de su tristeza. Por otra parte, podríamos decir que el primero sufre un revés en el mundo externo que no quería que le ocurriese y le pasó, lo que le significa una pérdida por la cual se entristece y duela. Mientras que el segundo sufre por un proceso interno, inconsciente, que promueve la renuncia, y que tiene un carácter más activo en la búsqueda de independencia de los padres y apartamiento de su autoridad.

El que sufre por un revés amoroso o duela está “acaparado” por ese conflicto, y dicho proceso lo ocupa consciente e inconscientemente; recuerda, imagina, sueña, dialoga, se enoja, etc., con el objeto perdido, sumergiéndose en el pasado y deteniendo el presente. Por su parte, el joven no tiene noción clara de su proceso, sino más bien una vivencia difusa (de índole triste en cuanto al desenlace edípico); además, a la vez que añora el pasado, duela o tiene mal de amores, se ocupa y se interesa en otras cosas, busca, crea otros vínculos y situaciones, realiza actividades sublimatorias y creativas, imagina y se proyecta al futuro.

LOS DUELOS DE LOS PADRES DURANTE LA ADOLESCENCIA DE SUS HIJOS Y LOS PROCESOS CONEXOS

Como he señalado en diversos trabajos,⁵² estimo que la problemática de la adolescencia no atañe solo al joven, sino que involucra a toda la familia, particularmente a los padres, quienes también tienen que realizar acomodaciones conductuales, duelos y modificaciones intrapsíquicas.

Más o menos conscientemente, desde la gestación, los padres vuelcan expectativas y forjan ilusiones sobre su hijo, y esperan que se cumplan al finalizar el desarrollo. Hacia ellas propenden: buscan promoverlas, inducir las o forzar su progresivo cumplimiento. La

reestructuración adolescente, la búsqueda de autonomía y desasimio de la autoridad parental, así como el arribo a la plenitud física y genital que posibilita a los hijos enfrentarse a los padres, pueden generar en mayor o menor grado que se opongan o desvíen los deseos parentales, o que se dirijan a cumplirlos pero por caminos o formas diferentes de los esperados. Esta situación de injuria narcisista confronta a los padres con la *pérdida del hijo ideal anhelado*, que no se cumplimenta, más allá de los reales logros o triunfos que este obtenga, ya que rompe en alguna medida con este ideal largamente forjado; por consiguiente, esta pérdida promueve una modificación en los padres que podría plantearse como duelo.

Por otra parte, la maduración física y genital de los hijos, con la consecuente posibilidad de concreción tanto del crimen como del incesto, engendra también para los padres el riesgo de que la conflictiva edípica desemboque en tragedia. Tendrán que perder a su hijo incestuoso deseado y resignar dichos impulsos, lo que implica un duelo concomitante al realizado por su hijo. Este duelo se ve dificultado en parte porque implica aceptar la vida genital del hijo, lo que hace que los padres pierdan una posición de privilegio en la familia, ya que anteriormente la genitalidad era monopolio de ellos.

Hay otros procesos conexos, que no son en sentido estricto duelos pero parecen, de los que señalaré sintéticamente tres que estimo importantes.

Uno se refiere a la acomodación, derivada de la paulatina declinación de la dependencia del hijo y de la consecuente necesidad de sus padres, tanto en los aspectos concretos como en lo atinente al soporte y suministro narcisistas. Es, por supuesto, un proceso lento, ríspido, a veces doloroso, de despegue e individuación mutua, paralelo y concomitante con la resolución edípica y su correspondiente duelo.

El segundo se refiere a lo temporal y lo generacional. El profundo y continuado cambio acerca al joven a la adultez, o sea, a una relativa homologación con sus padres. El esplendor físico, el vigor y la potencia que los jóvenes transmiten así como la imagen de una vida por delante, y múltiples proyectos por cumplir, son elementos que frecuentemente confrontan a los padres con su físico con señales de envejecimiento (o enfermedades) y con su proyecto de vida acotado, que los llevan a replantearse el cumplimiento, el abandono o la traición de sus proyectos e ideales adolescentes, lo que suele correlacionarse con la denominada “crisis de la edad media”. A esto se agrega que generalmente en esta época se hace evidente la vejez, declinación y muerte de la generación de sus propios padres, por lo que se ven ante dos frentes al mismo tiempo: uno los reconecta con su pasado adolescente y el otro los proyecta a la vejez y a la muerte. Esto implica no solo una resignificación del momento actual de sus vidas y de la relación con sus hijos, sino también de su posición como hijos, de su lugar en la cadena generacional, y en la vida y la muerte.

Finalmente, es importante la reacomodación que pueda producirse en los cónyuges, ligada a los duelos y procesos anteriores, y en particular al reencuentro como pareja, que fue parcialmente relegada para dar curso a la parentalidad.

CONSIDERACIONES FINALES⁵³

Quisiera destacar que mi preocupación es poder entender este período de la vida desde una perspectiva que no lo signe con el sufrimiento por la pérdida y la dificultad para el avance, en un funcionamiento entre caótico y confuso, y que no lo connote como producto de maniobras defensivas si no se presenta así, ya que esto acerca al adolescente a la manía, a la psicopatía o a la psicosis, con profundas y extensas implicancias en la clínica.

En estas formulaciones, en que se patologiza el desarrollo en vez de comprenderlo y explicarlo, se puede visualizar un equívoco. Son propuestas que provienen de la clínica y que homologan solo con diferencias de grado el proceso normal, lo que sin duda es erróneo. Llevan, por ejemplo, a confundir el asombro y la perplejidad del joven frente a sus cambios, el desconcierto en cuanto a su ejercitación y a su aún insuficiente representación y significación, con episodios de despersonalización, de confusión o procesos de duelo.

Es cierto que en el tratamiento psicoanalítico de jóvenes pueden observarse algunos de los fenómenos de dificultad para aceptar el cambio y las modificaciones del crecer (tanto física como psíquicamente) o, en otros términos, tolerar el paso del tiempo y las renunciaciones y adaptaciones concomitantes. Pero esto solo no alcanza para teorizar los duelos como ejes centrales del proceso adolescente, ya que no se corrobora con la observación de la generalidad ni explica los fenómenos propios de este período; en particular, no da cuenta de por qué el joven espera, busca, promueve y disfruta del cambio y del progreso.

Estimo que otro escollo en la teorización de la adolescencia se ha debido a dos errores difundidos ampliamente y aceptados casi sin cuestionamiento. El primero: que pérdida implica automáticamente duelo. En este sentido, si bien el joven deja de tener algo que poseía (o, en otras palabras, tiene una carencia relativa o privación de lo que poseía o era), lo que literalmente equivale a pérdida, no implica necesariamente que esto sea significado como pérdida por él; he señalado cómo la prima de incentivación y de placer ante lo nuevo desplaza el eje significativo que en general se inclina hacia el lado de la ganancia (adquirir, o aumentar un caudal/conquista, o tomar). El segundo se refiere al uso del término “duelo” como unívoco, cuando en realidad no lo es. Si bien su etimología latina remite al dolor, no quiere decir que toda situación dolorosa implique duelo. Trato de privilegiar el sentido y las formas del trabajo de duelo que plantea Sigmund Freud. En este aspecto, postulo que no toda pérdida se procesa según ese trabajo de duelo, propio de la pérdida objetal, y que hay otras formas de procesamiento (como para los componentes narcisistas) no suficientemente esclarecidas aún.

Quizá convenga recordar brevemente aquí lo señalado por Freud en “La transitoriedad”⁵⁴ cuando, en referencia a la actitud del joven poeta que admiraba la belleza natural de la campiña, pero no podía disfrutarla ya que le preocupaba (casi diría lo obsesionaba) la idea de que toda esa belleza desaparecería con el cambio de estación,

comenta enfáticamente que “la rebelión anímica por algo que se pierde no debe malograr el placer de lo bello”. Por el contrario, para él, la escasez de tiempo que da lugar a una “restricción en la posibilidad de goce, lo torna más apreciable”.⁵⁵ Es decir que lo perecedero, para Freud, no detiene el deseo, sino que lo potencia, lo que desemboca en una búsqueda de nuevos objetos que resarcen de la pérdida. Dice incluso: “A la hermosura del cuerpo y del rostro humanos la vemos desaparecer para siempre dentro de nuestra propia vida, pero esa brevedad agrega a sus encantos uno nuevo”. Y luego de referirse a la posibilidad de que los tesoros artísticos desaparezcan, agrega: “El valor de todo eso bello y perfecto estaría determinado *únicamente por su significación* para nuestra vida sensitiva; no hace falta que la sobreviva y es, por tanto, independiente de la duración absoluta”.⁵⁶

Es decir que algunos, como aquel poeta, no pueden disfrutar de las cosas transitorias de la vida (como ocurre con lo evolutivo) por aquello que “se pierde” con el advenimiento de lo “nuevo”, ya que en su historia personal (subjetividad condicionada por la intersubjetividad en la relación con los padres) el cambio ha sido significado de manera catastrófica, con características tales que predominan los sentimientos angustiosos y las vivencias de pérdida frente a aquello que pasa o se deja. No obstante, esto no es lo esperable frente al desarrollo, sino solo en ciertas patologías.

Estimo que la fuerza para este tremendo proceso de cambio que es la adolescencia no está centrada en la revivencia y revalencia de lo infantil (en el niño dolido, angustiado, enojado, excitado, etc., que fue), con un duelo casi patológico que va declinando con el tiempo. Está motorizada por la emergencia de lo nuevo, que promueve nuevas configuraciones estructurales, que en algún grado engloban y transforman lo previo, en un arreglo con miras al porvenir. Su apoyatura está brindada por cierta condición narcisista, por cierta identificación totalmente nueva, diferente (que no se determina, ni explica solo por el pasado), que hace de por sí gozoso el ser como uno es en ese momento, o en relación con cómo será en un futuro muy cercano.⁵⁷

IV. CONFLICTOS, DESAFÍOS Y PROCESAMIENTOS EN LA ADOLESCENCIA

EN EL PRESENTE capítulo, como su nombre lo sugiere, me propongo delinear los carriles principales del trabajo psíquico para procesar conflictos y desafíos generales que la adolescencia plantea, más allá de los condicionantes derivados de las vicisitudes personales previas, la pertenencia grupal-social y el momento histórico.

Diversos autores que intentaron teorizar psicoanalíticamente la adolescencia han enfocado aspectos parciales, como la sexualidad, o buscaron comprenderla a través de un concepto globalizante como la identidad. Otros, más influidos por el enfoque genético en Sigmund Freud y la psicología del desarrollo, buscaron diferenciar y caracterizar etapas o estadios que marcaban modalidades de funcionamiento más o menos relacionados con la edad y las conductas manifiestas. Peter Blos es quien más logra alejarse de la referencia cronológica, y parte de lo manifiesto para caracterizar cada etapa en relación con un conflicto específico, las defensas predominantes y los cambios estructurales.

Citaré un texto que representa ideas difundidas sobre el comienzo y la esencia de la adolescencia: “La adolescencia es el proceso psíquico que posibilita integrar los cambios inducidos por la pubertad. Este proceso comienza en el momento en que la pubertad es investida por el niño, tal vez aún antes que esta sea experimentada en el cuerpo”.¹ Si bien el niño imagina e invierte su futura adolescencia desde antes de los cambios puberales, se trata solo de idealizados proyectos, expresiones de deseo bajo la égida del principio del placer, como tantas ensoñaciones diurnas en la Latencia cuyo rol en la dinámica psíquica ya conocemos. Estas anticipaciones no inician los profundos cambios estructurales de la adolescencia; comenzarán recién con las señales concretas de la pubertad. Es similar a lo que señalaba Sigmund Freud respecto del duelo: no puede anticiparse, es un proceso que se instala a partir de la pérdida, no antes.

A diferencia de quienes plantean la adolescencia solo como psiquización de la pubertad, la concibo como un proceso psíquico, iniciado a partir de las modificaciones corporales, el incremento pulsional y la creciente genitalización, y que quiebra el equilibrio intersistémico arduamente logrado en el período de Latencia. Este desajuste plantea una serie de conflictos² que desafían³ al joven sujeto a realizar un arduo trabajo psíquico; se desarrollan así procesamientos en distintos campos y momentos que no solo integran los cambios corporales, sino también reestructuran las instancias psíquicas, su interjuego, la elección de objetos y su mundo relacional-social.

Insisto en la adolescencia no como etapa, noción más ligada a lo cronológico y sucesivo, ni como crisis signada por un momento crítico donde priman las nociones de agravamiento, desorden y riesgo antes que la de mejoría. La concibo como un proceso —en tanto adquisiciones, progreso—, como una reestructuración, consolidación y especialización de las instancias psíquicas, y a la vez una novedosa relación

intersistémica. Esta promueve una complejización del psiquismo y una modificación de los modos de relación con otros y el medio social, no signados por pasos sucesivos y encadenados, sino por procesamiento simultáneos con preeminencias momentáneas de alguno, conectados, y al mismo tiempo relativamente independientes, pero que ejercen influencias mutuas. Este proceso, por momentos más tumultuoso y en otros más calmo, lleva algunos años, a partir de los cuales la organización psíquica resultante influye largamente en la vida.

Centraré mi análisis en los procesos metapsicológicos propios de la adolescencia, a partir de tres ejes organizadores de corrientes de trabajo psíquico: i) sobre el impacto de los cambios corporales sobre el psiquismo; ii) sobre familia, identificaciones e historia, y iii) sobre autoridad, autonomía y subjetivación.

EJE I: SOBRE EL IMPACTO DE LOS CAMBIOS CORPORALES EN EL PSIQUISMO

Quien no se mueve, no siente las cadenas.

ROSA LUXEMBURGO

Los intentos de teorizar desde lo fenoménico, con sus descripciones conductuales, o desde la clínica y psicopatología (con su larguísimo catálogo de síntomas, síndromes y cuadros), no alcanzan para entender el fenómeno novedoso y diferente del advenimiento puberal en un psiquismo relativamente equilibrado en la Latencia y una imagen corporal estabilizada, que se ve jaqueada.

Los comienzos del pasaje de la Latencia a la adolescencia, en los inicios de la pubertad, se sintetizan en este fragmento escrito por la inspirada y sutil pluma de Jean-Jacques Rousseau:

Pero el hombre en general no está hecho para permanecer por siempre en la infancia. Hay en suerte un tiempo prescrito por la naturaleza; ese momento de crisis, si bien bastante corto, tiene largas influencias [...] como el bramido del mar precede de lejos la tempestad, esta borrascosa revolución se anuncia por el murmullo de pasiones nacientes: una fermentación sorda advierte el acercamiento del peligro. Un cambio en el humor, arrebatos frecuentes, una continua agitación anímica tornan al niño casi indisciplinable. Deviene sordo a la voz que lo tornaba dócil: es un león en su fiebre, desconoce su guía, él no quiere más ser gobernado.⁴

Es importante destacar que aunque el niño deseara y esperara con intensidad los cambios puberales, estos lo impactan y desubican, en la medida en que ocurren inexorablemente en tiempo y forma incontrolable para él, lo que pasiviza y despierta sentimientos de impotentización. Se trata de “algo” que se le impone, lo que explica esa vivencia como proveniente de lo exterior y lo supera en tanto escapa al dominio del yo. Recordemos la ardua labor que significó en la Latencia lograr ese equilibrio y control del cuerpo, tanto por el yo como por sus sensaciones y emociones.

El advenimiento puberal produce en el yo cierto desdoblamiento. Siente nuevas e

intensas sensaciones, que reactivan las representaciones previas, pero a su vez no alcanzan para significarlas. El púber siente que algo pasa en “su cuerpo”, pero por momentos duda si lo que experimenta proviene de él, le pertenece o es ajeno a él, o viene del exterior. El yo (cuya sede es el cuerpo) no puede dar cuenta del fenómeno; fracasa en sus intentos de dominarlo y logra encauzarlo solo parcialmente. Esto genera impotencia frente a lo que “le ocurre”, que a su vez lo coloca en una posición de observador pasivo e inoperante. Ante cierta vivencia de ajenidad y desprotección frente al embate pulsional creciente y las modificaciones corporales continuadas, se genera cierta desorganización en el psiquismo. El yo, desconcertado y desbordado, produce como defensa una regresión,⁵ en la que se reactivan todos los elementos de su psicosexualidad infantil y también de modalidades yoicas, que operan de manera alternante y por momentos confusa.⁶ En algunos casos, se intensifica el desdoblamiento, y la vivencia de ajenidad se torna hostil y manifiesta con un matiz francamente paranoide.

Tanto en lo físico como en lo psíquico, se produce en el joven una peculiar confluencia dialéctica entre el cuerpo infantil que se aleja, conocido en su forma, sus acciones y sensaciones, fantasmaticado en la sexualidad, que fue sedimentando en su historia singular, y un cuerpo que emerge en transformaciones inesperadas, con sensaciones diferentes, misterioso respecto a su consolidación y avance en la madurez genital. Las alteraciones corporales, así como la tensión entre el cuerpo y la psiquis, se juegan en un escenario donde se alternan y entremezclan: el niño que se aleja, el niño que aún persiste, el joven que está emergiendo, el adulto que todavía no es, un creciente despertar de capacidades efectoras y genitalización, con un público que alienta, critica, exige, limita, ofrece, etcétera.⁷

De lo dicho hasta aquí quiero resaltar el hecho de que se presenta un peculiar entramado entre lo conocido, lo novedoso y lo porvenir, es decir que se plantea una simultaneidad que acopla sensaciones, imágenes, fantasmaticaciones, representaciones, etc., de un pasado y un presente que se proyectan a un futuro. Destaco este fenómeno porque se contrapone con la teoría de los duelos que he planteado en el capítulo anterior. En síntesis, existe un desconcierto y una desorganización (que bordean a veces lo caótico) que el yo arduamente tratará de solventar.

El aparato psíquico se ve confrontado con un difícil y continuado trabajo para dar cuenta de eso nuevo que emerge desde aquello que fue y lo transforma en alguien diferente. No solo cambia la morfología externa, las modificaciones glandulares y endocrinas; esto promueve una modificación y neogénesis tanto de representaciones, afectos, esquema e imagen del cuerpo, del lugar que se otorga a la genitalidad y su relación con el placer, y de la potencialidad de ser progenitor. Este trabajo de elaboración psíquica atañe a todas y cada una de las estructuras y a su interjuego, así como a la relación del joven con su entorno y la sociedad.

En general se ha enfatizado el impacto del cambio corporal, o su genitalización, y no se ha considerado adecuadamente el hecho de que el crecimiento es diferente al previo y

sus consecuencias psíquicas. El crecimiento de los niños a partir del año se produce de manera global, paulatina y armónica. Se los ve más grandes pero no diferentes. Digamos metafóricamente que son sucesivas ampliaciones de una misma foto, con ligeros retoques. En cambio, en la pubertad el crecimiento es por partes, brusco, con embates y recesos; es desarmonico entre las distintas partes del cuerpo y en sus tiempos.⁸

Así, el púber no se reconoce al verse reflejado en el espejo, no ve su “foto”, sino una “caricatura”, como si proyectara su imagen en un espejo cóncavo o convexo que la deforma. Esto genera angustia y da cuenta del frecuente mirarse en el espejo, muchas veces malentendido como narcisismo exacerbado o momento psicótico. Se trata en realidad del desconcierto porque no se reconoce plenamente en esa imagen, y del temor por cómo sigue el cambio, lo que promueve la recurrencia al espejo con la expectativa de reencontrarse con la imagen previa de sí o con la imagen adulta deseada. Si la desarmonía no es tan marcada, la expectativa de futuro es más deseada y se sienten internamente más seguros, recurren al espejo a la espera de encontrar signos del cambio. La utilización del espejo es también una manera de captar, explorar (en general, unido a lo táctil), y catectizar el nuevo y cambiante cuerpo —esto es evidente en la observación del cuerpo desnudo y en particular de los genitales—. ⁹

La confrontación con estas desarmonías y la creciente noción de desconocer cómo serán finalmente ni cuándo ocurrirán son acompañadas por diversos y cambiantes estados afectivos. Es esto lo que básicamente explica los fluctuantes y bruscos cambios del humor: del entusiasmo y la exaltación pasan a la tristeza y la morosidad; de la actividad y la búsqueda, a la pasividad y apatía; del cansancio y la fatiga, a la actividad frenética; del replegamiento y aislamiento, a la sociabilidad o el “pegoteo” a alguien, etcétera. ¹⁰

También podríamos entender las bruscas fluctuaciones del sentimiento de sí (autoestima) en cuanto a lo físico. Podemos observarlo, por ejemplo, en la producción gráfica: comúnmente dibujan rostros deformes o caricaturas, cuerpos desproporcionados respecto de la cabeza y los miembros, raros personajes semihumanos o animalescos, escenas terroríficas de ataques o mutilaciones que plasman la desarmonía del cambio físico así como las vivencias y temores respecto del presente y futuro de su conmoción corporal. ¹¹

Este desfase in crescendo entre un cuerpo cambiante (desarmonicamente en partes y tiempos) que lo hace más grande y un psiquismo de niño que no alcanza a modificarse en un tiempo similar al del cambio físico deja al joven absorto y desorientado frente a una situación que escapa a su control y lo devalúa. ¹²

Un ejemplo extremo de las vivencias de extrañeza y despersonalización frente a la “metamorfosis de la pubertad” es el caso de Gregorio Samsa, el protagonista de “La metamorfosis” de Franz Kafka. Luego de un “sueño agitado”, se descubre con cuerpo de insecto y piensa: “¿Qué me ha pasado? ¡Esto no es un sueño!”. Esta transformación adquiere ribetes siniestros que se expresan a través de la transformación en insecto y las

vicisitudes que se presentan. Otro ejemplo es el que representa el protagonista de la película *Quisiera ser grande* (interpretado por Tom Hanks). Es un niño latente en tránsito a la pubertad que pide un deseo en un parque de diversiones y se despierta al día siguiente con el cuerpo de un adulto joven. Al verlo, su madre lo desconoce y lo confunde con un ladrón, y él huye. Este notorio desfasaje entre un cuerpo de adulto y una psiquis infantil se despliega de diversas maneras, pero quizás la escena más impactante es la siguiente: él invita a su casa a una compañera de trabajo y ella concurre a la espera de un despliegue amoroso-sexual, pero se encuentra con un *loft* amueblado y decorado con juegos diversos y la propuesta de jugar, pues él no capta el sentido genital de la cita.

La observación, así como la clínica, nos muestra las más variadas respuestas a la relativa autonomía y desarmonía del cambio (en función de la singularidad de la historia infantil), que van desde angustias extremas de desmembramiento, ajenidad, sentir que su cuerpo está dominado por algo extraño, hasta las dismorfobias,¹³ el rechazo enojoso o la disconformidad con una parte del cuerpo.

Este desencuentro y/o desagrado con parte de su cuerpo puede entenderse en general como la expresión manifiesta desplazada a lo físico de la vivencia angustiosa del púber de que su cuerpo cambia no según sus deseos y expectativas, sino por factores biológicos (predominantemente genéticos) que escapan a su dominación y modificación.¹⁴ Sería equívoco pensarlo solo en relación con lo corporal. Si aguzamos la comprensión, fácilmente encontramos que detrás del rechazo concreto está claro un sentimiento más o menos marcado de fealdad, que convierte al sujeto en alguien afectado en su posibilidad de agradar, desestimado como objeto de amor por ese defecto, por ser poco viril o femenino. Esto puede encubrir la negación de la erotización y genitalización del cuerpo, o de su capacidad o posibilidad de ejercitarla, y también subyace una marcada pérdida de estima de sí.

El joven está obligado a vivir en ese cuerpo. O se habitúa a él, aprende a conocerlo, a ponerlo a su servicio, a investirlo y quererlo, o está en eterno conflicto, confinado a vivir en una especie de cuerpo-cárcel que lo cercena. El niño, en su intenso deseo de “ser grande”, ha ido forjando un esbozo de cómo quería ser, imagen anticipatoria de sí que fue adquiriendo para él cierta materialidad. El descubrimiento doloroso de que sus modificaciones corporales obedecen a reglas que le son ajenas y desconocidas, que se apartan de sus deseos e intereses, resulta un crucial escollo que tendrá que procesar debido a la injuria narcisística que le representa. Deberá aceptar esto que se le impone desde lo real y realizar un duelo por el joven-adulto que no será pese a que lo haya anhelado intensamente. Solo si resigna esa imagen de un cuerpo esperado e idealizado, podrá progresivamente acercarse a conocer y ejercitar el propio, a exaltar sus virtudes y superar o soslayar sus dificultades.¹⁵

No solo las formas que adquiere su cuerpo lo desconciertan, también los procesos y productos corporales que no controla. Aun para quienes los esperan y los aceptan con jolgorio, ciertos procesos desconciertan, abruma y avergüenzan, porque lo imprevisto

de su acaecer y el hecho de no poder evitarlos son homologados a las pérdidas de control esfinteriano en la primera infancia. Estas vivencias se hacen bastantes evidentes frente a las poluciones nocturnas (frecuentemente confundidas al principio con la pérdida del control vesical y escondidas con intensa vergüenza), a las eyaculaciones imprevistas (por ejemplo, con el movimiento rítmico en los medios de locomoción) y a las erecciones no provocadas, que ocurren incluso frente a situaciones angustiosas o aparentemente no vinculadas con la sexualidad. En la niña, esto sucede también ante las primeras menstruaciones.¹⁶

Las erecciones involuntarias en el varón, que las características del órgano las tornan evidentes, desconciertan porque es como si una parte del cuerpo funcionara con autonomía, ajena al control. Es posible que esto condicione la tendencia más marcada en el varón a la masturbación, ya que no solo busca conocer y disfrutar la sensibilidad modificada del pene y del novedoso placer eyaculatorio, y la integración de estas nuevas morfología, sensibilidad y funcionalidad en su imagen corporal, sino también hacer de la erección algo buscado, no imprevisto, para tratar de controlarla, especialmente en aquellos con tendencia a erecciones involuntarias. Se observa también que los jóvenes que comienzan su práctica genital se masturban previamente al encuentro para evitar una pronta eyaculación, para poder lograr demorarla y prolongar el acto. Esta acción destinada a ese fin consciente expresa además la existencia de flujos pulsionales, que aún no han sido concatenados bajo la incipiente primacía genital; en otro nivel, expresa el repliegue en sí mismo versus la entrega al otro, con quien realiza un intercambio placentero y afectuoso que lo complementa, en el que persiste aún la corriente autoerótica característica de la sexualidad infantil y comienzos de la pubertad.

Otras reacciones inesperadas e inevitables en las que el cuerpo traiciona al joven (por ejemplo, contracciones musculares, temblores, transpiración profusa, o el brusco rubor, tartamudeo ocasional y la gestualidad facial) delatan fantasías y afectos íntimos que desearía ocultar pero igual se evidencian, lo que lo deja al descubierto frente a los otros; siente que su turbación revela todos sus secretos, sus “bajezas y obscenidades” más íntimas. En otros términos, el cuerpo ya no cumple, como en la Latencia, la función de pantalla protectora que posibilitaba ocultar pensamientos y afectos. Pasa a ser una vidriera que evidencia lo íntimo.¹⁷ Así, además de los ya mencionados sentimientos de perplejidad e impotentización, se despierta el temor o miedo de que la pérdida de control se extienda y lleve a una desorganización psíquica generalizada o a quedar dominado por el otro que lo “descubre” en su intimidad y capta sus debilidades y deseos.

A nivel músculo-esquelético, el cambio del tamaño del cuerpo, las proporciones entre las distintas partes y su vigor efector y los movimientos aún condicionados por una imagen corporal infantil hacen que el joven realice movimientos exagerados, pues no puede graduar su fuerza muscular o la amplitud del movimiento, que son generalmente interpretadas por los adultos como torpeza y/o descuido, y él las vive con cierto asombro. Por ejemplo, levanta con mayor fuerza de la necesaria una jarra y derrama el contenido, o empuja una puerta y se cierra con gran estruendo. Es entonces una época

de pruebas y ejercitaciones diversas que tienden a experimentar, dirigir, controlar, encauzar ese cuerpo novedoso; por ejemplo, pruebas de voz, diversas impostaciones, maneras de caminar, pararse, gesticular, moverse, bailar, etc. Más tarde, estos ensayos serán dirigidos a despertar el interés y agrandar a otros, en la búsqueda de aceptación y pertenencia, pero cada vez más como despliegue erótico, pájaro cantor, pavo real (que despliega la cola haciendo ostentación). De allí, proviene el término coloquial “se pavonea”, en referencia a aquellos que se muestran.

De este modo, más allá de ser la sede de sensaciones, excitaciones y placer, el cuerpo se convierte en un medio comunicacional para lograr despertar y retener el interés por el otro, particularmente en el plano sexual. La importancia del otro tiende a plasmarse como reciprocidad, en tanto el logro de mi obtención de placer también depende de alguien que espera satisfacción. Desde otra perspectiva, la respuesta del objeto es importante en la regulación de la autoestima e imagen de sí mismo; si es positiva, refuerza el investimento narcisista y la reerotización corporal; caso contrario, produce decepción, desvalorización y ruptura de contacto corporal.

El púber se ve y es mirado de manera diferente, se desencuentra con su imagen previa de sí, reacciona con cierta perplejidad. Estas vivencias y estos desajustes antes considerados, que atentan contra el sentimiento de integridad y el dominio del propio cuerpo, conmueven los basamentos narcisísticos y generan labilidad en la organización psíquica. Cuando la pubertad es temprana, brusca, intensa y en un corto lapso, se torna claramente traumática y sus efectos son más intensos que los ya mencionados. Representa para el sujeto una injuria narcisística considerable, en tanto el yo desbordado no puede amortiguar el impacto y tramitarlo psíquicamente rápido para encarar respuestas adecuadas; se siente inoperante e inerte, con la consecuente pérdida de autoestima, dificultándose considerablemente la integración, significación y progresión de los cambios.¹⁸

Cuando la pubertad adviene en la forma antedicha, la intensidad de las emociones y los afectos irrumpe violentamente, dificultando los circuitos de procesamiento establecidos y las estructuras productoras de sentido, y minando el narcisismo trófico y el sentimiento de identidad. El grado y la cualidad del desajuste dependerán de la singularidad de la historia del sujeto; en particular, de la cualidad de sus adquisiciones tempranas, la solidez de sus basamentos narcisísticos,¹⁹ el desenlace edípico, cómo se desarrolló el trabajo de Latencia en cuanto a la ampliación de sus recursos yoicos, la primacía sublimatoria sobre las defensas y la funcionalidad operativa del preconscious.²⁰

Los sentimientos de sorpresa, pasividad e impotencia frente a la revolución puberal, el hecho de ser forzado a habitar ese cuerpo, no otro, que de familiar y dominable se torna extraño, indetenible, inmodificable e incontrolable en el cambio, remiten al joven a la dependencia infantil respecto de sus padres, lo que le provoca ambivalentes actitudes, de sumisión o conductas defensivas y reactivas de rechazo. En tanto avanzó su desarrollo, la captación de sus crecientes potencialidades físicas tanto del vigor muscular como de la posibilidad genital, o sea, de poder dañar físicamente a otro y de realizar el coito, lo

coloca en una vivencia de riesgo en cuanto a su posible desborde en los actos. Esto replantea la reactivada conflictiva edípica, ya que si en la infancia es la expresión fantasmaticada de un deseo, en la adolescencia puede llegar a concretarse. Crimen e incesto son entonces posibles, debido a la aún insuficiente psiquización de lo corporal; por lo tanto, como primera defensa, tienden a poner distancia física de los objetos primarios el mayor tiempo posible, así como también tienden al enfrentamiento al hacer primar los afectos odiosos que frenan la tendencia al intercambio libidinal.

La genitalización creciente, el acercamiento a la complementariedad sexual y la captación de los parecidos físicos con padres y/o familiares hacen evidente para el joven que su cuerpo es producto de la unión de los cuerpos de sus padres en el coito que lo gestó. Esta es una nueva versión de la escena primordial que se reactualiza y modifica a la luz de lo antedicho. El rechazo y la dificultad del procesamiento psíquico se expresan claramente en la frase que con frecuencia dicen los jóvenes en momentos de enojo y pelea con los padres: “Yo no pedí nacer”,²¹ que también incluye la protesta por su no participación en el coito gestante. Además, si se traduce a lo corporal, se le podría dar este sentido: “Yo no esperaba este cuerpo, ni parecerme tanto a ustedes”, ergo, “Ya que me lo imponen, le hago lo que quiera”. La primera expresión alude a la desilusión de que el deseo (psíquico) es vencido por la herencia (biología); la segunda es reactiva frente a la anterior y, si bien defensiva, a través de acciones busca diferenciarse de los padres y hacer suyo ese cuerpo.

En este sentido, junto al alejamiento de los padres (o como parte de él), el joven tiende a estar fuera de la casa, y si está, se encierra en su cuarto, no participa de las rutinas familiares; usa y consume de manera exagerada, provocativa; hace cambios en la ropa, en los atuendos y en su apariencia corporal; introduce prácticas físicas no aceptadas por los padres o de cierto riesgo y, en menor proporción, marcas, tatuajes y *piercings*, para imprimir un sello personal, su derecho de propiedad del cuerpo y en consecuencia usarlo como quiera, en franco desafío a la dominación parental y como ruptura y alejamiento del cuerpo infantil.

Son ostensibles los gestos, las caras enojosas, las expresiones de fastidio y rechazo, los tonos vocales y las respuestas cortantes, el uso de terminologías y modismos propios de los códigos verbales adolescentes en boga, las expresiones corporales combinadas con el lenguaje como modo de diferenciación de los adultos, a la par que como toma de distancia y defensa ante los objetos edípicos.

Estimo importante destacar que, si bien en la adolescencia no se instala una nueva zona erógena, las modificaciones (más allá de las anatómicas, fisiológicas y endocrinas) hacen que el erotismo genital adquiera una sensibilidad y características notoriamente diferentes del erotismo del período fálico; insisto en que no es solo una cuestión de cantidad (incremento pulsional), sino también, y primordialmente, una cuestión de cualidad (genitalización).

Otro importante factor es que el progresivo cambio corporal a través de los caracteres primarios y secundarios, así como la forma en que el joven es visto por los otros (pares y

adultos), le marca cada vez más claramente la pertenencia a un sexo y la diferencia del otro. En el plano psicológico, esto promueve el abandono de las aún latentes fantasías de bisexualidad, que no solo implican la posibilidad de albergar ambos sexos en el cuerpo propio, sino también un coto a la omnipotencia de tenerlo todo, un colapso del agazapado yo ideal. Esta constatación y el procesamiento psíquico de diferencias con el mal llamado sexo opuesto no solo lo instalan en la falta, sino que lo enmarcan en la complementariedad de los sexos. Esta representación es apuntalada en la percepción de las diferencias anatómicas y fisiológicas, no como prueba de la castración, sino como alternativa a ella, en tanto posibilita esa ilusión de completud a través de la unión con el otro. En este sentido, restaura, en algún grado, la herida narcisista de la falta al alicaído yo ideal y favorece el pasaje al ideal del yo, que se consolida en el atravesamiento por la realidad y la aceptación de la falta.

La complementariedad de los sexos es una representación simbólica que articula la realidad corporal actual del joven, su imagen corporal luego de los cambios puberales, su funcionalidad y la necesidad de otro que le otorga sentido y posibilita el intercambio que desemboca en el coito (y, eventualmente, la gestación). A diferencia de la escena originaria, que es una producción imaginaria, esta es además una figuración de lo real.²² Puede objetarse que la noción de diferenciación sexual está generalmente presente con anterioridad, pero esta se encuadra dentro de la lógica fálica: tener o no el pene, y paralelamente persisten las fantasías de bisexualidad como una posibilidad en el futuro. La pubertad y los diversos procesamiento psíquicos que promueve enmarcarían al joven en la pertenencia a un solo sexo y en la funcionalidad del coito que requiere de otro sujeto, lo que determina otra lógica.²³

Es conmovedor y ejemplificador el relato novelado de la relación amorosa de un personaje de 13 años con una amiga de la infancia:

María me toca, no dice nada, me toca, primero a lo largo del cuerpo y luego en los pantalones. Yo... En la oscuridad miro su rostro serio, ella mueve su mano en una dirección precisa, yo no comprendo lo que está pasando; ella no me mira, yo no puedo quitar mis ojos de su rostro, ella está sobre una parte de mí pero no es el mismo pito que tocaba pues Liborio. Está en el mismo sitio, pero es otra la carne salida de mí, salida de mi piel con sus movimientos, al ritmo de sus dedos. María deja luego de mirar su mano, me mira a mí, que la estoy mirando, muy dulcemente le viene una sonrisa; cuando se la veo, noto un golpe abajo, en el intestino, una tos dentro de la carne, como un tiro de bumerán que se escapó de la mano y me vació. [...] María se detiene, escoge un pañuelo, se limpia la mano, no sé de qué [...]. Miro abajo, en lugar de mi pito, veo una carne mía que no había visto nunca, un trozo seco, largo, un poco torcido; si no estuviera María, que sigue tranquila, gritaría por el susto. Está, y me planta un beso [...]. No digo nada, no pregunto qué ha pasado.²⁴

Tal es el acercamiento a la complementariedad de sexos, comenta Philippe Gutton, y agrega:

María [...] devela a su enamorado eso que estaba ya ahí, gracias a la confianza de la cual era objeto [...]. María está de comienzo convencida de que el amor “estaba a realizar” y que anteriormente un camino tierno debía reconocer los órganos en superficie (senos y pene) con un ideal común. El encuentro de órganos en el interior del cuerpo femenino antes de producirse debe ser reconocido el continente y sensibilizar los elementos. Así la vida deviene una cotidianeidad amorosa común entre ambos adolescentes.²⁵

La relación de los jóvenes progresa. Ella se niega a dejarse toquetear por el viejo encargado de la casa y a masturbarlo, pese a sus amenazas:

Ella no quiere porque estoy yo, de pronto soy importante y de buenas a primeras me doy cuenta de que existo. Me pregunto: ¿no podía darme cuenta yo solo de que existía? Parece que no. Parece que hace falta que otra persona te avise. [...] María me sujeta las manos en su pecho [...], nos miramos en silencio durante varios minutos. No sabía que fuera tan bonito mirar, mirarse de cerca [...], pero se despierta la nariz, que sube a bordo el olor sudado de María y el amargo de la madera del bumerang. [...] Nos miramos de cerca y se echa a reír por las muecas que nos salen de cruzarnos destellos. Esta noche ha dicho: “Tú me importas”. Yo siento lo mismo, pero no sé decirlo tan bien y tampoco soy capaz de responder: “Y tú a mí”. Así que no digo nada. [...] Nos miramos, la oscuridad agranda los ojos. Ella ensancha la sonrisa y la punta del pito se mueve sola. Cuando abre la boca y asoman sus dientes, me pica y siento calor justo allí. Paso un brazo alrededor de su hombro, aprieto un poco. Es la primera vez que la toco, que la iniciativa es mía. María apoya la cabeza en el brazo, ya no le veo la cara, se calma la picazón en el pito. Tengo una fuerza nueva, los lanzamientos han formado incluso el músculo para sostener a María.²⁶

Los párrafos siguientes ejemplifican la toma de conciencia de sí a través del otro, junto a la unión de sexo y afecto:

Tiene 13 años y sus pechos crecen más rápidos que mis músculos. Me pide que se los toque, están duros, dice: “Son tuyos”. El pito se me pone tieso [...] Pregunta si quiero sus manos, digo “No, no me hagas lo mismo que al viejo”. Dice: “Tienes razón, nosotros tenemos que hacer el amor” (con énfasis napolitano). Yo le digo: “Ya lo hacemos”. Ella responde: “No, es otro amor, los dos desnudos metidos en la cama, como los esposos”.

María me abraza, su cabeza se apoya en mi cuello, hablamos susurrando las palabras, ella dice: “Creces cada día y yo me apoyo en ti para crecer tan rápido como tú. Apenas ayer no tenías este músculo en el pecho, apenas ayer no se adecuaba tan bien a mí” [...] Al final del día la mano encuentra su lugar en el bumerán y el hombro de María [...] “Tu amor y el mío es una alianza, una fuerza que lucha”. Y entonces nos acomete el viento para arrancarnos de la boca nuestros susurros.²⁷

Más adelante, él la invita a cenar. Cuando ella llega, comienza a besarla y explorarlo en superficie:

Me abraza por detrás, no deja que me vuelva [...] besa mi cuello [...], me hace cosquillas [...], me aprieta [...], respira con fuerza [...]. María me abraza por detrás, me mantiene sujeto [...] Me da besos en el cogote [...], me hace cosquillas [...]. Luego me los da en la garganta [...]. La boca se me llena de saliva, siento vergüenza de limitarme a tragar sin apetito mientras ella me besa recorriendo mi cuerpo. [...] María dirige, yo la sigo. Me pone encima de ella como quiere y descubro que ya no sé dónde tengo el pito. Lo ha cogido ella, lo mece entre sus piernas [...]. Dejo que ella me lleve, me sube y me baja, hace una ola, abro los ojos y veo los suyos cerrados debajo de mí, la boca abierta, los cabellos negros sueltos y la ola se agita y yo intento mantener el equilibrio. Con qué fuerza se aprieta y agarra, la belleza debe ser esto, y entonces siento que se tensa la punta del cuerpo, me parece que sale el bumerán del interior del pito, profiero un “ah” de asombro, ella se agarra aún con más fuerza a mi espalda y jadea en mi oído y yo pego unas sacudidas que me son desconocidas. El bumerán retorna al lanzador en fuerte abrazo y jadeos de su pareja, que estimulan sus sacudidas hasta entonces desconocidas.²⁸

Puede notarse cómo se va produciendo el pasaje que señala Gutton del reconocimiento de superficie a la penetración, y yo agregaría: de la masturbación al coito vía progresiva organización de la primacía genital, la importancia del otro y la reciprocidad en deseo y afecto que forja la complementariedad y se proyecta a futuro.

La importancia de esa unión sexual, tierna, de cuidado mutuo, propia del amor juvenil, con complementariedad no solo de los genitales y juramentada a futuro, se puede ejemplificar con una confesión que le hace el padre del joven personaje (antes citado), respecto de la relación con su esposa, internada en el hospital y con pocas esperanzas de vida:

Solo la tengo a ella, y ella se apoya en mí con toda la fuerza que le queda [...]. No te queremos meter, es algo entre nosotros, algo antiguo de cuando íbamos al refugio bajo los bombardeos y nos jurábamos que ni las bombas podrían desunirnos: nadie nos separará nunca [...]. Entonces éramos novios y estábamos más unidos que los esposos. *Si ella se va, yo me quedo como una manija sin puerta.*²⁹

La representación de la complementariedad de sexos en concordancia con el logro de la primacía genital lleva a declinar el autoerotismo infantil y la práctica masturbatoria, y al abandono relativo de las teorías sexuales infantiles, aunque cierto remanente queda conformando un *delirio privado*.³⁰

Junto con el procesamiento psíquico de las modificaciones corporales y la incipiente genitalidad, se va produciendo una revivencia y una modificación por *après-coup* de la sexualidad infantil, una reinscripción y reestructuración de lo previo. A partir de la primacía genital, la complementariedad, la recurrencia a un otro exogámico para obtener placer, la realización efectiva del acto, las vivencias del orgasmo genital, el sentirse buscado, reconocido y valorado por el otro, se produce una sexualidad diferente, novedosa, que más que continuidad y renovación de la infantil, marca una ruptura que requiere de nuevas representaciones de cosa y de palabra.

La inauguración de la sexualidad infantil por la estimulación y las fantasías de la madre implica a dos participantes, pero no en un mismo nivel: el adulto va contribuyendo a generar el cuerpo erógeno del bebé, pero el bebé no constituye el cuerpo erógeno de su madre, aunque se pone en juego su historia sexual. El autoerotismo es una acción ejercida sobre uno mismo, un placer de uno, si bien se reproduce una acción previamente ejercida por otro. En la práctica genital adolescente, luego de los procesamiento psíquicos previamente señalados, el intercambio con el otro, además de condición necesaria, implica igualdad en ambos *partenaires*, en la excitación mutua, en la prosecución de un placer que es otorgado por el otro y producido por uno, y que ambos tienden a lograr un placer orgásmico. Esto marca una ruptura con la sexualidad infantil y al mismo tiempo *genera una sexualidad en interjuego y codeterminada*, que se recrea en cada acto o con otros *partenaires*, lo que la signa como novedosa y radicalmente diferente a la infantil, un cambio de eje: *la sexualidad compartida en pareja*.

No quisiera que se malinterprete esta formulación, que implica el reconocimiento de la importancia de la sexualidad infantil, el desarrollo y el desenlace edípico y la posterior organización de la Latencia. Es plantear lo previo no como determinante de la sexualidad adolescente y adulta, sino como contribuyente. Digamos que es un curso fluvial que, a partir de un punto (la adolescencia), deja de ser el río principal de la sexualidad, para ser solo un afluente importante que junto con otros conforma un origen en esa confluencia, lo que da lugar a un nuevo y caudaloso río que tiene otras características y quizás cambia

su dirección y destino.

En el funcionamiento psíquico de ambos de ser algo de cada uno y de los dos, esa realidad compartida del encuentro amoroso pasa a poblarse de otros personajes: exparejas, otros que dirijan su interés amoroso o deseo sexual a alguno de ellos; en otros términos, potenciales rivales con los que habrá que competir. También influirá cómo es visto el otro por el grupo de pares, amigos íntimos, familia (especialmente los padres), etc. No están solos.

Desde esta perspectiva, toma relevancia lo azaroso, los intercambios con diversos grupos y personas; en otros términos, lo que ocurre no es repetición ligeramente modificada de lo previo, sino creación actual y potencialmente cambiante con cada nueva experiencia. En este sentido, el hallazgo de objeto es más hallazgo que reencuentro. No olvidemos que si bien Sigmund Freud señala que en cierto sentido es un reencuentro, no por eso modificó el título “El hallazgo de objeto”, que estaría más condicionado por el mundo exogámico y lo imprevisible.³¹ No siempre puede accederse a ese nuevo comienzo; en tanto los jóvenes no se puedan desprender de fijaciones infantiles que los limitan, no lograrán superar el trauma residual.³² Como ejemplo, citaré una breve viñeta clínica.

Celia comenzó análisis a los 20 años por dificultades sexuales, en particular para arribar al orgasmo. Al comenzar el tratamiento aparecieron ataques angustiosos en la noche, que la hacían buscar alivio en la compañía de su madre en el cuarto matrimonial; se quedaba dormida a su lado, de su mano. Luego de un par de años hay una clara mejoría en diversos aspectos, incluido lo relacional y lo sexual. En un período en que logra no desesperarse por estar de novia o salir con alguien, vemos cómo se instala y/o persiste la actividad masturbatoria con un osito de peluche, clara expresión de un autoerotismo ligado a un objeto de tipo transicional, al que nominamos “osito cariñoso”. Queda como “hija única” en la casa y, pese a cambiar de habitación, persisten su percepción y su rabia cuando nota que sus padres cierran la puerta. Aunque se aplacan ahora los ruidos por la distancia, igual escucha los jadeos y las expresiones maternas, que atribuye a que teatraliza y engaña (antes pensaba que el padre la golpeaba), y no a que disfruta de un orgasmo, maniobra proyectiva y de evidente intolerancia al acto genital de sus padres y al persistente aunque rechazado apego a su madre.

De manera azarosa conoce un “hombre grande” (seis años mayor), profesional, que vive solo y de su trabajo, y que la desconcierta por el tipo de trato. Le atrae y a la vez la asusta. Trata de realizar sus clásicas maniobras de dominio y manejo del otro, pero fracasa; él no entra en el juego de las ofuscaciones y los enojos, y esto la descoloca. En el plano sexual van de a poco. Cuando concretan, ella despliega sus artes para quedar como la “diosa excitante”, que enloquece al otro de placer, y se encuentra con que él le expresa su agrado, pero plantea por qué ella no logra su orgasmo. No puede lograrlo en el coito, ni si él la estimula manual u oralmente; solo puede mediante la presión y cierto frotamiento sobre el muslo de él. Le planteo la hipótesis de que debía de haber habido masturbación con la contracción muscular de los muslos. A partir de esto, primero asocia

que dejó de hacer ciertos ejercicios abdominales porque varias veces le produjeron orgasmo y luego rescata recuerdos confirmatorios de la hipótesis propuesta.

Puede verse que aún no puede desprenderse de la corriente sexual infantil y, aunque le cuesta admitirlo, se siente fuertemente atraída por su pareja, por su creciente genitalización, por el nuevo mundo que se le abre, y eso mismo la atemoriza. Es claramente válida la paradoja descrita por Jeammet:³³ aquello que desea en el plano objetual es a la vez lo que la amenaza en lo narcisístico, pues marca una dependencia del objeto que le resulta intolerable y es vivida como apresamiento y dominación, lo que perturba su primacía genital en cuanto a la descarga orgástica unida a la corriente tierna.

Celia comienza a vivir con él, mantiene unos años esta relación, que se va deteriorando por las conductas de descuido-abandono de él (unido a un marcado alcoholismo), que la llevaban a una incrementada angustia de separación-pérdida, que paradójicamente la unía aún más a él y le impedía protegerse y/o finalizar la relación. Surgieron durante ese tiempo algunos signos que podrían hacer sospechar de una posible relación de él con otra mujer, que ella exacerbó. Devino en obsesión cuasi delirante, más abocada a encontrar “otras pruebas” que confirmen su convicción que a reconquistarlo o a poder disfrutar lo que le daba, al unirse más en la pelea. Ambas situaciones parecían escenificar la problemática unión simbiótica con su madre y la dramática edípica, las dos con marcada agresividad en juego.

Pudo trabajar estas conflictivas, con mejoramiento sintomático. Su relación termina y vuelve a casa de sus padres. Luego de unos meses de tristeza, al borde de la desolación, mejora sus condiciones laborales e interrumpe el tratamiento. Varios meses después retoma y se plantea vivir sola. Realiza una prueba de un par de meses en el departamento de una amiga que está de viaje. Al regreso de su amiga, decide que puede vivir sola (alejarse de la madre) y alquila un departamento.

En ese lapso comienza a verse con un compañero de trabajo que no solo le atrae, la trata con afecto, deferencia y la valoriza, sino que la desconcierta, pues la “lleva” a un orgasmo con penetración vaginal. Esta alegría inicial de la primacía genital y el afecto ligado signaron nuevamente sus angustias a quedar dominada por el otro, lo que deriva en diversas rencillas que los distancian y “enfrian” la genitalidad. Relativamente recuperada, se une a él “como al principio” y deciden casarse meses después. Al poco tiempo se reproducen el encierro y las peleas.

Cerca de la fecha llega a plantearse no casarse, pero supera sus temores, derivados de la genitalización en pareja que amenaza su dominio narcisista y de la más lograda separación del núcleo familiar. Puede superar un antiguo síntoma fóbico y volar en avión para su luna de miel, que disfruta e inaugura una incrementada práctica genital satisfactoria que la une a su pareja. Poco después reaparece la distancia y el enfriamiento, y una nueva interrupción del tratamiento.

En esta apretada reseña de unos nueve años de tratamiento, pueden verse los movimientos progresivos de la genitalización, el descentramiento narcisístico, la aceptación del otro, de la complementariedad, los afectos concomitantes, el

distanciamiento de lo simbiótico, edípico y relacional con la familia, etc. También se ven los movimientos regresivos tendientes a desandar los caminos emprendidos, a trabar los logros. No obstante, se puede observar un evidente cambio, pero demorado en el tiempo y con alto costo afectivo.

CONCLUSIONES

El niño temprano siente su cuerpo manipulado, controlado y dirigido por su madre, como si fuera su extensión. Su cuerpo es sede de sus vivencias, puede usufructuarlo, pero es vivido en parte como propiedad materna que lo “administra”; no le pertenece plenamente. Con la Latencia, por la ejercitación y utilización de su cuerpo, unido al notorio alejamiento físico y temporal de sus padres y creciente autonomía, va adquiriendo la propiedad de su cuerpo. Los cambios físicos, las vivencias y las consecuencias emocionales ya referidas de la pubertad promueven ese sentimiento de ajenidad, de no ser dueño pleno de su cuerpo.

El desafío o tarea central a la que debe abocarse el joven podría ser denominada “reapropiación de su cuerpo”. Este eje procesará no solo la adaptación a su nueva morfología y funcionalidad, haciendo propio y utilizando lo que advino, sino también inscribirá ese plus sin significar de lo puberal y, consecuentemente, la modificación acorde de su representación del cuerpo, el lugar otorgado al placer compartido de la ejercitación genital, la complementariedad de sexos, su capacidad orgásmica, su potencialidad procreadora y los afectos concomitantes.

EJE II: SOBRE FAMILIA, IDENTIFICACIONES E HISTORIA

Los niños oyen numerosas historias, de muy diversas formas, antes de ser capaces de leerlas. Pero el núcleo de su educación se centra en iniciarlos en una historia ya en marcha. Se trata de la leyenda o tradición de familia y los padres, que la familia y los padres muestran mucho interés en dejar impresa en sus cerebros en las diversas versiones.

HANIF KUREISHI³⁴

Podemos observar que en los jóvenes, en paralelo a los cambios puberales, se produce un giro de interés por el pasado que se expresa de distintas formas. Por ejemplo, es frecuente que revisen las fotos y los videos familiares, en particular los suyos. Realizan un “reordenamiento” del álbum, retiran algunas fotos, rompen otras y dejan el resto, y las que retienen no tienen un sentido cronológico, sino que son elegidas por ellos por algún motivo, ya sea porque captó una situación que ellos destacan y descartan episodios que realzan los padres, o por un eco emocional que no pueden poner claramente en palabras pero los convoca (por ejemplo, les gusta su expresión, o los impacta su gesto de desagrado, etcétera).

Inquieren sobre personajes que no ubican, situaciones o lugares retratados, y en ciertos casos dan una versión de un episodio que contraría la “versión oficial”. Preguntan sobre su nacimiento, su infancia, etc., y a veces marcan diferencias o dan una versión distinta de la parental. También suelen interesarse por la versión de otros adultos significativos y familiares sobre ellos, sus anecdóticos acaeceres, como si buscaran contrastar (diferenciar, corroborar, ampliar, etc.) con el relato transmitido por los padres durante la infancia y en la actualidad.

Es frecuente que comiencen a averiguar sobre el encuentro de los padres, la historia de la pareja, su nacimiento, etc. También intercambian historias con familiares de sus amigos, para cotejar similitudes y diferencias. Asimismo, preguntan sobre las familias de origen y sus vicisitudes; se dirigen, por ejemplo, a sus abuelos, y les preguntan sobre su infancia, cómo vivían, si migraron y por qué, cómo fue la migración, cómo era el país cuando llegaron, cómo se abrieron camino, su historia de pareja y cómo eran sus padres de niños. También investigan sobre las vidas de tíos, primos, y las preferencias y desavenencias con sus padres y abuelos.

¿Cuál es el sentido de esta investigación sobre el decurso de su vida y la de su familia? De pequeños, su vida anterior era transmitida por sus padres. Ellos eran producto de la historia que los padres les contaban. En la segunda mitad de la Latencia, con el contacto con otras familias y entornos sociales, comienzan a emerger cotejos, dudas, algunos cuestionamientos y ciertas dobles versiones sobre hechos de su vida.³⁵ Paralelamente a los cambios corporales, con la creciente genitalización, la confrontación con los parecidos físicos y el determinismo genético, se cuestionan sobre su vida y la de su familia.

Sigmund Freud señaló que la novela familiar cambia con la pubertad, se genitaliza.³⁶ Esto es parte de este movimiento en que el psiquismo, en su eterna búsqueda de sentidos y explicaciones causales, dirige el afán epistemofílico del cómo se gestan los niños a cómo fue gestado él, y los acaeceres personales y familiares.

En el historial clínico del hombre de las ratas, Freud señala:

Los “recuerdos de infancia” [...] se establecen solo en una edad posterior (casi siempre en la pubertad), y que entonces son sometidos a un complejo trabajo de refundición que es enteramente análogo a la formación de sagas [leyendas] de un pueblo sobre su historia primordial. [...] O sea, como un genuino historiógrafo, procura contemplar el pasado a la luz del presente.³⁷

La indagación es una manera de procesar desde otro ángulo lo que inquieta al joven sobre sus modificaciones puberales y parecidos físicos. Va armando su árbol genealógico e historizándolo, lo que lo va introduciendo en aquello que lo precedió, los orígenes, el parentesco, las alianzas y rupturas, las costumbres y los estilos de su familia, las anécdotas. Este trabajo lo enmarca en la pertenencia a una cadena generacional, define su herencia familiar, lo descentra de su egocentrismo en tanto él es producto del decurso de varias generaciones, al tiempo que descubre que sus padres y los otros familiares tuvieron historias que los precedieron, así como las vicisitudes de otros en pos de un proyecto. Lo promueve una noción de temporalidad, de finitud y de muerte; también una

pertenencia y diferencia de otras familias, de otros grupos sociales determinados por etnias, países de origen, religión, etc., y la posibilidad de procesar su imposibilidad humana de decidir y controlarlo todo, al aceptar que lo que lo precedió en parte lo define, condiciona y limita. Desde esta perspectiva, la frase “No pedí nacer”³⁸ puede entenderse como el rechazo a aceptar un linaje, una filiación y una historia que lo precede y se le impone más allá de sus deseos.

El proceso de revisión crítica y reorganización personal de la historia, ardua y prolongada tarea a la que se aboca el yo, significa el pasaje de ser un actor pasivo del libreto escrito por sus padres (una biografía más o menos tendenciosa u objetiva, pero siempre desde la óptica y las propias historias de sus padres) a ser autor y actor, artífice de una historia que escribe desde sus recuerdos, emociones, representaciones, resignificando y reestructurando sus vivencias y la información recibida. Historia que por *après-coup* reseña su pasado, pero que continuará escribiendo mientras la produce; es desde el presente que crea su pasado. Coincido en que “el sujeto se define como se resignifica; es decir, según cómo se reestructura su biografía para transformarla en su propia historia”,³⁹ aunque estimo que no solo por este mecanismo, según desarrollaré a continuación.

El proceso de historización teje los diversos hilos de lo que le contaron al joven, lo que siente respecto a ese relato, lo que recuerda sobre lo que le dijeron de cómo fueron o qué hicieron sus padres, lo que quiso ser, lo que otros adultos y pares le devuelven como imagen de él, lo que continúa reprimido, el trasfondo de lo originario. Estos hilos se van concatenando, a partir de los nuevos encuentros, con otros que pasan a ocupar el centro de la escena (amigos, rivales, líderes, profesores, novios, amantes, etc.), y le producen sensaciones, afectos, representaciones, ideas, proyectos diversos y novedosos. En otro plano podría asemejarse, en cierto sentido, a la concatenación de las pulsiones parciales en la primacía genital.

Acuerdo con muchos de los planteos de Piera Aulagnier sobre permanencia y cambio, historización y adolescencia. La creación de “ese fondo de memoria gracias al cual podrá tejerse la tela de fondo de sus composiciones biográficas”⁴⁰ posibilita que lo que cambió y puede cambiarse no convierta al adolescente en un extraño respecto de lo que fue, garante de la permanencia identificatoria. Señala el decurso adolescente en dos etapas: la primera reorganiza el espacio identificatorio, y define posiciones seguras y estables que le permiten incursiones en campos novedosos sin riesgo de desconocerse; la segunda, posibilitada por el logro de la primera, reorganiza el espacio relacional y, por consiguiente, “la elección de los objetos que podrán ser soportes del deseo y promesa de goce”,⁴¹ ambos corolarios de la constitución de lo reprimido.

Si bien la autora en diversos textos enfatiza la importancia de nuevos contextos y lo que denomina “posibles relacionales” —y marca también la adolescencia como momento clave de reorganización exitosa o detención, o incluso patologización—, pareciera que queda aún demasiado condicionada por lo previo, lo infantil. Disiento parcialmente en esto, ya que le otorgo importancia a los nuevos vínculos y experiencias,⁴² que pueden

posibilitar la remoción y la superación de fijaciones tempranas, como una segunda oportunidad de resolución,⁴³ y abrir nuevos campos relacionales que no se determinan por lo pasado, sino que se definen en el intercambio presente con el otro (como ya señalara respecto de la sexualidad) y que puede extenderse al plano relacional, familiar y social. Acertadamente señala Kureishi: “Si una vida puede narrarse en términos de identificaciones, habrá que contarla tanto en términos de a quiénes dejas como a quiénes encuentras”.⁴⁴

Podría objetarse el énfasis que realizo sobre la importancia de los nuevos objetos con los que se vincula el joven. Si releemos “Duelo y melancolía”, veremos la importancia que Freud otorga a la pérdida de un objeto significativo y los procesos que desencadena: desde el repliegue dolorido y penoso en el duelo hasta el avasallamiento y ocupación del yo en la melancolía.⁴⁵ Si nos apartamos de lo que describe, podremos inferir que el autor le otorga una gran importancia al objeto y su vínculo con el sujeto, en la medida en que su pérdida es tan dolorosa y riesgosa. También porque el desenlace implica su interiorización, al hacerlo propio a través de la identificación. Este concepto lo desplegará luego en “Psicología de las masas”, donde el valor del objeto (por ejemplo, el líder) marca al yo a través de la identificación, al punto que luego planteará que el yo está conformado por identificaciones (relaciones con el objeto resignadas o perdidas).⁴⁶ En otros términos, el objeto no es una duplicación de los objetos primarios, no es un reencuentro con ellos, sino que es diferente y singular, así como la vinculación que con él se establece; por tanto, se puede concluir que los nuevos encuentros y las características de la relación con ellos tienen potencialidad modificatoria que rescata de la repetición, lo que rompe la linealidad temporal: el presente no está determinado por el pasado, sino solo condicionado por él.

Lo vivido y lo vivenciado por el adolescente con otro significativo (para sí mismo), lo que el otro modificó y lo que modificó en el otro, es un proceso de descubrimiento de las singularidades y peculiaridades de ese otro, de uno mismo y del vínculo relacional. En tanto ambos están representados, afectivizados e incorporados a su acaecer histórico, se produce una progresiva apropiación subjetiva simultánea o sucesiva entre ellos, en secuencias de encuentro objetual y repliegue narcisístico, que más allá de la presencia/ausencia, en tanto permanencia/inseguridad, dependencia/autonomía, marcan sensitiva, emocional, corporal, representativa e intelectualmente al joven. El vínculo los trabaja y es trabajado por ambos participantes de manera singular, individual y a la vez conjunta e interdependiente, condicionada por circunstancias contextuales que involucran todos y cada uno de los aspectos metapsicológicos y promueven una reorganización de lo previo por la inclusión de lo novedoso.

Las dificultades en este proceso de historización muestran el encierro y la repetición en sus diversas presentaciones psicopatológicas o la posible apertura a nuevos destinos. La persistencia doliente de lo previo, debida a una sobreinvestidura, privan al joven “del *quantum* necesario para invertir un futuro, portador de cambio”.⁴⁷

Detrás de la historia, se vislumbran las identificaciones. A partir de la inserción en lo

social vía la escuela y los pares, se producen durante la Latencia nuevas identificaciones que, si bien siguen el modelo de las secundarias, no son duplicaciones ni agregados a estas, sino que son diferentes, son otras, que se adjuntan a las previas sin confrontarse.⁴⁸ Es durante la adolescencia y a partir de la relativa homologación corporal con los adultos y la confrontación con los padres que se producen modificaciones del “árbol identificador”.

La aparición de otros referentes, especialmente los pares, y su inclusión en otros ámbitos no solo posibilitan la convergencia de otras miradas que identifican al adolescente de maneras diversas, y dirigir su mirada a otros que resalta y valora, sino también una creciente ampliación identificatoria.

Estas nuevas identificaciones, tanto de la Latencia como de la adolescencia, entran en contradicción y colisión con parte de las previas, lo que implica una intensa remoción del “árbol identificador”. Digamos que este “árbol” se ve azotado por violentos vientos cruzados en los que se debilita, pierde hojas, ramas, y puede parcialmente partirse el tronco. Esta tormenta para el yo implica inseguridad, desconcierto, búsqueda de nuevos referentes en que apoyarse mientras se recompone.

Los procesos de desidentificación conmocionan y producen cierto vacío transitorio vivido como peligroso por el componente tanático liberado. Al desidentificarse parcialmente de sus padres, el yo pierde apoyaturas, circunstancia que promueve nuevas identificaciones sustitutivas que pueden obturar el proceso de cambio, dirigirlo hacia situaciones deteriorantes o destructivas (por ejemplo, se identifican con un líder psicopático o adicto), o prestarse a una apertura al futuro que fortalezca un narcisismo trófico y promueva un enriquecimiento vital del sujeto. Esto también realza la importancia de las nuevas relaciones que establece el joven, en la medida en que se convierten en posibles ejes de apoyaturas.

En palabras de Kureishi:

Me siento habitado por otros, compuesto de ellos. Escritores, padres, ancianos, amigos, amigas hablan dentro de mí. Si los expulsase de mí, ¿qué quedaría? Pienso en la obra de imitación, diferenciación y oposición, y en cómo nunca se acaba. También lo intrigante sobre la rebelión es que el orden en que deseas desafiar está oculto tan profundamente en ti mismo que no puedes ni empezar a conocerlo [...] Me ha llevado mucho tiempo formular mis propios “síes”.⁴⁹

Cuando el adolescente se aleja de su familia, es frecuente que se resguarde en la idealizada familia de su amigo íntimo, que así como él conforma su ideal; lo mismo ocurre con sus padres, es un mero desplazamiento. Esto suele ser de corta duración, ya que también descubre las debilidades, limitaciones y contrariedades de esos sustitutos por elección. Entonces, los deja de lado; fueron una posta en el camino a una verdadera remoción. Los procesos de desidealización, no solo de los padres, sino también de otras figuras, situaciones familiares y expectativas frustradas, suelen preceder y promover desidentificaciones por vía de la decepción.

Es destacable que las identificaciones transgeneracionales patógenas, debido a la conmoción identificatoria, tienden a activarse, dificultan el procesamiento de este eje y

desencadenan generalmente actuaciones riesgosas o severos desajustes en la adolescencia. Esto es, por ejemplo, lo que sucedió con Rita, la joven que se embarazó a la misma edad que su madre (véase capítulo II, pp. 63-65). Otro ejemplo es el de una mujer adulta que, al gestionar la doble nacionalidad, observa las partidas de nacimiento familiares y descubre que el apellido de su padre y de sus tíos paternos correspondía al de su abuela, que los tuvo de soltera. Luego del impacto inicial, coincidente con un atraso menstrual de su hija, se da cuenta de cuántas madres solteras (varias promediando la adolescencia) hubo en su generación y en la siguiente. Capta así la “silenciosa” repetición transgeneracional de la historia “no conocida”.

Si bien la adolescencia es una época de cuestionamiento y remoción identificatoria, no es tarea sencilla desidentificarse, aun cuando se trate de identificaciones más “periféricas” a un rasgo, no obstante muy arraigadas. Como ejemplo vale otra cita de Kureishi: “Aunque los puntos flacos de mi padre en la lectura coinciden con los míos, y lo que a él no le gustaba a mí sigue sin gustarme, no hay nada más permanente que una fobia de infancia heredada”.⁵⁰

Las más arduas e inquietantes desidentificaciones por lograr se relacionan con las identificaciones impuestas desde padres y sustitutos, así como con el proyecto que ellos forjaron y esperan que se cumpla. Arduo en función de la profundidad y fijeza que entrañen, de su ligazón con lo transgeneracional y de la amenaza latente ante el apartamiento e incumplimiento. Solo en la medida en que el adolescente se distancie (lo que implica en parte el “desasimiento” de la autoridad parental), podrá encarar su proyecto identificatorio subjetivante, o sea, no alienante. En palabras de un colega, el doctor David Chernizky, “se trata de dejar de servir a los que ama, para poder amarlos sin servirlos”.⁵¹

Podríamos definir los procesos que encara el joven en este eje como la reapropiación de su historia. Como he señalado, esto implica una reubicación en y para con la familia, la apertura exogámica (no solo en cuanto a elección genital de objeto, sino también especialmente en cuanto a las relaciones con pares y parejas, y a su inserción laboral y su futuro) en lo referente a las identificaciones y a otras personas orientadoras y de autoridad.

EJE III: SOBRE AUTORIDAD, AUTONOMÍA Y SUBJETIVACIÓN

¿Qué es un rebelde? Un hombre que dice No, pero cuya negativa no implica una reenumeración. También dice Sí en cuanto empieza a pensar por sí mismo.

HANIF KUREISHI⁵²

Si quieres vivir una vida feliz, átalala a una meta, no a una persona o un objeto.

ALBERT EINSTEIN

Al referirse a la metamorfosis de la pubertad, Sigmund Freud dice en 1905:

Contemporáneo al doblegamiento y desestimación de estas fantasías claramente incestuosas, se consuma uno de los logros psíquicos más importantes, pero también más dolorosos, del período de la pubertad: *el desasimiento respecto de la autoridad de los progenitores*, el único que crea la oposición, tan importante para el progreso de la cultura, entre la nueva generación y la antigua. Un número de individuos se queda retrasado en cada una de las estaciones de esta vía de desarrollo que todos deben recorrer. Así, hay personas que nunca superaron la autoridad de los padres y no les retiraron su ternura o lo hicieron solo de modo parcial.⁵³

Luego, en 1908, hace una afirmación similar con la que comienza “La novela familiar de los neuróticos”.⁵⁴ Dos años después, en 1910, en el texto sobre Leonardo da Vinci, las palabras están separadas, pero su sentido es igual:

Pero si el imitar a su padre lo perjudicó como artista, su revuelta contra aquel fue la condición infantil de su tarea de investigador, acaso igualmente grandiosa. [...] Osó formular la atrevida tesis que, no obstante, contenía la justificación de todo libre investigar: “Quien en la polémica de las opiniones invoca la autoridad se vale de su memoria, no de su entendimiento”.⁵⁵

Persiste un sometimiento a la autoridad que impide el cuestionamiento y en consecuencia el entendimiento racional. En 1914, luego de señalar que el colegial, al salir fuera de su casa, mediante el conocimiento y la comparación, va desidealizando a su padre, afirma: “Todo lo promisorio, pero también todo lo chocante, que distingue a la nueva generación reconoce por condición este desasimiento respecto del padre”.⁵⁶

Menciona el concepto, pero no lo explicita. Estimo que, como él dice, es un aspecto clave de la adolescencia y de su condición posterior. Puede entenderse esto en relación con la autonomización y con la impresión de un sello personal a las acciones e ideas, pero para que sea posible tienen que producirse otros procesamientos que paso a desarrollar.

Si seguimos las ideas de Freud en los textos mencionados, y si tenemos en cuenta que la maduración puberal posibilita el crimen y el incesto, es evidente que la reactivación edípica de la adolescencia deba resignar a los padres como objeto sexual más rotundamente que en la infancia, y en consecuencia se realice la decatectización de las imágenes parentales. El adolescente se siente incómodo en su familia y se abre el camino al mundo exogámico, al hallazgo de objeto, al despliegue y fortalecimiento yoico, a una mayor autonomía, creciente noción de sí como diferente de otros y progresiva responsabilidad por sus actos.

La importancia de los padres como referentes (normativos, identificatorios, ideales, etc.) se desplaza al grupo de pares, que pasa a ser el referente primordial, el lugar de intercambios y procesamientos, lo que implica un desplazamiento catéctico considerable. Luego, la consolidación de pareja, la importancia de ese otro tan especial y del vínculo establecido, va en desmedro del grupo de pares.

El superyó que se instaló en el aparato psíquico como corolario del desenlace edípico ejerce su prohibición sobre todo retoño pulsional que intente llegar a la conciencia, porque la sexualidad infantil tiene el sello de lo edípico. Esto marca las características de

la Latencia de lucha contra la masturbación y la búsqueda de nuevos destinos pulsionales.⁵⁷ Si el superyó no se modifica, no podría desplegarse el segundo tiempo de la sexualidad, ni el desasimiento de la autoridad parental. Durante la Latencia, diríamos que el superyó actúa como una membrana impermeable que impide el pasaje directo de lo pulsional; para encauzar el incremento pulsional de la pubertad que lo desborda y para dar lugar a la tendencia reproductiva de la especie, que la sociedad espera que se cumpla, debe producirse un cambio. Por una parte, refuerza la prohibición del incesto, y por otra, posibilita la descarga con un objeto exogámico, es decir, pasa a actuar como una membrana semipermeable: impide el paso de algo y permite el paso del resto.

También la más arcaica identificación al padre (el de la horda primitiva, que solo él puede disfrutar de la práctica genital) debe declinar y dar lugar al despliegue de lo genital en el joven; solo es posible si este, además, realiza una identificación con una pareja sexuada (los padres o sustitutos), que se complementan en la consecución de placer en el coito, en vez de quedar impotentizado y cargado de agresión como tercero excluido.

El superyó de la Latencia todavía está encarnado en las voces prohibitorias de los padres y escasamente de sus sustitutos; está muy “personalizado”. Durante la adolescencia, la otra modificación esperable es que se torne más abstracto, encarnado no en personas, sino en las regulaciones sociales organizadas en la ley, velada en su cumplimiento y encargada de castigar la transgresión a través de los agentes que la sociedad designa.

El ideal del yo tiene sus raíces en el narcisismo primario y se asienta tempranamente en el desplazamiento hacia los padres, a quienes atribuye perfección, omnipotencia y omnisciencia; son esos “seres superiores”, admirados y temidos, que luego acogemos en nosotros mismos por una vía identificatoria que se sostiene en la esperanza de ser como ellos algún día. Esta promesa en parte se cumple por los cambios corporales y la capacidad intelectual a la que el joven puede arribar, lo que en un primer momento tiende a reactivar la omnipotencia temprana y el yo ideal. Además, la ilusión se derrumba en la adolescencia con la creciente desidealización de los padres, los adultos y de su mundo. Se promueve una remoción de los ideales y, vía reprocesamiento edípico, principio de realidad y aceptación de la falta, se modela el ideal del yo, que incluye nuevos ideales, valores y modelos. Es una instancia, entonces, que no impone la perfección, sino que aspira al mejoramiento, al perfeccionamiento. Uno no alcanza nunca el ideal propuesto, se acerca; es una aproximación asintótica. No se exige ni se prohíbe, se promueve, se orienta el accionar y se regula la imagen de sí (autoestima) acorde con los valores e ideales que alberga; es una instancia motivacional, que se acerca más al yo y se discrimina de las prohibiciones, las normativas y el carácter punitivo del superyó.

La conformación de los ideales también se desprende parcialmente de los padres, que incluyen otros personajes como modelo: primero, el grupo de pares y la subcultura adolescente; luego, círculos más amplios e impersonales de la cultura para tornarse más abstractos e ideológicos, proceso en algunos sentidos similar al que ocurre con el superyó.

Cuando la confrontación con la esperada perfección y omnipotencia se ve jaqueada y constreñida por la realidad, puede no seguir el camino de la aceptación y la remodelación del ideal del yo. En cambio, puede promoverse la afiliación a ideales sustitutivos en lo exterior, a los que es capaz de entregarse hasta el sacrificio en una vinculación fusional que restañe la omnipotencia declinante, que tan solo es un desplazamiento de las imagos parentales endiosadas. Como no puede destronar a los padres, persiste la identificación y la repetición (por ejemplo, brusca e intensa religiosidad, entrega alienante a una ideología política, a formas de vida “salvadoras” como dietas, a prácticas espirituales, a la “pacificación” adictiva, o la disolución de sí en la entrega pasional).

Como apoyatura de la idea de que se torna más impersonal el superyó y el ideal del yo, así como la importancia de sustitutos parentales y de los padres luego del Edipo, cito a Freud:

En el curso del desarrollo, el superyó cobra, además, los influjos de aquellas personas que han pasado a ocupar el lugar de los padres, vale decir, educadores, maestros, arquetipos ideales. Lo normal es que se distancie cada vez más de los individuos parentales originarios, que se vuelva por así decir más y más impersonal. No olvidemos tampoco que el niño aprecia a sus padres de manera diferente en diversos períodos de su vida. En la época en que el complejo de Edipo deja el sitio al superyó, ellos son algo enteramente grandioso; más tarde menguan mucho. También con estos padres posteriores se producen después identificaciones, pero lo común es que ellas brinden importantes contribuciones a la formación del carácter.⁵⁸

Entre las últimas modificaciones estructurales de la adolescencia, otra formación que se diferencia en el yo es el carácter. Freud lo liga inicialmente a los remanentes de las etapas libidinales que no pasan a la siguiente. Luego destaca la importancia de las identificaciones (tanto a un rasgo como las derivadas de una pérdida objetal), y al final de su obra (en “Moisés y la religión monoteísta”) es el destino de la libido (carácter narcisista o anaclítico);⁵⁹ en otros autores, es el aspecto defensivo del yo. Estas explicaciones son parcialmente válidas, y el propio Freud no descarta las anteriores en sus nuevas formulaciones. Sin duda, las marcas del pasado libidinal-relacional y las defensas en juego dejaron su impronta, pero los estudios longitudinales de seguimiento desde la niñez hasta los inicios adultos muestran que el carácter “definitivo” no puede ser previsto por las formas operantes en la infancia temprana ni en la Latencia. Es indudable que las innumerables remociones y reestructuraciones acaecidas por las novedades puberales hacen de la adolescencia el momento para la estabilización y el cambio de ciertas pautas reaccionales y operativas, que van marcando un modo de ser y actuar frente a los requerimientos tanto internos como externos. Se va entonces perfilando, definiendo y consolidando el carácter, que se remodela a partir del primado genital, la concreción del coito, las huellas de los nuevos objetos con que se relaciona y los procesos de reestructuración identificatorios.⁶⁰

Las modificaciones y consolidaciones de las instancias (recién señaladas) y su interrelación plantean un cambio en la generación y gestión de los afectos. En paralelo y consecuente al desligamiento de las imágenes y la autoridad parental, se produce una modificación “obligada” de la causalidad: satisfacciones y frustraciones ya no dependen

de los padres o sustitutos, sino del renovado comando yoico y de los objetos a los que se liga. El adolescente deja de ser pasivo para tornarse activo autor de sus actos y gestor de sus afectos.

Los procesos mencionados de remodelación y cambio (básicamente en el superyó, ideal del yo y carácter), en parte concomitantes, pero también consecutivos y derivados de los procesamientos de los ejes I y II, posibilitan el “desasimiento de la autoridad parental”, su creciente búsqueda de autonomía, su mayor inserción en diversos ámbitos extrafamiliares, unido a la presión de la sociedad. El joven va perfilando un futuro para su vida, una meta y una modalidad de ser y hacer, expresión de su singularidad. Si lo logra, implica una apertura a lo inesperado, a lo desconocido, a lo nuevo, que va determinando un modo de respuesta regido por un aparato psíquico profundamente modificado, que lo diferencia del que fue, del que anheló ser, del que sus padres esperaron que fuera y de los otros. Esto marca una singularidad que es parte definitoria de un proceso de subjetivación.⁶¹

Estimo ejemplificador lo que cuenta el ya citado Kureishi sobre su época de estudio y cuestionamiento en su juventud (lecturas, charlas, filosofía, música). Diversas influencias aumentaban su desasosiego en la búsqueda de su definición personal y como escritor, al diferenciarse de su padre (quien escribió durante buena parte de su vida). Aunque tomó de él la pasión por los libros y el relato, no pudo compartir sus ideas y escritos por su implacable crítica. Alude a su descubrimiento de John Stuart Mill y a su *Autobiografía*, en particular el capítulo “crisis en la historia mental”. Transcribe parte y dice: “Mill, claramente deshecho, no sabía a quién pedir consejo. Su padre era, como él decía, ‘la última persona a la que, en un caso como este, pediría ayuda’. Se sentía muerto y estaba aislado, algo peor incluso: era único, nunca se había encontrado con nadie que sintiese eso mismo”.⁶²

Agrega después en referencia a la reacción de Mill ante la muerte de su padre:

Conmovido hasta las lágrimas escribió: “Desde este momento mi carga se volvió más ligera”. Y aunque apenas podía admitirlo, Mill se complacía en pensar que el reino del padre había sido atacado. Al mismo tiempo, supo que más allá del orden paterno, no había instrucciones. Abandonar la casa del padre era aventurarse en solitario.⁶³

Parece claro cómo el autor se identifica con Mill en cuanto a la difícil tarea de desasimiento de la autoridad parental, lo arduo, solitario y angustioso que resulta adentrarse en la definición del propio camino y forma de ser, al tomar y apartarse del padre en la aventura de subjetivación, que puede implicar sentimientos parricidas.⁶⁴ Proceso de remodelación, construcción y apropiación subjetiva de un espacio psíquico relativamente singular, original y propio, ligado a un difícil y arduo trabajo, de cierta desalienación y diferenciación de sus padres y de los proyectos identificatorios que ellos forjaron en él.

La toma de conciencia de sí es un logro manifiesto, la punta del iceberg de un complejo y profundo proceso que moviliza fantasmas, trayectos y destinos pulsionales,

representaciones, identificaciones, normas, ideales, desde lo inconsciente y sus conexiones preconscientes, desde la carnalidad de lo experimentado hasta la idealidad de lo anhelado, desde lo recordado a lo imaginado, con las diversas instancias implicadas y su interjuego.

Lo que caracteriza este eje es que el joven *se apropia de su vida*, alejándose no solo de la autoridad parental, sino también del proyecto identificatorio y los ideales parentales. Puede emerger así como un sujeto que, si bien es condicionado por lo pasado, se diferencia, imprime su marca, toma el comando de su vida y le otorga un sentido. De esto deriva su proyecto futuro y su inserción social, como temporaria y relativa “cristalización”, producto del proceso de subjetivación que se continúa.

Desde esta perspectiva, la frase “Yo no pedí nacer”⁶⁵ implica la dificultad de asumir la orientación y la responsabilidad de la vida, y en una desafiante respuesta en espejo, decir: “Puedo elegir morir”. Esta problemática se ve, por ejemplo, en las actividades de riesgo, en los desafíos peligrosos, en ciertas prácticas deportivas, en carreras desenfrenadas con motos o autos por la ciudad, en el consumo exagerado de tóxicos, en la actividad extrema con desmedro de la alimentación y el descanso, etc. Así, “juguetea” omnipotentemente con la muerte, desmintiendo el riesgo. La máxima expresión ante la desesperación puede tomar la forma del acto suicida, en que pretende afirmar su autonomía atentando contra su vida (preservar el verdadero *self*, dice Winnicott).

EN SÍNTESIS

Comparto la noción de conflicto como constitutiva del ser humano, producto de exigencias internas contrapuestas,⁶⁶ y agrego que una puede provenir de lo externo, así como su intensificación y diversificación a partir de la pubertad. Así, el proceso adolescente se genera como resultado del desafío para el psiquismo frente a lo novedoso (desatado por los cambios puberales), y busca dar “resoluciones” a lo conflictivo.

Podrán rastrearse en lo expuesto los clásicos sentidos a niveles tópico, económico y dinámico (entre deseo y defensa, entre instancias, entre pulsiones o ligados a lo edípico), de los condicionamientos biológicos versus deseo, o frente a la escena primordial, así como conflictos identificatorios, intergeneracionales o ligados a lo sociocultural (siguiendo la línea freudiana de “Duelo y melancolía”, “Psicología de las masas” y “El malestar en la cultura”),⁶⁷ es decir, una ampliación del conflicto intrasubjetivo a lo inter y transubjetivo.

La propuesta desarrollada al considerar los tres ejes es una posición teórica del proceso adolescente, de la que resalto lo siguiente:

a) No es repetición de lo infantil, ni su reedición modificada; tiene características propias que lo diferencian cualitativa y cuantitativamente, entraña una intensa y profunda remoción, inclusión y reestructuración del aparato psíquico a partir de lo novedoso que

desata la pubertad, la potencialidad que abre, las oportunidades de su entorno y el azar.

b) Lo infantil no determina; es un condicionante destacable.

c) No está determinado por pérdidas y duelos (véase el capítulo I), sino por adquisiciones, potencialidades e imprevistos.

d) Los vínculos que establece no son necesariamente réplicas de los primarios: pueden ser diferentes y rectificar los patrones previos. Se redefine el sujeto y el objeto de deseo, y su interacción.

e) No solo se modifican las instancias y la relación funcional intersistémica, sino que se consolidan entidades como el ideal del yo y el carácter.

f) El procesamiento adolescente implica una profunda reformulación del campo psíquico, en lo intra, inter y transpersonal; se constituye, parafraseando a Freud, en un “nuevo acto psíquico”, como hito trascendental de la organización del sujeto.⁶⁸

g) A partir del tránsito adolescente, el psiquismo adquiere cierta estabilidad, pero no se clausura, permanece relativamente abierto a posibles cambios o con una accesibilidad fluida a lo adolescente, como se observa en creadores literarios, plásticos e incluso científicos; así, en condiciones críticas para el sujeto, puede reorientar el sentido de su vida.⁶⁹

h) Si bien los tres ejes propuestos pueden plantearse en parte como sucesivos, son simultáneos, y por momentos se nota la clara primacía de uno de ellos. Aunque en parte son independientes, se interpenetran y condicionan. También hay temáticas que transitan por los tres ejes, aunque desde perspectivas diferentes. Por ejemplo, los rasgos físicos parecidos que tuvieron un procesamiento en el eje I en tanto condicionamientos genéticos derivados del coito de los padres, se retrabajan en el eje II, referido a la historia relacional e identificatoria con esos parientes a los que uno se parece, y en el eje III, en relación con el proyecto futuro y la singularidad. Lo trabajado sobre la sexualidad también se replantea en el eje II en torno a la sexualidad en la propia familia y en la propia historia, y en el III se plantea acerca del lugar que ocupa el sexo y la pareja en su modo de encarar la vida. Esta modalidad de procesamiento se acerca a la del concepto freudiano de *nachträglich*, en tanto lo posterior retrabaja lo previo, pero no en cuanto lo posterior otorgue sentido a lo primero. Es más bien un enriquecimiento y una profundización de significaciones y representaciones desde diferentes perspectivas.

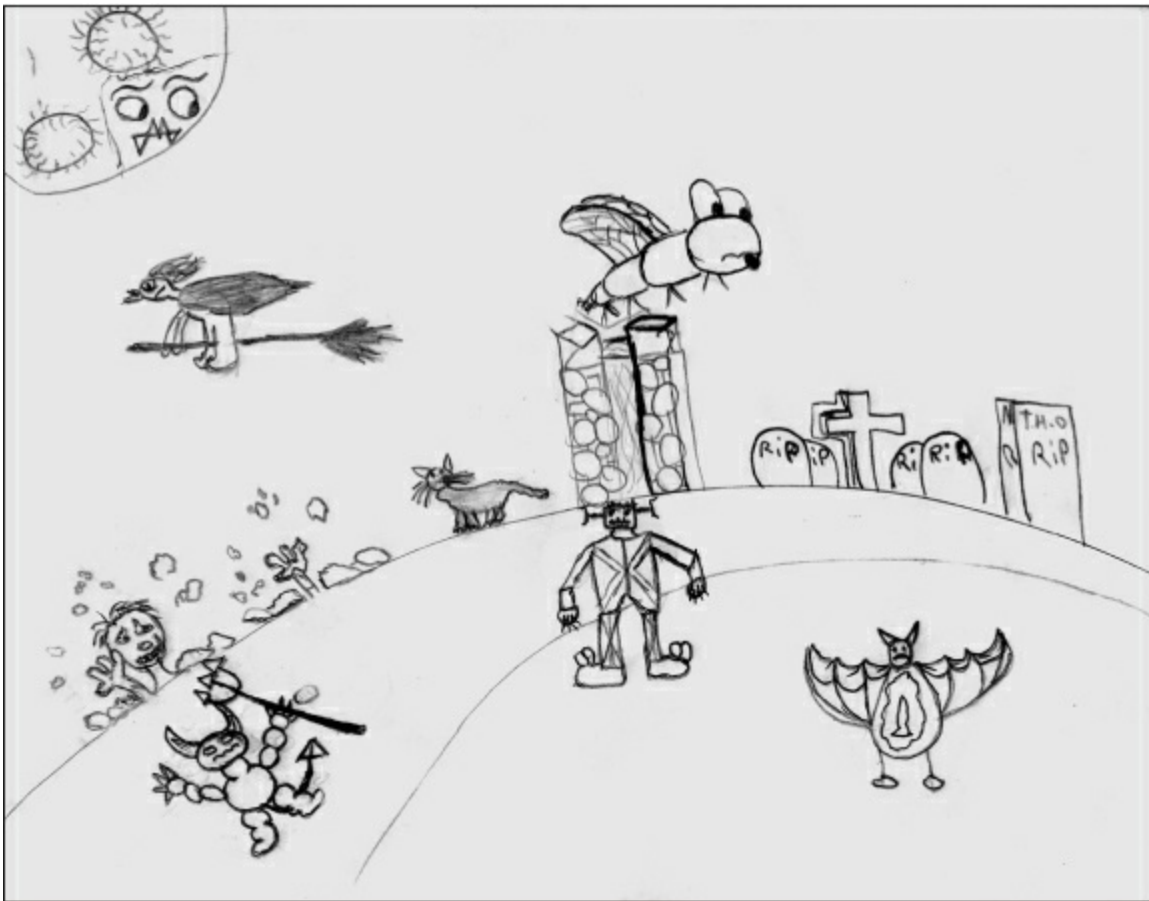
Estos procesamientos en los tres ejes, que se caracterizan por la reapropiación de su cuerpo, reapropiación de su historia y apropiación de su vida, podrían dar sentido a las citas de Freud del *Fausto* de Goethe: “Lo que has heredado de tus padres, adquiérela para poseerlo”.

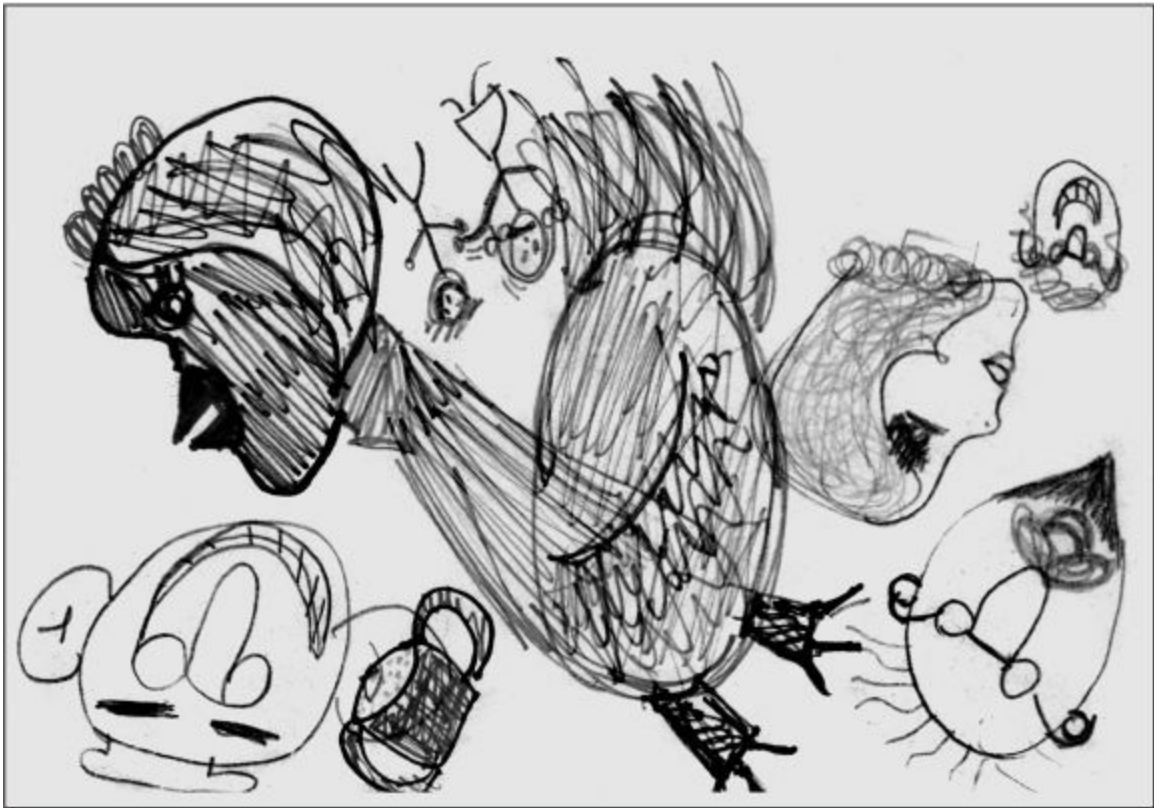
i) Además, en tanto proceso de cambio que atañe a todo el aparato psíquico, a medida que la adolescencia ocurre, en paralelo resignifica y reorganiza lo ocurrido —*nachträglichkeit* mediante—, según formula Freud en la “Carta 52”.⁷⁰ A la vez, reestructura la expectativa y la propuesta de lo por-venir; en otros términos, es una continuada remodelación de lo preconsciente, la memoria y lo anhelado.

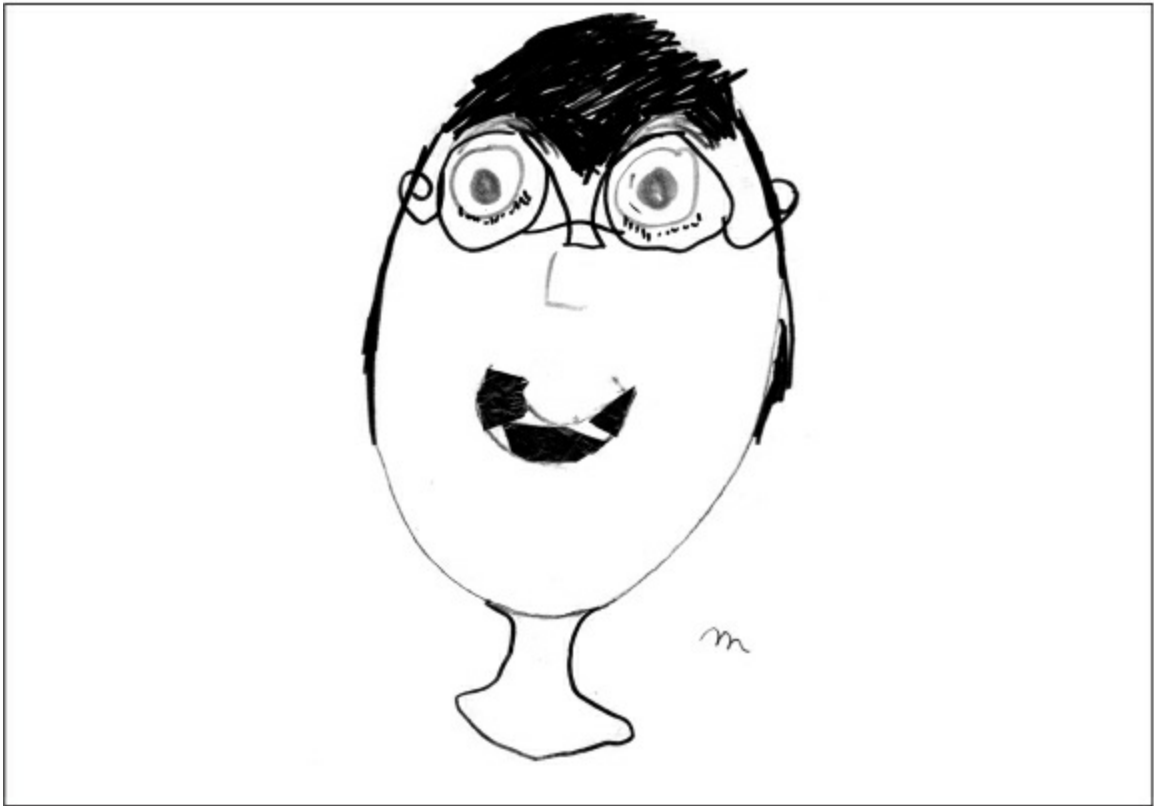
Felisberto Hernández, un destacado pensador y escritor, dice con sencillez y profundidad:

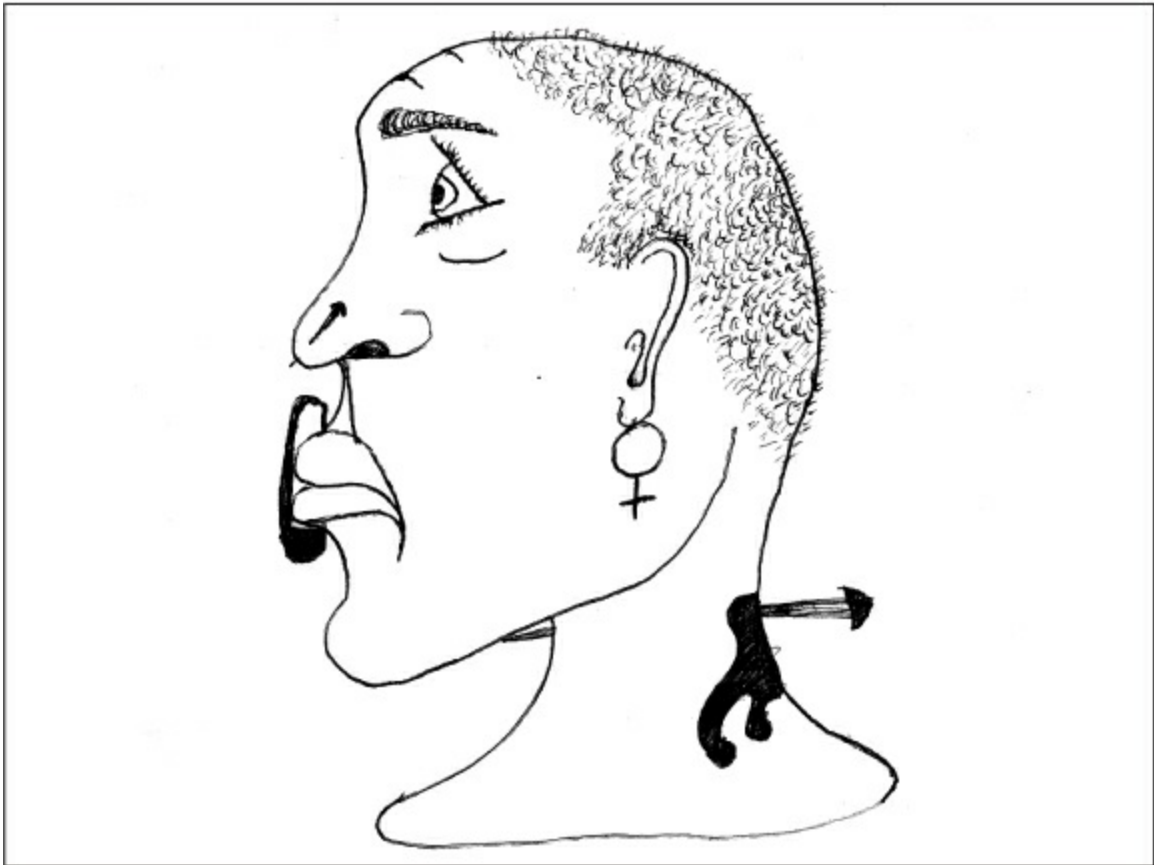
Mientras yo no había dejado de ser del todo quien era y mientras no era quien estaba llamado a ser, tuve tiempo de sufrir angustias muy particulares. Entre la persona que yo fui y el tipo que yo iba a ser, quedaría una cosa común: los recuerdos. Pero los recuerdos, a medida que iban siendo del tipo que yo sería, a pesar de conservar los mismos límites visuales y parecida organización de los datos, iban teniendo un alma distinta.⁷¹

La lectura de este párrafo nos moviliza para seguir rastreando los vericuetos del entramado psíquico, en particular en la adolescencia, a partir de la genitalización, la importancia del otro y de lo social.









ANEXO: ACERCA DEL PROCESO DE SUBJETIVACIÓN EN RAYMOND CAHN

En mi primer trabajo sobre “proceso adolescente”,⁷² ya había una concepción de la subjetivación claramente influenciada por el pensamiento del destacado y prolífico psicoanalista francés Raymond Cahn, a partir de nuestros intercambios y de los artículos que conocía en ese momento. Esto se vio enriquecido por sus dos libros posteriores y varios encuentros, en los que siempre estuvo dispuesto a esclarecer e informar en un clima cordial y respetuoso.

Su idea es que el proceso de subjetivación, que se desarrolla a lo largo de toda la vida, tiene un momento clave en la adolescencia. Si bien lo infantil conserva la importancia que Sigmund Freud le otorga, como lo ilustra el modelo del *après-coup*. La clínica y la observación social de los comportamientos adolescentes han jaqueado ese estricto determinismo, al concebir los desequilibrios y las inestabilidades como una lucha en el lugar del joven respecto a los requerimientos provenientes de lo interno y de lo externo, que por momentos lo acusan y con frecuencia lo desconcentran o acorralan. Esto nos ha llevado a jerarquizar también lo aleatorio, el impacto de lo actual, tanto del medio social en que el adolescente se desenvuelve como de las diversas relaciones que establece, lo que puede llevarlo a cuestionarse, a criticar, a no acatar/cumplir, o contrariamente, a fijar, consolidar, reforzar las ideas, los afectos, las defensas, para tratar de evitar el cuestionamiento que plantea lo novedoso.

Dice el autor:

En la adolescencia, el equilibrio entre los dos polos de lo interior y lo exterior es particularmente inestable en función de los imperativos del principio placer-displacer. Así se verán como disponibles o al contrario excluidas las aspiraciones nostálgicas o novedosas respecto del objeto, confrontado, enriquecido o contrariamente cuestionando la identidad y, de manera más general, utilizando el máximo, o inversamente invalidando poco o mucho el espacio preconsciente y consciente.⁷³

Cahn señala que las angustias identitarias, las cuales son a la vez hiperexcitantes e hiperamenazantes del objeto, sumadas a la extensión y la intensidad de las desligazones concomitantes, jaquean al adolescente, que debe decidir entre retornar a antiguas ligazones y modos de satisfacción o crear nuevos; en otras palabras, apertura a lo desconocido o lo novedoso versus la permanencia de lo idéntico, la reactualización del “principio de permanencia” y del “principio de cambio” que planteara Piera Aulagnier, que “rigen el proceso identificatorio y deben preservar entre sí un estado de alianza” y el espacio relacional.⁷⁴

El autor define la subjetivación como un proceso de diferenciación (y yo agregaría, de autonomía), mucho más que un proceso de individualización-separación (alejándose así de las formulaciones de Margaret Mahler y Peter Blos). Esto posibilita el surgimiento de un pensamiento propio y permite así la apropiación del cuerpo sexuado y la utilización de ideas creativas, en un camino de ruptura y desalienación del poder del otro o de su goce, lo que entraña una transformación del superyó y la constitución del ideal del yo.⁷⁵ Este

proceso, que será de por vida, implica un sujeto que sin cesar deberá “inventarse” a través de sus vínculos, con la potencialidad de cuestionarlos, deshacerlos, rehacerlos o reemplazarlos. Propone incluir en la metapsicología una “función sujeto concerniente a los diversos factores en juego en la apropiación subjetiva de la realidad psíquica”.⁷⁶ Si bien la subjetivación es predominantemente una tarea o cuestión del yo, señala que en realidad atañe a todas las instancias.

En cuanto al ello, contrariamente a lo que plantea Freud, para Cahn la circulación energética no es totalmente “libre”, sino que una parte de la vida psíquica inconsciente está ciertamente ligada. Cita a Winnicott, para quien la pulsión será desorganizante u organizante según si se integra o no al sí mismo.

Con respecto al superyó, considera que está ligado a los efectos de crueldad y ferocidad, o sea, desestructurantes, y en su dimensión postedípica organizadora a través de su reformulación “anónima” y su función tutelar. Al nivel del yo, se verán las oposiciones entre las identificaciones alienantes y las identificaciones estructurantes modeladas sobre el objeto pero “salidas” del sujeto.

Esta noción de sujeto implica, pues, cierta *manera de ser*, debido a la dimensión más específica que lo constituye, a través de la exigencia de contener, organizar y dar sentido a los incesantes cambios internos y externos que lo afectan. Estos cambios lo harán otro mientras continúa siendo él mismo. Entonces es una “manera de ser” viviente, creativa, aun si el sujeto está agobiado por la tarea.

Cahn señala cómo, más allá de lo heurístico, la oposición entre capacidad e incapacidad para la subjetivación muestra en la clínica, tanto en lo diacrónico como en lo sincrónico, un amplio espectro que implica lo que es susceptible o no de ser subjetivable en la problemática de cada uno. Dice:

Es, en efecto, en la adolescencia que se exacerban los obstáculos, internos y externos, para la apropiación por el sujeto de sus pensamientos y deseos propios, de su identidad propia, donde *el incesante trabajo de desligazón-religazón en todos los campos, narcisísticos y objetales, corre el riesgo de verse comprometido por el exceso de desligazón*. [...] De donde el recurso sea a la regresión narcisista como a la externalización furiosa, a las identificaciones prestadas, a la búsqueda enloquecida de una autenticidad inhallable.⁷⁷

Señala que el frecuente peligro de que esas múltiples y diversas defensas,

lábilas, pasajeras, presentadas por el adolescente frente al peligro de asumirse como sujeto perduran y se fijan en los estados límites [...], considerados no entre neurosis y psicosis, sino entre capacidad e incapacidad para acceder a la posición de sujeto.

Todo ocurre como si el psiquismo ha devenido prisionero de introyectos hostiles o hiperexcitantes instalados en lo sucesivo en la centralidad del ser. Los mecanismos de desinvertimiento, clivaje y desmentida, protección fundamental del sujeto contra el conflicto, reducen más o menos considerablemente la posibilidad para él de ser sujeto de sus conflictos.⁷⁸

Cahn cita y discute además a otros autores, como Moses Laufer, Bela Grunberger, Victor Tausk, mientras se diferencia y reafirma sus postulaciones. Para finalizar, dice:

Ciertamente ese movimiento de apropiación pero también de su lugar en tanto sujeto sexuado [yo diría, más

bien, genitalizado], en la sucesión de las generaciones, no puede realizarse sin conflictos ni contradicciones, ni sin pasar *por un tiempo previo, virtual o lo más frecuentemente experimentado, de interrogación angustiada sobre aquello familiar devenido brutalmente extraño (ajeno, del desasimiento del cuerpo y del mundo)*. Es allí que se sitúa el riesgo de desposeimiento... Es también allí que se juega el destino del área de ilusión. [...]

Es en este momento de verdad que puede ser medido el rol jugado por y/o atribuido al objeto en cuanto al espacio psíquico dejado o no al sujeto para vivir una vida psíquica propia, con sus conflictos propios, en un mundo probado como real.⁷⁹

Madeleine Vermorel⁸⁰ realiza una rica y minuciosa semblanza biográfica y profesional de Raymond Cahn, sobre sus inicios y guías, pero subraya la importancia de los intercambios entre destacados maestros como René Diatkine, Serge Lebovici, Jean Favreau, entre otros, en las reuniones en el hospital de día del distrito XIII de París. Vermorel señala la importancia e influencia que tuvo en él Évelyne Kestemberg, por su capacidad clínica, rigurosidad teórica y apertura a otras técnicas (como el psicodrama), y por expandir la clínica más allá de los neuróticos y el diván: tanto a la psicosis, la anorexia nerviosa grave como a la problemática adolescente. Kestemberg, a su vez, estaba claramente influenciada por Winnicott —y quizás esto influyó en la cercanía con las postulaciones de su discípulo Philippe Jeammet—.

Otra fuerte e importante influencia fue Piera Aulagnier, luego de su apartamiento del grupo lacaniano, por su trabajo con las psicosis y con la aparición de su libro *La violencia de la interpretación*, en 1975. Influye por el lugar destacado de los momentos tempranos, el privilegio de las representaciones de cosa, las imágenes corporales y los afectos, y también por la importancia de la psiquis materna (como “portapalabra”), que otorga sentido a lo que su hijo/a experimenta. Es así que el lenguaje y su adquisición marcan el surgimiento del *je*.

Tan fuerte fue la influencia de estas dos grandes damas innovadoras que en reconocimiento les dedica su relato principal en el Congreso de Lenguas Romanas, titulado “Du sujet” (1991). La autora concluye su presentación con el tema del sujeto y la subjetivación:

Es en la adolescencia que puede instaurarse o no un espacio psíquico personal, posibilitando un trabajo interno de transformación y de apropiación subjetiva, a partir de las capacidades que tiene el psiquismo de informarse de su propio funcionamiento y de representarse su propia actividad de representación. La psiquis puede entonces tomar eso que le era hasta entonces ajeno y apropiárselo.⁸¹

Jean Bergeret, al comienzo de su alusión final de la jornada, comenta: “Madeleine Vermorel tiene ciertamente razón en acentuar la necesidad de libertad y de progreso manifestado por Raymond Cahn tanto en su obra como en su vida”.⁸²

V. PATOLOGÍA ADULTA EN RELACIÓN CON LA ESTRUCTURACIÓN PSÍQUICA POSTEDÍPICA

Si todo se prepara en la infancia, hasta en la muy primera infancia, puede ser incluso en los primeros días de la vida, todo se juega en la adolescencia.

ÉVELYNE KESTEMBERG

INTRODUCCIÓN

Los comienzos del psicoanálisis implicaron un cambio del foco de atención de las circunstancias presentes en la eclosión sintomática hacia vivencias acerca de situaciones pasadas. Como bien señaló Sigmund Freud:¹

Las asociaciones de los enfermos retrocedían desde las escenas que se querían esclarecer hasta vivencias anteriores, y así obligaban al análisis, cuyo propósito era corregir el presente, al ocuparse del pasado. Esta regresión llevó cada vez más atrás; primero —pareció— regularmente hasta la pubertad, pero después [...] hacia los años más remotos de la infancia [...]. Esta orientación retrocedente pasó a ser un importante carácter del análisis.

Con la formulación de las series complementarias, lo actual pierde peso determinante para ser un mero episodio desencadenante o disparador, mientras que lo previo toma relevancia etiológica.

El acento en las etapas más tempranas fue recayendo luego en la importancia de la conflictiva edípica como organizador de lo previo. Corrientes diversas marcaron tendencias divergentes entre los que otorgaban preeminencia a lo edípico y aquellos que enfatizaban lo preedípico. Entre estos últimos surgió la tendencia a buscar cada vez en lo más y más temprano, desde lo erógeno ligado a lo fálico-uretral, a lo anal, lo oral o cutáneo, desde lo triádico a lo diádico y a lo monádico (narcisismo), a la separación-individuación en el segundo y tercer año de vida, a la relación temprana madre-bebé o al primer año de vida como determinante.

La desconsideración o desjerarquización de la importancia de las modificaciones del aparato psíquico en la Latencia y adolescencia, así como los episodios o las circunstancias que pudieran alterar su desenvolvimiento y desarrollo, se encuentran también ligados al hecho de que los desarrollos postedípicos son concebidos como reedición o recapitulación de las experiencias infantiles; de este modo, no se puede concebir lo novedoso y el cambio que promueven. En este trabajo encararé esto en relación con la patología posterior y con la rejerarquización de los eventos actuales según su potencial dramático, traumático y/o creativo per se.

MATERIAL CLÍNICO

Pasaré a reseñar materiales de tratamientos psicoanalíticos prolongados y de alta frecuencia, en los que fue evidente que la problemática acaecida en la adolescencia o en la Latencia fue más determinante de la patología adulta que lo vinculado con la infancia temprana.²

Alfredo

Consultó a los 36 años por dificultades con su trabajo y sus socios. A partir de las primeras consultas, surgió otro motivo importante para considerar: su peculiar relación con las mujeres, la sexualidad y los afectos.

Era un seductor alerta y eficaz, lograba con facilidad un acercamiento con bellas y llamativas mujeres y muy rápido accedía a la intimidad genital, sin por eso relacionarse de verdad con ellas. No se entregaba afectivamente ni podía establecer vínculos estables; para reforzar esa defensa, salía con varias mujeres al mismo tiempo. Se comportaba esquivo, huidizo y urdía subterfugios, pretextos y mentiras, para eludir a las mujeres y a la vez mantenerlas ligadas, expectantes y esperanzadas. Muchas se prestaban a ese juego, otras se apartaban en silencio y muy pocas lo encaraban y lo dejaban por su falta de compromiso y desafecto. Por otra parte, concitaba admiración y hasta envidia en los varones por sus conquistas, en especial en sus amigos cercanos, a quienes en su mayoría conocía de la escuela primaria y secundaria.

Se tornaba evidente que su satisfacción estaba más en la obtención de la conquista que en establecer una relación con la mujer. Pasada la euforia inicial, entraba en la búsqueda de otra; era como un cazador obsesionado por enriquecer su galería de “trofeos”. Al señalarle esta actitud, estuvo de acuerdo y posibilitó, con esfuerzo, promover la búsqueda de sentido e historización.

Cuando era niño, alrededor de los 9 años, mantenía una estrecha relación amistosa con una linda compañera. Solía ir los fines de semana a la quinta de la familia de ella, e incluso compartió algún veraneo; estaba secretamente enamorado de ella. Cuando los demás comenzaron a acceder a la pubertad, él no. Ella se transformó en una joven bonita, atractiva y deseable, pero él no podía acompañarla en ese cambio. Sus amigos también crecieron, y él fue objeto de cierta burla, al punto que le colocaron el mote de “enano”, que aún persistía a veces en el presente.

Su sufrimiento por este desfasaje con sus pares, en particular con su amiga, era intenso, claramente traumático e intolerable. La situación se hizo aún más crítica con las confidencias que ella le hacía sobre los muchachos que la requerían o le gustaban. Cuando se puso de novia, esto generó en él un tremendo dolor, desilusión e impotencia, así como cierto sentimiento odioso hacia ella, que no captaba su silencioso amor y no podía esperararlo.

Esto se tornó en resentimiento hacia las mujeres, reducidas así a la vertiente erótica. De forma reactiva, cuando hacia los 17 años se desarrolló, adquirió confianza en sí mismo como varón y logró la habilidad de conquista. Trataba a las mujeres como objetos sexuales y las hacía sufrir el apartamiento, la espera y la desilusión, al realizar de un modo activo lo que había sufrido de manera pasiva. Nunca tenía una actitud francamente agresiva con ellas; de ser viable, perpetuaba una relación indefinida y las veía cada tanto, con encuentros sexuales ocasionales. Si ellas no se apartaban enojadas, mantenían al menos cierta amistad, como ocurrió a la inversa con su querida amiga, a quien renunció como objeto de amor por la imposición de las circunstancias, pero siguió como amigo, aunque distanciado, no tan íntimo.

Ese traumático y prolongado desfasaje en el desarrollo puberal fue sin duda un elemento fundamental de condicionamiento de su conducta sexual y relacional adulta, más allá de elementos tempranos y edípicos que evidentemente operaban en su funcionamiento psíquico.³

Gonzalo

Pertenecía a una familia altamente disfuncional. Se quejaba de dificultades de memoria, tenía problemas de conducta en el colegio y para estudiar. En la casa se mostraba díscolo, contestador y agrandado; tendía a salir, incluso de noche, con un hermano cuatro años mayor, a quien imitaba. Su lenguaje era pobre y su gestualidad impostada.

Más allá de los inconvenientes que pudo presentar en su infancia temprana, su capacidad para afrontar los requerimientos de la escolaridad no estaba lograda. Ingresó a la primaria con 5 años y medio, tuvo dificultades en los dos primeros grados. A fines del verano fue operado de una apendicitis aguda. En tercero tuvo que repetir y realizó los dos últimos grados en una escuela para niños con severas dificultades para aprender. Un año antes había sido diagnosticado como disléxico. Cuando me consultaron, Gonzalo tenía 14 años y 4 meses (estaba terminando el primer año de secundaria). Pedí una evaluación de una psicopedagoga, quien informó un buen desempeño gráfico y uso del color, dificultades para comprender, leer e hilar un relato, en la descomposición silábica, en el reconocimiento de letras, en cálculos aritméticos simples y en la comprensión de sentidos figurados o aludidos.

Con el devenir de su tratamiento pudieron establecerse relaciones entre sus dificultades para entender y pensar y las “rarezas” o incoherencias de la vida familiar y de las actitudes de cada uno de sus padres. También, en relación con la dificultad de preguntar y ser esclarecido, condicionada por la absurda sinrazón de las respuestas que recibía o la no respuesta en la infancia porque era chico para entender. A esto se sumaba la tendencia en casi todos los miembros de la familia a la impulsividad, la agresividad, la intolerancia a la espera y la actuación. “Descansar en la acción como reguladora de la tensión indica un estado de indiferenciación yoica que se advierte en los vagos y fluidos límites entre percepción, sentimiento y pensamiento.”⁴ Este escenario conspiraba, sin

duda, para la entrada en Latencia y la estructuración del psiquismo esperable.

En su primer año de tratamiento se mostró animoso, activo y colaborador, con evidentes actitudes de agrandado, por momentos irónico y sobrador. Sobrevino la muerte de su madre, que involucró un difícil período en el tratamiento durante el cual comenzó a tener relaciones sexuales. Al siguiente año acentuó sus salidas nocturnas con uno de sus hermanos mayores, con abuso de alcohol y “cacería” de jóvenes mujeres (algo mayores que él), donde primaba la cantidad obtenida más que la relación establecida, al punto que al otro día no recordaba bien cómo eran o qué había hecho con alguna, dentro de una hiperactividad sexual poco satisfactoria que tendía a la promiscuidad.

Entre otros elementos,⁵ se comprendieron sus actitudes y sus dificultades en la escolaridad en relación con la estructuración psíquica de la Latencia, a partir de recuperar algo “olvidado” que sin duda fue de gran importancia y que se reactualizaba en parte en su adolescencia.

Cercano a la apendicectomía, a los 7 años y medio, comenzó a tener con creciente frecuencia, en compañía de otro niño un poco mayor (hijo del chofer y una empleada doméstica), intercambios sexuales diversos con dos empleadas jóvenes, por un lapso de unos tres años. Cuando la más ligada a él dejó el trabajo o fue despedida, a los pocos días tuvo una seria enfermedad aguda que requirió internación e implicó un interrogante respecto si el cuadro apendicular no estuvo relacionado con los comienzos de la actividad sexual. La intensa estimulación genital reiterada y el afecto relacional generado (más propios en alguien al menos ocho o diez años mayor) impedían en gran medida la posibilidad de redirigir los flujos pulsionales, la búsqueda de metas sublimadas y, en consecuencia, el trabajo de la Latencia y su capacidad de aprender, lo que alteraba no solo su segunda infancia, sino en gran parte su adolescencia y adultez joven.

Podría quizás considerarse a Gonzalo como un “*enfant terrible*”, en el sentido de los personajes de la obra de Jean Cocteau, que no reprimen sus pasiones, movidos por deseos eróticos-agresivos sin que exista el freno superyoico, y que cuentan con la complicidad adulta, debido a la desatención encubierta como ingenuidad o pueril creencia en la inocencia infantil. A causa de esta creencia, los adultos no pueden ni imaginar la realización de acciones no acordes con lo esperado, aunque casi ocurran ante sus propios ojos.

También “*enfant terrible*” en el sentido que le otorga Margaret Mahler, debido a que su tendencia a fingir inocencia o ingenuidad “choca a los adultos con una acción deliberadamente embarazosa”,⁶ como una especie de contrario a la pseudoimbecilidad. “En virtud de sus ataques, sutiles o audaces pero siempre vivos y agresivos, logra tomar de sorpresa al adulto y desarmarlo, al tiempo que lo hace perder su equilibrio.”⁷

Gonzalo oscilaba entre verbalizaciones inesperadas, pseudoingenuas, y su seductora actitud de grande experimentado, mientras que, por otro lado, parecía predominar en él la acción corporal del niño, visto como el hijo lindo de la mamá que lo colmaba y que no tenía malas acciones o intenciones.

Esther

Consulta a los 32 años, remitida por un colega con quien se había tratado primero en grupo y luego en análisis individual por un lapso de doce años. De lo trabajado en casi siete años con ella, me circunscribiré a ciertos aspectos atinentes a la temática de este capítulo.

Su padre se enfermó de leucemia cuando ella tenía 6 años. El padre transcurrió con los altibajos propios de esta enfermedad en su casa, donde concurrían médicos, enfermeras, recibía transfusiones, etc. Recuerda los períodos de agravamiento y remisión, y su estrecha relación con él, mientras la madre trabajaba todo el día muy cerca de la casa. Cuando su padre se agrava y se avizora su muerte, la madre le dice que lo mejor es que ella viva algunos días con su tía, a tres cuadas. Con casi 11 años, a pesar de conocer la situación y de ver a su tía llorando, del vestido de luto y otros datos de la realidad, no se da por enterada de la muerte de su padre. No pregunta, ni llama por teléfono, ni se le ocurre ir a su casa (trayecto que realizaba desde pequeña). Cuando vuelve a su casa después de una semana aproximadamente, descubre la ausencia de su padre y le cuesta aceptar su muerte; su conducta posterior pareciera haber oscilado entre el decaimiento y la continuidad de su vida “normal”, y olvidó rápidamente la situación.

Hacia los 13 años, es enviada a vivir con sus abuelos maternos, so pretexto de que era lo más cómodo para que continuara estudiando. Tenía buena relación desde pequeña con ellos y funcionaron como sustitutos parentales que compensaron las carencias y aliviaron la conflictiva relación con su madre. Había desplazado su hostilidad hacia ella, y esto se incrementaba por los conflictos propios de comienzos de la adolescencia.

Vuelve a vivir a una nueva “casa materna”, junto con sus abuelos y hermanos, cuando promediaba sus estudios terciarios. Tenía una relación de pareja importante, planeaba su casamiento. Luego de rendir un examen, próxima a recibirse, desarrolla una fobia severa, que motiva el comienzo de su tratamiento, cuando estaba por cumplir 19 años. Su estado empeora, se deteriora y termina su relación con una persona al parecer cariñosa, que la cuidaba y protegía, y a la que recordó luego como la única pareja positiva y benéfica que tuvo y no supo conservar.

Posteriormente desarrolla una estructura caracterológica. Se desenvuelve como una mujer exitosa, independiente, profesional requerida que gana bastante dinero, activa (aunque resigna en parte la faz artística de su vocación); esto representa una maniobra defensiva frente a sus aspectos carenciados y dependientes, en una clara identificación con su madre.

La repetición promovida desde lo escindido, frente a la muerte de su padre, se hizo evidente en el análisis de sus relaciones de pareja (tanto las estables como algunas transitorias). Fueron con sujetos débiles, dependientes, egoístas, inestables, orgullosos, con cierta megalomanía, que gestaban proyectos promisorios que culminaban en fracasos; hábiles e inteligentes pero ineficaces laboralmente, que terminaban viviendo a costa de ella; abandonantes, exigentes, demandantes, seriamente enfermos (con

síndromes muy poco frecuentes, tumores, diabetes, psicosis) y agresivos. Ella comenzaba deslumbrada, desestimando sus características negativas; creía en sus proyectos, los estimulaba y apoyaba, no podía percibir las señales de riesgo (en contraste con su capacidad predictiva y de ajuste a la realidad en otros ámbitos). Hacía caso omiso a sus déficits, manifestaciones de desequilibrio o enfermedad, y cuando se hacían ostensiblemente evidentes y la ensoñación iba disipándose, luchaba por sostenerlos afectiva y económicamente hasta límites de riesgo, incluso de muerte. Repetía en este patrón vincular las vicisitudes en torno a la muerte de su padre, con sujetos bastante semejantes al perfil de personalidad de él, lo que evidenciaba una persistente identificación con la modalidad y rol de su madre cuando era niña y también las características de la relación conyugal de sus padres. Así, mantenía “vivo” a su padre y trataba de revertir su muerte. También repitió con sus hijas, que se criaron sin padre. Las abandonó parcialmente y vivenciaron escenas de riesgo y angustia.

Así como varios autores han señalado el intento de hacer retornar al progenitor perdido a través de intensos sufrimientos, Esther, en sus repeticiones en las relaciones de pareja, parecía invocar la ayuda tantas veces anhelada de su padre idealizado y reeditada en la transferencia.

Es de resaltar que en los instantes más críticos y riesgosos de su última relación (cuya crisis fue la que permitió abordar esta situación en plenitud), contó con la ayuda material y afectiva de un tío paterno, que inesperadamente reapareció en su vida, y surgió como el “salvador” anhelado. Esto le despertó una alegría infantil, que irradiaba con intensidad y la gratificaba al punto de hacerla olvidar de sus padeceres, y le permitió además conocer otros hechos y versiones de su historia familiar, que favorecieron la disolución de ciertos mitos y de la idealización. Poco después, interrumpió su tratamiento.

Samuel

Comenzó su análisis a los 40 años, a los pocos meses del fallecimiento de su padre. Más allá de sus síntomas y de un carácter con rasgos narcisísticos y modalidad obsesiva (al igual que sus hermanos), se caracterizaba por la dificultad en expresar sentimientos tiernos y amorosos (en especial, con sus hijos). Su estado habitual era de enojo y tensión, con episodios de ira casi cotidianos, una notoria obesidad y consumo moderado de psicofármacos y alcohol. Resaltaba su ambición por el dinero (no acorde con sus formas y expectativas de vida), más que para utilizarlo, por el afán de un resguardo económico que significaría seguridad, estabilidad y sentimiento de potencia y solidez, ya que lo salvaguardaría omnipotentemente de cualquier riesgo. Esto se expresaba mediante una fantasía que condensaba un relato del padre sobre un famoso magnate y las lecturas fantásticas que lo fascinaron de niño y encubrían el triunfo omnipotente que se obsesionaba por concretar.

Tras un largo, arduo y minucioso análisis, pudo verse que esta fantasía obsesionante, que dominaba inconscientemente su accionar comercial y que lo ponía en más de una

ocasión al borde de perder su crédito, imagen y clientela, y de afrontar posibles riesgos legales, estaba condicionada por una situación que relataré a continuación.

Cuando estaba por cumplir 15 años, su padre padece una seria enfermedad con riesgo de muerte, que se prolonga unos meses y lo deja parcialmente invalidado. Esto trastoca la vida familiar y se agotan las pocas reservas económicas, en un período de privaciones e incertidumbre. La madre comienza a trabajar y se convierte en el sostén económico familiar. Al mejorar, el padre colabora con ella, y es durante esta época que se instala la obesidad y tensión continuas de Samuel. Es la forma en que se inscribe esta situación, en función de su historia vital y el conflicto de fase adolescente, que la significa como “la muerte del padre”. Muerte del padre idealizado, reactivado en su reestructuración adolescente de la conflictiva edípica negativa, de quien aún esperaba que lograra justificar su lugar. Se encontró abrupta y dramáticamente arrojado a la desidealización de su anhelado y amado padre, de quien ya no podía esperar que triunfara y le transmitiera su potencia, lo que equivalía inconscientemente a su muerte. Se gesta una escisión en su yo, ligada al padre real vivo y al padre idealizado muerto, al que trata de revivir a través de lograr los tesoros y triunfos condensados en su fantasía.

La imposibilidad de disfrutar de sus logros desvalorizados y de consolidar su autoestima se reflejaban en su continuo descontento y malestar, que no solo expresaban la precariedad de las defensas, sino que, de ser significados como logros positivos, implicaban su triunfo sobre el padre y, por ende, su muerte. Esto era vivido como un encierro mortal que promovía a través del riesgo, como intento suicida, a unirse a su padre en la “muerte”.

La incertidumbre económica y la gran ansiedad que le despertaba la falta de fondos monetarios eran expresadas con una frase curiosa: “Me falta oxígeno”. Esta frase reflejaba el ahogo monetario (financiero) en relación con la enfermedad de su padre y las circunstancias de asfixia en las cuales su padre había muerto, con un edema pulmonar agudo. Él había intentado salvar a su padre con respiración boca a boca, desoyendo a un hermano médico que le indicaba que no siguiera, que se apartara de la cama.

Fue importante un recuerdo recuperado a partir de las diferentes construcciones e interpretaciones; en especial, luego de referir a la atención desesperante de las fluctuaciones bursátiles. Le dije que esto parecía ponerlo frente a una situación de vida o muerte, e inmediatamente asoció: en su juventud, al lado del lecho de su padre enfermo, en la incertidumbre angustiosa de si había muerto o no, sin poder dejar de lado la visión de los ligeros movimientos de las sábanas, si se elevaban y descendían o detenían al ritmo de su respiración irregular, sintió que “haría un pacto con el diablo” para salvar a su padre sin importar las consecuencias. Eso permitió comprender sus especulaciones riesgosas en la Bolsa, su observación de las cotizaciones oscilantes, que podían significar su “muerte” o el triunfo. Así, repetía la situación original, ocupando paralelamente su lugar y el de su padre. Sus deseos de conquistas económicas eran un desplazamiento del deseo de su padre en relación con sus hermanos, frente a los cuales él se sentía disminuido y desplazado, algo bastante similar a lo que ocurría con Samuel y un hermano

ocho años mayor, más exitoso en su trabajo y en su bienestar económico.

Esta prolongación triunfante de la vida de su padre idealizado a través de sus logros económicos se rompía una y otra vez, porque, al mismo tiempo, significaba un triunfo edípico frente a su padre vencido. Para esto, y de una manera compulsiva, perdía con sus especulaciones lo que ganaba con su actividad habitual, con la cual no estaba satisfecho, a pesar de sus logros.

Esta problemática se expresaba también con su cuerpo, con un exceso de peso, un estrés permanente y un consumo de tabaco que lo ponía en riesgo coronario. Intentaba cuidarse y al mismo tiempo “olvidaba” vigilarse. Así se situaba otra vez en riesgo, y establecía nuevas “oscilaciones” entre la vida y la muerte. Pudo verlo muy claramente cuando tuvo la misma edad en la cual su padre y el mayor de sus hermanos tuvieron su primer infarto.

Las presentaciones clínicas ejemplifican cómo las circunstancias dramáticas vividas en la Latencia, comienzos de la pubertad y/o en la problemática de la temprana adolescencia se tornaron traumáticas y condicionaron ciertos aspectos sintomáticos, caracterológicos y relacionales en la adultez, donde se repetía y reactualizaba lo traumático. También se dificultaron las modificaciones del superyó y/o la conformación del ideal del yo, el carácter y las relaciones de pareja.

Reafirmo la mayor importancia de lo acaecido en los dos últimos casos (Samuel y Esther) en la adolescencia, respecto de lo temprano, acorde con lo planteado por diversos autores. En especial, los trabajos de Peter Blos sobre las transformaciones metapsicológicas de la adolescencia y la Latencia, así como mis propios desarrollos.⁸

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

Reseñaré a continuación artículos de autores de diversas corrientes y épocas, elocuentes desde la clínica de una perspectiva acorde con la temática propuesta en este trabajo.

Elizabeth Bremner Kaplan señala la importancia durante el período de Latencia de la integración de los ritmos kinestésicos con los ritmos táctiles, auditivos y visuales y su importancia respecto del aprendizaje, “especialmente en la solución de problemas en contraste con el aprendizaje memorístico”. Agrega que “estos patrones de movimientos libres y flexibles son la preparación básica para una organización genital satisfactoria, lo que constituye el gran logro de la próxima fase psicosexual, la pubertad”. En la presentación de este trabajo Judith S. Kestenberg agregó: “El adolescente puede tomar prestado y construir sobre ritmos de fases tempranas que han sido preservados en la latencia en formas aceptables para el yo y son necesarios para el funcionamiento genital normal”.⁹

Bremner Kaplan relata el caso clínico de Jerry, de 18 años, que se masturbaba ante cualquier situación tensionante, temeroso, inepto para los deportes y las actividades

motrices desde la niñez. En tanto progresó su análisis, comenzó a ir al gimnasio, a jugar al fútbol y a esquiar; cedió la masturbación compulsiva, se sintió más seguro como varón, se involucró afectiva y genitalmente con una compañera y accedió a la satisfacción orgásmica en el coito. También presenta el historial de Julie, de 23 años. Al comenzar análisis (que había sido indicado ya a los 8 años), relaciona sus trastornos adultos con las interferencias en el desarrollo psicosexual y psicomotriz en la latencia. Judith S. Kestenberg enfatiza que “en análisis, la restitución de la motricidad normal y el interés por lo motriz es un prerequisite para el establecimiento de una organización psíquica genital”.¹⁰

Ted Becker¹¹ destaca la idea de fragilidad psíquica y la sensibilidad afectiva aumentada en los comienzos de la Latencia, en coincidencia con Heinz Kohut, que toma la latencia temprana como el último de los períodos de vulnerabilidad aguda infantil. Se focaliza en jóvenes adultos con ciertas patologías que remiten a la temprana latencia, por situaciones de dificultad de reorganización psíquica y/o traumática que conforman una fijación a esa etapa. Es una novedosa formulación bien ejemplificada con una reseña clínica de un joven de 20 años, que requirió análisis a causa de dificultades en experimentar sus sentimientos, un miedo ante las mujeres tan extremo que tenía ataques de ansiedad, dificultades para la erección o eyaculación prematura sin sensación orgásmica, para aprender y rendir exámenes, e inhibición para trabajar.

Hubo sobreexcitación y exhibicionismo nudista parental. Durante los años de latencia, su padre, él (de 8 años), su hermano (cuatro años mayor) y numerosos primos varones conformaban un club, “donde escribían regularmente una revista llena de bromas e historias de tipo anal. Ellos se duchaban juntos y se frotaban las nalgas”.¹² En unas vacaciones, su padre y su hermano púber, desnudos,

se pavoneaban flexionando sus músculos frente a la madre admirándolos. Mi paciente, entonces en la temprana latencia, se retrajo humillado. Incrementadamente se tornó preocupado acerca de su pene más pequeño que el de cualquier otro varón y se rehusaba a nadar desnudo. [...] Sentía que nunca sería un hombre como su hermano y padre, que nunca sería capaz de vivir sin el fuerte cuidado de su padre. Continuó admirándolos, manteniendo una relación idealizada, sadomasoquista y homosexual con ellos. [...]

La ira por su humillación y los deseos de muerte hacia su padre y hermano fueron reexperimentados en la transferencia, aunque no había sido capaz de lograr una identificación masculina, había introyectado la prohibición contra los deseos incestuosos fálicos, hétero y homosexuales. [...]

La latencia temprana es un tiempo de profunda reorganización de la estructura psíquica mientras ocurren comúnmente regresiones pregenitales, eventos traumáticos durante la fase los intensifican y también provocan regresiones yoicas parciales que dan lugar a problemas narcisísticos de la evaluación de sí mismo, severas perturbaciones en el funcionamiento superyoico, extensas fallas en la prueba de realidad y fantasías paranoides. Si la estructura defensiva que Berta Bornstein describe como típica de la temprana latencia aparece en la transferencia de un adulto y este aparece estar sufriendo patología *borderline*, debemos buscar un trauma severo en la latencia temprana.¹³

Richard Isay,¹⁴ mediante la exhaustiva presentación de su paciente Paul (sueños, asociaciones, sesiones previas y posteriores, construcciones y un rearmado histórico), muestra el efecto de la observación reiterada de la escena primaria a comienzos y

mediados de la latencia en la conducta sexual adolescente temprana (con amigos o su hermana, algo menores) de reproducir la escena como actor u observador, así como en sus trastornos adultos, en los que continuaba su accionar adolescente. Paul comenzó su análisis con 30 años. Muy avanzado el tratamiento, describió cómo “continuaba realizando el coito luego de que su hijo entrara en su habitación, y cómo sofocaba cualquier sonido de excitación para ocultar al niño la naturaleza de sus actividades”.¹⁵ Señala además las dificultades en el análisis de adultos para focalizarse y privilegiar la problemática de la temprana adolescencia —yo agregaría: y de la latencia—, teniendo en cuenta lo ejemplificado por él respecto de Paul. Isay cita a Anna Freud, quien resalta que esta dificultad está condicionada porque los recuerdos de adolescencia

solo contienen hechos escuetos aislados, sucesos y acciones separados de los afectos que acompañaban su vivencia original [...] Todos estos estados de ánimo cambiantes y fugaces, difíciles de recuperar y, contrariamente a los estados de la infancia y la niñez, poco propicios para resurgir y ser revividos en relación con la persona del analista.¹⁶

El autor también retoma la idea de Edith Jacobson sobre adultos que sufren de problemas adolescentes prolongados, y considera que Paul sería ese tipo de paciente.

Atribuye la falla en explorar la adolescencia en los pacientes adultos más bien al

largamente establecido y preferencial interés o preocupación por la historia infantil temprana, a menudo excluyendo este período del desarrollo. Esta preferencia aparecería basada en visualizar la adolescencia como una estación de paso en el camino entre niñez y la adultez o solo como recapitulación de la infancia.¹⁷

Por último, Isay se pregunta, más bien afirma, si no sería un determinante la mayor comodidad del analista para adentrarse en la infancia, ya que la suya fue analizada en forma más completa que la adolescencia y, por ende, está más rápidamente disponible para él en su trabajo. Yo agregaría que esta situación se repite y se potencia a lo largo de las sucesivas generaciones de analistas.

Charles Feigelson da cuenta detalladamente del análisis de una mujer adulta.¹⁸ Recién al año de tratamiento menciona un síntoma muy perturbador que la avergüenza: en una calle amplia se ve inundada de ansiedad. Dice: “Todo, los edificios, gente, cosas parecen estar en movimiento; me siento como si cerrara los ojos y me cayera al piso”.¹⁹ A partir de un sueño, en el sexto año de tratamiento, asocia que durante la Latencia solía dar vueltas y vueltas largamente hasta sentirse con vértigo; el cuarto parecía girar y recordaba lo excitante de girar y caer cuando estaba sola. Al día siguiente, luego de hablar con su ginecólogo de su deseo de quedar embarazada, comenta que tuvo una reacción agorafóbica. Temía caer en la calle y se quejaba de la persistencia del síntoma. Esto posibilitó interpretar la relación del malestar con su juego de girar, marearse y caer en la Latencia, lo que le pareció una sorprendente revelación. En la siguiente sesión comenta que al salir recordó otra parte del sueño, lo que condujo a su olvidada masturbación a los 15 o 16 años. Comenta que la practicaba todas las noches a pesar de haberse prometido no hacerlo: “Negaba lo que estaba haciendo mientras lo hacía [...]. Miraba al cielo raso, la luz o alguna parte del cuarto [...], como si la intensa

concentración hiciera mover las cosas y el cuarto”.²⁰ Feigelson señala de este modo la relación con el síntoma, aunque no percibe entonces que en la acción de la Latencia las vivencias perceptuales y las sensaciones físicas eran similares, pero estaba reprimida la excitación genital. Luego, cuando en diversas sesiones surgen recuerdos con la madre, los acercamientos con el padre y sus temores, así como su persecución para colocarle enemas, Feigelson interpreta:

El girar en la niñez para crear “movimiento” afuera de ella había sido una recreación de la experiencia con su padre. [...] El girar era una dramatización de una fantasía sexual en la cual las cosas excitadas fuera de ella representaban a su padre que la abrumaba, que había olvidado las sensaciones genitales que acompañaban la experiencia, tanto como en la masturbación adolescente no se permitía a sí misma saber de sus sensaciones genitales. Luego de un prolongado silencio me dijo que recordaba las sensaciones genitales durante la masturbación adolescente, pero no con los giros. Preguntó: “¿Por qué los giros producirían sensaciones genitales?”. Respondí: “¿Por qué no?”. Entonces comenzó a hablar sobre la excitación en relación con el patinar, esquiar y otras actividades físicas.²¹

En las consideraciones finales, el autor alude a una afirmación de Anna Freud: la emergencia en el material de la masturbación adolescente suele usarse para encubrir la actividad sexual y masturbatoria de la niñez temprana reprimida. Y agrega: “En mi paciente, la masturbación adolescente no fue identificada como tal hasta que resurgió en el análisis y la experiencia emocional se reconstruyó no solo en términos de experiencia adolescente, sino también en términos del síntoma en la adultez y el juego de la niñez”.²²

Hace luego referencia a Helene Deutsch, quien hacia el final de su práctica se replantea la importancia de la adolescencia y cómo sus problemáticas continúan en la adultez. En sus párrafos finales hace referencia al trabajo de Isay, en cuanto a la preeminencia de lo infantil en los tratamientos y las teorizaciones psicoanalíticas en desmedro de la adolescencia. Concluye:

Mi trabajo es un esfuerzo para demostrar no solo el efecto de estructuración de la adolescencia en la evolución de un síntoma, sino también el beneficio clínico que derivó de esta reconstrucción. El material clínico demuestra una secuencia en el proceso analítico, en el cual la recuperación de una experiencia adolescente genera un puente entre un síntoma adulto y un juego de la niñez.²³

En un minucioso y original trabajo, Kerry Kelly Novick y Jack Novick se focalizan en las transformaciones en la Latencia y adolescencia en tanto piensan, como los anteriores autores, que los determinantes de la patología adulta no se originan en lo temprano, sino en una serie de transformaciones que modifican lo que retienen de lo temprano en nuevas configuraciones.²⁴ Parten del análisis de Oliver, de 5 años y 9 meses, que concurre al tratamiento cuando sus padres se encontraban en medio de un difícil divorcio y una batalla por su custodia. El niño tuvo “reacciones severas a la separación y en especial a la disputa de la custodia”.²⁵ Expresó que necesitaba ayuda y que deseaba pasar más tiempo con su padre. Era inquieto, todo lo tocaba y sostenía su pene mientras hablaba.

Estaba tenso, ansioso, temeroso de los monstruos y aparentemente incapacitado para controlar su conducta en

la escuela, en la casa, y a veces en sesión. Su intelecto era de un niño de 12 años, pero la intensidad afectiva y el control impulsivo, como el de un niño deambulador. [...] Podría desmentir intencionalmente deseos o responsabilidad. No parecía sufrir vergüenza, culpa o remordimiento.²⁶

Luego del relato de difíciles sesiones, altamente angustiosas y de efectos diversos, se produjeron cambios: “Con el análisis de sus deseos de muerte, percepción más realística de su padre y la integración de su ambivalencia, Oliver entró en la latencia y pudimos ver que la transformación surgió por la acción de unión con el superyó”.²⁷ Los autores realizan entonces una serie de consideraciones técnicas y teóricas. Más allá de los precursores tempranos (etapas libidinales, controles, prohibiciones, aprendizajes, etc.),

con la convergencia de logros de desarrollo cognitivos, emocionales y sociales entre los 5 y 7 años de edad, una cualitativamente nueva cristalización de la autoestima emerge. [...] Con la latencia, el aparato psíquico es permanentemente transformado e incluye elementos de intencionalidad, elección, responsabilidad y culpa. Toda actividad mental subsecuente está marcada por la transformación, que siempre debe ser tenida en cuenta.²⁸

Novick y Novick presentan también el análisis de una mujer de 33 años, divorciada, cuyo interesante desarrollo muestra

no solo que la latencia coloca la marca de la culpa en las experiencias preedípicas, sino también, quizás más crucial, que la interpretación de la culpa es más efectiva en el contexto de la recuperación y reconstrucción de los eventos postedípicos. Mientras ella restringía sus asociaciones a los eventos preedípicos y sus consecuencias, se podía defender efectivamente contra sus conflictos con el superyó. En el caso de Oliver, las interpretaciones sobre la culpa fueron irrelevantes hasta que entró en la latencia.²⁹

Otro caso que analizan es el del señor C., de unos treinta años. Tenía un recuerdo infantil de haber sido inculpado injustamente y maltratado por una situación ocurrida antes de la latencia, aunque en realidad había ocurrido a los 7 años y había sido deliberada y conscientemente realizada como venganza. Esto permitió abordar su sadismo, la responsabilidad y la culpa por sus acciones, y ayudó a que se replanteara su relación con los otros, disminuyendo la proyección y aceptando sus ataques. Los autores, de este modo, rebaten la idea de que lo que ocurre antes es más potente, que los traumas postedípicos son repetición de los tempranos, y se extienden sobre la importancia de los cambios metapsicológicos en la latencia y sus consecuencias respecto del análisis con adultos.

Para enfatizar la importancia de las defensas y las tendencias caracterológicas en la latencia y su relación con las resistencias en el análisis de adultos y las dificultades de los analistas para encarar dichas situaciones, relatan el caso de un varón de 35 años. Dicen luego:

Fantasías omnipotentes y no realistas pueden ser mantenidas durante la latencia, pero, los cambios adolescentes hacen incrementadamente difícil negar, distorsionar o eludir la realidad. La realidad del crecimiento adolescente con la capacidad de poner deseos en acción demanda transformaciones de las soluciones tempranas de la fantasía.³⁰

Un ejemplo de esto es la bisexualidad frente a la maduración corporal. Lo muestran con

el relato sobre Terry en su adolescencia tardía y la referencia a la adolescencia de la paciente adulta ya mencionada. Luego de este recorrido, llegan a la conclusión de que “ninguna fase tiene preeminencia sobre las otras, que lo temprano no es necesariamente más importante y que no puede haber pura recapitulación, revivencia o reanimación [...] del pasado en el presente. El pasado transforma y es transformado por el presente”.³¹

En coincidencia con estas reformulaciones, Sidney H. Phillips relata el conmovedor análisis de un hombre de 37 años que combatió a los 20 en Vietnam.³² Marca cómo pueden considerarse los traumas de guerra como desorganizantes y patologizantes per se en el momento en que un joven está consolidando su personalidad. A la vez, al estilo clásico, relaciona estos traumas con un episodio infantil, pero... ocurrido en la latencia. Si bien él señala que “las experiencias y fantasías de la temprana niñez (deseos parricidas, competencia fálica, etc.) influenciaron la forma del incidente”,³³ subrayo que dice “influenciaron” y se nota claramente que considera determinante la particular organización traumática que se configura con el episodio en la Latencia. En otras palabras, privilegia las organizaciones psíquicas ante situaciones traumáticas acaecidas en la Latencia y la adolescencia como determinantes de la problemática adulta frente a lo más temprano. Su conclusión es que “muchos adultos, sin experimentar esa situación traumática [la de guerra], habrían continuado a lo largo de sus vidas como neuróticos comunes. [...] Se debe reconocer que ese hecho fue un evento sui generis que, a los fines prácticos, crea la neurosis adulta”.³⁴

Por su parte, Elias Mallet da Rocha Barros, en su presentación en la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA),³⁵ hace referencia a César, un paciente que había comenzado análisis a los 45 años por sentirse deprimido y no poder adaptarse al medio cultural. Nacido en Europa central, perseguido por ser judío, migró con su madre. Su padre, hermano y otros familiares habían muerto en los campos de exterminio. Tuvo otras migraciones por cuestiones políticas, con riesgo de vida, durante la Latencia, adolescencia y juventud, que lo desafiaron a adaptarse a los cambios geográficos, culturales y relacionales. De la presentación del autor, así como de su generosa comunicación ampliatoria, se desprende la clara importancia otorgada a las reiteradas migraciones traumáticas acaecidas en la Latencia y adolescencia en relación con su padecimiento adulto y la crisis depresiva a partir de una dolencia corporal.

Jorge Maldonado³⁶ brinda el ejemplo del caso de Pablo, quien convivía con una familia numerosa (padres, dos hermanos menores, abuelos y tíos paternos). Próximo a los 12 años supo, a través de una amiga de su mamá, que esta tenía un amante. Este hombre frecuentaba asiduamente la casa y en ocasiones el lugar de trabajo de su madre. Por la manera en que su padre se relacionaba con él (pese a las ironías que manifestaba cuando no estaba presente), Pablo tenía la impresión de que su madre y ese hombre se beneficiaban de una complicidad del padre en esa relación. Esto produjo en Pablo una profunda decepción en relación con la figura paterna. Ya sea por la significación afectiva del descubrimiento de la relación amorosa sexual extraconyugal de su madre, por la complicidad paterna o por ambas cosas, esto fue una importante “marca” traumática en

su adolescencia, en plena revivencia edípica tanto positiva como negativa.

Durante su adultez hasta el momento de la consulta, no habían aparecido en Pablo conflictos neuróticos manifiestos. Llevaba una vida que consideraba normal, con su mujer y sus hijas, hasta que, en forma sorpresiva, se encontró consultando a un psiquiatra por un estado de desesperación y angustia “próximo a la locura” que surgió cuando se enteró de la relación de su mujer con un amante. Había soñado que un hombre, con una negra barba, era el amante de su mujer, a quien en los últimos días veía muy angustiada. Al despertar, le contó el sueño; horas después, su mujer le confirmó la relación amorosa y sexual con un hombre, “un confidente, un amigo de la familia”, que tenía las mismas características que el personaje del sueño.³⁷

Al iniciar su análisis,

Su matrimonio se encontraba en un franco estado de deterioro. Su angustia había sido tan intensa que parecía desbordar el episodio que la había producido y responder a motivaciones ubicadas más allá de ese factor. [...] Dependía de esa relación entre el acontecimiento actual y la repetición de su historia.

[...]

En el análisis fue posible reconstruir la notable pasividad, aceptación y aun el consentimiento que este había tenido cuando observaba, “sin reacción alguna”, “las prolongadas caminatas de su mujer con ese hombre por un prado solitario” u otros llamativos y abiertos encuentros que ambos sostenían. Todo indicaba que Pablo había estado dando su tácito aval e indirectamente fomentando esa relación de un modo similar a como su padre actuaba en relación con su madre.³⁸

Maldonado dice que la historia de Pablo

remite a una sucesión de episodios concatenados desde su pubertad hasta su adultez, que tuvieron diferentes efectos patógenos [...]. Posiblemente, estos episodios contribuyeron a su participación en la reproducción del trauma inicial en su vínculo de pareja.

No es la revelación sorpresiva de la sexualidad de la madre por sí misma necesariamente traumática. [...] Ese elemento necesita estar ligado a otros factores que perturben la elaboración del acontecimiento [...]. Se destaca, como acontecer relevante, la complacencia y tácita aceptación, por parte del padre, de esta relación de la madre. Esto estaba en contradicción con el ideal de padre esperado por Pablo. [...] De los distintos elementos constitutivos de sus experiencias traumáticas, la identificación con esa imagen del padre y la alteración de los ideales fueron los factores centrales que resultaron afectados por el proceso represivo y que configuraron el punto nodal del trauma.³⁹

Maldonado transcribe un claro y breve sueño del paciente y las dificultades, más allá de las resistencias, para aceptar y entender su posible contenido latente. Se plantea que, si bien es una persona inteligente, cierta área de su mente se evidenciaba limitada y dificultada para descubrir y aceptar otros sentidos latentes, diferentes de lo concreto. Así, “presentaba similitudes con pacientes adolescentes, con patología narcisista acentuada, que parecen haber perdido la plasticidad del pensamiento”.⁴⁰ Esto implicaría cierta “marca” inhibitoria, ligada a las dificultades en torno al colapso de la imagen idealizada del padre que no pudo procesarse.

El título del trabajo, su desarrollo y la ejemplificación clínica son elocuentes sobre cómo la patología desplegada concatenaba impresiones infantiles (con preeminencia del período de Latencia) con el trauma en la adolescencia en la gestación de su problemática adulta y en la dificultad de organizar el ideal del yo.

Otro artículo acerca del fin de la adolescencia es el de Marcos Koremblit.⁴¹ Allí presenta el ejemplo de Javier, de 27 años, quien padece una crisis depresiva y persiste en el consumo de drogas (pese a haber tenido ya dos choques por conducir su automóvil drogado). No puede terminar de realizar su tesis para finalizar sus estudios (desde hace más de cuatro años, mientras que sus compañeros la presentaron en un año), tiene relaciones sexuales con prostitutas o mujeres conocidas a través de Internet, sin apego emocional (mientras sus amigos concretaron noviazgos y casamiento), y otros problemas.

El autor plantea que esto no es un trastorno de un adulto en relación con lo adolescente, sino una persistencia de un modo de funcionamiento psíquico de una adolescencia que no declina. Podría decirse que es una “fijación” adolescente, o una adolescencia prolongada pero privilegia, pese a su edad, la problemática adolescente no resuelta, persistente, como principal eje de su patología.

CONSIDERACIONES FINALES

La preeminencia explicativa a partir de lo temprano es una tendencia condicionada por una errónea teoría causal que da por certero que lo que antecede determina lo que sucede. En otros términos, que lo temporalmente anterior determina lo posterior, es decir, una teoría lineal del desarrollo desde un inicio que determina el rumbo. Podríamos decir, metafóricamente, que serían vagones diversos que se agregan a la locomotora. Es así que diversas corrientes se orientaron a la búsqueda de ese inicio mítico, ese *big bang* temprano determinante de la organización posterior.

Esto se aleja de otras líneas de pensamiento freudiano. Por ejemplo:

a) Lo que se expresa en la “Carta 52”,⁴² cuando dice: “nuestro mecanismo psíquico se ha generado por estratificación sucesiva, pues de tiempo en tiempo el material preexistente de huellas mnémicas experimenta un reordenamiento según nuevos nexos, una retrascrición”.

b) Las formulaciones sobre los dos tiempos del trauma y la noción de *nachtraglichkeit*, que implicaría una temporalidad no lineal, sino en “torsión o helicoidad”.

c) Cuando dice que el pasado se reorganiza en relación con las vivencias y capacidades del presente:

Los recuerdos de infancia de los seres humanos se establecen solo en una edad posterior (casi siempre, en la pubertad), y entonces son sometidos a un complejo trabajo de refundición que es enteramente análogo a la formación de sagas de un pueblo sobre su historia primordial. Cabe discernir con nitidez que el ser humano en crecimiento busca en estas formaciones de la fantasía sobre su primera infancia borrar la memoria de su quehacer autoerótico, elevando sus huellas mnémicas al estadio del amor de objeto; o sea, como un genuino historiógrafo, procura contemplar el pasado a la luz del presente.⁴³

d) Una lectura cuidadosa de la obra freudiana muestra cómo, desde sus tempranos

artículos hasta los finales, mantiene la idea de que hay transformaciones postedípicas (del período de Latencia y la adolescencia) que son cruciales determinantes, tanto en la organización del psiquismo adulto como en la patología.

De esta manera, en la bibliografía reseñada de autores de diversa formación teórica, en particular de las ejemplificaciones clínicas, se hace evidente la importancia que pueden adquirir los sucesos acaecidos durante la Latencia y la adolescencia por sí mismos, no por las ligazones con lo “temprano”.

Me adhiero, en este sentido, a lo expresado por Phillips:

*Se sobreenfatiza el efecto de la vida temprana y se subvalora el rol de la experiencia tardía. Sin duda, el pasado tiene importancia en cuanto a cómo reacciona una persona a un hecho traumático. Pero si el episodio por sí fue tan significativo que crea alguna experiencia nueva e intensamente diferente en el individuo, entonces esa nueva experiencia debe, en parte, ser entendida a partir de la naturaleza del evento traumático.*⁴⁴

Yo agregaría: acorde con las cualidades y el desarrollo para la captación-significación-explicación que se logra en la fase en que se encuentra el sujeto al producirse el episodio. Si bien, como dice Phillips, el hecho engendra nuevas y diferentes consecuencias, creo en parte que estas son independientes del pasado.

Recordemos lo que señala Freud, cuando estaba ya instalando la idea de los dos tiempos del trauma y el a posteriori (*nachträglich*), en la epicrisis de Katharina: “Otra divergencia en el mecanismo psíquico de este caso reside en que la escena del descubrimiento, que hemos calificado de ‘auxiliar’, merece al mismo tiempo el nombre de ‘traumática’. Produce efectos por su propio contenido, no meramente por despertar vivencias traumáticas preexistentes”.⁴⁵

Coincido también con las palabras de Peter Blos:

El principio psicoanalítico según el cual en el fondo de toda neurosis adulta existe siempre un trastorno emocional infantil ha sobrevivido a muchos años de controversias. Este hecho clínico ha llegado a estar tan estrechamente ligado con la definición de neurosis adulta que muchas veces esta ha sido conceptuada como una mera repetición o continuación de una enfermedad originada en la prelatencia. [...] Por otra parte, los desórdenes de la prelatencia no son indicadores fieles de la futura naturaleza y gravedad de una enfermedad adulta.⁴⁶

Ya Anna Freud había señalado:

Así se logró al principio un hallazgo descorazonador relacionado con una discrepancia entre la neurosis infantil y la del adulto. Mientras que en el adulto el síntoma neurótico individual en general forma parte de la estructura de la personalidad relacionada genéticamente, no sucede así en el niño. Aquí los síntomas se presentan con frecuencia aislados o asociados con otros síntomas y rasgos de la personalidad de diferente naturaleza sin orígenes relacionados. Aun los síntomas obsesivos bien definidos, tales como los rituales a la hora de acostarse o las compulsiones de contar, aparecen en niños que por otra parte son incontrolables, inquietos, impulsivos, es decir, con personalidades histéricas; o conversiones histéricas, tendencias fóbicas, síntomas psicósomáticos aparecen dentro de estructuras del carácter de naturaleza obsesiva. Los niños bien adaptados y generalmente conscientes cometen actos delictivos únicos. Los niños incontrolables en el hogar se someten a la autoridad en la escuela y viceversa.

Otra desilusión consistió en observar que a pesar de todos los vínculos existentes entre la neurosis infantil y la del adulto, no existe la menor certidumbre de poder comprobar un determinado tipo de neurosis infantil

como predecesor del mismo tipo en el adulto. Por el contrario, existe una gran cantidad de evidencia clínica que señala la dirección opuesta.⁴⁷

A esto, Blos agrega que una vez que se admite la falibilidad pronóstica de las neurosis infantiles, hay que descartar la idea de una conexión monocasual directa entre la naturaleza específica de un trastorno infantil y la naturaleza específica de una neurosis adulta.⁴⁸ Dice más adelante:

No existe una concatenación causal rígida entre trauma infantil y enfermedad neurótica ulterior. [...] Hemos llegado a considerar la neurosis infantil como un potencial específico que puede o no llevar a una enfermedad neurótica en la vida adulta. Podría entonces cuestionarse la utilidad de postular la existencia de una neurosis infantil cuando nunca llega a materializarse una neurosis adulta. Pero existe un hecho cierto: la neurosis infantil asume su estructura y contenido definitivos solo durante la etapa de formación de la neurosis adulta, cuando tomamos conocimiento cabal de su existencia a través de la neurosis transferencial; es decir, solo durante el tratamiento analítico.⁴⁹

La conformación de la neurosis adulta coincide, según Blos, con los procesos finales de la adolescencia tardía y la elaboración del trauma residual, dadas las transformaciones de la estructura psíquica en esa etapa. “El período de la adolescencia tardía marca la terminación de la niñez”, afirma Blos.⁵⁰

Con respecto a esto, Sigmund Freud ha dicho:

Solo rara vez la neurosis de la infancia se prolonga, sin interrupción, en la neurosis del adulto. Mucho más frecuente es que sea relevada por una época de desarrollo en apariencia imperturbado, proceso este sustentado o posibilitado por la intervención del período fisiológico de latencia. Solo más tarde sobreviene el cambio con el cual la neurosis definitiva se vuelve manifiesta como efecto demorado del trauma. Esto acontece con la irrupción de la pubertad o un tiempo después.⁵¹

La conclusión de Blos es que junto con la conformación de la neurosis adulta surge la neurosis infantil, que adquiere entonces configuración y estructura. Si bien admite que ambas son formaciones complementarias, resalta que la primera tiene una expresión psicopatológica manifiesta, mientras que la neurosis infantil es metapsicológica y solo se expresa mediante la neurosis transferencial.⁵²

Mediante esta ejemplificación clínica propia y de diversos autores, intenté: a) enfatizar que la estructuración psíquica no se cierra en determinada etapa más o menos temprana, sino que las modificaciones y complejizaciones sucesivas producen también reestructuraciones y cambios en lo patológico, y que esto no es lineal ni retrotraído a un trauma temprano repetido; b) destacar la importancia de las transformaciones de la Latencia y adolescencia que, si bien fortalecen y complejizan el aparato psíquico, entrañan vulnerabilidades que posibilitan que ciertos episodios vividos puedan tornarse patógenos y adquieran “peso específico per se”, y no como reedición de lo temprano; c) plantear indirectamente las derivaciones en la práctica psicoanalítica de dichas formulaciones.

VI. OSCILANDO ENTRE REPETICIÓN Y CREACIÓN, LIMITACIÓN Y LIBERACIÓN, ESCISIÓN E INTEGRACIÓN

RESEÑARÉ a continuación dos trabajos interesantes que podrían considerarse de psicoanálisis aplicado.

El primero es una investigación psicoanalítica del destacado colega William G. Niederland sobre la vida y la obra de Heinrich Schliemann,¹ personaje conocido por su descubrimiento de la ciudad de Troya (cuya existencia y “leyenda” eran puestas en duda) y considerado luego el pionero de la antropología moderna.

De la biografía destaco algunos aspectos que estimo relevantes. Heinrich nació el 6 de enero de 1822, en Neubukow, al norte de Alemania. Un par de meses antes había muerto su hermano mayor, quien fue enterrado en el cementerio que se hallaba junto a su casa y a la iglesia, en la que su padre era pastor. Solía referir que nació en Ankershagen, pequeño poblado en la misma zona, al que se mudó cuando tenía un año. Vivió allí hasta poco después de la muerte de su madre (entre 1823 y 1831). Luego, la familia se desmembró: cada hijo fue a vivir a lo de un pariente diferente y alejado. Además de sus familiares directos, su casa y su entorno infantil, perdió a su “novia de la infancia”, compañera de juegos, aventuras y fantasías.

De su padre se destaca que siempre estuvo escaso de dinero, que tenía un “carácter disoluto y libertino” y amoríos diversos con el personal doméstico. Maltrataba y descuidaba a su esposa, más que nunca durante el último embarazo, poco después del cual ella falleció. Pareciera que, con dolor y pena fingidos, organizó un gran funeral y escribió un impactante epitafio. Todo esto lo hizo “pese a ser responsable de su muerte por su villanía”, según expresó su hijo al realizar un ejercicio escrito para aprender un nuevo idioma, treinta años después, estando aún vivo su padre. En otro ejercicio dice: “Estoy terriblemente avergonzado de ser hijo de ese perro execrable”, y les advierte a sus hermanas que no se comuniquen con su padre, pese a que él continuaba enviándoles dinero regularmente.

La vida de Heinrich, desde los inicios, se vio ligada a la muerte, no solo por el temprano deceso de su hermano, sino también debido al oficio de su padre, los funerales y entierros en el cementerio junto a su casa, la “familiarización” con tumbas, lápidas, epitafios y ornamentos (muchos abandonados o en ruinas). Todos estos elementos aparecerán de continuo en su vida y en su posterior fama.

Pese a criticar a su padre, avergonzarse y casi abjurar de él, resulta curioso su reiterado emprendimiento de exitosos aprendizajes de nuevos idiomas. Escribió profusamente en quince lenguas. En sus lecciones, tomó a sus profesores como mentores o padres sustitutos, y las ejercitaciones fueron una suerte de análisis o historización

catártica, sobre todo si se tiene en cuenta que el primer maestro que le enseñó latín y poesía homérica (antes de los 7 años) fue su padre. Como ya señalara, nació poco antes de la muerte de su hermano (de 8 años). Era el mayor de la fratría de nueve hermanos (del segundo matrimonio del padre nacieron dos hijos más) y se llamaba Johann Heinrich, como él. Esta situación, según Nederland, determinó una confusión de identidad con el muerto,² la búsqueda frenética en la hiperactividad, la acumulación de fortuna y multiplicidad de actividades, entre las que se incluyen viajes y el estudio de numerosos idiomas (decía “cada nuevo idioma es una nueva vida”). Debía mostrarse y diferenciarse como “el que estaba vivo”. De ahí, quizás, que refiriera otro poblado como lugar de nacimiento y dejara en el de origen a su hermano muerto.

Su madre tenía episodios depresivos repetidos. Vivía en desacuerdo marital, estaba mal y triste durante su embarazo por la enfermedad severa de su hijo mayor, que murió al poco y tiempo. Es muy probable que resintiera la conexión y asistencia, tanto física como emocional, del “nuevo Heinrich”. Cuando otro de sus hijos muere, la madre tiene otro episodio depresivo. Heinrich queda de nuevo como único varón de la fratría, al menos hasta que cumple 8 años. Señala el autor que la depresión de la madre se hace evidente en una carta que le escribe a su hija mayor: habla de su muerte inminente y acusa a su marido de una forma y con un estilo similar al que su hijo utilizó en el citado ejercicio para aprender un idioma.

Entre los 5 y los 9 años, Heinrich estuvo estrechamente ligado a Minna, una niña de su vecindad a quien nominó como su novia de la infancia. Solían jugar en el cementerio, en un castillo cercano³ y en un lugar funerario prehistórico de la zona. Conversaban con el excavador de tumbas (quien contaba historias truculentas), revisaban los libros de registros de muertes y nacimientos y tomaban lecciones de baile (en el invierno en el que cumplió 8 años).

A los 8 años recibió un importante regalo de Navidad: un libro de historia universal para niños, que contenía impactantes grabados. Entre ellos, se destacaba el de Troya en llamas y el escape de Eneas por su puerta, salvando a su padre e hijo. Esto marcó fuertemente su imaginación e imantó su futuro de descubridor-arqueólogo.⁴

Entre los 9 y los 11 años vivió en casa de un tío paterno e intimó con una prima de su edad, Sophie (que se llamaba igual que su madre, su madrastra y una hermana cuatro años mayor). Ella luego jugó un papel importante pero corto hacia sus 46 años. Según el autor, a los 9 años Heinrich cursó una severa depresión; en numerosas cartas y notas autobiográficas alude a una “irreparable mala suerte” a causa de la casi simultaneidad de la pérdida de su madre, su novia y su hogar. Terminó sus estudios a los 13 años en otro lugar, y de los 14 a los 19 años fue dependiente aprendiz en un almacén y tienda de ultramarinos en condiciones penosas.

A los 19 años tuvo una hemorragia pulmonar de origen desconocido. Se trasladó luego a Hamburgo y se embarcó como camarero en un pequeño velero rumbo a América del Sur. No tuvo suerte, pues poco después de partir, tras horas de riesgo, la embarcación zozobró y Heinrich fue rescatado en estado lamentable. La historia de este naufragio,

como una experiencia traumática, apareció reiteradamente en diversas versiones e idiomas. Fue rescatado inconsciente, casi helado, con profundas heridas, desnudo. Fue asistido en una isla y luego en un hospital de Ámsterdam, donde lo internaron en una sala para moribundos. A punto de cumplir 20 años, esta experiencia cercana a la muerte, de la que se salvó por haberse atado a un barril vacío y por su fortaleza, pareció exaltar ideas de resurrección, renacimiento y de estar destinado a grandes cosas en la vida; esto se relacionaba con un sueño que tuvo durante el naufragio.

Debido a la asombrosa actividad que desplegó, “en una década y media trabajó su camino desde ‘siervo’ a dueño (como en el sueño), se convirtió en una mezcla de ‘príncipe comerciante’ y ‘ladrón-barón’ (¡¡Henning!!)”.⁵ Esto lo transformó en un comerciante hábil que logró una fortuna estimada en varios millones de dólares hacia 1860. Luego de concretar el aspecto pregenital del sueño ligado a la fortuna y el poder, se retiró —no completamente— de los negocios a los 38 años (la misma edad de su madre al morir) y se abocó a intentar cumplimentar la vertiente edípica del sueño.

Antes había propuesto casamiento a Minna, su “novia de la infancia”, pero ella ya estaba casada. Pensó en proponérselo a su prima Sophie, pero su hermana menor lo disuadió. Terminó casándose con una joven rusa, con quien tuvo tres hijos y luego se divorció. Para eso, viajó a Indianápolis y se hizo ciudadano estadounidense. Aún antes de viajar, le propuso matrimonio (siguiendo la línea edípica ligada a un sueño) a otra prima menor también llamada Sophie.

Cuando en 1868 muere su prima mayor Sophie, se deprime seriamente. Reclamó a sus parientes por no haberle avisado que de su enfermedad, ya que podría haberla salvado. Le construyó un sepulcro importante, casi similar al de su madre. Pocos meses después, mientras “sale” de la depresión, bruscamente decide ir a la zona de Troya.

“En julio de 1868, arribó a Corfú, se dirigió a Ítaca, en estado de elación, cantando pasajes de la Odisea (en griego clásico). Excavó, obtuvo algunas antiguas urnas y vasos, declarando que las cenizas allí incluidas eran las de Ulises y Penélope. Se embarcó hacia el Bósforo.”⁶ Fue a la zona que suponía de Troya (contrariando la opinión de los especialistas), cuya colina se asemejaba bastante a la de su infancia (de los 5 a los 9 años).

Le escribió al arzobispo en Atenas, quien fuera en Rusia su profesor de griego, y en cierto sentido un “padre sustituto”, para expresarle que quería casarse con una joven griega. Su condición era que estuviera tan interesada en Homero como él y que fuera con él (¡otra Minna!) a visitar los sitios homéricos, a ver: castillos, cementerios y antiguas zonas funerarias. De las candidatas que le propuso el arzobispo, eligió a una de sus sobrinas, de 18 años, cuyo nombre de pila era otra vez Sophie y su apellido en griego antiguo significaba “embarazada”.

De lo transcrito hasta aquí puede inferirse que, más allá de elementos tempranos como la muerte de su hermano, la cercanía con la muerte y los nacimientos relacionados con las diversas residencias donde vivió de pequeño por la actividad de su padre, hubo determinantes provenientes de su período de Latencia y adolescencia. Resalto su

estrecha ligazón con Minna y las actividades que compartían, su brusca y sufrida separación de ella poco después de la muerte de su querida madre Sophie (significante que se repite en su historia), a los 9 años, y el desarraigo a los pocos meses al dejar a sus hermanos, su padre y su casa. También destaco en su adolescencia la experiencia traumática del naufragio, de la que se recuperó-revivió-resucitó sintiéndose fortalecido y destinado a grandes logros en su vida. En cada situación, son notorios la pregnancy y el impacto de la ilustración del escape de Eneas de Troya en llamas (salvataje de tres generaciones) en el libro que recibiera en su octavo cumpleaños y el vívido sueño (de grandeza y placer) que recordaba haber tenido cuando se produjo la intensificación de la marea y el subsecuente naufragio. Ambas imágenes parecieron imantar y orientar su futuro en diversos aspectos.

Como sintetice, las actividades de la madurez de su vida están claramente influenciadas por episodios correspondientes a la Latencia y la adolescencia. Por ejemplo, sus primeras excavaciones, su interés por lo enterrado y los posibles tesoros ocultos comenzaron con Minna, su “novia de la infancia”. Aunque es de destacar que tanto en los diversos lugares donde vivió como en sus numerosos viajes siempre describe con detallismo sus visitas a cementerios, catacumbas y lugares prehistóricos, en especial funerarios (al punto que Niederland señala que gran parte de los diarios que Heinrich escribió se parecían mucho a los registros de muertes y entierros de los libros de la iglesia).

Quizás se renueva la remoción de los muertos y lo arqueológico en una visita a las catacumbas de Roma en 1858, donde camina por estrechos pasajes y ve los cuerpos que parecen intactos, pero se pulverizan en contacto con el aire. Su primera excavación la realiza en 1865, al volver a Sacramento de California, donde estaba enterrado su hermano, un año menor, que había muerto de fiebre tifoidea en 1850. Con dificultad, encuentra el viejo cementerio y el monumento que había erigido en memoria de su hermano catorce años antes. Solicita su excavación, porque quería llevar los restos óseos a San Petersburgo, y con asombro y desilusión descubre que la tumba no pertenecía a su hermano.

Tras un período depresivo luego de enterarse de otra muerte, la de su prima Sophie, surge la aventura arqueológica a Micenas y Troya.

En su última elección de pareja se fusionan los desplazamientos de la madre Sophie muerta hacia una que además debe ser compañía de búsqueda y estar interesada en la investigación arqueológica; en otros términos, una fusión de las sucesivas Sophie y Minna, su primera novia.

Heinrich cumplimentó los intereses y la compañía originados en la Latencia en su actividad arqueológica, sus ensoñaciones de señorío y la solvencia económica juveniles (como formación reactiva a las penurias de dinero de su padre, para tratar de diferenciarse de él). Finalmente, ambos intereses se unen con el de sus tesoros, los que usa para ornamentar a su joven esposa Sophie-Minna.

Para finalizar, consideraré algunos aspectos que impactaron profundamente en la vida del

destacado psicoanalista Wilfred R. Bion y su relación con ciertas postulaciones teóricas realizadas varias décadas después. Me basaré en escritos autobiográficos, el primero *War Memoirs*,⁷ un diario de guerra minuciosamente detallado desde su partida a Francia. Lo escribe a su regreso a Inglaterra, para enviárselo a su madre, ya que durante la guerra no le había escrito. La primera parte abarca del 26 de junio de 1917 al 10 de enero de 1919. Su esposa Francesca pasa a máquina esos cuadernos a comienzos de la década de 1970; más de cincuenta años después, Bion los relee. En 1972, escribe la segunda parte: los comentarios, diálogos entre yo (hoy) y Bion (de 21 años) acerca de algunos contenidos de la parte anterior. La tercera parte, “Amiens”, es escrita en un viaje en tren en agosto de 1958, cuarenta años después de los hechos que relata y que queda inconclusa. Finaliza con las consideraciones de su hija Parthenope Bion Talamo, también psicoanalista.

El otro libro, *El largo fin de semana: recordando todos mis pecados*, es una autobiografía inconclusa escrita a partir de su experiencia en Los Ángeles. Dice su esposa en el Prefacio:

La amplitud de los espacios del oeste de USA le hizo recordar su infancia en la India. La cultura, sin embargo, fue algo nuevo para él. Lo liberó de los límites del tradicionalismo y le permitió acariciar sus “pensamientos salvajes”; su mente se abrió a nuevas impresiones durante la última década de su vida, como lo había hecho de joven.⁸

Bion nació en 1897, en la India, donde hacía varias generaciones se habían afincado sus familiares. Tras un fallido intento (de pocas horas) para incluirlo en la escuela, a la que fue acompañado por su niñera, escuchó decir a su madre: “Solo tiene 4 años, quizás sea diferente cuando vaya a la escuela en Inglaterra; pueden suceder muchas cosas en cuatro años”. Así que Bion se planteó que tendría otro problema a futuro.

Mientras, recibió durante años lecciones de su madre sobre historia, geografía y matemáticas, y también el fuerte impacto de las Sagradas Escrituras, que le desagradaban. Transitó enmarañado con lo religioso el comienzo de la masturbación, el ser descubierto por sus padres y su lucha posterior por tratar de evitarla sin éxito.

De la amplitud de horizontes y la frondosa flora y fauna de la selva (pese a la relativa severidad de crianza, aunque con ciertos privilegios por su lugar en la sociedad de castas), se vio trasladado a un lugar muy diferente para concurrir a la escuela. Luego del asombro por el viaje en tren, las multitudes en las estaciones, las grandes ciudades que desconocía y una larga travesía marítima, arribó al centro del Imperio.

Yo no tenía de qué sentir añoranza, solo personas y cosas. Así cuando me encontré solo en el patio de la Escuela Primaria en Inglaterra, donde besé a mi madre y me despedí sin llorar, pude ver sobre el seto, que me separaba de la calle, que era la frontera con el amplio mundo, el sombrero subiendo y bajando [...]. Y después desapareció.⁹

Bruscamente se encontró inmerso en las rivalidades, pullas y enfrentamientos grupales, que no lograba entender, al igual que los códigos y lenguajes utilizados por los niños, así como las rutinas institucionales y la actividad de aprendizaje. Esta conmoción tremenda

se traduce en su recuerdo:

Por fin acababa aquel horrible día y podía meterme bajo las sábanas y sollozar.

—¿Qué pasa? —preguntó uno de los tres chicos que compartía dormitorio conmigo.

—No lo sé —gemí.

Parecía comprensivo. Medité el problema durante un momento.

—¿Te sientes nostálgico?

—Sí. [...].

Aprendí a valorar muchísimo esa bendita hora en que me iba a la cama, me tapaba con las sábanas hasta la cabeza y lloraba conforme la decepción crecía; aprendía a silenciosamente llorar, hasta que al final me convertí en alguien como mi madre que ni reía ni lloraba.¹⁰

Los sentimientos de pérdida del contacto con sus familiares, las personas que lo atendían y su entorno ambiental y cultural, la soledad, el desamparo, la minusvalía, la extrañeza con su actual entorno, la vivencia de no pertenencia, la persecución de la religión, la gobernanta y el director y la carga de exigencias y rutinas dominaron fuertemente su Latencia, afincada en la inhibición y su taciturno repliegue afectivo. Esto fue compensado en parte por su aguda capacidad de observación, su imaginación, cierta camaradería y algunos amigos admirados.

Poco antes de egresar de la escuela, lo impactó vivamente ver los desfiles de los diversos regimientos precedidos por la banda que se dirigían a la guerra, y la algarabía que generaban a su paso en el público: “Yo no había oído hablar en mi vida de ningún regimiento, excepto la Guardia Real. Ellos tenían algo que ver con las postales [...]. Pero los Leicesters eran reales. Me transformé; en una o dos horas hablaba de forma profesional de la Línea del Regimiento, de los Artilleros”.¹¹

Poco después, cuando por fin dejó la escuela, llegó el momento de la despedida:

Me sentía triste y estaba enfadado por sentirme así, dije algo grosero, hostil sobre estar contento de irme. Entonces rompí a llorar, para mi sorpresa y desconcierto, supongo que también el suyo [...] Había estado en la escuela durante diez años, el último, mi año de esplendor, la culminación de una de las carreras más largas de la escuela, acabó en aburrimiento.¹²

Poco después, fue al encuentro de sus padres:

Todo el mundo real estaba allí delante. Las verjas de mi Paraíso se cerraron con estrépito detrás de mí, mientras yo me dirigía solo, solitario en mi anónima gloria, a enfrentarme al alba de la libertad por la que había esperado tanto [...]. Solamente yo sabía lo que sentía. Nadie conocía ese terrible miedo; nadie podía saber cómo lo sentía, lo horrible de esa primera noche en la escuela primaria, las clases del domingo con las Sagradas Escrituras, el “palizón” también del domingo, en el gimnasio, [...] el “sol brillante del verano” pero no para mí. ¡¡Ya no más!! ¡Nunca más! [...] Se alegraron de verme [...]. Podía sentir que la precoz partida de su muchacho a la guerra dejó a mi madre besando a un muchacho a quien se le había escapado la posibilidad de ser persona.¹³

Muy pocos días pasaron cuando se presentó a la oficina de reclutamiento. Se preguntaba quién había pensado en que él fuera oficial. En la fila de aspirantes a oficiales, reconoce al capitán de rugby de una prestigiosa escuela, que llevaba puesto un bombín, mientras él tenía en su cabeza una llamativa gorra escolar. Esperó paciente e inquieto hasta que

escuchó:

—¡Eh! Tú, tú, el de la gorra.

—¿Puedo alistarme?

—Sí, tú, mocoso, a ti te digo: fuera, rechazado.¹⁴

Su sentimiento de desvalorización y de malestar frente a sus padres se ve reforzado cuando su padre le expresa que no puede entender cómo logró que no lo aceptara una nación en guerra. Se pregunta luego si un conocido podría intermediar, haciendo manifiesta la presión para que se enrole “voluntariamente” como oficial. “Estaba furioso por mi humillante fracaso en alistarme, [...] vagamente intuía que era por culpa mía”.¹⁵

Esa persona conocida influyó, y el 4 de enero 1916 Bion prestó juramento como miembro de las fuerzas armadas ya uniformado.

Me sentía tan poco militar que sufrí una completa conmoción cuando una chica que me había llamado cobarde unos días antes no lo hizo esta vez cuando pasé por su lado [...]. Caí en la cuenta de que me había confundido con (me había tomado por) un soldado. Mi madre estaba orgullosa de mí.¹⁶

Un día domingo, de franco, fue al oficio religioso. “Me transportó a la extraña sensación de catástrofe de los días de la escuela primaria, que había confirmado mi esencial timidez. [...] Yo era fuerte, tímido y melancólico. Era un mal cimiento sobre el que basar las esperanzas guerreras.”¹⁷

Fue al frente en Francia. En barco, luego en trenes; durmió en barracas. Una mañana, al despertar, siente un olor extraño, entre dulzón y putrefacto. Un compañero dice que puede tratarse de un cadáver. Buscan en vano. A continuación otro fuerte impacto: cuando se acerca al frente en tren, lo separan de la tropa y de los suboficiales y lo incluyen en el vagón con asientos para oficiales.

Mucho más tarde tuve una crisis similar de formas sociales, en el momento en que el alegre y divertido Smith se convirtió de pronto en “Eso”, cuando la metralla de un obús entró en su cerebro y no pudimos encontrar sus miembros para colocarlos adecuadamente en la tumba.¹⁸

Llegan a un lugar descampado en una lluvia torrencial. ¿Eso era el frente? El desconcierto era general. Con el correr de los días, el campamento crecía y aumentaba la inquietud.

La perspectiva de la batalla, por fin, el miedo a tener miedo. Para mí, el miedo era el hecho central, empeoraba porque no podía escapar. Recordaba a la señorita Brightman invitándome a que me graduara en el Ejército y su desmoralizante sugerencia: “No conseguirás una cruz militar, ¿sabes? Solo una de esas pequeñas de madera”.¹⁹

Poco después, avanzan para librar batalla. Van entre las calles vacías del pueblo derruido y el canal, en un raro estado mental engendrado por aquel espantoso lugar. Años después Bion escribe: “Incluso ahora, las calles amenazantes de Ypres y este canal de pesadilla pueden volver a mí y estampar un mal presagio en el día más brillante”.²⁰ Pese a la

avanzada edad cuando escribió esto, las escenas tenebrosas quedaron fijadas en su psiquismo como representaciones paradigmáticas que englobaban lo siniestro temido y resultaron recurrentes al modo de lo traumático y/u operando como advertencia.

Cuando los soldados van a reconocer el terreno sobre el que deberían avanzar con tanques, les cuesta encontrar in situ su correspondencia con el claro y detallado mapa. Les informan luego que el cenagal donde estaban parados-hundidos era el lugar que buscaban.

Haig y su estado mayor eran los culpables de creer que ese terreno era accesible a los tanques, por no reconocer el campo personalmente y por no conocer las posibilidades y limitaciones de los tanques [...]. No recuerdo que cualquiera de nosotros pensara, ni por un momento, que un tanque de cuarenta toneladas podía flotar [en ese barro] [...] El ejército, del que formábamos parte, era estúpido.²¹

Cuando van a comenzar el ataque, la artillería enemiga dispara hacia su posición. Se distancian, contraatacan y se encuentran en medio de los disparos cruzados de obuses, metrallass y cañones. Bion dirigía el avance afuera del tanque.

Me invadía el miedo propio del jefe del tanque: caer herido, sin que se diera cuenta la tripulación y ser atropellado por el tanque. Justo cuando alcanzaba la puerta lateral, una explosión de obús me derribó. Mi tripulación me arrastró dentro y cerró: “Pensé que estaba usted muerto, señor”. Apagamos el motor, pudimos apreciar el estrépito exterior. Reconocía una nueva sensación: el tanque que me parecía una sólida masa de acero se movía continuamente como una insegura gelatina. La protección que brindaba no era más que pura imaginación.²²

Esta inseguridad del tanque se vio reforzada en los diversos combates en que participó, cuando la artillería los hacía explotar o los incendiaba y la tripulación perecía.

En un combate, su tanque se hunde en el barro. Cuando él y sus soldados lo abandonan para buscar refugio, una bala rebota en la puerta, cerca de su cabeza. Pasan largas horas de espera. Mientras conversan, un soldado que lo duplicaba en edad habla de su familia y demuestra una escucha empática. “Sospecho ahora que se trataba más de un sentimiento de compasión por mi juventud e inexperiencia que de confianza en mí. ¿Podía alguien, fuera de la Public School, creer en la capacidad de un muchacho de 19 años para dirigir tropas en batalla?”.²³

Recibe órdenes de replegarse. Cuando se dirige a presentarse al comandante, ve lo siguiente:

Un jefe de tanque, más viejo que el resto de nosotros, esperaba para entrar. Cayó. “¿Qué pasa?”, pregunté sorprendido. Dijo que está “acabado”. La palidez del rostro aumentó, una bala había penetrado en su vientre. Me sentí aturdido. Entré: “Señor, Despard acaba de ser herido”. Responde el comandante: “Nada serio, espero”. “Creo que está muriendo”. Responde: “Qué lástima, pobrecito”.²⁴

Descubre así que, aunque no lo pareciera, su superior estaba completamente borracho.

Al día siguiente, cuando el oficial de inteligencia pedía que le indicara dónde se había atascado su tanque, se quedó pensando en el agujero de obús donde se refugió junto a un cadáver ya reseco. Relata el estado del cuerpo y la forma en que yacía con gran impacto

afectivo. Al salir, se reúne con sus compañeros. Un oficial comenta que cayó en un agujero de obús apestoso, con agua hasta la cintura, lleno de brazos, piernas y vientres destrozados. Años después, Bion se reencontraría con este oficial y, con asombro, lo escucharía decir que los días de la guerra habían sido los más felices de su vida.

Cuando a Bion le ordenan ir a recuperar su tanque hundido en el lodo, claramente un despropósito, en la oscuridad nocturna se cruza con un destacamento y reconoce a un compañero de escuela, quien lo acompaña y le advierte que no se aparte del sendero pues puede hundirse en el lodo y morir. Avanzan un poco, pero debido al fuego de artillería, Bion decide regresar.

Pensé en despedirme de B. en el camino de vuelta, pero lo habían matado. R.I.P. Me conmoví al ver que no me importó. Me estaba familiarizando más con la intensa camaradería de la guerra, cada pequeño gesto, cada entonación se grababa, en apariencia, indeleblemente. Una semana más tarde se había olvidado y no quedaba nada de ello.²⁵

Sin embargo, luego de relatar el encuentro con B., escribió: “Ahora, setenta años más tarde, ese contacto momentáneo a la luz de la luna está grabado en mi mente”.²⁶ Después del desastroso “bautismo de fuego” de Ypres, casi sin entrar en combate, se repliegan. Van hacia otro destino (con problemas mecánicos en su tanque) junto con un regimiento escocés. Se avecina la batalla de Cambrai.

Al ver que caen balas de todas partes, Bion ubica un muro y trepa torpemente al tanque, solo, con una ametralladora y mucha munición. Se parapeta y comienza a disparar. “No era consciente de ningún peligro y, por ello, no experimentaba ningún miedo que ocupara el lugar de mi sentido común, completamente perdido”, escribe.²⁷ Cuando los soldados alemanes se dirigen hacia su tropa, se le traba el arma. Ordena a su tripulación que dispare, pero descubre que no les queda munición y se repliegan a la trinchera. Cuando arriban se ocupa de enviar a sus heridos al cuartel y se presenta al que parecía ser el único oficial que quedaba en su compañía.

Mientras hablaba con él se oyó un fuerte estallido de bala. El capitán cayó hacia adelante y vio el cerebro y la sangre que se le salían por detrás de la cabeza. [...] Descubrimos un sospechoso espesamiento cerca de la copa de un árbol, concentramos en ella el fuego. Se desprendió un cuerpo, colgó un instante y finalmente se estrelló contra el suelo. El capitán estaba vengado.²⁸

Se entera luego de lo ocurrido con sus compañeros.

Del resto de la Compañía, una tercera parte de los que entraron en acción habían muerto. Como de costumbre, había pocos heridos por la naturaleza de la guerra de tanques. [...] Me sorprende que estas bajas nos afectaran tan poco por aquel entonces. [...] No nos demoramos con las bajas, se habían producido y eso era todo.²⁹

Luego de su informe, el comandante lo felicita por su valor y le dice primero que lo propondrá para la Cruz Militar y luego incluso que lo recomendará para una condecoración más importante.

Un mes después, la tan postergada promesa de descansar y pasar la Navidad se

concreta. Pero esa noche cae una nevada que cubre las tiendas y a los soldados mientras dormían. En sus memorias, cuenta que el día se gastó en una orgía de comidas, bebidas y bestialidades diversas. Con un compañero, concurren a un servicio religioso de escasa concurrencia. El sermón comienza con la oración “Paz en la tierra y buenaventura para los hombres”, que el predicador considera una muestra de idealismo. “Nuestra principal tarea era odiar la maldad y, en consecuencia, odiar a los alemanes. Volvimos al campamento trabajosamente por la nieve barrosa pasadas las diez de la noche. Así finalizó nuestra primera Navidad en Francia. ¿Se habían vuelto todos locos?”.³⁰

Las perspectivas de que 1918 fuera aún peor se confirman. Pocos meses después, es enviado a Wailly como instructor de conducción de tanques y luego de tiro. Intentan convencerlo de que ya ha pasado mucho tiempo en el frente pero se rehúsa.

Hacia fines de febrero le notifican que recibirá la condecoración al Servicio Distinguido. En Londres, la recibe del propio Rey. “Estaba orgulloso y contento. Apenas podía creerlo. Por un momento no me importaba si la merecía. Pero ‘Segundo Lugarteniente W. R. Bion, Orden del Servicio Distinguido’ sonaba bien y así me sentí. Las personas como yo éramos *rara avis*”.³¹

Es destinado con poco armamento a “reforzar” el frente. Se pregunta si la nación podría estar en tantos apuros como para que veinte hombres pudieran realmente reforzar el frente. La gran ofensiva enemiga de marzo y abril agotan y diezman las tropas propias. “Lo que yo y otros miles como yo íbamos a aprender en los próximos meses era la desolación, el aislamiento y la derrota”.³² Parecía ir una muerte segura y en más que inhóspitas condiciones.

Luego de tres semanas, su tropa realiza un ataque aéreo y Bion es trasladado.

Al acabar mi recorrido bajo el fuego de la artillería, lanzándome en la trinchera, comencé a darle a gritos las instrucciones a Smith. El pareció dejar de prestarme atención, su rostro se movió amorfo y sin vida. Fue una sensación muy peculiar descubrir que la falta de vida de su expresión se debía a que estaba sin vida. Así que el bombardeo, al igual que la bala que había destrozado el cerebro del capitán Edward, era peligroso.³³

Viene luego otra “gran batalla-pesadilla”: Amiens. A poco, es designado como enlace con el Cuartel General de la Primera División Francesa.

Un oficial se me acercó para preguntarme qué quería, aunque estaba claro que ya había sido avisado. Le contesté con lo que me quedaba del francés del colegio. Él intercambió palabras con el Oficial Mayor, quien miró hacia mí; no parecía complacido. Cuando me acerqué se hizo evidente que esperaba que hablase en francés; se enteró enseguida de que no era eso lo que tenía delante de él.³⁴

Fue enviado como enlace con las tropas francesas. Luego de hablar con un oficial de inteligencia, dice:

Fue evidente que pensaba que en nuestros colegios se estudiaba francés y nuestro Ejército no enviaría un oficial sin confirmar antes que efectivamente hablara francés. (¡Otra vez el absurdo, el sinsentido, el disloque de los jefes superiores!) [...] Yo también pensaba que debían haberme preguntado. Con ayuda de papel y lápiz pude explicarle qué iba a hacer mi sección en cuanto a tanques se refiere y exactamente a qué horas.³⁵

Comienza el ataque.

Nadie había mencionado la niebla. ¡Oh! ¿Por qué no se había informado el riesgo de niebla? [...] La niebla era peor que nunca, apareció en grandes masas hinchadas que se arremolinaban alrededor de la cara de uno, le vendaban los ojos y asfixiaban sus pulmones. Había hombres tosiendo y tratando de sofocar sus toses. [...]

Tarde o temprano tendría que suceder que mis padres recibieran el telegrama anunciando mi muerte, la guerra solo tenía que durar lo suficiente. Yo ya había agotado mi cuota de oportunidades de sobrevivir.³⁶

Relata luego varias situaciones inesperadas, por momentos dantescas, que vivió en un estado de desorientación, aturdido por el fuego de la artillería, sin recursos, con instrucciones u órdenes de sus superiores equivocadas (que más que órdenes, eran sentencias de muerte), carente de apoyo. Fue enviado, por ejemplo, a zonas embarradas y anegadas, donde los tanques se hundían. Vio además estallar en grandes llamaradas los tanques de sus camaradas, alcanzados por la artillería enemiga. Ante esto, se decía y repetía que debía recordar los nombres de los oficiales y de sus soldados, como si tratara de evitar el horror, sin atisbo de arrepentimiento o duelo.

Lo que ocurrió ese semestre, hasta el alto el fuego del 11 de noviembre y su licencia, que comenzó en enero de 1919, fue más de lo mismo: la crueldad desatada, el miedo continuo, la desconexión afectiva, la desprotección e inoperancia de los superiores, el refugio en la camaradería, etcétera.

Pasaré a considerar algunas posibles relaciones entre estas experiencias límites vividas cuando aún su psiquismo estaba en formación y aspectos de sus teorizaciones psicoanalíticas décadas después.

Como bien señala su hija en el posfacio de *War Memoirs*,³⁷ sus memorias son una materia prima relevante, al igual que su repetida queja de que ni él ni muchos otros tenían el equipamiento mental de un soldado profesional que podría haberlos protegido del impacto emocional de la guerra, pero los ejemplos de *Memoria del futuro*³⁸ muestran la coexistencia de estados regresivos de la mente junto con otros más sofisticados.

Después de la matanza de Ypres, queda en un estado hipnoide, anestesiado, ya que tenía fragmentos de granada en su rostro y “no sentía nada”. Luego de haber visto a un soldado con ambas piernas amputadas por una granada, que fumaba y hacía chistes deprimentes, dice:

Caminamos lentamente al frente de los tanques y esperando los proyectiles de obús. La tensión y el agotamiento tenían efecto muy curioso; sentía que todas esas angustias se habían tornado demasiado; sentía tal como un pequeño niño que ha tenido un día feo, lloroso y quiere se acostado en la cama por su madre; me sentía así curiosamente cómodo, recostado en la orilla al borde del camino, tal como si estuviera yaciendo pacíficamente en los brazos de alguien.³⁹

Su hija relaciona esto con una desafiante afirmación de su padre: “Winnicott dice que el paciente necesita regresar; Melanie Klein dice que no deben; yo digo que están en regresión”.⁴⁰ También podemos pensar ese fragmento en relación con las formulaciones de la capacidad de *reverie* de la madre, las transformaciones de beta en alfa. Agostini señala el pasaje del desconcierto anestesiado a la depresión empática con el amputado,

al despertar psíquico y arraigo emocional, pasando por la capacidad de vivir plenamente una regresión suficientemente transformadora de las defensas de supervivencia para acoger y transformar las angustias catastróficas [...]. Bion emprende progresivamente contacto con el brazo-continente de las angustias catastróficas que, por esto, no son más proyectadas en el cuerpo. Era entonces psíquicamente habitado, se relajaba, lo que preside a la salida del blindaje de supervivencia —pasaje de la periferia a la interioridad— corresponde, me parece, a la “poscatastrófica” del cambio catastrófico.⁴¹

En *War Memoirs* hay dos episodios clave donde Bion relata momentos de locura. Señala un lugar donde solía echarse cuando estaba agotado pero en vez dormir quedaba en un estado de estupor. Alude además a que era casi imposible distinguir sueño de realidad cuando el tableteo de las ametralladoras se colaba en los sueños.

Pronto pasó del interés por la vida al de extinguirse, a la desesperanza. Podía pasarse horas mirando un punto fijo en el techo.

La vida había arribado a tal declinación que las horribles mutilaciones o la muerte no podían ser peores. Me encontré esperando ser muerto; entonces, al fin, uno se vería librado de esta miseria intolerable. Pienso que muchos estaban en un estado similar. [...] Era, meramente, una insignificante pizca de humanidad que estaba siendo intolerablemente perseguida, y yo iba a ganarles a esos poderes muriéndome. Después de todo, un ratón puede sentirse ganador sobre el gato, pues al morir no le posibilita jugar a su captor.⁴²

Poco después, la pacífica nochecita cambia bruscamente por el bombardeo que había escondido el cielo con una nube de polvo y humo. Junto a su compañero Hauser se preguntan qué hacer.

Parecía imperativo que deberíamos encontrar a nuestros hombres. De mi parte, como dije antes, me importaba poco ser matado. Le dije que lo único que podíamos hacer, para ser útiles, era salir de ese refugio e ir a buscarlos. Él aceptó. Podría decir ahora que, desde el punto de vista pura e inalteradamente demencial, lo que siguió fue la mayor locura y más peligrosa cosa que he hecho en mi vida. Debo haber estado muy cerca de la locura para hacerlo. Pero nunca pensé más claramente en mi vida.⁴³

Es profundamente conmovedora la claridad con que Bion expresa cómo el agotamiento, la reiteración de desastres, los horrores, las muertes y el desamparo lo van llevando en una “pendiente” desorganizante al desapego por la vida y al acto en despecho de la muerte, que pasa a ser anhelada como final tranquilizador y victoria pírrica. Junto con los estados de soledad y desamparo, de estos elementos mucho después germinaron sus teorías. Por ejemplo, a partir del amparo y el afecto de la camaradería, se plasma en su teoría de los grupos el rol de líder como organizador y protector (justo lo opuesto de lo que él vivió con la mayoría de sus superiores, así como la gobernanta, o el director en la escuela). Incluso podemos pensar que más allá de su “locura” en pos de morir estaba su preocupación por la falta que podía hacerles su presencia y conducción a sus subordinados desamparados, o su imperativo de protegerlos aun poniendo en riesgo su vida. Esos oficiales superiores desilusionantes, terroríficamente “no continentes”, generan terror sin nombre, lo que se liga con la relación parasitaria continente/contenido que se teoriza en su libro *Transformaciones*.⁴⁴

Dice su hija:

Es claro a través de su diario que él fue capaz de cuidar a sus hombres y sus más cáusticos comentarios fueron dirigidos a esos oficiales y jefes que no lo fueron. A mi entender, la capacidad de amor que puede ser encontrada en la conducta grupal aparece más tarde en los escritos de Bion bajo los términos de “compasión” [...] y “preocupación” [...], y su experiencia de eso parte del humus mental desde el cual las teorías de L., H. y K. iban a crecer.⁴⁵

No obstante la capacidad creativa para utilizar lo vivido, agobiadora y reiteradamente traumático, como material para explicar la clínica y teorizarla, la cuestión de la guerra lo acompañó toda su vida. Cuenta su hija que “continuó comprando libros sobre la guerra, historias de guerra, relatos de partisanos, y temas afines hasta su muerte, quizás constituyendo un gran enigma irresuelto”.⁴⁶

Por otra parte, el brusco pasaje del internado escolar a la guerra impidió claramente los procesos que encaminan en la adolescencia a la reestructuración psíquica, especialmente en lo relacional afectivo y en particular en lo que a la genitalidad y a la mujer se refiere. Dice al respecto:

La Anatomía de Cunningham me enseñó, con dolor y dificultad, a aprender lo que era una mujer; mi intimidada conciencia no me permitía aprender, o incluso permitir que atractivas mujeres jóvenes me enseñaran. No sabía cómo aprenderlo excepto bajo la disciplina de la Anatomía de Cunningham, ¿y entonces solo en la medida en que el placer estaba excluido? [...] Fue por lo menos un año después cuando una estudiante de medicina, inteligente, madura, me dijo sorprendiéndome desagradablemente: “No creo que usted sepa qué es una mujer”. Estaba bastante en lo cierto.⁴⁷

Estas dos destacadas figuras tuvieron impactantes historias con vicisitudes traumáticas y algunas trágicas que marcaron una impronta en sus estructuraciones en la latencia y sus rupturas en la adolescencia. Pero no quedaron presos de ellas, en parte lograron continuar sus proyectos y descollar en sus respectivos campos. Por momentos ambos oscilan entre trastornos sintomáticos, algunos severos, y una apertura creativa, logrando imprimir un giro productivo a lo traumático.

Se deslizaron por una sutil línea: de un lado, con un pie en terrenos de la repetición inconsciente y, del otro, pisando firme en la realidad, tendiendo a salir de la repetición reiterativa, idéntica, para tornarla re-creativa, productiva a sus metas propositivas. Soslayaron la angustia desorganizante o paralizante, para disfrutar del logro y la progresión simbolizante-estructurante con un sello o una impronta original que ha sido muy reconocida y valorada. En otros términos, lograron no solo “neutralizar” lo traumático nocivo, sino “industrializarlo” y ponerlo al servicio de la humanidad. Cultivaron amor y trabajo —al decir de Sigmund Freud—, dejaron huella, posta y legado; pero, no obstante, sus problemáticas tiñeron y condicionaron sus vidas “persiguiéndolos” hasta el fin de sus días.

VII. PÉRDIDA DE SERES QUERIDOS EN LA INFANCIA Y LA ADOLESCENCIA: CONSECUENCIAS EN LA ESTRUCTURACIÓN PSÍQUICA

Cuando se muere alguien que nos sueña, se muere una parte de nosotros.

MIGUEL DE UNAMUNO

ES EVIDENTE que el establecimiento de relaciones objetales en el ser humano — especialmente con los objetos primarios— revela la capacidad y la necesidad de estas, así como un efecto estructurante de la personalidad. Es también notoria la necesidad y posibilidad de modificar, y si es necesario abandonar, las relaciones objetales, concomitantes con el desarrollo de su estructuración psíquica y los requerimientos adaptativos a la vida.

La pérdida de un objeto altamente significativo —por ende, intensamente catectizado e importante para la vida del sujeto— desencadena el proceso de duelo. Este representa un considerable esfuerzo psíquico del individuo para aceptar el hecho externo de la pérdida del ser querido y su adecuación a esta. Para eso, debe realizar una serie de cambios en su mundo interno (la resignación y decatectización del objeto, la vuelta de la libido sobre el yo, la catectización de nuevos objetos y la identificación) y superar los sentimientos del dolor y las vivencias de despojo y desamparo.

El desafío a que nos remite la clínica lleva a múltiples cuestionamientos. Entre ellos, destaco los siguientes: a) ¿Puede un niño o adolescente duelar? ¿Qué diferencias se observan en su procesamiento de la pérdida con respecto a los adultos?; b) ¿Puede la pérdida parental interferir en el desarrollo? ¿Cómo?

Diversos autores se han dedicado a este tema y sus conclusiones no son concordantes. No obstante, pareciera aceptarse que el camino posterior a la pérdida no sigue los lineamientos que las descripciones psicológicas realizan, ni la tramitación interna que Sigmund Freud teorizara en “Duelo y melancolía”¹ y sus aportaciones posteriores.

CASOS CLÍNICOS

Pasaré entonces a reseñar algunos casos clínicos, seleccionando datos que estimo destacables como elementos desde los cuales replantear la temática. Entre los numerosos materiales de consultas o diversos tratamientos que podría aportar, seleccioné los siguientes porque: a) los pacientes se encontraban en tratamiento cuando ocurrieron pérdidas significativas; b) fueron tratamientos prolongados que permitieron la profundización de sus significaciones y psicodinamismos, y c) se trata de diferentes

objetos perdidos por muerte o migración.

Gonzalo

Comenzó su tratamiento psicoanalítico (de cuatro sesiones semanales) a los 14 años. Era simpático, conversador, con actitud de “hacerse el grande”. Estableció rápido un vínculo terapéutico positivo. Sus sesiones, ágiles y elaborativas, giraban en torno a temáticas propias de su edad: los conflictos familiares y sus dificultades de aprendizaje. Cuando se cumplía un año de tratamiento, su madre fue internada por un paro respiratorio; se repuso, pero tuvo un secundarismo respiratorio. Fue trasladada a un centro especializado y falleció dos semanas después. Todo el proceso duró un lapso aproximado de un mes y medio.

El inesperado episodio y fatal desenlace, para mi sorpresa, no aparejó un estado afectivo, ni las conductas que podrían haberse esperado. Inicialmente se notaba cierta perplejidad y asombro. Sus relatos mostraban una escasa comprensión de la magnitud de los hechos; eran desafectivizados y denotaban manifiestamente poco dolor. Su bloqueo fue más evidente luego de la muerte y solo pudo llorar un poco en la sesión posterior al entierro. Su verbalización se redujo notoriamente y eludía el tema, dando muestras de rechazo a mis interpretaciones.

Durante largo tiempo se mostró decaído. Se recostaba en el diván (anteriormente solo se sentaba), hablaba entrecortadamente unos minutos, con las manos cruzadas sobre el pecho, inmóvil, con los ojos cerrados. Era difícil saber con precisión cuándo estaba dormido y cuándo no, en una clara identificación con la madre muerta en el ataúd. No respondía, ni asociaba (a veces solo algún gesto o ligero movimiento), ni se modificaba su conducta. Mostraba así un estancamiento, una seria dificultad para elaborar la situación. Por las pocas verbalizaciones que realizó, supe que a la semana del entierro había concretado su primer noviazgo con una chica unos meses mayor que él, a la que conocía desde poco antes de fallecer su madre. Mantenían relaciones sexuales, y daba la impresión de que su vida cotidiana no se veía alterada notoriamente, salvo por sus faltas al colegio, que finalmente abandonó. Mientras se comportaba así en sesión, en su tratamiento psicopedagógico paralelo, si bien estaba desganado y poco dispuesto a tareas formales, mantenía un buen vínculo con la profesional y se mostraba vital y seductor.

A medida que este estado fue cediendo, resultó notoria la intención de eludir la temática en torno de la muerte, su molestia frente a esta y su esfuerzo por mantenerse desafectivizado. Cuando se hacía más evidente su estado emocional, predominaban más claramente la rabia y la ira que la pena y el dolor, que permanecían anestesiados. Con el tiempo se fue organizando la idea paranoide de que su padre, confabulado con un médico, había matado a su madre por intereses económicos, ya que ella poseía una considerable fortuna, la que al modo de la novela familiar le posibilitaba defensivamente trasladar el eje de la elaboración de la pérdida de su madre a un conflicto con el padre.²

En tanto su verbalización se incrementaba, su elaboración de los conflictos era

difícil, con una modalidad onnipotente y una marcada tendencia a la actuación (como la hiperactividad sexual, que luego se entremezcló con la promiscuidad). Tanto en su vida cotidiana como en sesión, encubría sus sentimientos intensos de desvalimiento, desprotección e impotencia, y los rechazaba con actitudes de desprecio, aire de suficiencia y superioridad, verbalizaciones hirientes e irónicas. Impostaba una modalidad de “duro” de las películas e incrementaba los elementos agresivos, especialmente en sus relaciones con el sexo opuesto. También se notó una velada queja de lo que otros tenían o recibían de sus padres, en cuanto a objetos o posibilidades materiales, como un desplazamiento de sus carencias afectivas y hogareñas. También fue notoria su dificultad para conectarse con pares de hogares intactos o bien avenidos. En la transferencia, tomaba la forma de irónicos ataques y bromas acerca de mi familia (particularmente de mis hijos) y al carácter lucrativo de mi dedicación y mi interés, evitando dar curso a los aspectos afectivos del vínculo.

Durante varios años primaron su tendencia a aturdirse, a embotarse con alcohol, a las actuaciones en grupo, sus dificultades de aceptar y expresar sentimientos tiernos, cariñosos o de consideración por el otro. También primaron su recelo y desconfianza en las relaciones, que eran superficiales y de escaso compromiso afectivo; ciertas formas de maltrato y denigración, y una relación insatisfactoria con las mujeres, pese a su hiperactividad sexual (tuvo dificultades para la eyaculación y el placer).

Pudo entenderse que el consumo de alcohol y sus actuaciones con mujeres se basaban en una identificación con rasgos reales del padre, pero más profundamente con el “padre criminal” de su novela familiar. “Mataba” con la indiferencia a sus *partenaires*, las ignoraba y las reemplazaba rápidamente por otras; se negaba a brindarse, a “darles” algo, y buscaba en cambio “apropiarse” de algo de ellas. Mientras que otro aspecto de él (lo tierno, amoroso y considerado por el otro) era paralelamente “ahogado”, tal como su padre había hecho con su madre en la novela familiar.³

Muy tardíamente, de a poco, pudo comenzar a recordar y revisar su relación con la madre, su ambivalencia hacia ella, su actitud oscilante de seductora-excitante a distante-agresiva, sus déficits y abandonos, para finalmente poder entristecerse y penar no solo por la muerte materna, sino por el descalabro familiar posterior y el deterioro de sus hermanos. Así, pudo tratar de encaminar su vida laboral luego de haber finalizado sus estudios secundarios.

A los 24 años se casó. Un año y medio después, al deshacer una sociedad comercial, estuvo inactivo y desorientado alrededor de un año, con una depresión intensa. Durante ese período, fue mantenido por su esposa y pudo finalmente acceder con plenitud a la elaboración del duelo y modificar sus relaciones objetales. Concretó poco después una actividad laboral satisfactoria, exitosa y lucrativa, que comenzó dos meses antes de tener un hijo. Con su hijo entabló una relación intensa, que le permitió desplegar sus afectos amorosos.

Sin duda, la posibilidad de tramitar el duelo fue producto de un arduo y prolongado proceso analítico (16 años). Sin este proceso, habría permanecido “enquistado”, dando

lugar a una consolidación caracterológica y sintomática claramente perturbada, como ocurrió con sus hermanos. De acuerdo con la información de Gonzalo, algunos de sus hermanos tuvieron acceso al tratamiento, pero no pudieron mantenerlo mucho tiempo, y mostraron trastornos y desajustes evidentes.

Débora

Tenía 10 años y 6 meses cuando se realizó la consulta en una institución. Se desmayaba desde los 16 meses, momento en que se cayó y perdió el conocimiento luego de que su madre la dejara por un rato con su hermana de 14 años después de bañarla. Unos meses después falleció su padre, luego de tres meses de enfermedad. Débora era muy apegada a él y costaba separarla. Después, sin causa orgánica detectable en los exámenes médicos, empezaron los desmayos ante situaciones que aparentemente no lo justificaban, como pequeños golpes, situaciones sorprendentes que la sobresaltaban o inyecciones.⁴ Estos episodios que se repetían dieron lugar a una psicoterapia a los 3 años, que se interrumpió luego de ocho meses por dificultades económicas. No obstante, con el tiempo los episodios se fueron espaciando.

Aproximadamente a los 2 años y medio comenzó con incontinencia de ambos esfínteres de día, que se fue espaciando, reduciendo en intensidad y con mayor control de su parte, hasta que desapareció un año antes de la consulta.

Cuando Débora tenía 4 años, la madre se enamoró intensamente de un hombre y rápidamente se mudó con ellos, pese a la oposición de los hijos mayores. Las violentas situaciones que se suscitaron provocaron la separación de la pareja luego de dos años. Según su madre, Débora le demostraba a su pareja gran afecto y apego, pero al parecer lo había olvidado; en ese momento mostraba cierta indiferencia hacia una nueva relación de su madre.

Era inteligente, vivaz, buena alumna, conversadora, pero la madre notaba dificultades para hacer amigos, incapacidad para defenderse, que sentía que la *despreciaban*, que fantaseaba que hablaban mal de ella y que tomaba actitudes de sufriente.

En la entrevista individual, refirió dificultades que se ajustaban a lo dicho por la madre; agregó lo ocurrido con su padre y la soledad por las tardes hasta que la madre volvía de trabajar. Trataba de aplacar sus sentimientos y justificaba a sus familiares, con cierta indiferencia y resignación; la queja era acompañada de una verbalización y actitud cuidadosa y mesurada. Relató su sensibilidad por los animales y se afectivizó al hablar de su perra y las vicisitudes de la crianza y cuidado. Con respecto a su perra, dijo: “No puedo seguir haciéndome cargo, porque un día se va a morir y yo voy a sufrir mucho, como me pasó... con una ardillita. Cuando se murió, nos pasamos la noche en vela mi hermano y yo; cuando pienso que Chiqui es mortal, me pondría a llorar”.

En la entrevista grupal diagnóstica se corroboraron elementos de las entrevistas previas, en cuanto a su conflictiva y actitud. Llevó la iniciativa y dirigió la actividad; escribió “Hola” y “Chau” con cubos y realizó un dibujo, cuyo lugar central estaba

ocupado por un barrilete coloreado vivamente, pero que en el medio tenía una estrella de David en negro. Esto simbolizaba el lugar central que aún ocupaba en ella la muerte del padre, pero defendida con actitudes maníacas. Sus verbalizaciones y actitudes denotaban además su conflictiva en torno del abandono y la desprotección, una autoestima exagerada defensivamente frente a sus sentimientos de desvalidez y carencia de valor, lo que le dificultaban su relación y diálogo franco con sus pares.

Realizó en la institución una terapia grupal durante un año, coordinada por dos terapeutas de sexo diferente, en la que se confirmaron las presunciones diagnósticas. Logró cierta elaboración de sus conflictos, mejoró sus relaciones con pares, cedieron algo sus rígidas defensas y alcanzó a incrementar su capacidad expresiva y sublimatoria. Madre e hija coincidieron en que la terapia grupal había sido muy beneficiosa.

Cerca de un año después de finalizado dicho tratamiento, consultaron nuevamente a la terapeuta que la asistió. Débora tenía 13 años y medio, y a la semana de comenzar el colegio secundario había tenido una angina intensa que se había repetido. Dijo: “Tengo sueños que son como un delirio... pero sin fiebre, como mucha gente en la pieza que me aplasta”. Manifestó también que se despertaba llorando e iba a la cama de su madre. Su madre refirió que preguntaba mucho por el papá, pero ella no estuvo de acuerdo. “Un día estaba viendo fotos, circunstancialmente; las encontré y pregunté por él”, dijo. La madre agregó que también estaba angustiada por la espera de la menarca. Pese a que Débora quiso restarle importancia, contaron tres episodios que confirmaron la preocupación y ansiedad al respecto.

En la posterior entrevista a solas de la púber, expresó la necesidad de hablar con alguien de sus cosas, ya que no podía hacerlo con sus hermanas mayores como antes y que las charlas con sus amigas le resultaban insuficientes. “Además, siempre que me preguntan por mi padre, me da como vergüenza decirlo, pero no puedo decir la verdad, me cuesta. O al decir que papá está muerto me río, no lo puedo decir con naturalidad; no sé por qué lo hago”, expresó (y se la notó preocupada y decaída). Luego se recompuso y siguió con relatos de su vida presente y su enamoramiento de un compañero.

Durante diez meses realizó una psicoterapia de dos sesiones semanales, en la que aparecen claramente conflictos propios de la edad, que reactivan y se entremezclan con su situación temprana de pérdida y abandono, las quejas hacia la madre y la carencia del padre. Durante ese lapso tiene la menarca.

Unos ocho meses después de que terminara este tratamiento, consultó nuevamente. Como en las anteriores ocasiones, la consulta es requerida por ella. Me es remitida para ser incluida en un grupo terapéutico al que concurrió de los 15 a los 24 años, y luego continuó un año psicoterapia individual.

En este período la conflictiva en torno a la pérdida del padre, los abandonos, las desatenciones y las carencias afectivas y materiales eran el trasfondo permanente que reaparecía con las sucesivas problemáticas típicas de la adolescencia y frente a cada cambio. No obstante, avanzó en sus estudios, definió su vocación, mantuvo un grupo de amistades, se fue a vivir sola y se procuró su sustento desde los 21 años; avanzó en su

carrera profesional y su creatividad se vio incrementada.

Si bien superó cada desafío vital con mejoras en su funcionar y el abandono progresivo de defensas empobrecedoras, en el área de las relaciones de pareja su operar era repetitivo y con escasos progresos. También tenía una notoria dificultad en la regulación de su autoestima, pese a sus logros objetivos.

A lo largo de años, sus relaciones amorosas estaban dominadas por la idealización de su pareja, a quien visualizaba con dotes especiales. Consideraba que una pareja la iba a confortar y compensar por sus carencias, pese a que tenía elementos para percibir desde el comienzo que la expectativa era errónea. Por el contrario, solían ser sujetos poco afectuosos, que la descuidaban o abandonaban, que se aprovechaban y vivían de ella. Podía aceptar esto muy tardíamente, y aun luego le costaba desligarse de la relación. Esta dificultad de operancia acorde con la realidad, en que incluyera y procesara a tiempo lo percibido en vez de desmentirlo, era contrastante con el funcionamiento en otros ámbitos o situaciones, donde era menos probable ese tipo de actitud o, si ocurría, aparecía ligada a algún vínculo personal. Esta operancia de desmentida e idealización correspondía a la persistencia de una imagen idealizada del padre, que reencarnaba en otros, particularmente en sus parejas.

Se pudo también trabajar la secreta esperanza de que su padre aún estuviera vivo, a partir de dos episodios en que creyó verlo en la calle y en un medio de transporte. Esto resultaba fugaz y frustrante al no poder abordarlo, lo que condensaba su deseo e imposibilidad de reencontrarlo y a la vez alimentaba la esperanza de que era posible. Así, se encerraba en un círculo de expectativa y desilusión continua, que repetía en sus vínculos afectivos con los varones y que representaba la externalización y el desplazamiento de una velada ensoñación diurna del regreso del padre para rescatarla.⁵

En cuanto a su autoestima, necesitaba continuo soporte y alimento narcisístico de otros significativos, aunque tenía una escasa duración en su efecto. Primaba una imagen desvalorizada de sí misma, carenciada, inválida, incapaz, sin dotes ni recursos, como resultado de la injuria narcisística que significó la pérdida del padre y la debacle económica y familiar que no podía restañar y la tornaba insegura e insignificante ante el mundo, desmintiendo sus crecientes logros y la consideración y estima de su medio. Por ejemplo, esto influía negativamente en su elección vocacional, ya que no se consideraba capaz de realizar estudios superiores. Tras un corto curso, pensó en dedicarse a tareas de rehabilitación, en un claro desplazamiento a otros de los padeceres que vivía como invalidantes y escasamente recuperables. Solo tras un arduo y prolongado análisis pudo canalizar sus evidentes capacidades creativas artísticas, y hacia ellas se encaminó.

Durante este lapso migró su hermano, un año mayor, a quien había estado muy ligada en la infancia y con el que había tenido un acercamiento reciente. Al año y medio migró su madre y fue a la casa de su hermana mayor. Ante ambas situaciones de pérdida se hicieron evidentes sus dificultades para duelar. Tendió a desconectarse de la situación hasta último momento; estaba hiperactiva; reaparecieron dificultades en el dormir y pesadillas; le costaba verse con ellos y expresar sus sentimientos. Muy lentamente, a

través del análisis, pudo ir elaborando la pérdida y desarrollar con plenitud el duelo y penar francamente su partida un año después, cuando su hermana, su madre y su sobrina (a quien no conocía aún) vinieron de visita. A la vez, pudo rescatar sus vivencias frente a los varios viajes temporarios al exterior de sus hermanas durante su infancia y comienzos de la adolescencia, momento en que una de ellas se radicó definitivamente.

Víctor

Se había analizado entre los 7 y 12 años por trastornos de conducta y asma en su infancia. Su anterior analista lo remite a mi grupo, a los 15 años. Permaneció en el tratamiento hasta los 24 años.

Era un joven retraído, formal, inhibido, que tenía escasa relación con su padre (al igual que sus hermanos), aunque esporádicamente compartían excursiones de pesca y su vínculo se expresaba en el interés mutuo por la música y en la ejecución de diferentes instrumentos. Su padre era algo hosco y distante, con dificultades de conexión con la gente, al punto que en la primera entrevista se quedó dormido mientras su esposa hablaba de los trastornos de Víctor.

A los 17 años, fallece su abuela materna y da escasas muestras de tristeza y dolor, tanto durante la enfermedad como luego de la muerte. Eludía el tema, refería preocupación por su madre y cómo le afectaba la situación, e inquietud por su abuelo, que era muy mayor. Fue difícil conectarlo con sus vivencias penosas por la muerte de su querida abuela, y desplazó su malestar a las quejas del colegio o de otras situaciones circunstanciales menores.

Al año, su madre emprende un largo viaje con el abuelo. Durante ese tiempo, se acercó más a su padre. Cuando la madre regresa, se plantea un conflicto familiar importante por motivos económicos, derivado de negocios desacertados del padre. Esto culmina en la separación matrimonial dos semanas después.

A Víctor le costó aceptar la situación y se paralizó ante esta. No pudo expresarse afectivamente, aunque estaba preocupado por lo que ocurría. Sin embargo, hablaba poco sobre el tema y como si observara una escena en la que no estaba incluido; desplazaba su inquietud a detalles intrascendentes. Esta actitud persistió cuando dos meses después operan al padre de un tumor. En el acto quirúrgico lo diagnosticaron como un cáncer que había tomado varios órganos, por lo que no podía ser extirpado. Se suponía que su sobrevida sería de tres a seis meses. Debido a esta situación, comienzan entrevistas familiares (alternativamente con el padre o la madre), que continuaron hasta unos meses después del fallecimiento del padre, que se produjo a casi dos años de la operación. Durante ese lapso, pese a los tratamientos médicos y algunas intervenciones quirúrgicas para extirpar metástasis, el padre se mantuvo en actividad, con entereza, posibilitando hablar tanto de la problemática como de su desenlace y reevaluar el pasado.

No solo durante este período, sino posteriormente, Víctor mostró dificultad para hablar de manera espontánea y aceptar su tristeza, su sensación de injusticia y dolor, que

de continuo eran desmentidos y desplazados o proyectados. Solo merced al trabajo analítico, y favorecido por la actitud del padre en las sesiones familiares, pudo lenta y trabajosamente realizar un trabajo elaborativo, aunque tendía a perpetuar su bloqueo afectivo.

Recuperó su rendimiento en los estudios, ya que le había prometido a su padre que se iba a recibir, pero funcionaba en un nivel inconsciente, como si a través de esto lo retuviera vivo, y el diálogo sobre el tema continuaba con cada progreso.

Su padre le había conseguido trabajo en una tarea afín a su carrera, en la empresa de un amigo. Sobre este proyectó Víctor los aspectos hostiles de la relación con su progenitor, y durante años osciló periódicamente entre dejar o no de trabajar con él. Sentía que al desechar ese cargo traicionaba a su padre, ya que lo había vivido como un legado y al mismo tiempo una obligación. Se pudo observar la encubierta y amarga queja por lo que otros recibían de sus padres y él no. Más allá del sufrimiento por sus carencias, esto representaba la queja porque los otros tenían padre, lo que les posibilitaba no solo recibir, sino tener con qué pelearse y a quién querer.

En sus relaciones objetales, se observaba temor a ser engañado, estafado, usado; quedaba desvalido si se entregaba afectivamente, lo que representaba una repetición de las vivencias en torno a lo ocurrido con el padre, que reactivaban situaciones tempranas.

Pedro

Debido a dificultades de aprendizaje, comenzó a analizarse conmigo a los 6 años. El tratamiento se interrumpió, luego de cuatro años, y retomó una psicoterapia entre los casi 13 y 20 años.

Durante su análisis falleció el abuelo paterno. Se lo veía triste, pero él decía que no se sentía bien porque era desordenado en sus comidas y “algo” le había caído mal. Trató de eludir el tema; no lloró. Le costaba expresarse y ni siquiera en sus configuraciones lúdicas (ya que seguía con lo mismo que antes) podía detectarse fácilmente la temática. Al poco tiempo, actuaba como si la muerte hubiera ocurrido hacía mucho.

Al siguiente año, su muy querido perro, su compañero de juegos en la casa, que dormía en su pieza y representaba un desdoblamiento de él (incluso por el nombre), murió tras una relativamente corta enfermedad. Mientras el perro estuvo enfermo, Pedro lo cuidó con cariño, denotando preocupación por lo que le ocurriría. Colaboró con su padre para enterrarlo en el jardín, pero ya en este acto a sus padres les llamó la atención la escasa expresión de pena y dolor que mostrara, que era en apariencia contradictoria de lo que podía esperarse en función de su actitud durante los días previos. En los días siguientes esta modalidad se acrecentó: eludía el tema, atribuía su decaimiento y tristeza nuevamente a causas orgánicas o escolares, decía no extrañar a su perro, pero a veces le silbaba, en señal de salir a pasear, y después de un rato recién se daba cuenta de que no venía porque estaba muerto.

A los 17 años, su hermana se casó y se radicó en el extranjero. Frente a esto, muy

poco pudo expresar respecto de la pérdida que significaba para él, pese a que era quien más cerca había estado en su infancia y la que se mostraba más cariñosa y considerada, al igual que su cuñado, a quien quería y admiraba.

A los 19 años, su amigo íntimo de la niñez, con quien había compartido todo tipo de aventuras y situaciones, fallece en dos días debido a una enfermedad cuyo diagnóstico no llegó a realizarse. El episodio de que un joven fuerte, vital, divertido y aparentemente sano hubiera muerto tan bruscamente resultó algo confuso y un tanto inexplicable. Él se enteró cuando lo internaron en el sanatorio y no llegó a verlo vivo.

En la sesión en que relató lo ocurrido, pudo transmitir todo el dramatismo de la situación, su perplejidad y dolor, señalando que le costaba creer que fuera cierto lo ocurrido. Luego de un par de semanas, se encontraba nuevamente defendido, ocupado en otras cosas y eludiendo hablar del tema, desafectizado. Negaba su tristeza “como si nada hubiera ocurrido”, sin haber podido superar su asombro, descreimiento y un sentimiento de injusticia y rebelión interna.

Le costaba hacerse a la idea de que su amigo había muerto; por ejemplo, en ocasiones tenía el impulso de llamarlo por teléfono o un par de veces lo “vio” por la calle. Aunque fue un visitante habitual de la casa de su amigo, no pudo volver ni ver a sus familiares, pese a prometerles que lo haría. Tampoco pudo retirar algunos objetos propios y de su amigo que le ofrecieran de recuerdo y eludió a amigos comunes. Poco a poco, se fue acercando a filosofías orientales, prácticas de artes marciales y regímenes alimentarios, que se vinculaban con un dominio del cuerpo y los afectos y un sentido de conexión con el más allá, la transmutación y la reencarnación de las almas, que aparecían como una ideología que lo “salvaba” del dolor y sufrimiento del duelo.

Un tiempo después migró otra de sus hermanas, aparentemente por un par de años y con posibilidades de quedarse. En esta oportunidad, pudo ser más franco y directo con sus sentimientos frente al viaje; pudo expresárselos a ella y que reevaluaran su relación y lo que cada uno pensaba que representaba el viaje para el otro. También pudo recordarla y entristecerse tras su partida, y mantener algún intercambio epistolar.

A los dos años y medio aproximadamente de la muerte de su amigo, mantuvimos un par de entrevistas en las que, entre otras cosas, vimos cómo aún no podía adaptarse a su pérdida, ni duelarlo, al punto de decirme que no podía recordarlo muerto, ni recuperar las imágenes del velatorio, ni del entierro, y que no había podido volver a su casa.

En los casos citados previamente estimo que puede visualizarse que las expresiones manifiestas de dolor y tristeza, la evocación, los recuerdos, la decañexis del objeto perdido y la aceptación de la pérdida como irreversible *no* ocurrieron en los términos que se espera en el duelo normal de un adulto, acorde con las postulaciones freudianas. Esto ha sido corroborado también en numerosas consultas y tratamientos breves.

Pasaré a señalar algunas características observables en los historiales sucintamente transcritos que coinciden con lo señalado por varios autores que han estudiado el duelo en niños y adolescentes, cuyas reacciones son bastante similares a las observables frente

a la separación de los padres.⁶

En general, los sentimientos de pena y tristeza son limitados y restringidos, proyectados a otros, o, cuando se hacen evidentes, aislados de la situación de pérdida y atribuidos a otros motivos, como un refuerzo mediante la racionalización. Es frecuente observar rabia e ira frente a la pérdida, vivida como injuria narcisística, como en el caso de Gonzalo, o desplazada a otra situación, como la pena por los animales en Débora, o por sus familiares en Víctor.

Entre las limitaciones a la expresión emocional de niños latentes y adolescentes, es particularmente notoria la casi ausencia del llanto, mientras que los adultos se permiten llorar libremente. Puede deberse a que durante la Latencia han realizado un ingente esfuerzo por controlar y encauzar las expresiones impulsivas y afectivas, y su ruptura es vivida como un fracaso que los retrotrae a lo infantil temprano; no consideran esa expresión como parcial y temporaria, sino que temen caer en una regresión que los puede sumir en la dependencia, la desprotección y la indefensión total. Para evitar esto, limitan o anulan el llanto y las expresiones de tristeza, dolor y pena prolongadas. Asimismo, temen ser vistos por los otros como “chiquillos llorones” o “débiles”, lo que implica una amenaza de pérdida de cierto lugar social y connota las manifestaciones afectivas como vergonzantes.

No se observa el retraimiento del interés por lo cotidiano hacia pensamientos y recuerdos en torno al objeto perdido, ni la recurrencia a los sitios o las situaciones vividas con él, ni la reiteración insistente de mencionar sus actitudes, preferencias, dichos o alusiones. Por el contrario, se evita todo recuerdo que reconecte con el dolor de la pérdida, que tiende a ser eludido, y se continúa con la cotidianeidad como si nada hubiera pasado.

Revivir y recordar han sido considerados pasos intermedios para la decalectización gradual del objeto, proceso que también, por ende, se ve dificultado en estos casos. Hay en general una hipercatexis del objeto, pero no transitoria como en el duelo normal, sino enquistada y generalmente aunada con la idealización, y seguida de una proyección de los aspectos negativos y de los sentimientos hostiles hacia otros objetos presentes, como el progenitor sobreviviente o sustituto, en caso de muerte de alguno de ellos. Además, en estos casos, al igual que frente al divorcio, esto constituye una defensa ante los deseos edípicos intensificados por la muerte del rival, lo que posibilita mantener distancia del objeto deseado-prohibido.

Tanto la dificultad para abandonar y decalectizar el objeto como la idealización favorecen la persistencia de la fantasía más o menos consciente del retorno del objeto, y la preocupación sobre cómo lograr este retorno a través de las propias acciones, ya sea mediante sufrimientos, que son un llamado de rescate, o actos que serán premiados con el reencuentro. En estas acciones o sufrimientos subyace la idea de haber sido en alguna medida responsable de la muerte, por lo que se espera que acciones y logros permitan recuperar lo perdido y mitigar el sentimiento de culpa.

Las maniobras defensivas señaladas frente a la intolerancia y la pérdida, la expresión

de los afectos y la deatectización del objeto permiten comprender la aparición de variada sintomatología; las más frecuentes son las manifestaciones somáticas, el bajo rendimiento escolar y las dificultades relacionales. Podría suponerse que estas dificultades en la tramitación del duelo, en el caso de pérdida de un progenitor, se deben a la importancia de los objetos primarios en la organización psíquica y en los procesos de desarrollo. No obstante, en el caso de Pedro, como en muchos otros casos, se observan dificultades aun con pérdidas no tan significativas ni centrales para el sujeto, lo que me permite concluir que se trata de una imposibilidad de duelar debida a la aún no acabada o completada estructuración del aparato psíquico, que no permite afrontar el largo y penoso trabajo de duelo que implica un proceso gradual y progresivo.

Los niños, y aun los adolescentes en las primeras etapas, parecieran regirse en su funcionamiento en términos de “todo o nada”, de resoluciones inmediatas, de escasa capacidad para la demora, lo que no armoniza ni posibilita este tipo de procesos. Por otra parte, su escasa tolerancia al sufrimiento y al dolor, vividos como impotentizantes y desestructurantes, conspiran contra la posibilidad de un prolongado proceso que genera esos estados de continuo. Además, implicaría un *impasse* en la multiplicidad de procesos del desarrollo en diversas áreas para abocarse al duelo, lo que no pareciera posible dados sus requerimientos tanto internos como externos en un sentido progresivo.

Es interesante resaltar una observación de Sigmund Freud respecto del *niño del fort-da*: “Teniendo el niño 5 años y 9 meses, murió la madre. Ahora que realmente ‘se fue’, el muchachito no mostró duelo alguno por ella”.⁷ Sin duda, esta dificultad para duelar y, en cambio, establecer procesos defensivos que imposibilitan o traban seriamente la tramitación se ve notoriamente acentuada cuando el objeto perdido es un progenitor, dada su importancia en cuanto a la satisfacción de las necesidades, el suministro y el sostén narcisístico, el modelo identificadorio y el objeto con el cual estructurar la triangularidad edípica.

La experiencia clínica muestra que aun la ligazón con objetos sustitutos es endeble y lábil; basta con una ligera decepción, para replegarse defensivamente y reactivar la relación con el objeto idealizado tras la pérdida (como pudo verse en Débora, por ejemplo). Esto parece señalar la *necesidad de la presencia real de los objetos primarios para el proceso armónico del desarrollo*.⁸ Es decir que no es lo mismo para el sujeto que un *sustituto cumpla la función* o, en otros términos, que *se ocupe el lugar*, lo que podría facilitar cierta progresión y continuidad, pero no la misma que se realiza si los objetos originales persisten. Puede deberse a que para el niño *los padres* son partes de él, y aun el adolescente lo vivencia así regresivamente frente a la pérdida; por tanto, es como una posesión sin la cual el niño está *incompleto* y de la que nunca se repondrá plenamente. En consecuencia, el sustituto es una prótesis funcional que le permite avanzar, pero que no reemplaza al objeto perdido, y esta es la razón por la cual se siente disminuido, carenciado y hasta avergonzado frente a los demás (como más claramente se ve en el caso de Débora). Por lo tanto, la pérdida se convierte en un obstáculo serio para el desarrollo, que tiende a reactivarse con cada conflicto evolutivo. Por ende, también

tiende a complicar la resolución de estos conflictos, aunque en diferentes grados acorde con: 1) la significación propia que tenga para cada sujeto el objeto perdido; 2) el estadio de estructuración del aparato psíquico alcanzado cuando se produce la pérdida; 3) el incremento de la dificultad debido a las “fallas” y los conflictos sufridos previamente, en particular con dicho objeto, y 4) las posibilidades posteriores de su entorno familiar y social para acompañarlo en el proceso.

Estas reacciones no implican el desconocimiento de la muerte, ni la indiferencia o insensibilidad frente a la pérdida; por el contrario, todo esto tiene tal magnitud que el sujeto recurre a mecanismos de autopreservación narcisística que lo protegen tanto de sentimientos de desvalimiento y desprotección como del riesgo de desestructuración del aparato, que su yo aún inmaduro no puede procesar de otra forma y que alcanzará a fines de la adolescencia cierta elaboración solo si las circunstancias previas y posteriores a la pérdida (tanto de su estructuración psíquica como de su entorno familiar y social) lo posibilitan.⁹

SOBRE DESMENTIDA Y ESCISIÓN DEL YO

Como se desprende de los casos clínicos analizados y coincidentes con los de otros autores, por un lado, se presenta una situación en la que el niño o joven sabe de la muerte de su objeto querido y puede incluso relatar detalladamente los sucesos en torno de esta, del funeral o de la vida posterior, mientras que, por el otro, coexiste un desconocimiento paralelo, expresado en la persistencia del objeto idealizado y sus fantasías de retorno.

Al respecto, estimo útil transcribir algunos párrafos de Sigmund Freud, quien ya había registrado la dificultad de duelar frente a la pérdida ocurrida durante la infancia. En una nota al pie de 1909, señala: “Con sorpresa escuché a un niño de 10 años, muy inteligente, exclamar tras la muerte repentina de su padre: ‘Que mi padre ha muerto lo entiendo; pero no puedo explicarme por qué no viene a la casa a la hora de la cena’”.¹⁰

Dice en otro texto:

Por el análisis de dos jóvenes averigüé que ambos *no se habían dado por enterados*, en su segundo y décimo año de vida, respectivamente, *de la muerte de su padre*; la habían “escotomizado” [...] A pesar de lo cual ninguno había desarrollado una psicosis. Vale decir que en su caso el *yo había desmentido* un fragmento sin duda sustantivo de la realidad, como hace el yo del fetichista con el hecho desagradable de la castración de la mujer. Empecé a vislumbrar también que los *sucesos de esta índole en modo alguno son raros en la vida infantil*.¹¹

Y en la página siguiente agrega:

Le estaría permitido al niño lo que en el adulto se castigaría con un grave deterioro.

[...] Solo una corriente no había reconocido la muerte del padre, pero existía otra que había dado cabal razón de ese hecho: coexistían, una junto a la otra, la actitud acorde al deseo y la acorde a la realidad. En uno

de esos casos esa escisión pasó a ser la base de una neurosis obsesiva de mediana gravedad.¹²

Puede observarse cómo Freud señala esta actitud biescindida en que la desmentida y la admisión de la realidad aparecen como respuesta frente a la muerte del padre, tal como pudo verse en los casos referidos previamente, y que podrían ser un funcionamiento peculiar de la vida infantil (o adolescente). Faltaría definir ante qué circunstancias o por qué motivo. En este sentido, creo que es nuevamente conveniente transcribir otros escritos. Me refiero a “La escisión del yo en el proceso defensivo”, donde, como señala James Strachey en su nota introductoria, se refiere a la noción de desmentida y la idea de que ella da por resultado una “escisión” del yo. Dice:

Me ha llamado la atención que el yo joven de la persona con quien décadas después uno trabará conocimiento como paciente analítico se comportara en el pasado de una singular manera, en determinadas situaciones de aprieto. La condición de ello se puede indicar [...] que acontece bajo la injerencia de un trauma psíquico [...] El yo del niño, [...] al servicio de una poderosa exigencia pulsional que está habituado a satisfacer, es de pronto aterrorizado por una vivencia de que proseguir con esa satisfacción le traería por resultado un peligro realobjetivo, difícil de soportar. Y entonces debe decidirse: reconocer el peligro real, inclinarse ante él y renunciar a la satisfacción pulsional o desmentir la realidad objetiva, instalarse la creencia de que no hay razón alguna para tener miedo, a fin de perseverar así en la satisfacción. Es, por tanto, un conflicto entre la exigencia de la pulsión y el reto de la realidad objetiva. Ahora bien, *el niño* no hace ninguna de esas dos cosas, o mejor dicho, *hace las dos simultáneamente*, lo que equivale a lo mismo. Responde al conflicto con dos reacciones contrapuestas, ambas válidas y eficaces. Por un lado, rechaza la realidad objetiva, con ayuda de ciertos mecanismos y no se deja prohibir nada; por el otro y a renglón seguido, reconoce el peligro de la realidad objetiva, asume la angustia ante él, como un síntoma de padecer y luego busca defenderse de él... Ambas partes en disputa han recibido lo suyo: la pulsión tiene permitido retener la satisfacción, a la realidad objetiva se le ha tributado el debido respeto. Pero, como se sabe, solo la muerte es gratis. El resultado se alcanzó a expensas de una desgarradura en el yo, que *nunca se reparará*, sino que se hará más grande con el tiempo. Las dos reacciones contrapuestas frente al conflicto subsistirán como núcleo de una escisión del yo.¹³

Se puede concluir, en función de los datos clínicos y de las citas de Freud, que la situación de pérdida se constituye como traumática para el sujeto no solo por la importancia per se, sino por la inmadurez del aparato psíquico para procesarla. Esto promueve una profunda escisión del yo, por la que coexisten la aceptación de la muerte, la irreversibilidad de la pérdida, su desmentida y el anhelo de retorno.

Otro punto destacable es que esta escisión nunca se reparará. Entiendo que esto se refiere a la imposibilidad de una superación espontánea de la misma a posteriori. También creo importante resaltar que este proceso de desgarradura en el yo se convierte en la posible base de una patología ulterior. Es desde la perspectiva de una situación traumática no elaborada, enquistada merced a la escisión, que esta tiende a promover la repetición, unida a las carencias posteriores que trajo aparejadas. O, en otros términos,

la persistencia intrapsíquica de un vínculo con un objeto parental con características ya patológicas, en el sentido de no haberse ofrecido una constancia objetual capaz de facilitar la estructuración de los recursos yoicos del sujeto en crecimiento [...] Por lo tanto, esta falta de constancia del objeto, llenada por la omnipotencia infantil y el control posesivo de aquel, al ser introyectada sin una adecuada elaboración estructurante, fuerza la compulsión a la repetición, en un intento de controlar el monto de lo que se ha despertado en él como intolerable.¹⁴

CONSIDERACIONES FINALES

No quisiera reiterar lo que señalé a lo largo de las presentaciones clínicas, de los comentarios y de las propuestas explicativas, que hacen evidente un procesamiento diferente de las situaciones de pérdidas en niños y adolescentes y sus consecuencias en la vida adulta. Me limitaré a agregar algunos elementos y resaltar otros.

Estimo que los casos descriptos por algunos autores, como John Bowlby o Robert Furman, significan reacciones frente a la pérdida y no son, como ellos pretenden, procesos de duelo. Acuerdo en este sentido con las críticas que otros autores hacen a sus trabajos.

Concuerdo con los autores que, desde Helene Deutsch, señalan que el proceso que se observa en niños y adolescentes difiere notoriamente del duelo de los adultos, tanto en lo fenoménico como en lo intrapsíquico, y, por tanto, en su formulación metapsicológica. Acuerdo también con que no es posible para niños y adolescentes completar el trabajo de duelo (en la formulación freudiana). Tampoco los afectos originalmente ligados al progenitor perdido pueden ser modificados, dado que las defensas erigidas frente a la pérdida los mantienen inalterados o, más aún, condicionados por la idealización. Esto sin duda menoscaba el funcionamiento yoico y el niño ve perturbada su relación consigo mismo y con el mundo externo,¹⁵ como pudo observarse en los casos aquí presentados y especialmente en Esther y Samuel (véase capítulo V, pp. 182-188).

Este peligro es quizás aún mayor cuando la pérdida ocurre en ciertos períodos críticos, como la adolescencia, en que el yo se ve expuesto normalmente a numerosas presiones y exigencias, tanto internas como externas. Además, la reelaboración edípica, ya sea en su vertiente positiva como negativa, y la concomitante renuncia definitiva al objeto, se ven obstaculizadas por las defensas desplegadas que “congelan” la relación con el objeto, en especial por la idealización, que constituye un escollo casi insuperable y deviene en formaciones sintomáticas y especialmente en rasgos caracterológicos.

Dentro de este cuadro de situación, es destacable lo referente a los sentimientos de ira y desilusión por la muerte o desaparición del objeto, es decir que no se cumplirá con lo anhelado, que lo habrá defraudado, lo que puede enquistarse bajo la forma de resentimiento¹⁶ ante la injuria narcisística que esto significa.

Entiendo que el *trabajo de duelo*, clásicamente descripto por Sigmund Freud, puede ser realizado solo después de que el sujeto atraviesa por los avatares de la adolescencia,¹⁷ debido a las siguientes características: a) sus oscilaciones regresivo-progresivas,¹⁸ que posibilitan una noción de solidez frente a las tendencias regresivas y un control yoico sobre estos procesos sin riesgo de desestructuración; b) que además logre, luego de la revivencia de la conflictiva edípica, la renuncia y decatectización de los objetos primarios, con el consecuente “hallazgo” y la catectización del objeto exogámico, así como c) los cambios estructurales de este período y d) el proceso de desidealización de los padres y de sí mismo. Estos procesos que se realizan durante la adolescencia,

logrados ardua y penosamente, constituyen una precondition y un modelo para la aceptación de la irreversibilidad de la pérdida y del trabajo de duelo.¹⁹

Respecto a la hipercatexis del objeto de inmediato a la pérdida, así como su sobreestimación, considero, como varios autores han señalado, que no se debe tanto a la necesidad de acallar o contrarrestar la hostilidad previa debida a la ambivalencia, sino que está dirigida a preservar el núcleo de ideales y creencias (de origen narcisístico) conexas a la ligazón con el objeto. Por lo tanto, si el apartamiento del objeto o, en otros términos, el desligamiento catéctico de este, no jaquea o altera dicho núcleo intensamente, se produce el duelo de manera gradual; en caso contrario, se aferra al objeto (como en el duelo patológico o la melancolía).²⁰ Por este motivo es que en la infancia y adolescencia también se torna casi imposible el duelo por los padres o por las personas altamente significativas, y se observa la persistencia de la hipercatexis y de la sobreestimación.

También es importante resaltar el valor que tiene el objeto perdido, especialmente cuando se trata de alguno de los progenitores, en tanto que el niño pierde a aquel que a través de su mirada lo define y diferencia, lo designa e identifica, y cuya ausencia representa —desde esta perspectiva— una amenaza de desorganización del *self* y la ruptura del sentimiento de identidad. En otros términos, pierde el espejo en el cual se mira y se reconoce, así como es mirado y reconocido por ese otro significativo y valorizado, cuya ausencia lo sume en el anonimato y el desamparo y queda carente de ese pilar central. Ese carácter estructurante del interjuego de miradas es otro elemento de peso en cuanto a la imposibilidad de duelar.

Es quizá también debido a lo antedicho que mantiene no solo la hipercatexis del objeto, sino que particularmente conserva “vívidas” imágenes visuales del otro (especialmente de su cara, expresiones faciales y gestos), y es frecuente observar su reexternalización en episodios en que creen verlo o su emergencia en intensas imágenes oníricas. La aparición de las imágenes preponderantemente visuales es en general abrupta, inesperada y fugaz. En ellas se combinan el anhelo del reencuentro y la frustrante imposibilidad de lograrlo, con su consiguiente tristeza y desaliento, la repetición desplazada de lo traumático y ese corte en la continuidad relacional con el objeto, con ese remanente de lo que no se pudo vivir, decir y/o compartir, etcétera.

Con la habilidad y sutileza del escritor, Henning Mankell pone en boca de su personaje central el relato de un sueño:

Había visto a su madre que le hablaba, sin que ella pudiera comprender sus palabras. Como si se encontrase tras un cristal [...] Su madre no cesaba de hablar, cada vez más indignada al comprobar que su hija no la entendía, mientras ellas se preguntaban qué las separaba.

“La memoria es como el vidrio”, se dijo. Aquellos que se han ido siguen siendo visibles, cercanos; pero ya no hay posibilidad de contacto. La muerte es muda, prohíbe el diálogo, solo permite el silencio.²¹

Considero necesario tener en cuenta que los procesos frente a la pérdida se pueden ver dificultados o patologizados por la influencia del medio familiar (que también sufre la pérdida), que no colabora para que el niño pueda compensar su carencia y procesar su

sufrimiento, así como también por el papel deletéreo de las dificultades de los adultos para hablar francamente sobre la muerte y la tendencia a las mentiras y a los mitos en torno al tema. Todo esto opera negativamente y favorece la patología en los niños.²²

El entorno, ya sea familiar, amistoso o escolar, puede ser importante en cuanto al sostén, al acompañamiento, al suministro afectivo y logístico para que el niño o el joven traten de retomar la vida habitual, sintiéndose respaldado y querido por otro. Prestarse a las preguntas o demandas que surgieran del doliente favorece la acomodación a la pérdida, el apuntalamiento yoico y su estabilización funcional y social, precondition, junto con el devenir temporal, para un posterior trabajo de duelo, en parte necesario pero no suficiente. Algunos pueden internarse en los oscuros vericuetos de lo sufrido y adentrarse en el duelo; otros solo podrán vía lo sintomático, con la presencia de otro privilegiado en el contexto terapéutico, donde se posibilite el procesamiento en palabras de lo perceptual y lo afectivo que se reiteran, en su búsqueda de sentido y resolución.

El abordaje clínico de estas situaciones es delicado, si se tiene en cuenta la importancia que tuvieron para el sujeto en su infancia o temprana adolescencia, que devinieron traumáticas, desencadenaron profundos sentimientos angustiosos, vivencias de desamparo e indefensión y la intensa operancia de la escisión, desmentida e idealización reforzadas por otros mecanismos, con notorias perturbaciones sintomáticas y de rasgos de carácter posteriores. Requiere de un vínculo transferencial positivo y sólido, de un marco terapéutico estable, de la sutileza y tolerancia a la espera de parte del analista, para lograr un progresivo acercamiento al conflicto y un eficaz trabajo en torno a él, que es lento, gradual, prolongado en el tiempo y no siempre exitoso. También es importante destacar que varios investigadores han señalado que la estructura defensiva erigida por los pacientes es una respuesta a la pérdida de un progenitor, en la medida en que demora y dificulta el desarrollo de una transferencia analizable y, consecuentemente, la elaboración de dicha problemática. Con frecuencia, esta problemática se comienza a trabajar a través de la construcción, a partir de bruscos desequilibrios, actuaciones y/o repeticiones, más que con interpretaciones de los recuerdos, del material explícito, del onírico o de los lapsus.

ANEXO: RESEÑA DEL ARTÍCULO “THE RETURN OF THE LOST PARENT”, DE EDITH JACOBSON

En su artículo “The Return of the Lost Parent”,²³ Edith Jacobson se aboca al tema de los efectos en la estructuración psíquica y la patología adulta en pacientes que sufrieron la desaparición de uno o sus dos progenitores. Presenta casos clínicos y conclusiones interesantes.

El primer relato clínico es el de Mary, de 30 años, quien buscó tratamiento a causa de una sintomatología nominada como “histeria monosintomática” y un estado depresivo desde hacía un par de años. Su historia mostraba una neurosis de destino que amenazaba con arruinar su vida. Era soltera y vivía con su solterona hermana mayor, quien ejercía una considerable influencia sobre ella, sus opiniones y decisiones. No se separaba de ella ni por un día. Oculta a familiares, amigos, médicos y en otras consultas psiquiátricas algunos elementos en torno a un accidente: había caído por las escaleras de la estación del subterráneo sin sufrir mayores daños. Descubrió luego que su dedo índice derecho estaba tieso, erecto y no podía ser doblado. Los especialistas médicos y fisioterapeutas no la pueden ayudar y la derivan a un psiquiatra que, tras un breve período, la remite a psicoanálisis, aludiendo dificultades en su trabajo como secretaria.

A partir de una intervención de la analista, comenzó a contar la “verdadera historia”. Cuando tenía poco más de 20 años, mostraba un considerable talento musical y se imaginaba a futuro como una exitosa pianista.

Conoce en el ambiente musical a Karl, un hombre veintisiete años mayor, casado, con dos hijas cercanas en edad a ella. Una extraña amistad surgió entre ellos. Acostumbraban, por ejemplo, pasar varias horas conversando, predominantemente de música, luego de los ensayos de la gran orquesta. Solo eso. Él no promovió ningún acercamiento de otro tipo, pero ella se entregó con devoción, se enamoró intensamente. Cuando lo veía con su familia en los conciertos, se sentía muy celosa, no de la esposa, sino de las hijas. No miraba a otros hombres y rechazaba la idea de casamiento, incluso en el futuro.

Unos seis años después, Karl le menciona su deseo de ejecutar unas sonatas a dúo, en la casa de ella. Se pone ansiosa, dubitativa, evasiva, pero él insiste y acuerdan un encuentro en unos días. En el camino a su casa, se siente aturdida y mareada; cae por las escaleras del subte. Al reponerse, pensó con alivio: “Me rompí el brazo, entonces no podré tocar con Karl”. Al llegar a su hogar, aún en *shock*, se sienta al piano y apoya sus dedos en las teclas. Nota la rigidez de su índice derecho, lo que le impediría tocar, y de inmediato llama a su amigo para cancelar el encuentro. Él no insistió nunca más en visitarla. Como su síntoma no cedía, abandonó sus estudios, pero no completamente su ensueño diurno, y siguió viéndose con Karl.

No era este su único secreto: era adoptada. Su madre, una joven campesina, a poco de nacer la dio en adopción a una familia sustituta de clase media (con una hija pequeña

de ellos y otra que nació al año siguiente) que se sintió muy atraída por esa linda bebé. Su madre biológica se sintió liberada y se mudó cerca. Trabajó como costurera y nunca se casó. Cada tanto visitaba a Mary y le llevaba un pequeño obsequio, pero no hacía nada para conquistar su afecto. Mary la sentía como una extraña.

En la latencia, se enteró por otras niñas que era adoptada y que esa mujer que cada tanto la visitaba era su madre de origen, lo que redundó en un desprecio cada vez mayor hacia ella, hasta separarse completamente. En esos años, bajo la influencia de las actitudes de sus padres y del silencio sobre sus orígenes, sus mecanismos de desmentida comenzaron a intensificarse. Desarrolló una especial versión de la novela familiar. No podía creer que era hija de su madre biológica y que había sido adoptada por esos padres que la habían mimado y adorado más que a sus hijas biológicas. Al ser claramente la “hija favorita”, sobre todo para el padre, sintió que ellos debían ser sus verdaderos padres, mientras que su madre real debía haber sido su cuidadora, su ama de cría.

En la adolescencia se produce un cambio: dado que ella y su hermana mayor eran tan serias y moralistas como la madre adoptiva y la menor se mostraba cada vez más descarriada, esta última debía ser verdaderamente la adoptada, la ilegítima. Esta idea se vio sofocada cuando la madre adoptiva, quizás temerosa de que repitiera la historia de su madre biológica, la prevenía y le daba serias advertencias en cuanto al trato con los varones. Inicialmente se enojó con ella por las admoniciones, pero pronto restableció su autoestima y la relación con ella, desplazando su rabia hacia su verdadera madre y su hermana menor, quienes sí necesitaban una guía moral.

Cuando hacia los 18 años la menor se puso de novia con un joven, aunque no muy promisorio, la familia se mostró aliviada. Ella pensaba que su hermana no merecía un marido, porque, como su madre real, no era mejor que una prostituta; estas ideas la hacían sentir, en parte, con culpa.

Un día, el novio de su hermana comenzó a tocarla e intentó seducirla, sus defensas e identificaciones colapsaron. Si este joven la trataba como a una prostituta, ella debía ser hija de su madre real. Acto seguido, cedió al intento genital. Ninguno de los dos confesó lo ocurrido, pero ella se prometió solemnemente a sí misma que nunca más se dejaría seducir por un hombre. Lo mantuvo con firmeza, renunció al sexo y a los hombres en general y se apegó aún más a su hermana mayor, luego del casamiento de la menor y la posterior muerte —con diferencia de un año— de sus padres adoptivos.

Luego de un período de pena y duelo, comenzó en su análisis a pensar en retomar la música, pero como profesión. Le surgió un raro y novedoso recuerdo: a los 5 o 6 años había sido visitada por un maravilloso extraño que le obsequió golosinas. El hombre sostenía un raro y gran artefacto o aparato bajo su brazo y luego lo colocó en un rincón. Nunca lo olvidó, pero no preguntó al respecto. Cuando lo hizo, su hermana quedó más que asombrada, pasmada.

Mary estaba segura de que esa persona fue su verdadero padre, y el misterioso objeto, una trompeta. Su padre había sido trompetista en una banda militar que estuvo asentada en el pueblo de su madre. Mary reaccionó a esta “revelación” con el

sentimiento de que siempre lo supo. Luego de la muerte de los padres adoptivos, había armado un ensueño diurno que se centraba en una imagen glorificada de su padre músico perdido y en que podría reencontrarlo.

Con gran ansiedad ella comenzó a darse cuenta de que sus intereses musicales estaban al servicio de su secreta búsqueda del padre perdido, y en el análisis pudo ver que su formación sintomática ligada a una posible relación sexual con Karl tenía contenido incestuoso, pues suponía que era realmente el padre real, no un mero desplazamiento.

La continuidad de su análisis le permitió liberarse de manera gradual de su masoquista esclavitud hacia Karl y hacia su puritanismo en general. Conoció a un hombre con quien se relacionó amorosa y sexualmente; se tornó más independiente de su guardiana moral, la hermana mayor, quien pronto siguió su ejemplo; retomó sus clases de piano, pero abandonó sus fantasías de ser pianista profesional.

Respecto a las variadas historias ficticias de Mary y las defensas (desmentidas, proyecciones, idealizaciones, etc.) que las sostenían, no eran meramente un intento de mantener vivo y aún gratificar el deseo de recuperar el objeto de amor perdido. Eran además intentos de dominar los conflictos de castración y culpa que, por su especial situación y sus vicisitudes, imposibilitaron su procesamiento. Al desarmar la injuria narcisística de su nacimiento ilegítimo y adopción, las historias le servían para rechazar su inaceptable identificación inconsciente con la madre prostituta pecadora (castrada), a quien consideraba responsable del daño padecido; también apuntaban a disminuir la culpa por la gran hostilidad hacia su madre real. De más está decir que estos movimientos defensivos y las historias ficticias no le resultaron efectivas, sino que entorpecieron su vida y agudizaron su padecer y sufrimiento.

Jacobson reseña otros dos casos diferentes del de Mary, en que semihuérfanos no pueden admitir la muerte parental.

El primero de estos dos casos es el de Robert, de algo más de 30 años, casado.

Al finalizar el período edípico, su madre está embarazada. Él no acepta separarse y asistir al jardín de infantes. Ella lo cobija y consuela.

La madre muere en el parto y su hermanito, al día siguiente. Robert no entendía el clima familiar movilizado y doliente, pues nadie le esclarecía lo ocurrido. No entendía la brusca desaparición de su madre y, más adelante, pasó por un período de confusión e intensa ansiedad y desamparo, que se convirtió luego en soledad y depresión. Cuando le preguntaba a su padre por ella, este le respondía que “era un ángel”, sin darle ningún otro detalle o información. Esto contribuyó a glorificar y mistificar la figura de su angelical madre perdida, por lo que la hostilidad era dirigida a los familiares sobrevivientes.

Pasa a vivir con su padre en la casa de su abuela materna (pérdida de su lugar conocido y afectivizado, así como de muebles y objetos). La abuela era una persona sombría, tenebrosa, muy estricta, quien, como su padre, no tenía un trato afectivo y cariñoso con él. Sus conflictos se incrementaron cuando su padre alquiló un departamento donde solía ir por las tardes y era frecuentado por damas de dudosa reputación. Esto mejoró cuando su padre le presentó a algunas de ellas, a quienes

rechazaba y no entendía qué rol jugaban.

Para entonces, desarrolla una novela familiar: era hijo de una familia aristocrática en que la figura materna no ocupaba lugar. Es destacable que esta formación influyó fuertemente en su lenguaje, apariencia, porte y conductas.

Unos años después de los 20, muere su padre. Muy pronto se casa con una joven dotada de la clase alta; su “modalidad inglesa” le posibilita insertarse en el medio. Se adapta y adopta a su familia política como propia, alejándose de sus parientes simplones y de menos estatus socioeconómico. Realizó una exitosa carrera en un área relacionada a la de su suegro. No había tenido relaciones sexuales previas al matrimonio (permanecía puritano, como Mary).

Comenzó tratamiento por sus recurrentes estados de depresión y cierta despersonalización; se reveló una intensa fantasía sadomasoquista, originada en una violenta fantasía de escena primaria acerca del embarazo y muerte de su madre; suponía que su padre había matado a su madre y al hermano en un acto sexual excitante-violento. Esta fantasía le resultaba tan inaceptable que era alejada mediante la desmentida de la muerte de su madre. Reemplazaba esto con la idea de que su madre había abandonado al padre por su inmoralidad e indignidad; por consiguiente, esperaba diariamente una carta especial de su madre y su hermano que lo buscaban.

La novela familiar expresaba un deseo de un padre digno e ideal con el cual identificarse; las fantasías sobre la madre y el hermano eran diferentes: no eran ensoñaciones diurnas, sino vagas sospechas, esperanzas y expectativas, que solo ocasionalmente podían acercarse a la conciencia. Reflejaban sus fantasías sobre la muerte, que más tarde se reforzaron con las apariciones y desapariciones de las amantes de su padre, y se originó así su optimismo en los recuerdos de los felices días de su infancia temprana. Ese matiz ilusorio fallaba en preservarlo del caer en frecuentes depresiones, que repetían su respuesta a la desaparición de su madre y removilizaban sus conflictos de culpa a causa de sus reacciones hostiles al embarazo y los deseos de muerte de su hermano rival.

El otro caso que cita Jacobson es el de Paul, de casi 30 años, casado. Su padre falleció poco antes de su nacimiento, tenía una hermana varios años mayor. La enfermedad y la muerte del padre agotaron los recursos económicos de la madre, quien debió recurrir a la ayuda familiar y trabajaba en la casa. Cuando Paul creció, la madre consiguió trabajo estable fuera del hogar. Su hermana, bastante mayor y viuda, se mudó y se hizo cargo de los niños y de la organización de la casa.

Paul dudaba de poder transferir a un hombre real su falta de padre. Se apegó con anhelo a un tío y, luego de vacaciones compartidas, esperaba ser incluido en su familia definitivamente. Gran desilusión, porque no lo adoptaron ni lo invitaron más. Esta expectativa se repitió con los amigos y sus padres: ilusión y decepción.

La familia no fomentó ni sostuvo alguna glorificación del padre; conocía su pasado, enfermedad y muerte, pero su madre nunca habló de él como persona. Se apartaron de la familia paterna y actuaban como si el padre no hubiera existido. Se construyó una

imagen paterna idealizada, algo desvitalizada y abstracta.

En tanto no tenía recuerdos ni historia sobre su padre, Paul pensaba que esta imagen de un gran hombre destacado no tenía nada que ver con su padre real, que podía ser producto de su imaginación. Se sentía triunfante de no necesitar un modelo realístico, ya que había creado sus metas e ideales, que reflejaban esta imagen, independientemente y aparte de él. Este sentimiento rencoroso, que desmentía la urgente necesidad de un padre, era expresivo de su rechazo de las actitudes y conductas maternas, y especialmente de su hipermoralidad y su escala de valores en general. Su ideal del yo reactivo y sus ambiciosas metas yoicas eran, en realidad, el producto de su permanente conflicto contra sus identificaciones inconscientes con su mamá, su tía y su hermana.

Esperaba el regreso de su padre; se imaginaba que se había ido a vivir con sus familiares de la Costa Oeste por el rechazo a la vida intolerable con su mujer, por lo que probablemente su madre nunca aceptó que lo viera y lo retuvo junto a ella para que no descubriera la verdad y se fuera con él y su nueva familia. Y también, como Robert, esperaba la carta. Esperaba que una mujer mayor pudiera darle algo “especial”, que era su padre real vivo y desde allí su propio *self* masculino (fantasías que se iniciaron en el período de latencia).

En tanto la pérdida fue experienciada como injuria narcisística, de hecho como castración, la sobrevivencia y futura vuelta de su padre representaban para él recobrar su propia identidad masculina perdida. También alejar profundas fantasías inconscientes acerca de una muerte violenta del padre (como escena primaria), que su madre haya matado al padre en venganza cuando trataba de violarla. Recuerda desde los 6 años fantasías en las que su madre era asaltada por un hombre en la calle, y que él como niño solo podía observar la escena. Más tarde, se agregó que trataba de salvarla. El análisis de esta fantasía mostró que Paul estaba claramente identificado con los roles de los dos padres y sus “crímenes” de consecuente culpa.

Conclusiones

La autora señala, más allá de las diferencias en los tres casos, que no fue casual que ellos comenzaron tratamiento por una depresión. Mary se tornó depresiva solo después de haber expresado su sintomatología histérica; su depresión era más histeroide que de profunda raíz narcisística, en torno a sus problemas incestuosos. Ser una hija ilegítima adoptada era una profunda injuria narcisística, pero no se debe olvidar que desde temprano creció con padres adoptivos amorosos, lo que no impidió que desarrollara una neurosis de destino que cortó su posibilidad de una vida amorosa heterosexual, pero no la afectó seriamente para las relaciones de objeto.

Los dos pacientes semihuérfanos debieron desmentir la muerte de sus padres. Muestran impactantes similitudes, como su suposición de que sus padres no habían muerto sino abandonado a su cónyuge y vivían en otra ciudad, y su expectativa de una carta anunciando el reencuentro. En ambos casos, esta historia encubría la intolerable

fantasía de que el ausente había sido matado por su pareja en el acto sexual, y también el sentimiento de culpa por su identificación inconsciente con el acto criminal. En el caso de Robert, la fantasía criminosa fue provocada por su noción de que durante el nacimiento algo terrible les había ocurrido a su madre y al bebé. Las similares fantasías en Paul fueron estimuladas por el cercano lapso temporal entre su nacimiento y la enfermedadmuerte de su padre.

Con respecto a la temprana privación emocional de Paul, la autora señala que él devino una persona obsesivacompulsiva, crónicamente deprimida, a diferencia de Mary y Robert. También observa que, pese a sus diferentes personalidades y sintomatologías, todos vivían la esperanza de un retorno del objeto perdido. Al parecer, lo más importante en los tres casos fue ayudarlos a dominar-superar las injurias narcisísticas causadas por la pérdida del objeto glorificado, y auxiliarlos a superar sus conflictos de culpa y castración.

Concluye que la temprana experiencia infantil de pérdida del progenitor no solo es pérdida de amor o de un objeto de amor, sino también una severa injuria narcisística, una castración, que es sentida como completamente degradante.

El hecho de que en estos niños los sentimientos hostiles y despectivos causados por sus pérdidas son tan habitualmente desviados al progenitor sobreviviente o los progenitores sustitutos mientras el objeto perdido es glorificado tiende a elevar ese valor y significado narcisístico, al punto de tornarse en la más preciada parte de su propia persona que se perdió y debe ser recuperada. Esta es la razón por la cual estos niños rechazan aceptar y luchan contra identificarse con su sobreviviente (castrado) progenitor o sustituto, y son aptos para desarrollar una florida novela familiar al servicio de su engrandecimiento.²⁴

VIII. LAS VOCES DEL SILENCIO. ADOLESCENCIA Y POESÍA EN CHARLES BAUDELAIRE Y ARTHUR RIMBAUD*

INTRODUCCIÓN

Charles Baudelaire fue el precursor de los llamados “poetas malditos”, entre los que encontramos a Arthur Rimbaud. Poetas dolientes, con un marcado patetismo en sus existencias, al punto de que parecieran haber participado de un encuentro en el que describen experiencias límites, en las que “el espejismo devuelve el abismo más amargo”.¹

Ambos escritores originaron una ruptura en la tradición literaria y poética. Ruptura que volvemos a encontrar en sus vidas, que bordearon límites en los más diversos ámbitos. Extravagantes, ambiguos, contradictorios, exhibieron una juventud apasionada y desbordante. Atacaron las tradiciones visibles de una sociedad que cuestionaron, ya sea en la expresión de sus ideas o de sus actos. Ninguno de los dos se casó, ni tuvo hijos, ni estableció un acercamiento a formas sociales consensuales; es más, ambos fueron criticados y considerados transgresores del orden social establecido, e incluso se vieron envueltos en situaciones judiciales.

Disconformes, individualistas, violentos, confirmaron una estética regida por el quiebre de una realidad armónica, habitual, y muchas veces estereotipada. Para alcanzar tal fin, utilizaron un lenguaje en el que apelaban a lo perceptual y sensitivo; esperaban así producir un alto contenido afectivo que hablara de “lo evitado”, “lo silenciado”, “la otra voz”. Sus poesías parecen dibujadas por la pasión, de la que brotan formas metafóricas que logran diferenciarse y distanciarse de sus experiencias de vida, que, no obstante, quedan presentificadas. Victoria entonces de la creación, más allá de una simple confesión de sus desarreglos vitales.

Ambos artistas proponen llegar a lo desconocido buscando los límites de lo posible y lo imposible. Establecen distancia con una poesía que, según Rimbaud, expresaba una falsa realidad.

¿A qué otra realidad aluden? Por un lado, podemos hablar de una realidad que se establece en un proceso de subjetivación, donde se cimentan las bases del eje del principio de placer-realidad, guardián y coto del narcisismo y de los límites de un sujeto conforme a normas e ideales compartidos. Por otro lado, en sus vidas y en sus obras poéticas, descubren las complejidades de la frontera entre el sujeto y el objeto, donde se evidencia el fracaso en el establecimiento del mencionado eje, que opera preservando del deslizamiento a un “más allá”, por lo que subrepticamente se inserta lo tanático tras la apología de lo vital y sensitivo.

A partir de aquí, los demonios se agitan y “el aparato sangrante de la destrucción” resurge.² Un yo humillado busca entonces en vano conciliar la tiranía de “apetitos fúnebres”³ que revelan “el secreto esplendor y la belleza fatal”.⁴ La sorpresa da lugar al espanto, “todo lleno de vago horror, que conduce no se sabe dónde”,⁵ y, sin embargo, por vía de una escritura metafórica el poeta, “vuela bien lejos de estas miasmas mórbidas”.⁶

Baudelaire y Rimbaud nos hablan de ciertos elementos que nos permiten referirnos a las identificaciones, que moldean a un yo. Desde ellas nos invitan, rompiendo con la poesía tradicional, y buscando alcanzar otra dimensión de la realidad, a internarnos en lo desconocido, en aquello de lo que no se habla, desde un “yo soy otro” en Rimbaud, o desde un “yo soy todo, todo es yo” en Baudelaire. En esta búsqueda producen una exégesis de lo siniestro y tenebroso, tornándolo voluptuoso, acercándose a las experiencias de los “paraísos artificiales”. Es así como descubren la belleza del mal, de la destrucción, de lo horrendo: “El libertinaje y la muerte son dos amables niñas”.⁷

Finalmente, en su lucha adolescente por oponerse y apartarse de la “metrópolis” dominante, ambos se lanzan a un viaje de descubrimiento, abjurando de un mundo trivial y consensual que en Rimbaud refleja “la significación falsa del yo”, y en Baudelaire, “la evaporación y la centralización del yo”.⁸ Se adivinan entre sí, penetran en otro mundo, arcaico y actual al mismo tiempo, en el que reina “la Circe tiránica de los peligrosos perfumes”.⁹ Quizás la capacidad de asombro es despertada en ambos, hacia la colonización de zonas que otros hubieran desconsiderado, a partir de la rememoración de imágenes, espacios, situaciones y/o sonidos (como en “Una mártir”, de Baudelaire, o “La vasija”, de Rimbaud).

La adolescencia es un momento peculiar de la vida, en el que se realizan nuevas articulaciones del mundo simbólico, lo que motiva la necesidad de un trabajo psíquico. Varios términos hemos utilizado hasta el momento: encuentro, límite, ruptura, más allá, poesía y yo. Estos conceptos han permitido, al funcionar como hilos conductores, introducirnos en las siguientes temáticas que abordaremos a lo largo del trabajo:

- El adolescente se enfrenta en su trabajo psíquico a un “plus sin significar”, y sus posibles derivaciones adquieren en ambos poetas un sello y un estilo singular.
- La adolescencia como momento de efectivización de una herencia deseante e identificatoria adquiere formas singulares de apropiación en Baudelaire y Rimbaud.
- Los procesos de desidentificación en la adolescencia, con la consecuente pérdida de límites y el surgimiento del dolor, nos acercan a las imágenes muchas veces aterradoras de una poesía que desdeña las ilusiones de perfección del yo.
- Ambos poetas aluden a un momento de ruptura, en el que se ingresa en los territorios del “más allá del principio del placer”.
- Baudelaire y Rimbaud logran en sus obras efectos sublimatorios que se apagan o atenúan al finalizar su juventud.

VIDA Y OBRA

A partir de las adolescencias de Baudelaire y Rimbaud, veremos en sus obras y en su obrar huellas de un pasado infantil que pujan y presagian un futuro. ¿Resolución o repetición de un destino?

En el aludido enfrentamiento con la “metrópolis” dominante, se lanzan a un viaje de descubrimiento con la expectativa de una colonización gozosa; se internan en lo nuevo, lo que los remite insensiblemente a una rememoración y a un permanente enfrentamiento entre lo deseado y lo prohibido, y al desafío de los designios parentales.

Como punto de partida, destacamos que se vieron privados a edad temprana de la relación con sus padres, cuando tenían 6 años, lo que sin duda signó hondamente sus existencias y enmarcó la peculiar relación de cada uno con sus madres.

Nostalgia de una infancia, en la que sus padres permanecieron como un centro de veneración y resentimiento, nudo gordiano que no pudo ser resuelto en la dramática adolescente. Anhelo y reverencia hacia los padres que los abandonaron. Dice Baudelaire en una carta a su madre que esos sentimientos son: “Una sensación de insoportable aislamiento, un miedo perpetuo a una vaga desgracia, una desconfianza completa en mis fuerzas, una ausencia total de deseos”.¹⁰ Y aún persisten en el ocaso de su vida, como lo refleja en otra carta a su madre del 6 de mayo de 1861:

Te he amado apasionadamente en mi infancia [...] Pero en suma el mal está hecho por tus imprudencias y mis faltas [...] Después de mi muerte, no vivirás más, está claro. Yo soy el único objeto que te hace vivir [...] Deseo con todo mi corazón (¡Con qué sinceridad nadie puede saberlo más que yo!) creer que un ser externo e invisible se interesa en mi destino, ¿pero cómo hacer para creerlo? [...] Estoy solo, sin amigos, sin querida, sin perro y sin gato a quien quejarme. *No tengo más que el retrato de mi padre que está siempre mudo.*¹¹

Si bien Baudelaire quería incluirse en la prole paterna, para ello habría necesitado un padre que se interesara en su destino, que le hablara, no al modo terrible y persecutorio con que él significaba los acercamientos y las preocupaciones de su padrastro, el general Aupick. En la referida carta, hace mención a un cuadro de su padre que descubrió en un comercio: “Mi padre era un detestable artista, pero todas esas antiguallas tienen para mí un valor moral”,¹² e irónicamente señala que ni siquiera tenía medios para pagar la seña. Entendemos que esta mención, aparte de referirse a su carencia de recursos económicos, revela al modo de un recuerdo encubridor su dificultad e impedimento para incluir y adueñarse de los referentes paternos, de hacerlos propios. De igual modo podemos considerar los permanentes reclamos que hizo desde su juventud hasta el final de sus días para obtener la herencia de su padre, las continuas quejas y pedidos a su madre, suplicantes casi hasta la humillación. El bloqueo generado por la tutoría del general Aupick y el Consejo Jurídico, así como posteriormente por su albacea administrador, le impedían tomar plena posesión del patrimonio heredado, que era suministrado “en pequeñas dosis”, para él mezquinas y mortificantes, ya que debía justificar y acreditar su destino, lo que exacerbaba su ira, su penar y su afán reivindicatorio.

Es de destacar que pese a que su padre Joseph François Baudelaire era un hombre de edad avanzada, introdujo a Charles en el mundo del lenguaje y las imágenes. Sentado en sus rodillas, aprendió las primeras letras en relación con el trazado de dibujos. Es además notorio el sinnúmero de objetos, retratos, bocetos, estatuillas, desnudos y cerca de 17 cuadros pintados por su padre que poblaban su casa de origen. Vemos así que sus escritos frecuentemente son evocativos de escenas en las que se apela a lo sensible, imágenes visuales, olfativas, cenestésicas, donde afloran las tempranas sensaciones que cobran vida en otros escenarios. También observamos, en su tarea de crítico de arte y en su relación con la plástica, restos del naufragio de la memoria de esas vivencias iniciales con su padre. En correlación con este enfoque, podemos incluir su tendencia a realizar, como al descuido, acercándose al automatismo, bosquejos y dibujos efectuados en simultáneo con el pensamiento y la escritura.

En relación con lo anterior, diríamos que el poeta se sumerge más allá de los “seductores perfumes” de su madre, en “lo desconocido para encontrar lo nuevo”, teniendo como resguardo el juego de los símbolos desde “una voz” que lo sostiene y guía. Sin embargo, el juego metafórico se ve amenazado. No alcanza a aliviar su penar ni logra estabilizar su organización psíquica, por lo que reverbera de continuo en su obra, en torno a ciertos ejes repetitivos que dieron lugar a la contundente afirmación de Jean-Paul Sartre: “Nada de nuevo en sus notas redactadas hacia el fin de su vida, nada que no haya dicho cien veces y mejor dicho”.¹³ De esta manera las escenas traumáticas alcanzan en Baudelaire cierta tramitación psíquica, a través del intento creativo de la ligazón metafórica. No obstante, “continuarán produciendo efectos desde el trasfondo y poco a poco cobrarán cada vez más poder”.¹⁴

Rimbaud, niño modelo, se transforma en un adolescente bohemio y contestatario, que se sumerge en un torbellino de desenfrenos, consagrado a “un desorden nuevo”.¹⁵ Desde los 19 años, momento en que abandona la poesía, hasta los 37, en que muere, se convierte en nómada, obrero, aventurero, explorador, negociante, traficante de armas, lo que lo conduce a afirmar: “Terminé por encontrar sagrado al desorden de mi espíritu”.¹⁶ Su destino, como “un barco sin piloto, a la deriva”,¹⁷ lo arroja en la alucinación provocada por el alcohol y las drogas, en la afanosa búsqueda del saber de lo desconocido. Desoye así que “la reina, la bruja que enciende su brasa en la olla de barro, no querrá jamás contarnos aquello que ignoramos y ella sabe”.¹⁸

Si bien en la escuela primaria fue un alumno ejemplar, se despertaron en él protestas y ansias de libertad a poco de iniciada la vida escolar. A los 8 años escribía:

¿Por qué —me decía—, aprender griego, latín? No lo sé. En fin, no es necesario. ¿Qué me importa a mí recibirme? ¿Para qué sirve recibirse?, ¡para nada!, ¿no es cierto? Si, sin embargo, se dice que solo se tiene un lugar cuando uno se recibe. Yo no quiero un lugar, seré rentista... Ah ¡saperlipotte de saperlipopette!, ¡sapriste!, Yo seré rentista, no es bueno desgastarse los pantalones en los asientos, saperlipopettoouille.¹⁹

En este breve escrito podemos entrever su futura ruptura con el mundo de exigencias y contradicciones, que lo condujo a un perpetuo errar de un lugar a otro. De ahí que Paul

Verlaine lo denominara “el hombre de las suelas al viento”. Este juego de palabras de protesta y enojo, que en su adolescencia serán sus exclamaciones desafiantes y su lenguaje injurioso, irreverente e insultante (contrastante con su poesía brillante), pareciera transmitir la ira por la ausencia paterna, que lo dejó carente de respuestas, falto de palabras que explicaran sus circunstancias vitales e hizo intolerable el contexto familiar e institucional. Asimismo, explicaríamos sus neologismos, que como una solución de compromiso expresan sus afectos al modo de una condensación, creando una “palabra” que le falta para significarlos. Podemos pensar que su lugar de “observador” de las visitas de su padre al hogar, con escasas experiencias compartidas —por ende, poco catectizado y afectivizado, y carenciado de *su palabra* esclarecedora—, podría dar cuenta no solo de su vida a través de la acción, sino de su estilo literario, en el que predomina un afán por colorear las palabras y describir con imágenes como si reprodujera formas de captación predominantemente sensitivas.

Frédéric Rimbaud, padre de Arthur, fue un capitán del Ejército que estuvo destinado en guarniciones alejadas del hogar (por ejemplo, África). Por ese motivo, han estado juntos en contadas y breves ocasiones, en visitas dirigidas a la relación conyugal que resultaron en sistemáticos embarazos, más que al vínculo parental. Durante estas estadias, apartado y casi privado de la relación con su padre, queda como un obligado espectador. Esta episódica presencia en el hogar se ve interrumpida definitivamente con la separación formal de sus padres, cuando tenía 6 años. No vuelve a verlo nunca más y solo recibe noticias de él a los 18 años, debido a su muerte.

Ya en los comienzos de su adolescencia, se evidenciaban una ruptura y una búsqueda creciente de emancipación, al igual que su odio y resentimiento hacia la vida de provincia y la sociedad burguesa en general. Se mostraba esperanzado de lograr una sociedad en la que rigiera la igualdad, la justicia y la ciencia. Soñaba con una humanidad en progreso (bajo la influencia de Jules Michelet, Edgar Quinet y Louis Blanc), con el desarrollo de la ciencia y la culminación venturosa de una idílica ciudad futura. Rechazaba al catolicismo, el medio familiar y la moral. Proponía una renovación total.

Alcanza su adolescencia en una época de grandes transformaciones económicas, sociales y políticas, posteriores a la guerra de 1870. Crisis de la adolescencia redoblada en una crisis social. “Realidad rugosa” permanentemente combatida y a la que parecerá reconocer desilusionado por su incapacidad de modificarla. Cree encontrar quizás el alivio en el silencio literario y la retirada extrema: “Yo, que me consideré ángel o mago, dispensado de toda moral, caí por tierra”.²⁰

En 1870 alcanza los 16 años y su estimado profesor de retórica, Georges Izambard, estimula su producción poética. Ese mismo año escribe su poema “Ofelia”, en el que encontramos su futura propuesta de vidente (las visiones) y lo que más tarde se manifestara como su silencio literario (palabra estrangulada):

Cielo, amor, libertad: ¡qué sueño, oh pobre Loca!
Te fundiste en él como la nieve en el fuego:
tus grandes visiones estrangulaban tu palabra

y el terrible Infinito asustó tu mirada azul.²¹

El adolescente de Charleville, en el breve espacio de cinco o seis años, deja a la posteridad una obra trascendente. Se caracteriza por ser un joven exigente que quiere experimentar y saber todo de manera apremiante y angustiosa. Es así como en estado de vértigo y desesperación escribe *Una temporada en el infierno*. Toda su obra lleva el sello de una respuesta apresurada, aunque en su correspondencia, luego de su renuncia literaria, ese ritmo afiebrado se aquietará.

Adolescente fugitivo y difícil, ha merecido los calificativos más variados de diferentes autores que han creído entrever lo fundamental en él, aunque solo se trataba de una de las múltiples facetas de su cambiante personalidad: místico en estado salvaje, fuente perdida que surge de un suelo saturado, vidente, mago desengañado, granuja... ¿Dónde, pues, encontrar lo verdadero y lo falso en tal cantidad de leyendas acerca de una vida tan cambiante y ardua de asir? Sin embargo, en la medida en que podamos sobreponernos a su rechazo por establecer pactos y sujeciones con sus lectores, descubriremos junto con él su manera de pensar: “Es falso decir yo pienso. Se debería decir: se me piensa... Yo es otro. ¡Tanto peor para la madera que se encuentra violín!”.²² Retoma este tema dos días después en una carta: “Puesto que yo es otro. Si el cobre se despierta clarín, no es por su culpa”.²³ En estas citas intuye procesos de desdoblamiento en los que es dominado por identificaciones alienantes y mandatos, que presentifican vivencias o sucesos de un pasado remoto.

Asistimos así al surgimiento de una memoria no sabida, por lo que la tarea del poeta será, según sus palabras, la de devenir un vidente, “por un largo, inmenso y razonado desarreglo de todos los sentidos [...]. Así él llega a ser entre todos el gran enfermo, el gran criminal, el gran maldito —¡y el supremo Sabio!—. ¡Puesto que llega a lo desconocido!”.²⁴

Opone su rebeldía a todas las sumisiones y cobardías de los “hombres justos”: curas, maestros, jueces, con quienes no pudo establecer ningún acuerdo y a los que despreció y criticó sin piedad. Rechaza pues de plano el juego social imperante; es más, lo desafía abierta y estentóreamente: “¡Oh! Justos, cagaremos en vuestros vientres de gres”.²⁵ Esta actitud de rechazo frontal y absoluto del “orden constituido” y de sus representantes expresa el enfrentamiento con el rígido poder materno que insiste en sojuzgarlo y del que una y otra vez intenta escapar en vano con sus huidas reiteradas del hogar. Así, esta problemática intra e intersubjetiva con su madre se desplaza a lo social, aunque, al estar tan cargada de odio, polarizada y sin matices, dificulta su procesamiento como conflicto generacional y se transforma rígidamente en brecha generacional.

Sumido en el desgarramiento adolescente, se internará en *Una temporada en el infierno* para testimoniar una renuncia. Para algunos autores esta renuncia alcanzará el valor de un sacrificio y, para otros, de una ofrenda, aunque sin duda transcribe su desaliento y decepción luego de la tumultuosa ruptura de su controvertida relación con Verlaine. Se encuentra desposeído de referencias simbólicas constantes, desarraigado, sin

un espacio psíquico estabilizado; sin embargo, se esfuerza por parecer un antihéroe perverso, avasallador y desafiante. Sus escritos y actitudes dan fe de ello.

No consentirá los valores propuestos por la sociedad, y al silenciar al poeta, no por eso devendrá en un “hombre sentado”, como los “hombres-sillas” que describe en el poema “Los sentados”.²⁶ En ese poema muestra una descarnada visión de la metamorfosis soportada por los seres humanos, que al desconocer la dignidad pueden llegar a ser muy peligrosos:

¡Oh! no los hagáis levantar. Es el naufragio...

[...] Además, ellos tienen una mano invisible que mata.²⁷

Rimbaud abandona la literatura a partir de sus 19 años. Sus malestares, sus sufrimientos ya no descubren descanso ni desahogo. La droga, una vida disipada y las fugas anuncian el quiebre de su creación poética. Rimbaud se rinde y ofrece su vacilante identidad adolescente a una ilusión tanática.

Ahora bien, *no solo intenta romper con las voces que aluden al yugo materno vivido como mortal: está intentando encontrar el refugio en un padre salvador que lo rescate*. No obstante, la falta de recuerdos de experiencias concretas con él y de situaciones familiares compartidas, así como la fuerza de la madre en no darle un lugar al padre ni mencionarlo, pueden más y no le posibilitan encontrar esta salida tan anhelada. Queda así sumido en la desilusión y expuesto a la repetición.

Su último paso, dada la imposibilidad de incluir simbólicamente al padre y así reescribir su historia, es reencarnarlo y así tenerlo, como señala en su estudio Alain de Mijolla.²⁸ Es por esto que no logra ser el padre de su obra; será Verlaine quien la rescatará. *Lo que era azar en el padre será destino irre-nunciabile en él*.

Vuelto de bruces a una realidad insoportable, ante la caída de sus sueños omnipotentes de ciudadano, conservó en su tarea de mercader el interés por el conocimiento y el ansia por descifrar lo desconocido. Sin embargo, no logró un centro organizador de un proyecto y entonces solo vagó por diferentes lugares remedando los viajes del padre, mientras juntaba dinero y oro para volver, como deseaba su madre. Se transformó así, pese a todos los intentos y las búsquedas de su adolescencia, en un hombre-títere de la dramática familiar inconsciente.

Pero no pequemos de ingenuos ni de reduccionistas, tanto Rimbaud como Baudelaire, si bien “marcados a fuego” por la pérdida de sus padres, fueron también condicionados por el tipo de relación con sus madres (antes y después de dicha pérdida). Esto sin duda desencadenó un encierro atrapante, con un alto costo afectivo, ya que no pudieron alcanzar la liberación en sus vidas, aunque hayan soñado que al complacerlas encontrarían el refugio de sus pesares en el “verde paraíso de los amores infantiles”.

En las cartas de Baudelaire a su madre se descubre inicialmente una relación de aparente ruptura o desacuerdo, lo que entraña, sin embargo, un profundo e intenso lazo, que pareciera denotar un matiz erótico-incestuoso que, con el correr de los años, luego de la muerte del general Aupick, se nos muestra de carácter violento y pasional. El 6 de

mayo de 1861, en una extensa carta de confesiones y afecto, le dice:

Creo que me amas apasionadamente, con un espíritu ciego [...] Más tarde bajo la presión de tus injusticias te he faltado el respeto, como si una injusticia maternal pudiera autorizar una falta de respeto filial [...] No soy más ese hijo ingrato y violento. Largas meditaciones sobre mi destino y tu carácter me han ayudado a comprender todas mis faltas y toda tu generosidad [...].

Estamos evidentemente destinados a amarnos, a vivir el uno por el otro, a concluir *nuestra vida* lo más honestamente y lo más dulcemente que sea posible. Y, sin embargo, en las circunstancias terribles en que estoy colocado, estoy convencido que uno de nosotros matará al otro, y que finalmente, nos mataremos recíprocamente [...] Después de tu muerte, sobre todo si mueres por una sacudida causada por mí, me mataré, eso es indudable.²⁹

Desborde amoroso que descubre su destino pasional, bajo la injerencia invasora de Tánatos. Así están destinados a amarse, a vivir el uno *por* el otro, más que *para* el otro, y “nuestra vida” carece del plural, denotando la unidad fusional narcisista. Por ende, la amenaza de muerte de cualquiera de ellos implicará imperativamente la muerte del otro.

¿Pero quién era la madre? Carolina Archimbaud-Dufays había nacido en Londres (de ahí que Charles dominara el inglés desde niño), hija de un exoficial del rey que pertenecía a una familia de la burguesía. Emigraron perseguidos políticamente por la revolución de 1793, cuando su madre estaba embarazada de ella. *Quedó huérfana a muy temprana edad*, y fue recogida por Pedro Perignon, amigo de sus padres. Fue una niña melancólica y enfermiza, con reiteradas crisis anémicas y de tristeza. No participaba de la vida social, ni gustaba de los bailes como las hijas de su tutor. Era austera, recatada y solo leía aquello cuya moralidad le constara de antemano. El arte le parecía algo desvergonzado y pecaminoso (lo que sin duda influyó en su marido, a quien obligaba a colocar tules y otros elementos que taparan las desnudeces de sus cuadros). Se casó a los 26 años con Joseph François Baudelaire, quien era amigo de su tutor y ya tenía 60 años. De la correspondencia de Carolina se desprende una corriente de admiración y ternura hacia el padre de Charles, pero, como comentan algunos autores, pareciera que conoció el amor con el general Aupick.

Sin duda, esta diferencia de edad no solo cronológica, sino también por las ocupaciones que como funcionario tenía su marido, y el respeto por él en vez de amor, parecen haber provocado una intensa relación con su hijo. Al quedar viuda, contrajo una enfermedad y debió ser internada un par de meses. Posteriormente se mudó e inició su relación con el general Aupick.

Pareciera que en ese corto período entre su enfermedad y la nueva relación se hubiera sellado el estrecho vínculo entre ella y su hijo. En la mencionada carta a su madre del 6 de mayo de 1861, Charles dice:

Hubo en mi infancia una época de amor apasionado por ti; escucha y lee sin temor. No te he dicho nunca tanto. Me acuerdo de un paseo en coche; tú salías de un sanatorio donde habías sido relegada y me mostraste, para probarme que habías pensado en tu hijo, dibujos a la pluma que habías hecho para mí. ¿Crees que tengo una memoria terrible? Más tarde, la plaza San Andrés de Las Artes y Neuilly. Largos paseos, ¡ternuras permanentes! Me acuerdo de los muelles que estaban tan tristes al atardecer. Ay, jese fue para mí el buen tiempo de las ternuras maternas! Te pido perdón por llamar buen tiempo a aquel que fue, sin duda, malo para

ti. Pero yo estaba viviendo siempre en ti, tú eras únicamente para mí. Eras, a la vez, un ídolo y un camarada. Te sentirás quizás asombrada que yo pueda hablar con pasión de un tiempo tan lejano...

En fin, hui y fui desde entonces completamente abandonado. Me apasioné únicamente del placer, de una excitación perpetua; los viajes, los hermosos muebles, los cuadros, las muchachas, etc. Hoy soporté cruelmente el castigo por eso...³⁰

El estado de soledad que muestra que en la huida desilusionada y enojosa mantuvo como telón de fondo el placer. Sin poder concretarlo en desplazamientos satisfactorios, quedó, ya maduro y enfermo, en continuos reclamos por reconquistar el estado temprano de satisfacción. Este ligamen era también propiciado y sostenido desde la madre, pese a no concordar con las aspiraciones de escritor y hombre de arte de su hijo, ni con su forma de vida y sus relaciones. Así, apoyó las decisiones de su marido y la formación del Consejo Judicial, con las restricciones económicas consecuentes que tanto hacían sufrir a Charles. No obstante, mantuvo una permanente relación epistolar con él e incluso había épocas en que lo citaba en el Museo del Louvre a espaldas del general Aupick, o le hacía algunos “préstamos”. Finalmente, luego de la muerte de Charles, no aceptó el consejo del administrador Ancelle de renunciar a la herencia de su hijo y se hizo cargo en cambio de todas sus deudas.

También podemos señalar que Charles, en la carta del 11 de enero de 1858, dice sobre dos piezas de *Las flores del mal*: “Aluden a detalles íntimos de nuestra antigua vida, de esa época de viudez que me ha dejado recuerdos tristes y singulares. Una es: ‘No he olvidado vecina / a la ciudad’ (Neuilly), y la que sigue: ‘La sirvienta del gran corazón que te daba celos’ (Marieta)”.³¹ Esta niñera que lo cuidó en su infancia y durante la enfermedad de su madre es además a la que alude en dicho verso:

Si, por una noche azul y fría de diciembre,
yo la encontraba cubierta en un rincón de mi pieza,
grave y viniendo del fondo de su lecho eterno
empollando al niño que crecía bajo su ojo maternal,
¿qué podría yo responder a esta piadosa alma,
viendo caer las lágrimas de su órbita vacía?³²

Y retoma el tema en “Mi corazón al desnudo”.

Debido al traslado del padastro a la guarnición de Lyon, se mudan y es internado en un colegio. Esta situación se repite en su retorno a París, a los 15 años, en que es nuevamente internado en el colegio Louis Le Grand, de gran prestigio entre la alta burguesía. Su separación de la familia gestó en él un sentimiento de abandono y resentimiento, ligado a la certidumbre de haber sido puesto en esa condición por el egoísmo de la pareja parental que lo habría apartado para vivir mejor su felicidad. Desde ya, este sentimiento se agregó y reforzó las vivencias de la muerte de su padre, la enfermedad posterior de su madre y su nuevo casamiento.

Su carácter devino taciturno, melancólico y retraído. Creyendo morir de fastidio y rebelión en el encierro escolar, tuvo una serie de conductas que lo diferenciaron de sus compañeros. Fue así que se inició en la escritura y realizó enfrentamientos que le

valieron castigos disciplinarios y finalmente la expulsión. Es importante destacar que, en el desarrollo de estas conductas, más que poner énfasis en el fracaso o el aspecto masoquista, como Jules Laforgue y Sartre señalan, podría visualizarse un intento de crear un espacio propio que lo diferenciara de las propuestas del entorno familiar e institucional, así como de los deseos volcados en él.

Sin embargo, a pesar de sus intentos por complacer a su madre y a su “amigo” (modo habitual en que aludía al general Aupick con anterioridad al viaje punitivo a la isla Bourbon), se encuentra entrampado entre aquello que se propone y la realidad posterior de los hechos que lo desdicen. Esta situación se mantendrá a lo largo de su vida, como podemos confirmar en varias cartas a su madre, por ejemplo, la de marzo de 1853: “Soy culpable conmigo mismo. Esta desproporción entre la voluntad y la facultad es para mí algo incomprensible. ¿Por qué teniendo una idea tan justa, tan neta del deber y de lo útil hago siempre todo lo contrario?”.³³

Se desencadena progresivamente una crisis familiar por las impropias conductas del joven, quien de continuo expresaba sus propósitos de enmienda y aceptación de las reconvenciones, que luego, una vez más, no se cumplían. Comienza su vida bohemia, de contacto con artistas, de cafetines y veladas nocturnas, con una actitud provocativa y desafiante. Esta situación culmina con su exhibicionista alternancia sexual con prostitutas, dichos o posturas para *épater les bourgeois* y una vida errante y desenfrenada. Malgasta una pequeña fortuna, se excede en el alcohol, frecuenta los prostíbulos, lugares que siempre lo fascinaron, así como el encanto misterioso de las prostitutas. Conoce así a Sarah, la “horrible judía” de *Las flores del mal*, a quien llama Louchette, por su estrabismo. Esta podría ser la mujer de la que se contagió sífilis (durante su época de estudiante ya había contraído blenorragia).

Se anuncia de este modo su ligazón sexual y afectuosa con “mujeres condenadas”, “que ofrecen por turno, como dos buenas hermanas, terribles placeres y horrorosas dulzuras”,³⁴ y su enlace entre lo carnal erótico y lo siniestro, que condensa la representación de la prostituta. Esta vertiente temática se encuentra también en su irónico y temprano “epitafio”, que escribiera pensando en su prematura muerte: “Aquí yace, por haber amado demasiado las mujeres de mala vida. Descendió, joven aún, al reino de los topos”.

Para apartarlo de su vida disipada, su padrastro y su madre acuerdan enviarlo a un largo viaje a la India, so pretexto de lo novedoso y exótico que puede resultar para él. El general expone, en mayo de 1841, su propuesta ante el Consejo de Familia, donde es clara también su intención de alejarlo de su actividad como poeta y de sus compañías literarias indeseables.

Diría posteriormente su madre:

Soñaba Aupick para Charles un brillante porvenir; quería verlo llegar a una alta posición [...] Así, ¡qué gran desilusión cuando nuestro Charles se negó a nuestros deseos y quiso ser exclusivamente escritor! ¡Qué gran disgusto! [...] Esto fue —su obstinación en ser solo escritor— lo que nos hizo proponerle aquel viaje, que pensábamos hubiera cambiado el rumbo de sus ideas.³⁵

Otros, como Maxime du Camp, atribuyen la decisión del viaje a una escena violenta entre Aupick y Charles durante una comida formal con amigos del general. Luego de reiteradas frases inoportunas, palabras libertinas y cínicas, Aupick lo reprende duramente. Charles, indignado, le contesta que trató de humillarlo frente a “gente de su misma calaña”, que ignora sin duda el nombre que lleva, lo que merece un castigo: la estrangulación. Al acercarse con ese propósito, el general le habría propinado dos bofetadas que lo arrojaron al suelo preso de una crisis nerviosa. Luego de quince días de reclusión en su cuarto como castigo-arresto, por orden severa de su padrastro, saldría hacia Burdeos para embarcar. Independientemente de la veracidad o no de dicha anécdota, fue claro el sentido correctivo que incluía el viaje.

Volvamos ahora a Rimbaud. Su madre era Vitalie Cuif, proveniente de una familia de pequeños terratenientes que explotaban su propiedad y cuya ambición en la vida era el incremento y la expansión de sus posesiones y capital. Sumamente exigente, de principios ascéticos, hacía del trabajo casi una religión por cumplir. Era hosca e intratable, incluso con sus vecinos, ordenada al extremo, fría, tiránica hasta el punto que, si no se acataban sus mandatos el resultado era el destierro. En una carta de Arthur a su amigo Demeny (de agosto de 1871), leemos:

He terminado por provocar atroces resoluciones en una madre tan inflexible como setenta y tres administraciones de cascos de plomo. Ella ha querido imponerme el trabajo-perpetuo en Charleville. Una ocupación para cada día, decía ella, o si no tienes la puerta. Yo rechacé esta vida; sin dar mis razones: hubiera sido lastimoso. Hasta hoy, he podido dar vuelta esos vencimientos. Volvió sobre esto: anhelar sin cesar mi partida desconsiderada, mi huida. Indigente, inexperimentado, terminaré por entrar en establecimientos correctivos. Y desde ese momento habrá silencio sobre mí.³⁶

Si bien la relación entre Rimbaud y su madre adquiere una intensa confrontación, ríspida y odiosa, la misma pelea continuada, manifiesta durante la juventud, o más encubierta posteriormente, expresa un movimiento libidinal agresivizado que no logra alcanzar una resolución y, por tanto, persiste hasta el desenlace mortal.

¿Qué persigue en la ruta desde Charleville hacia Harar (con escalas en París, Bruselas, Londres, Stuttgart, etc.) y reiterados retornos a la casa materna? ¿De qué huye? ¿Hacia dónde va? ¿Qué le sugieren esas tierras? En este derrotero lo podemos acompañar desde las manifestaciones estentóreas e insultantes, intentos de acción política (como su alineamiento en la Comuna de París), escritos de ruptura. Quiere “romper” con el orden y las reglamentaciones apabullantes que representa para él la figura de su madre. Vemos en la ruta por la que intenta alejarse de ella la esperanza de una liberación de su atrapamiento. Si bien se aleja geográficamente, resulta paradójico que hacia el final de su corta vida capitula al entregarse a un proyecto burgués (anhelos de retornar a Ardenas, casarse, tener un hijo, etc.) que satisfaría el deseo materno.

Ha perdido el “ímpetu insensato e infinito hacia esplendores invisibles, hacia delicias insensibles —y sus enloquecedores secretos para cada vicio— y su horroroso regocijo para la muchedumbre”.³⁷ Decepcionado frente a su nuevo proyecto fallido por su enfermedad (un posible cáncer óseo en la rodilla), inicia su viaje final transportado en

litera y en barco, aferrado a su cinturón con el oro acumulado y esperando ser recibido por su madre. ("Las mujeres cuidan a esos feroces enfermos que regresan de los países cálidos.")³⁸

Luego de la amputación y entreviendo su futuro deterioro, expresa:

¡Qué fastidio! ¡Cuánto cansancio! ¡Qué tristeza al recordar mis viejos viajes, al pensar cuán activo era hace solo cinco meses! ¿En qué quedaron mis correrías por montes, desiertos, ríos y mares, mis cabalgatas, mis paseos? ¡Y ahora este vivir lisiado! ¡Y pensar que había decidido, precisamente, regresar a Francia este verano para casarme! ¡Adiós casamiento; adiós familia; adiós porvenir! ¡Mi vida ya ha concluido! ¡Solo soy un tronco inmóvil!³⁹

No está ni resignado ni esperanzado, solo desesperado y patéticamente quejoso: "La cabeza y los hombros caídos hacia adelante, encorvado como un jorobado [...] Se mofan de uno hasta hacerle saltar de rabia. Sentado, uno tiene movimientos nerviosos en las manos, las axilas cortadas y la expresión de un idiota".⁴⁰

En una carta a su hermana del 10 de julio de 1891, dice:

No puedo deciros lo que haré porque me siento *demasiado hundido* para que yo mismo lo sepa. Repito que las cosas no van bien; temo mucho otro accidente. Mi muñón es mucho más espeso que la otra pierna y está lleno de neuralgias. El médico ya no me visita; para él con tal de que la herida haya cicatrizado ya basta... Solo se preocupa si te salen abscesos, etc., o con otras complicaciones.⁴¹

¿Era posible entrever un destino más trágico al fin de su camino?

Lo mismo ocurre con Baudelaire, acosado por sus deudas y judicialmente, engañado y estafado por su amante, consumido por el intenso deterioro de su enfermedad, sin editores interesados en publicar sus escritos, sin auditorio en su penosa experiencia de las conferencias en Bélgica.

Ambos fueron dominados por una pasión. Si bien, por una parte, produjeron creativamente, por la otra, insatisfechos, consumieron sus vidas.

A lo largo de estas páginas hemos esbozado las anticipaciones que prefiguraban sus escritos y actitudes juveniles, como también los rasgos que luego se harían manifiestos. Anudamiento temporal que se daría en la adolescencia, en un a posteriori: el presagio de un futuro, desde un pasado, con las posibles variaciones de un presente que se crea condicionado por los dos vectores temporales y el azar; insoslayable encrucijada adolescente que intentamos develar.

DE SUS MADRES A LAS MUJERES

En Baudelaire podemos construir la siguiente ilación de relaciones femeninas: su madre, su niñera, las prostitutas, la dama criolla, Jeanne Duval, madame D., madame de Sabatier, J. C. V. Alternancia de una mitología sobre la mujer amada, que necesitó ubicar y mantener en sucesivas mujeres. *No es ni una ni otra*, cualquiera, aun si ellas fueran

incapaces de comprender sus ensueños, o quizás por eso mismo. Mujeres contingentes que fueron tan solo portadoras de un mito fantasmal renovado. Al comienzo de su vida amorosa, vemos así desfilar una serie de mujeres, algunas identificadas, otras solo aludidas, en las que se evidencia un deslumbramiento y una atracción; a veces, con una cualidad morbosa ligada a sus defectos físicos o degradantes, pero al fin efímeras con un brillo que declina como fuegos de artificio. Alejado de estas “luciérnagas” por el viaje impuesto, surgió otro deslumbramiento de cualidad más platónica, inmortalizado en “A una dama criolla”, a la que conoció “en un país de aromas al que el sol besa”.⁴²

Poco después de su regreso, se inicia el encandilamiento con la Venus negra, Jeanne Duval, a quien corteja y dedica encendidos versos, y establece un vínculo carnal, de convivencia angustiante e insoportable. Sobrelleva en esta relación los engaños más intolerables y dolorosos, en los que presenciamos infidelidades, mentiras, estafas económicas, amenazas, abandonos y hasta la pérdida de su querido gato. Más allá de sus quejas y del reconocimiento del dolor y, por ende, de la inconveniencia de esta relación que intenta vanamente dejar, persiste (pese a la escalada de daños y a la degradación física y moral de ella a causa del alcoholismo) un intenso ligamen que perdura. Amor y amargura se conjugan, dando como resultado una profunda vivencia que expresa un amor sexualizado que encarna el pecado y el mal, como movido por fuerzas ajenas que lo condenan a un destino desesperante. “¡Qué vacío alrededor mío! ¡Qué negrura! ¡Qué tinieblas morales y qué miedo al porvenir!”, dice.⁴³

Durante la declinación de la exaltación amorosa de “la Venus negra”, vemos aparecer un nuevo investimento que adquiere connotaciones de ideal, al que se entrega en secreto. Se dirige a su nuevo ídolo, madame Sabatier, enviándole versos anónimos en los que hace gala de su amor y admiración: “El amor que yo siento por usted es como el del cristiano por su Dios, también no dar jamás un nombre terrestre tan a menudo vergonzoso a este culto incorporeal y misterioso, a esta suave y casta atracción. Sed mi ángel guardián, mi musa y mi madona y conducidme en las rutas de lo Bello”.⁴⁴

¿Jeanne Duval y madame Sabatier conforman una imagen de mujer tan diferente como las apariencias que sus descripciones manifiestan? Lo importante no pareciera deberse a las características específicas de cada una de ellas, a todas luces distintas, sino en el particular vínculo que lo ligaba a ellas.

En distintos momentos vemos expresarse, aun con la misma mujer, vivencias que se contraponen y que nos permiten señalar una clara disociación en la imagen de mujer que él tiene. Una, a la que dirige sus versos encendidos, pasionales, que encarnan un amor rayano en la idolatría y a veces signado por lo inalcanzable de la mujer (la “dama criolla” y madame Sabatier). A pesar de que una primera aproximación pudiera hacer pensar en una búsqueda de concreción carnal, hemos podido colegir que, cuando se ha dado esta posibilidad, o no pudo concretarse (como cuando madame Sabatier se le ofrece al descubrir que es su encendido admirador anónimo), o se tornó torturante, como la relación con Jeanne Duval.

Este tipo de mujeres encarnan una imagen ideal, voluptuosa, deseada, en tanto

inalcanzable, pero esto se diluye al concretarse el encuentro físico. “La mujer carnal” implica tortura, sufrimiento, desilusión, bajeza; parece que la cotidianeidad y el comercio sexual fueran un diluyente corrosivo de su fantasía enaltecida. Idealizaciones, entonces, que intentan reconstruir una y otra vez un espacio idílico y tranquilizador que se ve destruido una y otra vez. Reaparecen las imágenes persecutorias, rechazadas de la mujer; esto hace al cambio y al mismo tiempo a la repetición de las mujeres, aparentemente diferentes aunque iguales.

He encontrado la definición de lo Bello, de lo para mí Bello. Es algo ardiente y triste, una cosa un poco vaga, que abre paso a la conjetura. Voy, si se quiere, a aplicar mis ideas a un objeto sensible, por ejemplo, al objeto más interesante en la sociedad: a un rostro de mujer. Una cabeza seductora y bella, una cabeza de mujer, digo, es una cabeza que hace soñar a la vez —pero de una manera confusa— en voluptuosidades y tristezas; que arrastra una idea de melancolía, de lasitud, hasta de saciedad —esto es, una idea contraria, o sea un ardor, un deseo de vivir, asociado a un reflejo amargo como procedente de privación o desesperanza—. El misterio, el pesar son también características de lo Bello.⁴⁵

Amor imposible, puesto que intuye que “en el amor, como en casi todos los asuntos humanos, el acuerdo cordial es el resultado de un malentendido [...], el abismo infranqueable que los incomunica queda infranqueado”.⁴⁶ Dicho de otro modo, no hay relación ni armonía que perdure, ya que “la voluptuosidad única y suprema del amor estriba en la certidumbre de hacer el mal. El hombre y la mujer saben, desde que nacen, que en el mal se halla toda voluptuosidad”.⁴⁷

La duplicidad de imágenes pareciera corresponderse con sus vivencias tempranas en la relación con su madre. Si bien intuye la imposibilidad intrínseca de “armonía” entre ambos sexos, equivoca su origen, dominado por el resentimiento quejoso y persistente de su “malentendido”. La queja que atribuye a la ruptura del arrobamiento inaugural con su madre, trastornado por la ausencia y la desilusión sufrida con la aparición de su padrastro vivida como traición, fundió lo erótico con lo tanático en una voluptuosidad engañosa que encubre “el mal y la destrucción”.

En el mencionado intercambio epistolar con su madre, podemos observar cómo busca otra vez refugiarse en ella luego de sus desbordes vitales, con el avance de su edad y su enfermedad. Vemos también cómo expresa la creencia en la grandeza y en un futuro de esplendor y gloria (“No amar más que la gloria [...], tratar de hacer una pequeña fortuna”),⁴⁸ y que al mismo tiempo sabe que no hay esplendor ni gloria capaz de resarcirlo de sus sueños incumplidos, de sus infortunios amorosos, de su dolor latente, de su resentimiento continuo, de su imposibilidad de “matar al niño maravilloso” que soñó ser. Identificaciones heroicas trasladadas al futuro que intentan cubrir las dolorosas fisuras de la herida narcisista de su embelesamiento infantil. Casi al final de su vida, en su nuevo intento por reconquistar a su madre y complacerla, llega a situaciones muy humillantes y vergonzantes para él, en la búsqueda infructuosa de ser nombrado académico.

Con casi 40 años, escribe a su madre: “Es preciso que te enteres, por lo pronto, de una cosa que, probablemente, no has adivinado nunca y es que me inspiras un gran

temor”.⁴⁹ Cabeza de Medusa que paraliza, como ya señaláramos. El temor y el reproche lo conducen hasta el punto de que le faltará coraje para abrir las cartas y además otorgará a sus padres un poder sobrehumano y se ubicará como víctima de un mal irremediable. No intenta huir de sus padres buscando la diferenciación, como sí lo hace Rimbaud, sino más bien, pese a sus declaraciones ostentosas, en el fondo se somete a ellos y finalmente busca aplacarlos a pesar suyo: “Yo creo que mi vida ha estado condenada desde el comienzo y que lo está para siempre”.⁵⁰

Retomemos la idea del valor contingente de la mujer en su vida. Como ya hemos dicho, podía dedicarle encendidos versos pasionales o definirla como “un sueño de piedra”. François Porché imaginó que Baudelaire podría haber dicho: “Señoras, ustedes confunden, ustedes son el sostén del ensueño, pero no son el ensueño”.⁵¹ Esto pareciera confirmarse en el movimiento oscilatorio en las imágenes de las mujeres.

En el caso de Rimbaud, la madre lo deja a poco de nacer con el ama de cría, la señora de Izambard, para continuar la administración de su granja. Esta sucesión de mujeres se repetirá a lo largo de su vida, ese ir de mano en mano, sin lograr una entrega en la que pudiera compartir y sentirse respaldado. Por el contrario, huye, espera, busca y se somete finalmente al despotismo del narcisismo materno. Abandona su tarea literaria y deviene un funcionario. Envía desde el extranjero montos de dinero a su madre, quien desatiende los expresos pedidos de su hijo en cuanto al destino de los fondos, y así acrecienta con ellos sus posesiones territoriales.

Huía de su “avaro país”, evitando el “querido corazón”, “cuerpo querido” de la infancia.⁵² Sin embargo, reclama:

El viento sur me recordaba los episodios miserables de mi niñez, mis desesperaciones de verano, la horrible cantidad de fuerza y de ciencia que la suerte alejó siempre de mí. ¡No! No volveremos a pasar el verano en ese país avaro, donde jamás seremos otra cosa que novios en la orfandad. No quiero que este brazo rígido arrastre más una imagen querida.⁵³

Hijo huérfano y “novio en orfandad” que se arriesgó al fugarse del hogar materno (una y otra vez vemos el encadenamiento madre-hogar-terruño), al cual siempre retornaba pese a sus intentos. Alude al “pabellón de carne sangrante sobre la seda de los mares y de las flores árticas”, verso que repite en su poesía “Bárbaro” y al mismo tiempo anula varias veces a lo largo de su escritura, poniéndolo entre paréntesis: “estas no existen”.⁵⁴ Pero pronunciar “estas no existen” no le es suficiente, ya que los recuerdos lo invaden y “despiertan su embriaguez”.

Más allá del encandilamiento de Rimbaud frente a la figura femenina, que se ve reflejado en su obra, no podemos desconocer la fuerte corriente homosexual que se manifestó ruidosamente en sucesos, algunos dramáticos. Es evidente su dificultad para concretar relaciones afectivas con mujeres, y en este sentido es determinante su conflictiva relación con los hombres, en particular con Verlaine. Finalmente en Harar, cuando las imágenes emblemáticas en torno al padre adquieren cierta predominancia en la configuración identificatoria, se acerca a la convivencia y al intercambio con mujeres y

emergen inesperadamente planes futuros de matrimonio.

DE LOS PADRES, LA FILIACIÓN Y LOS HOMBRES

En Baudelaire, se pueden diferenciar esquemáticamente tres corrientes relacionales: a) un reducido grupo de fieles amigos (como Asselineau), con los que mantuvo un estrecho y duradero vínculo afectivo, y el intercambio con algunos artistas que valoraba; b) amistades más o menos efímeras y signadas por vaivenes ambivalentes; c) personajes (en particular artistas) a los que criticaba con ironía cáustica, destruía su obra y/o a su persona y destacaba en estos casos el convencimiento orgulloso de su superioridad y originalidad, donde predominaba lo odioso y lo narcisístico. Asimismo, se puede señalar su encarnizado ataque y desprecio por figuras de autoridad y el *establishment* artístico (profesores, académicos, personas destacadas y/o encumbradas).

Durante la adolescencia, no logra modificar los ideales omnipotentes infantiles mediante el proceso de los aspectos edípicos negativos, para la conformación del ideal del yo⁵⁵ que lo insertaría en el mundo social ampliado. Es así que los tres niveles relacionales mencionados previamente estaban signados por una valoración en términos de ser querido/aceptado; en caso contrario, la herida narcisística se evidenciaba intensamente y, por ende, sus ataques de ira. Tras la apariencia de exclusividad e independencia, en esos ataques denotaba su profunda necesidad de dependencia y valoración.

De esta manera, se conduce en la exaltación de ideales, a menudo contradictorios. Por ejemplo, en la siguiente expresión diferencia dos tipos de hombre: “Tres seres respetables: el cura, el guerrero y el poeta [...]. Los otros hombres son para pagar y servir [*taillables et corvéables*], hechos para la caballeriza, es decir, para ejercer lo que se llama las profesiones”.⁵⁶ Por otra parte, el establecimiento de lazos amorosos entre Baudelaire y su padre, y por cierto tiempo con su padrastro, dieron origen a la circulación afectiva y relacional con otros hombres, con quienes compartiera veladas e ideas.

Su abortada “excursión” punitiva a las Indias constituyó un hito definitorio en su vida; puede decirse que marca un antes y un después. Es así que luego se definen y afirman sus convicciones, sus actitudes, su búsqueda voluntaria de soledad, la repulsión hacia todo aquello que lo encasillara, así como el desarrollo febril de su escritura que alcanza a plasmar y descuella de su obra. En los años siguientes se nota también un reforzamiento de los aspectos odiosos en lo relacional que condicionan su progresivo aislamiento.

Por la correspondencia sostenida entre la madre de Baudelaire y Asselineau, y la del capitán del barco con el general Aupick, se hace evidente que el propósito del viaje fue disuadir a Baudelaire de su vocación de escritor y alejarlo de las “malas compañías”. Sin embargo, desde el comienzo se manifestó un marcado aislamiento del resto del pasaje, con el que solo contactó para expresar ideas de oposición y desafío. Sus estados de nostalgia y amargo abatimiento fueron en aumento, lo que obligó finalmente al capitán a

reembarcarlo a Francia mucho antes de lo esperado. Paradójicamente, a pesar de las expectativas parentales, el viaje significó un reforzamiento de su definición como escritor y de su profundo sentimiento de soledad. Esta soledad, soportada en su infancia, adquiere un nuevo sentido de desafío y elección de un destino de fatalidad que impregnará su obra futura y sus relaciones interpersonales, como podemos inferir de esta cita: “Sentimiento de soledad desde mi infancia. A pesar de la familia —y en medio de mis camaradas a menudo—, sentimiento de un destino eternamente solitario. Sin embargo, gusto muy vivo por la vida y por el placer”.⁵⁷ Esta última frase, que sin duda alude a un rescate del encierro que le impondría la soledad, nos evoca el momento en que crea y dedica el hermoso poema “A una dama criolla”, en medio de la crisis del viaje.

Enfrentado a los designios parentales encarnados en el viaje, dolorido y desilusionado, responde por oposición, incrementando el odio que lo aleja más intensamente del otro. Se ve así impedido el procesamiento elaborativo de la conflictiva generacional, y se perpetúan los ataques y reclamos. Repetición de un conflicto generacional que se observa bajo diferentes ropajes y siempre remite al general Aupick y su madre. Por ejemplo, expresa: “Política. No tengo convicciones, tal como lo entienden las gentes de mi siglo porque carezco de ambición. En mí no hay base para una convicción... Sin embargo, tengo algunas convicciones, en un sentido más elevado y que no puede ser comprendido por la gente de mi tiempo”.⁵⁸

Es así como toma una posición donde por “elección” se coloca en el papel del francotirador, en un lugar cuasi marginal y desclasado. Esta “cuidadosa” diferenciación de toda escuela filosófica o literaria y de todo grupo político, al igual que su afán de originalidad y exclusividad, parecieran remitir en parte a una pérdida de filiación, subproducto de la odiosa crisis posterior al viaje, y a un reforzado anhelo de ser único y exclusivo para y con su madre. Impedido de recuperar su “herencia y capital paterno” y forzado a la parentalidad impuesta del general Aupick, queda desposeído y dificultado para generar un hilo conductor que le permitiera reescribir su historia y organizar sus creencias e ideales, que derivarían en una inserción social y familiar.

En lo respecta a Rimbaud, si bien desde niño, como ya señaláramos, se evidenciaba el matiz de rivalidad y desafío que luego tiñó sus relaciones, con el devenir temporal se hizo más marcado y lo alejó del contacto continuado con los otros y su medio. Así, con casi 16 años, exclama a su profesor Izambard (quien a la sazón tenía 21 años y fue su introductor a Baudelaire y a los parnasianos, a quienes admiraba):

¡Feliz de usted que no vive más en Charleville! Mi ciudad natal es superiormente idiota entre las pequeñas ciudades de provincia. [...] Forman patrullas en las puertas de Mesières: ¡mi patria se levanta! Yo prefiero mejor verla sentada; ¡no mover las botas! Este es mi principio.

Estoy desambientado, enfermo, furioso, idiota, trastocado: esperaba baños de sol, reposo, viajes, aventuras, vagancias, en fin; esperaba sobre todo periódicos, libros... ¡Nada! ¡Nada! El correo no envía nada a las librerías, ¡París se burla de nosotros lindamente! ¡Ni un solo libro nuevo! ¡Es la muerte! [...] Uno está exilado en su patria.⁵⁹

Sorprendentemente alrededor de veinte años después y hasta poco antes de morir, se expresa de manera bastante similar:

Yo siento no estar casado y no tener familia. Pero ahora ya estoy condenado a errar, ligado a una empresa alejada, y cada día pierdo un poco de aprecio por el clima, las costumbres e incluso el idioma de Europa. [...]

He pasado treinta años deslomándome para nada y no parece que ahora vaya a acabarse, todo lo contrario, o al menos que vaya a cambiar por algo mejor. [...]

Si tuviese que vivir siempre en el mismo sitio, me sentiría muy desgraciado. De todos modos, lo más probable es que siempre acabemos yendo a parar al lugar donde no queríamos ir; y haciendo lo que no nos gusta hacer, viviendo y muriendo de modo muy distinto al que queríamos, sin esperanza en ningún tipo de compensación. [...]

Siempre me aburro mucho; no creo haber conocido a nadie que se aburriese tanto como me aburro yo. ¿No os parece miserable esta vida sin familia, sin ocupación intelectual, perdido en medio de negros cuya suerte querría mejorar, pero que no hacen otra cosa que intentar explotarnos y hacen imposible que los asuntos puedan liquidarse sin demora? Obligado a hablar en su jerga, a comer sus sucios preparados, ¡a padecer mil inconveniencias ocasionadas por su pereza, su traición y estupidez!

Y esto no es lo más triste. Estando como estamos, aislados y alejados de toda sociedad inteligente, queda el miedo a embrutecerse uno mismo, poco a poco.⁶⁰

Este “eterno retorno de lo igual”⁶¹ signa un destino fatal e irrecusable que pareciera perseguirlo de continuo en las aparentemente diferentes situaciones en que busca eludirlo, en sus recurrentes huidas hasta la casi entrega final en Harar, de donde espera escapar para retornar a Francia y calmar sus pesares formando una familia. No obstante, continuará obsesionado por no separarse de sus ahorros y por su posible sanción por el incumplimiento del servicio militar.

A partir de lo que hemos podido rastrear de la historia de Rimbaud, es posible señalar, en primer lugar, la casi nula relación con pares, a los que trataba en general con rechazo y exclusión, con la sola excepción de su fiel amigo y compañero de escuela Ernest Delahaye (probablemente, el más creíble biógrafo), con quien mantiene comunicación aun desde África; en segundo lugar, la relación con algunos mayores, particularmente su maestro Izambard, luego Paul Demeny y por último Paul Verlaine. Con estos mantuvo una relación de respeto y cierta idealización, condicionada por la distinción y admiración que aquellos dirigían al joven promisorio. Con los dos primeros la relación fue de índole intelectual y protectora. Puede observarse en sus cartas que el modo de dirigirse a ellos era lo opuesto a ese joven irreverente e insultante, como muchos lo caracterizaron a esa edad. Pareciera haber buscado en ellos el reconocimiento y la protección propios de un padre, pese a la escasa diferencia de edad. En cambio, con Verlaine entabló una relación intensa, combatida por la esposa y el suegro de Verlaine; juntos abandonaron París y tuvieron una tormentosa relación intelectual-pasional, con reproches y reencuentros amorosos, en diferentes ciudades de Bélgica, Holanda y en Londres. En esta última confraternizaron con los exilados de la Comuna de París y vivieron del dictado de algunas clases de francés, de envíos de dinero de la madre de Verlaine y de la herencia de una tía. Finalmente, en estado de exaltación, bajo la amenaza de suicidarse y sumido en la desesperación, Verlaine hiere de un balazo a Rimbaud en la mano izquierda, en un confuso episodio. Poco después, Rimbaud se recluye en Charleville y termina

frenéticamente de escribir en el granero *Una temporada en el infierno*.

Luego, en su prolongado error, se incrementa su aislamiento. Si bien mantiene relaciones formales o laborales, se desconoce si tuvo alguna relación afectiva importante. Pese a sus numerosas referencias epistolares acerca del plan de finalmente retornar a Francia para formar una familia, cinco meses antes de morir y luego de la amputación de su pierna, dice:

Tendré que resignarme a mi suerte. Moriré donde el destino me haya lanzado. Espero poder volver donde estaba, tengo allí amigos que he conocido hace diez años. Ellos me compadecerán y me darán trabajo, viviré como pueda. Pero al menos viviré, porque en Francia, fuera de vosotros, no tengo amigos, ni conocidos, ni nadie. Y si no puedo veros, me volveré. Tengo que volver de todos modos.⁶²

Por el contrario, Rimbaud siempre denotó su carácter de paria. No logró con su padre ni con posibles sustitutos (como su abuelo, por ejemplo) un ligamen donde primara el amor, salvo frágiles vínculos como el que estableció con Izambard. Es decir que con las figuras masculinas primaron afectos de odio y resentimiento, ya que se vio privado del contacto con su padre y también con referentes paternos, debido a que su madre desterró del hogar todo indicio o recuerdo del padre.

OCASO DE UN PROYECTO

Ha habido como una breve llamarada, una sacudida, de la que habla a menudo, y luego el fuego se ha extinguido.⁶³

JEAN-PAUL SARTRE

Ambos poetas quedaron librados al arbitrio más o menos abusivo del narcisismo de sus madres. A partir de esto, sus malestares-sufrimientos ya no tuvieron descanso ni desahogo. Sus vidas giraron alrededor de sus madres, en continuos acuerdos y desacuerdos, idas y venidas. No obstante, de sus derrotas y aislamientos intentaron crear una obra, grito de liberación en el que inconscientemente buscaban acercarse o reivindicar la imagen paterna al intentar vivir y definir una originalidad, un nombre propio. Este devenir frenético los hizo bordear la locura, y los definió como poetas malditos.

El límite por el cual el “infierno” y lo “abyecto” pueden alcanzar el nivel metafórico proviene de la prohibición paterna que quiebra la unidad de la vesícula narcisística madre-hijo. Este corte promueve la necesaria distancia, y es a partir de aquí que puede organizarse la simbolización y el desplazamiento metafórico. El uno para el otro, juguete de la pasión tiránica de la madre, puede entonces devenir en el despliegue de una escritura. Esto permite el surgimiento de la función del poeta, que es, según Baudelaire, la de captar las misteriosas “correspondencias” que revolucionan el arte poético y que serán a su vez retomadas por Rimbaud como una “hechicería evocatoria”.

En la ruptura provocadora de sus escritos, así como en su concepción de la poesía y

la literatura, ambos parecieran querer desmitificar el ordenamiento de la métrica y la rima, los contenidos superficiales de la vida y el amor, del clasicismo y el romanticismo. Apuntando a las intensas pasiones contrastantes, a la presencia del odio, la destrucción, lo caótico, lo carnal, el mal, denuncian la presencia oculta de un “supremo mal” que moviliza las relaciones humanas, bajo el aparente manto de la vida serena:

Escancia tu veneno, pues que él nos reconforta.
Llegaremos, en tanto nos abrasa su fuego,
al fondo del abismo, cielo, infierno, ¿qué importa?
Al fondo de lo ignoto para encontrar lo nuevo.⁶⁴

Esta ruptura, que se evidencia en sus obras, declaraciones y críticas, se corresponde con sus tumultuosas vidas, con sus intensos sentimientos de amor y odio, deseo y destrucción, posesión y muerte, independencia y sumisión, que confluyen dramática y quizás trágicamente.

Baudelaire queda atrapado entre sostener la debilidad y lo irresuelto de su padre y apaciguar a la madre, como un rehén hechizado. Al mismo tiempo, contempla y se complace con el reino del “más allá”: “Esos ojos de sonámbulo convulso, esos miembros cuyos músculos saltan y se atirantan como bajo la acción de una pila eléctrica, la borrachera, el delirio, el opio en sus más furiosos efectos, no os podrían ofrecer más horrible y curioso ejemplo”.⁶⁵

En Rimbaud, en la lucha contra la sociedad se aúnan las figuras de autoridad y el *establishment*, el rechazo al orden autoritario-punitivo de la madre y una odiosa rebelión-reclamo contra su padre por su ausencia e inoperancia en transmitirle una herencia emblemática y las defensas para poder enfrentar a la madre bruja. Sin embargo, en él hay una identificación heroica con su padre,⁶⁶ que lo fuerza a la pretensión mimética de ser un viajero errante, para terminar en África condenado a morir víctima de la pasión tanática *de y por* su madre. Paga con su cuerpo y su vida. ¿Se trata de una deuda con su padre, en la que el costo simbólico fue desconocido? ¿O sucumbe a la presión tanática materna? Rimbaud permanecerá, hasta el fin de su vida, cómplice de las representaciones eróticas de su madre, complicidad ejecutada al máximo en la escena en que, luego de su muerte, ella hurga en las tumbas los restos óseos de sus deudos,⁶⁷ continuando una pasión sin límites. Pese a la notoria ausencia del contacto con su padre, pensamos que probablemente se hacía “presente” para él en las cartas a su madre, ya que este fue el único hilo conductor que incorporó y que participa en su despliegue en la escritura. Este padre, traductor del Corán y laureado por sus crónicas geográficas y costumbristas para el Ejército, marcaría su destino final de cronista aventurero en África.⁶⁸

En una carta de 1842, Baudelaire le dice a su madre: “Me es *imposible* hacerme como *tu marido* querría que yo fuese”.⁶⁹ Podemos pensar que la afirmación de la imposibilidad aludiría a la dificultad en recibir las siguientes insignias fálicas.

a) De su padre, ya que su madre, según sus propias palabras, lo “respetaba y admiraba”, pero no valorizaba su obra, ni transmitía deseo por él. Además, pareciera que

no se desplegó el juego de deseos entre los padres que hubiera propiciado la salida exogámica. Por el contrario, persistió el encandilamiento narcisístico con la madre, que se acentuó con la muerte del padre. Luego se agregó el resentimiento por el descubrimiento del amor de su madre hacia el general Aupick.

b) De su padrastro, quien intentó imponerle sus rígidos códigos de una “masculinidad” impregnada de militarismo, que ocultaba su sometimiento a la amada esposa (quien dirigía tras bambalinas) en lugar de acotarla y redirigir los designios maternos.

La falla de las figuras paternas en limitar y/o enmarcar lo pleno-absorbente del amor materno impidió que en el devenir amoroso de ambos poetas se aceptaran y toleraran las demandas femeninas. No obstante, nuevamente se marca una diferencia (ligada a la ya mencionada relación con sus padres). Charles, si bien se limitó al contacto erótico-amoroso con prostitutas (al modo que Sigmund Freud alude en “Acerca de la degradación en la vida amorosa”) y al amor ideal (como con madame Sabatier), pudo intentar conexiones con mujeres, aunque de claro tinte masoquista en el que se perpetuaba el sufrimiento y el castigo. A Arthur, por su parte, no se le conocen relaciones amorosas heterosexuales, salvo algunas alusiones a una presunta concubina nativa en África.

Al no consolidarse la instalación del principio del placer, que pone coto al goce, se vio reforzada la compulsión repetitiva, y en sus adolescencias no pudieron realizar las pruebas fálicas que hubieran posibilitado el apartamiento de las quimeras infantiles. Si bien Rimbaud, bajo el modelo de Baudelaire, quiso penetrar más allá de las apariencias y anheló encontrar un lenguaje capaz de traducir los descubrimientos, fracasó al tomar el camino de la identidad negativa y no el de un proceso elaborativo, condicionado por el fuerte conflicto de oposición con la figura materna. Luchó con intensidad y fracasó con gran desilusión y amargura; con estos sentimientos, abandonó su empresa poética e inició su vida errante. Baudelaire no llegó a conformar plenamente una identidad negativa; no obstante, su actitud crítica y opositora queda neutralizada parcialmente por una corriente libidinal temprana de complacencia voluptuosa, por momentos tanática (con acuerdos perversos), que va generando su progresiva desesperanza y desaliento.

Baudelaire, cómplice involuntario de su madre, se manifiesta en la *queja* victimaria. Rimbaud, rehén a su pesar, intentará sin éxito romper el asedio, mediante la ruptura y las *fugas*. Ambos fueron finalmente solitarios, ligados de una manera intensa a sus madres, sin encontrar aquello que buscaban con afán ni en el ámbito del arte, ni en el de sus vidas —uno, en el ostracismo de su propio entorno; el otro, en el ostracismo geográfico que pagó con “trabajos forzados en África”—.

Hemos señalado que si la *queja* victimaria insiste en Baudelaire, será la *fuga* su correspondencia en Rimbaud. Si bien ambos pretendieron quebrar el marco lógico de la realidad consensual, para integrarse en el juego de las formas poéticas, sus caminos divergen. Baudelaire sufrió la “soledad moral”, y trató de escapar a su *spleen* sin éxito. Rimbaud a su manera también lo intentó y estableció varias rupturas a modo de salida: una, el alejamiento de la poesía parnasiana y su entrada en la poesía objetiva como

medio de conocimiento; otra, su poesía en prosa, en la que rompe con la tradición literaria poética y escapa al mismo tiempo a cualquier condicionamiento que lo sujetara en la transmisión de sus estados visionarios. El otro corte será en *Una temporada en el infierno*, con su sentimiento de haber faltado “a la alquimia del verbo”. También será un corte su detención literaria, ya que entonces callará su voz de poeta y preferirá el silencio y la vida errante, en la que, sin embargo, persistirán sus rupturas y búsquedas. ¿Habrá entrevisto la imposibilidad de atravesar los límites que separan la palabra del “ser de belleza”? ¿Quizás, al igual que Ícaro, cayó víctima de su tentativa temeraria de acercarse al sol?

Baudelaire, al contrario de Rimbaud, odiaba el progreso, ya que volvía constantemente a un pasado que nunca desacralizó y a través del cual “los dioses invisibles” le anunciaron el enfrentamiento con un perpetuo abismo: “En lo moral como en lo físico siempre he tenido la sensación del abismo, no solamente del abismo del dormir, pero del abismo de la acción, del sueño, del recuerdo, del deseo, del pesar, del remordimiento, de lo bello, etc.”.⁷⁰ Toda su obra expresará la inquietud de un desenlace trágico, redoblando esfuerzos por alcanzar la liberación, que se disiparán en el extravío y el desasosiego.

Rimbaud escribe su obra durante su adolescencia. Luego clausura una producción en la que intentó poseer la clave de lo incognoscible. Baudelaire, una vez transitada su adolescencia, continúa escribiendo, pero lo más importante ya ha sido escrito, hasta el punto que Sartre le criticará haber reverberado en las mismas cuestiones. Ese silencio y esa reiteración nos revelan algo acerca de estos hombres en una situación extrema, en el desenlace de sus adolescencias.

Si nos adentramos en la significación de la *queja* de Baudelaire, entendemos que reiteradamente y bajo aparentes formas diversas expresa un sentimiento común: el dolor de la injuria recibida. Injuria que descubre la profunda herida narcisística por el desalojo del lugar de privilegio y exclusividad, así como su intolerancia a abandonar su omnipotencia. Si bien lúcidamente se acerca a la captación de los núcleos de la problemática humana, en cuanto a los avatares de los lazos con el otro y a sus determinantes (por ejemplo: cuando se refiere al amor y al intento de apropiación,⁷¹ cuando señala la ley del espíritu humano de “hacerlo y serlo todo”⁷² o cuando dice que todo consiste en “la evaporación y la centralización del yo”⁷³), no alcanza a evitar encarnar aquello que puede victimizarlo. Queda dominado por el dolor y su intento de eludirlo mediante sus actitudes soberbias, ostentosas y descalificadoras, que se le vuelven permanentemente en contra y aumentan su tormento. Esta situación de encierro de continuo lo confronta con “el horror de la vida y el éxtasis de la vida”,⁷⁴ por y pese a lo cual se convierte en el poeta del dolor.

Arthur, el eterno “caminante de la gran carretera”,⁷⁵ estará definido en sus fugas como su más persistente rasgo caracterológico, al punto que, como bien dice Alain Buisine, “puede parar de escribir, pero no podrá jamás parar de caminar”.⁷⁶

En las rupturas y partidas puede captarse su ostensible repudio a una realidad abrumadora y asfixiante: “Harto visto... Harto repetido... Harto conocido...”. Ante esta realidad, solo le resta saltar el cerco para romper la vigilancia materna y lanzarse a una marcha infatigable: “Partida en el rumor y en el afecto nuevos”.⁷⁷ En lo antedicho podemos visualizar dos corrientes que confluyen en la fuga: una, como salida angustiosa del encierro que lo acerca a estados de excitación psicomotriz y exaltación; otra, como búsqueda esperanzada aunque difusa de lo nuevo por encontrar. Final de un camino que nunca encuentra, reiteración de un estado que no se aplaca, vía que recorre una y otra vez incrementando su desesperanza: “Los senderos son ásperos. Los montículos se cubren de retama. El aire está inmóvil. ¡Cuán distantes los pájaros y las fuentes! Esto no puede ser sino el fin del mundo, que se anticipa”.⁷⁸ Quince años después persiste: “Así que tendré que pasar el resto de mis días errando, entre fatigas y privaciones”,⁷⁹ aunque tres años antes aún esbozaba una esperanza: “Espero que llegue el día en que pueda salir de la esclavitud”.⁸⁰

No podemos dejar de reflexionar aquí sobre las razones que llevaron a Rimbaud a alistarse en varias oportunidades.⁸¹ Una, en 1873, en el Ejército carlista; otra, en 1876, cuando firma un contrato por seis años en el Ejército holandés en las Indias, pero desierta a poco de llegar. También entre 1877 y 1878 escribe —en vano— una carta al cónsul de Estados Unidos para enrolarse en la Marina y la firma como John Arthur R. En ella dice ser desertor del Regimiento 47° de Infantería francés, que “curiosamente” era el de su padre.

Podríamos suponer que estos fugaces intentos estaban ligados a una búsqueda de la orientación paterna en dos vertientes: una, más centrada en los ideales fálicos de la adolescencia y en la definición de su masculinidad; la otra remite al encuentro de un eje normativizante del que carece. ¿Qué o a quién introduce en la escena cuando se presenta como desertor del regimiento al que perteneció su padre? ¿No se trataría de una denuncia de la desertión del padre al “regimiento familiar” y al mismo tiempo una identificación con él, como forma de realizar ese encuentro tan intenso y profundamente anhelado con un progenitor que no alcanzó a ser padre?

En concordancia con lo antedicho, podemos también incluir el dato de que en Harar, al presentarse en el trabajo, declara haber nacido en Dole (Jura), que otra vez “curiosamente” es la localidad donde naciera su padre. Asimismo, desde su silencio literario, lo único que escribió, salvo las cartas, fue un extenso artículo luego de una extenuante expedición. Este artículo se publicó en *El Bósforo Egipcio*, los días 25 y 27 de agosto de 1887. Era un preciso informe que reprodujo parcialmente el reputado *Boletín de la Sociedad de Geografía* y fue adjetivado por otros de manera similar a los informes sistemáticos de su padre a las autoridades militares sobre las poblaciones indígenas y sus costumbres. Pareciera que el Rimbaud errante, en especial el de África, es *otro* que el Rimbaud poeta; finalmente, *yo es otro*, su padre en acción, y lo encarna como único modo de tenerlo.

Imposibilitado pues de negociar de manera simbólica la herencia paterna, terminará

acosado por voces superyoicas que lo amenazan con el castigo, como puede desprenderse de su insistencia obsesiva incrementada con el devenir temporal, que hasta casi se convierte en una idea delirante respecto de la pena que pudieran aplicarle por el incumplimiento del servicio militar, pese a que pareciera haber sido eximido debido a que su hermano lo estaba cumpliendo. Citaremos algunas referencias de sus cartas:

¿Es ilegal o no mi situación militar? ¿Es que no hay modo de saber de una vez para siempre cuál es mi situación?⁸²

¿Todavía hay que hacer servicio militar, con más de 30 años? Si vuelvo a Francia, ¿tendría que hacer el servicio que no hice? Creo que, según la ley, en caso de ausencia justificada, el servicio queda aplazado, pero hay que hacerlo cuando se vuelve.⁸³

Su caravana Labatut, que duró más de seis meses, fue un fracaso económico. Debíó sortear innumerables peripecias y riesgos, incluida la muerte de su socio, y se hizo ostensible su enfermedad. Al volver, tuvo que afrontar las deudas, las exigencias de los deudos, del cónsul francés y otras. Se encontraba cansado, debilitado, dolorido, desesperanzado y solitario, demorado además para embarcar a Francia para recibir asistencia médica. No obstante, insiste: “Cuando me contestéis decidme alguna cosa sobre mi situación con respecto al servicio militar. ¿Todavía tengo que hacer una parte? Aseguraos y respondedme”.⁸⁴ Por último, al volver a Francia, y poco después de la amputación de la pierna, insiste desesperadamente a su hermana sobre el tema:

¿Qué es este nuevo horror que me cuentas? ¿Qué es lo que dices del servicio militar? ¿No os mandé, a los 26 años, desde Adén, un certificado que probaba que estaba empleado en una firma francesa, lo cual constituye dispensa? Y, luego, siempre que le he preguntado a mamá me ha contestado, siempre, que ya estaba todo arreglado, que no tenía por qué temer. [...] Ahora me dais a entender que he sido declarado en rebeldía, y que me persiguen, etc., etc. Informaos sobre ellos, solo si estáis seguras de que no vais a llamar la atención sobre mi persona. ¡En mis condiciones no hay peligro de que vuelva! Después de lo que acabo de sufrir, ¿la cárcel? ¡Más valdría morir!⁸⁵

EPÍLOGO

Durante la adolescencia, se produce una situación en la cual el joven, además de las reactivaciones de lo previo, se ve enfrentado a un plus sin significar. Este plus inquieta y angustia, promoviendo un trabajo de traducción significativa y ligazón, que requiere, entre otras cosas, de tiempo. Desemboca luego en diferentes tentativas de procesamiento y descarga vía sublimación, actuaciones, trastornos psicosomáticos, etcétera.

Los vestigios de un más allá del principio del placer que pueden arribar a una vocación vital mortífera, bajo el entramado conflictual edípico-narcisista, explican que en ciertos adolescentes, como Baudelaire y Rimbaud, vivir se torne una pesadilla intolerable y los acerque a extremos de desorganización psíquica que semejan un deambular frenético y desesperado, sin brújula, perdidos.

En este derrotero desorientado se internan ambos poetas; no logran definir un eje de historización que haga coherente y efectivo su pasado en el presente, para poder derivar en un proyecto futuro. Fracaso de un trabajo psíquico central en la adolescencia, debido a la fallida instalación de una función paterna prohibidora, y a la vez normatizadora y orientadora, que posibilite la armonización entre las diferentes instancias, así como la consolidación del ideal del yo y su consecuente inserción en lo social. Por eso, no pueden desmaterializar el vínculo carnal con la madre y quedan sumergidos en una pasión sin límites.

Aunque a través de sus creaciones poéticas intentan, sin lograrlo, neutralizar lo siniestro, son igualmente acosados de continuo por los “demonios del Averno”. Por y pese a esto, logran una de las creaciones más vigorosas, lúcidas y penetrantes de la poesía moderna, en un despliegue “infernado”, donde hablan con elocuencia *las voces del silencio*.

Por último, no quisiéramos que estas consideraciones sobre la vida y las obras de estos poetas hicieran perder el valor intrínseco de sus creaciones, que como bien expresara Freud rebasa toda interpretación. Como señalara Rimbaud, “a un texto hay que acercarse para leerlo [...] literalmente y en todos los sentidos”, hasta el punto en que solo el autor tiene la clave, sin saberlo, de ese “despliegue salvaje”.⁸⁶

¹ Sigo, en este sentido, lo que Peter Blos ha marcado desde su primer libro hasta el último, y que fuera el motivo inicial de nuestra estrecha y fructífera relación.

² Rodolfo Urribarri, *Estructuración psíquica y subjetivación del niño de escolaridad primaria. El trabajo de Latencia*, Buenos Aires, Noveduc, 2008.

³ Utilizo la denominación de Latencia (con mayúscula) en vez de período de latencia, ya que disiento en esta última por los motivos que luego expondré, y también para diferenciarla del uso psicoanalítico de latente como opuesto a lo manifiesto.

⁴ Berta Bornstein, “On Latency”, en *Psychoanalytic Study of the Child*, núm. 6, Nueva York, International University Press, 1951.

⁵ Bernard Brusset, “El vínculo fraterno y el psicoanálisis”, en *Revista de Psicoanálisis*, t. XLIV, núm. 1, Asociación Psicoanalítica Argentina, 1987.

⁶ Citado por Bernard Brusset, “El vínculo fraterno y el psicoanálisis”, *op. cit.*, p. 333.

⁷ Jean Piaget y Barbel Inhelder, *De la lógica del niño a la lógica del adolescente*, México, Paidós, 1985.

⁸ André Green, *La metapsicología revisitada*, Buenos Aires, Eudeba, 1996, p. 42.

⁹ Sigmund Freud, “Carta 52”, en *Obras completas*, t. I, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.

¹⁰ Piera Aulagnier Castoriadis, *La violencia de la interpretación*, Buenos Aires, Amorrortu, 1977, pp. 132-136.

¹¹ Por razones de espacio, no me explayaré acerca de la relación con otros trabajos ni sobre lo intersubjetivo en la Latencia: un incipiente camino exogámico, las relaciones con lo institucional, las autoridades y los pares en contextos reglados, las nuevas identificaciones o las modificaciones en las relaciones con los adultos y los hermanos. Remito a los interesados en esto, así como en lo referido a la psicopatología, los ejemplos clínicos y la importante relación de la Latencia con respecto a la adolescencia y adultez, a Rodolfo Urribarri, *Estructuración psíquica y subjetivación del niño de escolaridad primaria. El trabajo de Latencia*, Buenos Aires, Noveduc, 2008.

¹² Peter Blos, *La transición adolescente*, Buenos Aires, Amorrortu, 1981, p. 126.

¹³ Peter Blos, quien era de origen alemán y se formó psicoanalíticamente en la Sociedad Psicoanalítica de Viena (a fines de la década del 1920), me comentó que la palabra “adolescencia” ya existía en alemán, pero no se utilizaba. Se denominaba con el término médico y legal de “pubertad”, que alude al surgimiento del vello pubiano (primer signo visible de que el niño está adquiriendo la conformación corporal del adulto). Es por tal motivo que Sigmund Freud denominó su tercer ensayo: “Las metamorfosis de la

pubertad”.

Yo, siguiendo a Blos, prefiero utilizar “pubertad” para aludir a los cambios corporales, y “adolescencia” para abarcar los cambios psíquicos, conductales y sociales.

¹ André Green, *Locuras privadas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1990, p. 206 (el énfasis me pertenece).

² Agradezco a Alicia Cohan de Urribarri † por haberme proporcionado este material clínico.

³ Agradezco a Miriam D. Nucher por proporcionarme este material clínico.

⁴ Este joven se enojaba con su pene ante el desconcierto del accionar fuera de su control; le hablaba como si fuera otro sujeto que lo habitaba e intentaba dominarlo para que obedeciera. He podido observar una actitud similar en sujetos adultos frente a episodios de impotencia eréctil. Quizás esta actitud de perplejidad frente a la respuesta inesperada de los genitales, que es experimentada como si el órgano tuviera vida propia e independiente, explica también que sea frecuente que los varones le adjudiquen un nombre propio a su pene.

⁵ Phyllis Greenacre, *Trauma, desarrollo y personalidad*, Buenos Aires, Hormé, 1960, cap. 10.

⁶ Agradezco a Susana Vignolo por proporcionarme este material clínico.

⁷ Philippe Jeammet, “Lo que se pone en juego de las identificaciones en la adolescencia”, en *n/A. Psicoanálisis con Niños y Adolescentes*, núm. 2, 1992, pp. 41-57.

⁸ Peter Blos, *Psicoanálisis de la adolescencia*, México, Joaquín Mortiz, 1971; Rodolfo Urribarri, “Descorriendo el velo. Sobre el trabajo de la Latencia”, en *Revista de Psicoanálisis*, t. LVI, núm.1, Asociación Psicoanalítica Argentina, 1999.

⁹ Véase esta problemática en torno de la Latencia y la patología posterior en Rodolfo Urribarri, *Estructuración psíquica y subjetivación del niño de escolaridad primaria. El trabajo de la Latencia*, Buenos Aires, Noveduc, 2008.

¹⁰ André Green, “La representación y lo irrepresentable. Hacia una metapsicología de la clínica contemporánea” (entrevista realizada por Fernando Urribarri), en *Revista de Psicoanálisis*, núm. 6, Asociación Psicoanalítica Argentina, 1998-1999, p. 332.

¹¹ André Green, “La representación y lo irrepresentable”, *op. cit.*

¹² Como ejemplificación de esta problemática, véase más adelante, en el capítulo v, el relato clínico de Alfredo en relación con la estructuración psíquica postedípica (pp. 177-179).

¹ Más adelante me referiré al problema del duelo debido a la pérdida de un ser querido (véase capítulo VII).

² Nathan Root, “A Neurosis in Adolescence”, en *The Psychoanalytic Study of the Child*, vol. 12, Nueva York, International Universities Press, 1957.

³ Sigmund Freud, “Las metamorfosis de la pubertad”, en *Tres ensayos de teoría sexual y otras obras*, en *Obras completas*, t. VII, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.

⁴ Anna Freud, “La adolescencia”, en *Psicoanálisis del desarrollo del niño y del adolescente*, Buenos Aires, Paidós, 1977.

⁵ *Ibid.*, p. 172.

⁶ Peter Blos, *Psicoanálisis de la adolescencia*, México, Joaquín Mortiz, 1971, p. 151.

⁷ Edith Jacobson, *El self y el mundo objetal*, Buenos Aires, Beta, 1974, p. 171 (el énfasis me pertenece).

⁸ *Ibid.*, p. 181.

⁹ Peter Blos, *La transición adolescente*, Buenos Aires, Amorrortu, 1981, pp. 137 y 138.

¹⁰ Arminda Aberastury y Mauricio Knobel, “Adolescencia y psicopatía. Duelo por el cuerpo, la identidad y los padres infantiles”, en Arminda Aberastury, Mauricio Knobel *et al.*, *La adolescencia normal: un enfoque psicoanalítico*, Buenos Aires, Paidós, 1971.

¹¹ *Ibid.*, p. 111.

¹² *Ibid.*, pp. 110-112.

¹³ *Ibid.*, p. 113.

¹⁴ Arminda Aberastury y Mauricio Knobel, “Adolescencia y psicopatía”, *op. cit.*, p. 115.

¹⁵ *Ibid.*, p. 117.

¹⁶ Mauricio Knobel, “Prólogo”, en Arminda Aberastury, Mauricio Knobel *et al.*, *La adolescencia normal*, *op. cit.*, pp. 10 y 11.

¹⁷ Octavio Fernández Mouján, “El trabajo de duelo durante la adolescencia”, en Susana Quiroga (comp.), *Adolescencia: de la metapsicología a la clínica*, Buenos Aires, Amorrortu, 1984, p. 128.

¹⁸ Octavio Fernández Mouján, “El trabajo de duelo durante la adolescencia”, *op. cit.*,

pp. 128-134.

¹⁹ *Ibid.*, p. 140.

²⁰ Véanse León Grinberg, “Sobre dos tipos de culpa”, en *Revista de Psicoanálisis*, t. XX, núm. 4, Asociación Psicoanalítica Argentina, 1963; José Bleger, *Simbiosis y ambigüedad*, Buenos Aires, Paidós, 1967.

²¹ Octavio Fernández Mouján, “El trabajo de duelo durante la adolescencia”, *op. cit.*, p. 130.

²² Uno de sus más cercanos colaboradores, Eduardo Salas, corroboró esta información en conversaciones personales que mantuvimos en 1972 y 1988.

²³ Arminda Aberastury, “Adolescencia”, en Arminda Aberastury *et al.*, *Adolescencia*, Buenos Aires, Kargieman, 1971.

²⁴ Esta información surge de conversaciones personales que mantuve con la autora en 1971 y 1972.

²⁵ Tengamos en cuenta que Sigmund Freud, en *Tres ensayos de teoría sexual* (*op. cit.*), titula su tercer ensayo “Las metamorfosis de la pubertad”. La etimología de “metamorfosis” remite a “cambio de las formas” y, según el diccionario, en sentido figurado significa “mudanza o transformación que hace una persona o cosa de un estado a otro”.

²⁶ León Grinberg, “Sobre dos tipos de culpa”, *op. cit.*, pp. 325 y 326.

²⁷ Véanse Sigmund Freud, “Las metamorfosis de la pubertad”, *op. cit.*; Sigmund Freud, *El chiste y su relación con lo inconsciente*, en *Obras completas*, t. XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 1991; Sigmund Freud, “El creador literario y el fantaseo”, en *Obras completas*, t. IX, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.

²⁸ Rodolfo Urribarri, “Pubertad: entrada y características”, trabajo presentado para el concurso de Profesor en la Facultad de Psicología (UBA), inédito, octubre de 1985.

²⁹ Véanse Helene Deutsch, *Psicología de la mujer*, Buenos Aires, Losada, 1977; Peter Blos, *Psicoanálisis de la adolescencia*, *op. cit.*; Peter Blos, *La transición adolescente*, *op. cit.*

³⁰ Coincido con la importancia del papel de los padres y de la sociedad que me ha referido Arminda Aberastury en las comunicaciones personales antes mencionadas y que señala en Arminda Aberastury, “Adolescencia”, *op. cit.*

³¹ Peter Blos, *Psicoanálisis de la adolescencia*, *op. cit.*; Peter Blos, *La transición adolescente*, *op. cit.*

³² Karl Abraham, *Psicoanálisis clínico*, Buenos Aires, Horme, 1994.

- ³³ Sigmund Freud, “Las metamorfosis de la pubertad”, *op. cit.*
- ³⁴ Peter Blos, *Psicoanálisis de la adolescencia*, *op. cit.*
- ³⁵ Octavio Fernández Mouján, *Abordaje técnico y clínico del adolescente*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1974, p. 136. La dificultad en la elaboración de este duelo, que tiene raíces narcisistas notorias, promueve en algunos casos la búsqueda de soluciones mágicas, transitorias y cambiantes, como regímenes, tratamientos, etc., o radicales, como las quirúrgicas, o el relegamiento resignado de ser feo, no deseable (fantasía de “patito feo”).
- ³⁶ Sigmund Freud, “Las metamorfosis de la pubertad”, *op. cit.*
- ³⁷ Como, por ejemplo, el conocimiento de otros, la comparación y la confrontación con ellos, la realización de ciertas acciones nuevas como resultado de los cambios físicos, el advenir al placer genital, el acceso al pensamiento lógico, la adquisición de mayor información, entre otros, que hacen que la prueba de realidad cuestione las creencias y vivencias afectivas previas. Véase Jean Laplanche y Jean-Bertrand Pontalis, *Diccionario de psicoanálisis*, Barcelona, Labor, 1971.
- ³⁸ *Ibid.*; Sigmund Freud, “La represión”, en *Obras completas*, t. XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 1991; Sigmund Freud, *Cinco conferencias sobre psicoanálisis*, en *Obras completas*, t. XI, Buenos Aires, Amorrortu, 1991; Sigmund Freud, “Análisis de la fobia de un niño de cinco años”, en *Obras completas*, t. X, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.
- ³⁹ *Ibid.*, p. 116.
- ⁴⁰ Jean Laplanche y Jean-Bertrand Pontalis, *Diccionario de psicoanálisis*, *op. cit.*, p. 218.
- ⁴¹ Daniel Lagache, “Aporte para un estudio sobre el cambio individual durante el proceso analítico”, en *Revista de Psicoanálisis*, t. XXVI, núm. 1, Asociación Psicoanalítica Argentina, 1969.
- ⁴² Jean Laplanche y Jean-Bertrand Pontalis, *Diccionario de psicoanálisis*, *op. cit.*
- ⁴³ Edward Bibring, “The Conception of the Repetition Compulsion”, en *The Psychoanal Quarterly*, 1943, p. 502.
- ⁴⁴ Daniel Lagache, “La psychanalyse et la structure de la personnalité”, en *La psychanalyse*, París, PUF, 1961, p. 34 [trad. esp.: *Psicoanálisis y estructura de la personalidad*, Madrid, Lucerna, 2005].
- ⁴⁵ Daniel Lagache, “La psychanalyse et la structure de la personnalité”, *op. cit.*, pp. 34 y 35.
- ⁴⁶ Daniel Lagache, “Aporte para un estudio sobre el cambio individual durante el

proceso analítico”, op. cit., pp. 103 y 104.

⁴⁷ Piera Aulagnier Castoriadis, “Se construire un passé”, en *Journal de la Psychanalyse de l’Enfant*, núm. 7, París, Centurión, 1989 [trad. esp.: “Construir(se) un pasado”, en *Psicoanálisis APdeBA*, vol. XIII, núm. 3, Buenos Aires, 1991].

⁴⁸ Piera Aulagnier Castoriadis, “Se construire un passé”, op. cit., p. 192.

⁴⁹ Louise Kaplan, *Adolescencia. El adiós a la infancia*, Buenos Aires, Paidós, 1986.

⁵⁰ Anna Freud, “La adolescencia”, op. cit.

⁵¹ Anna Freud, “La adolescencia”, op. cit.

⁵² Rodolfo Urribarri, “Pubertad: entrada y características”, op. cit.; Rodolfo Urribarri, “La familia adolescente”, en *Actualidad Psicológica*, 1977.

⁵³ Algunas de las propuestas de este trabajo, en particular respecto del duelo, fueron retomadas y discutidas con el doctor Philippe Jeammet (Sociedad Psicoanalítica de París y presidente de la International Society for Adolescent Psychiatry) en un diálogo más amplio realizado el 2 de agosto de 1991 y parcialmente publicado en la revista *Zona Erógena*, núm. 7, 1991.

⁵⁴ Sigmund Freud, “La transitoriedad”, en *Obras completas*, t. XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.

⁵⁵ Sigmund Freud, “La transitoriedad”, op. cit., p. 309.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 310.

⁵⁷ Rafael Paz, comunicación personal, 1990.

¹ Raymond Cahn, “Le processus de subjetivacion á l’adolescence”, en Maja Merret-Catipovic y François Ladame (dirs.), *Adolescence et psychanalyse: une histoire*, París, Delachaux et Niestlé, 1997.

² El término “conflicto” se usa aquí como: “Lo más recio de un combate. Punto en que aparece incierto el resultado de la pelea”. Y también según su sentido figurado: “Apuro, situación desgraciada y de difícil salida”.

³ Me refiero a “desafiar” en tanto “retar, provocar a singular combate”, y también según su sentido figurado: “Oponerse una cosa a otra, por ejemplo, el bote a las olas”. Fácilmente podemos aplicar este concepto a lo psíquico en diversos momentos o situaciones de la vida que se les plantean a las personas, tanto en su mundo interno como en su relación con otros o la sociedad.

⁴ Jean-Jacques Rousseau, *Emilio o de la educación*, 1762, citado en Annie Birraux, *L’adolescent face á son corps*, París, Universitaires, 1990, p. 16 [trad. esp.: *El adolescente frente a su cuerpo*, Valencia, Abisal, 2007].

⁵ Peter Blos (*La transición adolescente*, Buenos Aires, Amorrortu, 1981) ha insistido sobre lo que denominó “regresión normativa” (al servicio del desarrollo). Esto ha sido criticado por otras corrientes, en la medida en que no correspondía stricto sensu con la definición freudiana de regresión, lo cual es quizás cierto. No obstante, es útil el concepto para dar sentido a lo observable en el joven desde lo psicodinámico, teniendo en cuenta que es una regresión parcial, y el yo puede aún dirigir las conductas habituales.

⁶ Un ejemplo de esto es el joven que dice: “Cuanto más crezco, más chanco me vuelvo” (en referencia a sus pensamientos y actitudes anales). Podemos captar que ese yo en parte está sumido en la regresión, mientras que puede observar, captar, significar y expresar metafóricamente lo que siente que ocurre frente a lo puberal (Peter Blos, *Psicoanálisis de la adolescencia*, México, Joaquín Mortiz, 1971, cap. III).

⁷ Annie Birraux, *L’adolescent face à son corps*, *op. cit.*

⁸ Sabemos, por ejemplo, que primero crecen los miembros y luego el torso, lo que rompe el equilibrio entre esas partes; también en el rostro se agrandan la nariz y las orejas antes que los huesos cráneo-faciales; el pene crece primero longitudinalmente y luego se engrosa, etcétera.

⁹ Por ejemplo, las niñas usan el espejo de mano para visualizar sus genitales.

¹⁰ Estos cambios humorales podrían estar también en parte condicionados porque las funciones endocrinas aún no se han estabilizado.

¹¹ Véanse los dibujos ejemplificadores al final de este capítulo.

¹² Esto puede verse ejemplificado en los casos clínicos de Pedro, Julia y Carolina, en el capítulo II (pp. 56-61).

¹³ Este concepto, por ser muy abarcativo y encontrarse en cuadros muy diversos, ha sido criticado por algunos autores, como J. de Ajuriaguerra, quien propone modificar su nominación por *dismorfestesia* (Jean de Ajuriaguerra, *Manual de psiquiatría infantil*, Barcelona, Toray Masson, 1976, p. 335).

¹⁴ Otras veces corresponden a un cuadro psicopatológico estructurado, en función de su fuerte convicción, su intensidad y su fijeza sintomática, que se une a otros síntomas.

¹⁵ Esta imagen futura de sí no se refiere solo a lo físico, sino también a aptitudes, capacidades y potencialidades que generalmente con el cambio puberal solo en parte se cumplen y son también objeto de resignación y duelo, tanto en lo específico como en cuanto a restañar la injuria narcisista infligida por la realidad a la lógica onnipotente de la realización de deseos. No me extenderé sobre los otros aspectos, ya que aquí me centro en lo corporal, pero destaco su importancia. Véase capítulo III en este libro.

¹⁶ Rodolfo Urribarri, participación en la mesa redonda “Psicoanálisis con niños y adolescentes. Nuevos interrogantes-Nuevas aperturas”, publicada en *Zona Erógena*, núm. 22, verano de 1994.

¹⁷ Rodolfo Urribarri, “Notas sobre pubertad, narcisismo y representación”, en *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, núm. 90, Montevideo, 1999.

¹⁸ Véase capítulo II, donde me he explayado sobre este tema.

¹⁹ Philippe Jeammet y Maurice Corcos, *Évolution des problématiques à l'adolescence*, París, Doin, 2001; Philippe Jeammet, “Lo que se pone en juego de las identificaciones en la adolescencia”, en *n/A. Psicoanálisis con Niños y Adolescentes*, núm. 2, 1992, pp. 41-57.

²⁰ Véase el capítulo II en este libro.

²¹ Véase el capítulo II en este libro; Philippe Jeammet y Maurice Corcos, *Évolution des problématiques à l'adolescence*, *op. cit.*

²² Annie Birraux, *L'adolescent face à son corps*, *op. cit.*; Philippe Gutton, *Lo puberal*, Buenos Aires, Paidós, 1993.

²³ *Ibid.*; Annie Birraux, *L'adolescent face à son corps*, *op. cit.*

²⁴ Erri de Luca, *Montedidio*, Madrid, Akal, 2004, pp. 37 y 38.

²⁵ Philippe Gutton, “Déjà là, au-delà”, en *Adolescence*, núm. 45, 2003, p. 418.

²⁶ Erri de Luca, *Montedidio*, *op. cit.*, pp. 46-51.

- ²⁷ *Ibid.*, p. 69.
- ²⁸ Erri de Luca, *Montedidio*, *op. cit.*, pp. 98 y 99.
- ²⁹ *Ibid.*, p. 84 (el énfasis me pertenece).
- ³⁰ Nominación de Madeleine Baranger, parafraseando las *locuras privadas* de André Green.
- ³¹ Sigmund Freud, “El hallazgo de objeto”, *Tres ensayos de teoría sexual*, en *Obras completas*, t. VII, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.
- ³² Peter Blos, *Psicoanálisis de la adolescencia*, *op. cit.*
- ³³ Philippe Gutton, “Déja la, au-delà”, *op. cit.*; Philippe Jeammet y Maurice Corcos, *Évolution des problématiques à l’adolescence*, *op. cit.*
- ³⁴ Hanif Kureishi, *Mi oído en su corazón*, Buenos Aires, Anagrama, 2005, p. 15.
- ³⁵ Luis Kancyper, “Adolescencia y a posteriori”, en *Revista de Psicoanálisis*, núm. 5/6, Asociación Psicoanalítica Argentina, 1992.
- ³⁶ Sigmund Freud, “La novela familiar de los neuróticos”, en *Obras completas*, t. IX, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.
- ³⁷ Sigmund Freud, “A propósito de un caso de neurosis obsesiva”, en *Obras completas*, t. X, Buenos Aires, Amorrortu, 1991, p. 162, n. 39.
- ³⁸ Rodolfo Urribarri, “Notas sobre pubertad, narcisismo y representación”, *op. cit.*; Philippe Gutton, *Lo puberal*, *op. cit.*; Philippe Gutton, “Déja la, au-delà”, *op. cit.*
- ³⁹ Philippe Jeammet, “Lo que se pone en juego de las identificaciones en la adolescencia”, *op. cit.*
- ⁴⁰ Piera Aulagnier Castoriadis, “Construir(se) un pasado”, en *Psicoanálisis APdeBA*, vol. XIII, núm. 3, Buenos Aires, 1991, p. 443.
- ⁴¹ Piera Aulagnier Castoriadis, “Construir(se) un pasado”, *op. cit.*, p. 445.
- ⁴² Quizá su formulación está demasiado impregnada de sus hallazgos en las propuestas sobre la vida temprana (sombra hablada, pictograma, violencia primaria, etc.), a partir del trabajo con psicosis. Pareciera que incursionó poco en la práctica con adolescentes comunes, con trastornos del desarrollo o conflictos más leves.
- ⁴³ Peter Blos, *La transición adolescente*, *op. cit.*; Peter Blos, *Psicoanálisis de la adolescencia*, *op. cit.*
- ⁴⁴ Hanif Kureishi, *Mi oído en su corazón*, *op. cit.*, p. 152.

⁴⁵ Sigmund Freud, “Duelo y melancolía”, en *Obras completas*, t. XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.

⁴⁶ Sigmund Freud, “Psicología de las masas”, en *Obras completas*, t. XVIII, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.

⁴⁷ Piera Aulagnier Castoriadis, “Construir(se) un pasado”, *op. cit.*

⁴⁸ Véase Jean Laplanche y Jean-Bertrand Pontalis, *Diccionario de psicoanálisis*, Barcelona, Labor, 1971. Para una ampliación de esta temática, véase el capítulo v de Rodolfo Urribarri, *Estructuración psíquica y subjetivación del niño de escolaridad primaria. El trabajo de Latencia*, Buenos Aires, Noveduc, 2008, especialmente las referencias a identificaciones y relaciones intersubjetivas.

⁴⁹ Hanif Kureishi, *Mi oído en su corazón*, *op. cit.*, p. 54.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 16.

⁵¹ Comentario de David Chernizky luego de leer la primera versión de este capítulo.

⁵² Hanif Kureishi, *Mi oído en su corazón*, *op. cit.*, p. 54.

⁵³ Sigmund Freud, “Las metamorfosis de la pubertad”, en *Tres ensayos de teoría sexual y otras obras*, en *Obras completas*, t. VII, Buenos Aires, Amorrortu, 1991, p. 207.

⁵⁴ Sigmund Freud, “La novela familiar de los neuróticos”, *op. cit.*, p. 207.

⁵⁵ Sigmund Freud, “Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci”, en *Obras completas*, t. XI, Buenos Aires, Amorrortu, 1991, p. 114.

⁵⁶ Sigmund Freud, “Sobre la psicología del colegial”, en *Obras completas*, t. XIII, Buenos Aires, Amorrortu, 1991, pp. 249 y 250.

⁵⁷ Rodolfo Urribarri, *Estructuración psíquica y subjetivación del niño de escolaridad primaria*, *op. cit.*

⁵⁸ Sigmund Freud, *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, en *Obras completas*, t. XXII, Buenos Aires, Amorrortu, 1991, p. 60.

⁵⁹ Sigmund Freud, *Moisés y la religión monoteísta*, en *Obras completas*, t. XXIII, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.

⁶⁰ Esta formulación, si bien amplía al considerar otras facetas, es bastante coincidente con lo que formula Blois con respecto a los cuatro elementos relacionados con la formación del carácter: segunda individuación, traumas residuales, continuidad yoica e identidad sexual (Peter Blois, *Psicoanálisis de la adolescencia*, *op. cit.*, p. 9).

⁶¹ Raymond Cahn, “Le processus de subjetivacion á l’adolescence”, en Maja Merret-Catipovic y François Ladame (dirs.), *Adolescence et psychanalyse: une histoire*, París, Delachaux et Niestlé, 1997, cap. 9.

⁶² Hanif Kureishi, *Mi oído en su corazón*, *op. cit.*, p. 164.

⁶³ *Ibid.*, p. 165.

⁶⁴ Recordemos lo planteado por Donald Winnicott sobre la muerte y el asesinato del padre en el capítulo 11 de *Realidad y juego* (Barcelona, Gedisa, 2009).

⁶⁵ Philippe Jeammet y Maurice Corcos, *Évolution des problématiques á l’adolescence*, *op. cit.*; Philippe Jeammet, “Lo que se pone en juego de las identificaciones en la adolescencia”, *op. cit.*; Rodolfo Urribarri, “Notas sobre pubertad, narcisismo y representación”, *op. cit.*

⁶⁶ Jean Laplanche y Jean-Bertrand Pontalis, *Diccionario de psicoanálisis*, *op. cit.*

⁶⁷ Sigmund Freud, “Duelo y melancolía”, *op. cit.*; Sigmund Freud, “Psicología de las masas”, *op. cit.*; Sigmund Freud, “El malestar en la cultura”, en *Obras completas*, t XXI, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.

⁶⁸ idea tomada en parte de un comentario de la doctora Raquel Zak de Goldstein luego de leer la primera versión de este capítulo.

⁶⁹ Por razones de espacio, no he podido desarrollar esto, que implica un replanteo del fin de la adolescencia y de la denominada “crisis de la mitad de la vida”.

⁷⁰ Sigmund Freud, “Carta 52”, en *Obras completas*, t. I, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.

⁷¹ Felisberto Hernández, “El caballo perdido”, en *Las hortensias y otros cuentos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004, p. 57.

⁷² Rodolfo Urribarri, “Sobre o processo adolescente”, en Roberto B. Graña y Angela Piva (comps.), *A atualidade da psicanálise de adolescentes: formas do malestar na juventude contemporânea*, San Pablo, Casa do Psicólogo, 2004.

⁷³ Raymond Cahn, *L’adolescent dans la psychanalyse. L’aventure de la subjectivation*, París, PUF, 1998, p. 194. Retoma esta temática en el fórum “Reflexiones críticas sobre lo ulterior y lo anterior a partir de la aventura de la subjetivación”, en *Psychiatrie Française*, núm. 1, 2000.

⁷⁴ Piera Aulagnier Castoriadis, “Construir(se) un pasado”, *op. cit.*, p. 449. Véase también Piera Aulagnier Castoriadis, “Los dos principios del funcionamiento identificador: permanencia y cambio”, en *Un intérprete en busca de sentido*, México, Siglo xix, 1994.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 195.

⁷⁶ *Ibid.*

⁷⁷ Raymond Cahn, “Le processus de subjetivacion á l’adolescence”, *op. cit.*, p. 217 (el énfasis me pertenece). Véase también Raymond Cahn, *L’adolescent dans la psychanalyse*, *op. cit.*, pp. 53 y 54.

⁷⁸ Raymond Cahn, “Le processus de subjetivacion á l’adolescence”, *op. cit.*, pp. 217 y 218. El doctor Edgardo Rolla solía definir al adolescente como un *borderline* fisiológico o transitorio, que no podía tomar el comando afectivo de sus intensos cambios, y buscaba su definición, modalidad o inserción social.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 218 (el énfasis me pertenece).

⁸⁰ Madeleine Vermorel, Jacques Dufour y Marie-Claude Bal, *Autour de l’œuvre de Raymond Cahn*, París, In Press, 2009, pp. 15-24.

⁸¹ *Ibid.*, pp. 23 y 24.

⁸² *Ibid.*, p. 157.

¹ Sigmund Freud, *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico*, t. XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 1991, p. 10.

² Podrá objetarse la falta de “material preciso” (sueños, sesiones, etc.), eslabones intermedios que justificaran que no se trata de una antojadiza y tendenciosa interpretación de mi parte. Pero dado el largo tiempo transcurrido desde la realización de estos tratamientos, también la falta o el extravío de notas textuales de largos procesos terapéuticos, me es imposible transcribir con precisión secuencias que justifiquen mis interpretaciones o las construcciones propuestas.

³ Este material sirve también para ejemplificar la conclusión final del capítulo II, luego del caso de Carla.

⁴ Peter Blos, “La epigénesis de la neurosis adulta”, en *La transición adolescente*, Buenos Aires, Amorrortu, 1981, p. 234.

⁵ El caso de Gonzalo se amplía en el capítulo VII, véanse pp. 240-244.

⁶ Margaret Mahler, *Estudios I. Psicosis infantiles y otros trabajos*, Buenos Aires, Paidós, 1984, p. 31.

⁷ *Ibid.*, p. 37.

⁸ Véanse los capítulos previos en este libro y Rodolfo Urribarri, *Estructuración psíquica y subjetivación del niño de escolaridad primaria. El trabajo de la Latencia*, Buenos Aires, Noveduc, 2008.

⁹ Elizabeth Bremner Kaplan, “Reflections Regarding Psychomotor Activities During the Latency Period”, en *The Psychoanalytic Study of the Child*, vol. 20, 1965, p. 232.

¹⁰ Elizabeth Bremner Kaplan, “Reflections Regarding...”, *op. cit.*

¹¹ Ted Becker, “On Latency”, en *The Psychoanalytic Study of the Child*, vol. 29, 1974.

¹² *Ibid.*, p. 8.

¹³ Ted Becker, “On Latency”, *op. cit.*, pp. 9-11.

¹⁴ Richard A. Isay, “The Influence of the Primal Scene on the Sexual Behavior of an Early Adolescent”, en *Journal of the American Psychoanalytic Association*, t. 23, 1975.

¹⁵ *Ibid.*, p. 548.

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ *Ibid.*, p. 551.

¹⁸ Charles I. Feigelson, “Reconstruction of Adolescence and Early Latency in the Analysis of an Adult Woman”, en *The Psychoanalytic Study of the Child*, vol. 31, 1976.

¹⁹ Charles I. Feigelson, “Reconstruction of Adolescence...”, *op. cit.*, p. 226.

²⁰ *Ibid.*, p. 228.

²¹ *Ibid.*, p. 232.

²² *Ibid.*, p. 233.

²³ Charles I. Feigelson, “Reconstruction of Adolescence...”, *op. cit.*, p. 234.

²⁴ Kerry Kelly Novick y Jack Novick, “Postoedipal Transformations: Latency, Adolescence and Pathogenesis”, en *Journal of the American Psychoanalytic Association*, vol. 42, núm. 1, 1994.

²⁵ *Ibid.*, p. 146.

²⁶ *Ibid.*, p. 147.

²⁷ *Ibid.*, p. 150.

²⁸ *Ibid.*, pp. 150 y 151.

²⁹ Kerry Kelly Novick y Jack Novick, “Postoedipal Transformations”, *op. cit.*, p. 154.

³⁰ *Ibid.*, p. 162.

³¹ *Ibid.*, p. 166.

³² Sidney H. Phillips, “Trauma y guerra”, en *n/A. Psicoanálisis con Niños y Adolescentes*, núm. 8, 1995.

³³ *Ibid.*, pp. 72 y 73.

³⁴ Sidney H. Phillips, “Trauma y guerra”, *op. cit.*, p. 79.

³⁵ Elias Mallet da Rocha Barros, “Trauma, símbolo y significado”, presentación en la Asociación Psicoanalítica Argentina, junio de 2005.

³⁶ Jorge Luis Maldonado, “Vicissitudes in Adult Life Resulting from Traumatic Experiences in Adolescence”, en *International Journal of Psychoanalysis*, vol. 87, 2006 [trad. esp.: “Vicisitudes en la vida adulta de experiencias traumáticas acaecidas en la adolescencia”, en *El narcisismo y el trabajo del analista*, Buenos Aires, Lumen, 2008].

³⁷ *Ibid.*, p. 222.

- ³⁸ Jorge Luis Maldonado, “Vicissitudes in Adult...” *op. cit.*, pp. 222 y 223.
- ³⁹ *Ibid.*, p. 229.
- ⁴⁰ *Ibid.*
- ⁴¹ Marcos Korembli, “¿Termina la adolescencia?”, en *Psicoanálisis*, vol. XXIX, núm. 2, 2007, pp. 277-296.
- ⁴² Sigmund Freud, “Carta 52”, en *Obras completas*, t. I, Buenos Aires, Amorrortu, 1991, p. 274.
- ⁴³ Sigmund Freud, “A propósito de un caso de neurosis obsesiva”, en *Obras completas*, t. X, Buenos Aires, Amorrortu, 1991, p. 162, n. 39.
- ⁴⁴ Sidney H. Phillips, “Trauma y guerra”, *op. cit.*, p. 52 (el énfasis me pertenece).
- ⁴⁵ Sigmund Freud, *Estudios sobre la histeria*, en *Obras completas*, t. II, Buenos Aires, Amorrortu, 1991, p. 149.
- ⁴⁶ Peter Blos, “La epigénesis de la neurosis adulta”, *op. cit.*, p. 302.
- ⁴⁷ Anna Freud, *Normalidad y patología en la niñez*, Buenos Aires, Paidós, 1973, p. 121.
- ⁴⁸ Peter Blos, “La epigénesis de la neurosis adulta”, *op. cit.*, p. 303.
- ⁴⁹ *Ibid.*, p. 305.
- ⁵⁰ *Ibid.*, p. 307.
- ⁵¹ Sigmund Freud, *Moisés y la religión monoteísta*, en *Obras completas*, t. XXIII, Buenos Aires, Amorrortu, 1991, p. 74.
- ⁵² Véase Peter Blos, “La epigénesis de la neurosis adulta”, *op. cit.*, pp. 307 y 308. También aclara que “Freud utilizó las expresiones ‘neurosis infantil’, ‘neurosis de la niñez’, ‘neurosis de la infancia’ como designaciones equivalentes. La expresión usada en la bibliografía actual es ‘neurosis infantil’. Con ‘neurosis de la niñez’ se hace referencia a los trastornos neuróticos que se manifiestan antes de la adolescencia” (*ibid.*, p. 325, n. 10).

¹ William G. Niederland, “An Analytic Inquiry into the Life and Work of Heinrich Schliemann”, en M. Schur (comp.), *Drives, Affects, Behavior*, vol. 2, Nueva York, International Universities Press, 1965, pp. 369-396.

² Entre otras cosas, se evidencia en este fragmento de una carta a sus hermanas del 20 de febrero de 1842: “Luego de visitar la tumba del pequeño Heinrich continuamos nuestro viaje”. En el renglón siguiente dice de sí mismo: “En qué grande y alto hombre el pequeño Heinrich se ha convertido”.

³ Dicho castillo era considerado como hechizado y lugar donde estaban escondidos los tesoros de su dueño, un barón ladrón de nombre Henning.

⁴ El autor señala que pudo encontrar el libro y sus láminas lo impactaron.

⁵ William G. Niederland, “An Analytic Inquiry into the Life and Work of Heinrich Schliemann”, *op. cit.*, p. 383.

⁶ William G. Niederland, “An Analytic Inquiry...”, *op. cit.*, p. 384.

⁷ Wilfred R. Bion, *War Memoirs*, Londres, Karnac, 1997. Un texto que aborda un tema en parte similar al que propongo es el de Dominique Agostini, “Un adolescent dans la guerre: Bion”, en *L’Organe et le Sujet* 2, t. 21, núm. 4, 2003.

⁸ Wilfred R. Bion, *El largo fin de semana: recordando todos mis pecados. Escritos autobiográficos*, Valencia, Promolibro, 1997.

⁹ Wilfred R. Bion, *El largo fin de semana*, *op. cit.*

¹⁰ *Ibid.*, pp. 40 y 41.

¹¹ *Ibid.*, p. 112.

¹² Wilfred R. Bion, *El largo fin de semana*, *op. cit.*

¹³ *Ibid.*, pp. 115 y 116.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 116 y 117.

¹⁵ *Ibid.*, p. 119.

¹⁶ *Ibid.*, pp. 122 y 123.

¹⁷ Wilfred R. Bion, *El largo fin de semana*, *op. cit.*

¹⁸ *Ibid.*, p. 131.

¹⁹ *Ibid.*, p. 133.

- ²⁰ *Ibid.*, p. 137.
- ²¹ *Ibid.*, p. 139.
- ²² Wilfred R. Bion, *El largo fin de semana*, *op. cit.*, p. 143.
- ²³ *Ibid.*, p. 148.
- ²⁴ *Ibid.*, pp. 149 y 150.
- ²⁵ Wilfred R. Bion, *El largo fin de semana*, *op. cit.*, pp. 157-159.
- ²⁶ *Ibid.*
- ²⁷ *Ibid.*, pp. 181-191.
- ²⁸ *Ibid.*
- ²⁹ *Ibid.*
- ³⁰ Wilfred R. Bion, *War Memoirs*, *op. cit.*, p. 69.
- ³¹ Wilfred R. Bion, *El largo fin de semana*, *op. cit.*, p. 207.
- ³² *Ibid.*, p. 218.
- ³³ Wilfred R. Bion, *War Memoirs*, *op. cit.*, p. 243.
- ³⁴ *Ibid.*, p. 223.
- ³⁵ *Ibid.*
- ³⁶ Wilfred R. Bion, *War Memoirs*, *op. cit.*, pp. 267-271.
- ³⁷ *Ibid.*
- ³⁸ Wilfred R. Bion, *Memorias del futuro*, Madrid, Julián Yébenes, 1995.
- ³⁹ Wilfred R. Bion, *War Memoirs*, *op. cit.*, p. 122.
- ⁴⁰ Wilfred R. Bion, *Cogitations*, Londres, Karnac Books, 1992, p. 166.
- ⁴¹ Dominique Agostini, “Un adolescent dans la guerre: Bion”, *op. cit.*, pp. 501 y 502. En otra parte dice: “‘Me di cuenta de que es precisamente la incertidumbre que torna ciertos pensamientos en desagradables y el juicio difícil’. A propósito del impacto sobre sus percepciones de esas experiencias extremas y de lo que siente que ellas demandan, Bion comprende que el espacio-tiempo es poco a poco reducido por el terror o la unisensorialidad. Es muy duro, precisa él, esperar en todo momento el ataque del enemigo, la muerte está ahí, si uno no está prestando atención” (*ibid.*, pp. 799 y 800).

⁴² Wilfred R. Bion, *War Memoirs, op. cit.*, pp. 94 y 95.

⁴³ *Ibid.*, pp. 105 y 106.

⁴⁴ Wilfred R. Bion, *Transformaciones*, Valencia, Promolibro, 2001.

⁴⁵ Wilfred R. Bion, *War Memoirs, op. cit.*, p. 331.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 312.

⁴⁷ Wilfred R. Bion, *El largo fin de semana, op. cit.*, pp. 328 y 329.

¹ Sigmund Freud, “Duelo y melancolía”, en *Obras completas*, t. XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.

² Martha Wolfenstein, “Loss, Rage and Repetition”, en *The Psychoanalytic Study of the Child*, t. XXIV, 1969.

³ *Ibid.*

⁴ Es probable que se tratara de un “espasmo de sollozo pálido”, cuya descripción ligada a pequeños traumatismos de la región occipital recién comenzaba a difundirse en Estados Unidos.

⁵ Martha Wolfenstein, “Loss, Rage and Repetition”, *op. cit.*

⁶ Véanse Robert Furman, “Death and the Young Child: Some Preliminary Considerations”, en *The Psychoanalytic Study of the Child*, t. XIX, 1964, pp. 321-333; Margaret Mahler, “On Sadness and Grief in Infancy and Childhood”, en *The Psychoanalytic Study of the Child*, t. XVI, 1961, pp. 332-351; Humberto Nagera, “Children’s Reaction to the Death of Important Object, a Developmental Approach”, en *The Psychoanalytic Study of the Child*, t. XXV, 1970, pp. 360-400; Alicia Cohan de Urribarri y Rodolfo Urribarri, “Consideraciones sobre el divorcio y la nueva familia del divorciado”, en *Terapia Familiar*, año ix, núm. 15, agosto de 1986; Judith Wallerstein y Joan Kelly, *Surviving the Breakup*, Nueva York, Basic Book, 1980; Martha Wolfenstein, “How is Mourning Possible?”, en *The Psychoanalytic Study of the Child*, t. XXI, 1966, pp. 93-123.

⁷ Sigmund Freud, *Más allá del principio del placer*, en *Obras completas*, t. XVIII, Buenos Aires, Amorrortu, 1991, p. 16, n.

⁸ Moses Laufer, “Object Loss and Mourning During Adolescence”, en *The Psychoanalytic Study of the Child*, t. XXI, 1966.

⁹ John Bowlby, “Processes of Mourning”, en *International Journal of Psychoanalysis*, vol. 42, 1961; Sigmund Freud, *Más allá del principio del placer*, *op. cit.*

¹⁰ Sigmund Freud, *La interpretación de los sueños*, en *Obras completas*, t. IV, Buenos Aires, Amorrortu, 1991, p. 264, n. 18.

¹¹ Sigmund Freud, “Fetichismo”, en *Obras completas*, t. XXI, Buenos Aires, Amorrortu, 1991, p. 150 (el énfasis me pertenece).

¹² *Ibid.*, p. 151.

¹³ Sigmund Freud, “La escisión del yo en el proceso defensivo”, en *Obras completas*, t. XXIII, Buenos Aires, Amorrortu, 1991, pp. 275 y 276 (el énfasis me pertenece).

Retoma esta idea también en Sigmund Freud, “Esquema del psicoanálisis”, en *Obras completas*, t. XXIII, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.

¹⁴ Jorge García Badaracco *et al.*, “Revisión de algunos conceptos acerca de la perversión, desde la experiencia clínica”, en *Revista de Psicoanálisis*, t. XXXVII, núm. 6, Asociación Psicoanalítica Argentina, 1980, pp. 1258 y 1259.

¹⁵ Véanse Helene Deutsch, “Absence of Grief”, en *The Psychoanalytic Quarterly*, t. VI, 1937, pp. 12-22; Edith Jacobson, “The Return of the Lost Parent”, en Max Schur (comp.), *Drives, Affects and Behaviour*, vol. 2, Nueva York, International Universities Press, 1965, pp. 193-211; Margaret Mahler, “On Sadness and Grief in Infancy and Childhood”, *op. cit.*; Martha Wolfenstein, “Loss, Rage and Repetition”, *op. cit.*

¹⁶ Esto es claramente visible en la problemática de Samuel (véase capítulo V, pp. 185-188). Esta temática ha sido desarrollada profundamente, en nuestro medio, por Luis Kancyper, *Resentimiento y remordimiento*, Buenos Aires, Lumen, 2006.

¹⁷ Véanse Alicia Cohan de Urribarri y Rodolfo Urribarri, “Consideraciones sobre el divorcio y la nueva familia del divorciado”, *op. cit.*; Martha Wolfenstein, “How is Mourning Possible?”, *op. cit.*

¹⁸ Peter Blos, *La transición adolescente*, Buenos Aires, Amorrortu, 1981.

¹⁹ Martha Wolfenstein, “How is Mourning Possible?”, *op. cit.*

²⁰ Hugo Bleichmar, *Angustia y fantasma*, Madrid, Adotrap, 1986.

²¹ Henning Mankell, *El chino*, Buenos Aires, Tusquets, 2008, p. 82.

²² Arminda Aberastury, “La percepción de la muerte en los niños”, en *Revista de Psicoanálisis*, t. XXX, núms. 3-4, Asociación Psicoanalítica Argentina, 1973.

²³ Edith Jacobson, “The Return of the Lost Parent”, *op. cit.* Más allá del tema central, puede servir también como ejemplificación del capítulo V.

²⁴ Edith Jacobson, “The Return of the Lost Parent”, *op. cit.*, p. 209.

* Este ensayo fue escrito junto con Eduardo Mandet.

- ¹ Charles Baudelaire, *Las flores del mal*, Madrid, Ediciones 29, 1977, p. 366.
- ² Charles Baudelaire, *Las flores del mal*, *op. cit.*, p. 188.
- ³ *Ibid.*, p. 106.
- ⁴ *Ibid.*, p. 190.
- ⁵ *Ibid.*, p. 304.
- ⁶ *Ibid.*, p. 38.
- ⁷ *Ibid.*, p. 194.
- ⁸ Charles Baudelaire, *Diarios íntimos*, México, Premia, 1982, p. 41.
- ⁹ Charles Baudelaire, *Las flores del mal*, *op. cit.*, p. 364.
- ¹⁰ Charles Baudelaire, *Cartas a la madre*, Buenos Aires, Schapire, 1947, p. 104.
- ¹¹ Charles Baudelaire, *Cartas a la madre*, *op. cit.*, pp. 149-151 (el énfasis nos pertenece).
- ¹² *Ibid.*, p. 105.
- ¹³ Jean-Paul Sartre, *Baudelaire*, París, Gallimard, 1947, p. 26.
- ¹⁴ *Ibid.*
- ¹⁵ Jean Arthur Rimbaud, *Iluminaciones*, Córdoba, Assandri, 1955, p. 91.
- ¹⁶ Jean Arthur Rimbaud, *Una temporada en el infierno*, Buenos Aires, Fabril Editora, 1962, p. 56.
- ¹⁷ Jean Arthur Rimbaud, “El barco ebrio”, en *Obra escogida*, ed. bilingüe, Barcelona, Teorema, 1982.
- ¹⁸ Jean Arthur Rimbaud, *Iluminaciones*, *op. cit.*, p. 36.
- ¹⁹ Jean Arthur Rimbaud, *Oeuvres poetiques. Extraits*, París, Bordas, 1985, pp. 3 y 4.
- ²⁰ Jean Arthur Rimbaud, *Una temporada en el infierno*, *op. cit.*, p. 80.
- ²¹ Jean Arthur Rimbaud, “Ofelia”, en *Obra escogida*, *op. cit.*, p. 54.
- ²² Jean Arthur Rimbaud, *Cartas de Rimbaud*, Buenos Aires, Juárez, 1969, p. 34.
- ²³ *Ibid.*, p. 38.

- ²⁴ Jean Arthur Rimbaud, *Cartas de Rimbaud*, op. cit., p. 39.
- ²⁵ Jean Arthur Rimbaud, *Obra escogida*, op. cit., p. 184.
- ²⁶ Jean Arthur Rimbaud, “Los sentados”, en *Obra escogida*, op. cit., p. 124.
- ²⁷ *Ibid.*, p. 126.
- ²⁸ Alain de Mijolla, *Los visitantes del yo*, Madrid, Tecnipublicaciones, 1987.
- ²⁹ Charles Baudelaire, *Cartas a la madre*, op. cit., p. 149 (el énfasis nos pertenece).
- ³⁰ Charles Baudelaire, *Cartas a la madre*, op. cit., p. 152.
- ³¹ César González Ruano, *Baudelaire*, Madrid, Espasa Calpe, 1958, p. 107.
- ³² Charles Baudelaire, “xv. A la sirvienta...”, en *Las flores del mal. Los paraísos artificiales*, Barcelona, Bruguera, 1973, p. 174.
- ³³ Charles Baudelaire, *Cartas a la madre*, op. cit., p. 51.
- ³⁴ Véanse los poemas “Mujeres condenadas” y “Las dos buenas hermanas”, en Charles Baudelaire, *Las flores del mal*, op. cit.
- ³⁵ Carta a Asselineau de 1868, luego de la muerte de su hijo, en César González Ruano, *Baudelaire*, op. cit.
- ³⁶ Jean Arthur Rimbaud, *Cartas de Rimbaud*, op. cit., pp. 53 y 54. Véase también Jean Marie Carré, *Vida de Rimbaud*, Buenos Aires, Del Pórtico, 1954, pp. 72 y 73.
- ³⁷ Jean Arthur Rimbaud, *Iluminaciones*, op. cit., p. 130.
- ³⁸ Jean Marie Carré, *Vida de Rimbaud*, op. cit., p. 193.
- ³⁹ *Ibid.*, p. 201.
- ⁴⁰ *Ibid.*, p. 20.
- ⁴¹ Jean Arthur Rimbaud, *Cartas abisianas (1880-1891)*, Barcelona, Tusquets, 1980, pp. 125 y 126 (el énfasis nos pertenece).
- ⁴² Charles Baudelaire, “A una dama criolla”, en *Obras completas*, México, Aguilar, 1963, p. 158.
- ⁴³ Charles Baudelaire, *Cartas a la madre*, op. cit., p. 94.
- ⁴⁴ François Porché, *Baudelaire y la presidenta*, Buenos Aires, Argos, 1947, p. 131.
- ⁴⁵ Charles Baudelaire, *Diarios íntimos*, op. cit., p. 24.

- ⁴⁶ Charles Baudelaire, *Diarios íntimos*, *op. cit.*, p. 67.
- ⁴⁷ *Ibid.*, p. 16.
- ⁴⁸ Charles Baudelaire, *Cartas a la madre*, *op. cit.*, p. 180.
- ⁴⁹ *Ibid.*, p. 129.
- ⁵⁰ *Ibid.*
- ⁵¹ François Porché, *Baudelaire y la presidenta*, *op. cit.*, p. 36.
- ⁵² Jean Arthur Rimbaud, *Iluminaciones*, *op. cit.*, p. 80.
- ⁵³ *Ibid.*, p. 71.
- ⁵⁴ *Ibid.*, p. 68.
- ⁵⁵ Peter Blos, *La transición adolescente*, Buenos Aires, Amorrortu, 1981.
- ⁵⁶ Charles Baudelaire, *Diarios íntimos*, *op. cit.*, p. 64.
- ⁵⁷ *Ibid.*, p. 47.
- ⁵⁸ Charles Baudelaire, *Diarios íntimos*, *op. cit.*, pp. 46 y 47.
- ⁵⁹ Jean Arthur Rimbaud, *Cartas de Rimbaud*, *op. cit.*, pp. 13 y 14.
- ⁶⁰ Jean Arthur Rimbaud, *Cartas abisianas (1880-1891)*, *op. cit.*, pp. 41, 62-65, 108.
- ⁶¹ Sigmund Freud, *Más allá del principio del placer*, en *Obras completas*, t. XVIII, Buenos Aires, Amorrortu, 1991, p. 22.
- ⁶² Jean Arthur Rimbaud, *Cartas abisianas (1880-1891)*, *op. cit.*, p. 124.
- ⁶³ Jean-Paul Sartre, *Baudelaire*, *op. cit.*, p. 207.
- ⁶⁴ Charles Baudelaire, “Viaje”, en *Obras completas*, *op. cit.*, p. 223.
- ⁶⁵ Charles Baudelaire, *Diarios íntimos*, *op. cit.*, p. 15.
- ⁶⁶ Alain de Mijolla, *Los visitantes del yo*, *op. cit.*
- ⁶⁷ Actividad que comenta en una carta a su hija Isabelle del 20 de mayo de 1900.
- ⁶⁸ Jean Arthur Rimbaud, *Cartas de Rimbaud*, *op. cit.*, pp. 80-92.
- ⁶⁹ Charles Baudelaire, *Cartas a la madre*, *op. cit.*, p. 15 (el énfasis nos pertenece).
- ⁷⁰ Charles Baudelaire, *Diarios íntimos*, *op. cit.*, p. 84.

- ⁷¹ Charles Baudelaire, *Diarios íntimos*, *op. cit.*, pp. 13 y 14.
- ⁷² *Ibid.*, p. 14.
- ⁷³ *Ibid.*, p. 41.
- ⁷⁴ *Ibid.*, p. 77.
- ⁷⁵ Jean Arthur Rimbaud, *Iluminaciones*, *op. cit.*, p. 42.
- ⁷⁶ “Passage de Rimbaud”, en *Magazine Littéraire*, núm. 289, París, junio de 1991, p. 37.
- ⁷⁷ Jean Arthur Rimbaud, *Iluminaciones*, *op. cit.*, p. 98.
- ⁷⁸ *Ibid.*, p. 42.
- ⁷⁹ Jean Arthur Rimbaud, *Cartas abisianas (1880-1891)*, *op. cit.*, p. 58.
- ⁸⁰ *Ibid.*
- ⁸¹ Alain de Mijolla, *Los visitantes del yo*, *op. cit.*
- ⁸² Jean Arthur Rimbaud, *Cartas abisianas (1880-1891)*, *op. cit.*, p. 29.
- ⁸³ *Ibid.*, p. 58.
- ⁸⁴ Jean Arthur Rimbaud, *Cartas abisianas (1880-1891)*, *op. cit.*, p. 116.
- ⁸⁵ *Ibid.*, p. 123.
- ⁸⁶ Jean Arthur Rimbaud, *Iluminaciones*, *op. cit.*, p. 80.

BIBLIOGRAFÍA

- ABERASTURY, Arminda, Mauricio Knobel *et al.*, *La adolescencia normal: un enfoque psicoanalítico*, Buenos Aires, Paidós, 1971.
- , “Adolescencia”, en Arminda Aberastury *et al.*, *Adolescencia*, Buenos Aires, Kargieman, 1971.
- , “La percepción de la muerte en los niños”, en *Revista de Psicoanálisis*, t. XXX, núms. 3-4, Asociación Psicoanalítica Argentina, 1973.
- ABRAHAM, Karl, *Psicoanálisis clínico*, Buenos Aires, Horme, 1994.
- AGOSTINI, Dominique, “Un adolescent dans la guerre: Bion”, en *L’Organe et le Sujet* 2, t. 21, núm. 4, 2003.
- AJURIAGUERRA, Jean de, *Manual de psiquiatría infantil*, Barcelona, Toray Masson, 1976.
- ALONSO, Rodolfo *et. al.*, *El mundo de Charles Baudelaire*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1980.
- AULAGNIER CASTORIADIS, Piera, *La violencia de la interpretación*, Buenos Aires, Amorrortu, 1977.
- , *El aprendiz de historiador y el maestro-brujo*, Buenos Aires, Amorrortu, 1984.
- , “Se construire un passé”, en *Journal de la Psychanalyse de l’Enfant*, núm. 7, París, Centurión, 1989 [trad. esp.: “Construir(se) un pasado”, en *Psicoanálisis APdeBA*, vol. XIII, núm. 3, Buenos Aires, 1991].
- “Baudelaire”, en *Magazine Littéraire*, núm. 273, París, junio de 1990.
- BAUDELAIRE, Charles, *Cartas a la madre*, Buenos Aires, Schapire, 1947.
- , *Las flores del mal*, Madrid, Ediciones 29, 1977.
- , *Obras completas*, México, Aguilar, 1963.
- , *El spleen de París*, Barcelona, Brugera, 1973.
- , *Diarios íntimos*, México, Premia, 1982.
- , *Escritos sobre literatura*, Barcelona, Brugera, 1984.
- BECKER, Ted, “On Latency”, en *The Psychoanalytic Study of the Child*, vol. 29, 1974.
- BENJAMIN, Walter, *Sobre el programa de la filosofía moderna*, Barcelona, Planeta, 1986.
- BERSANI, Leo, *Baudelaire y Freud*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.
- BIBRING, Edward, “The Conception of the Repetition Compulsion”, en *The Psychoanal Quarterly*, 1943, pp. 486-519.
- BION, Wilfred R., *Memorias del futuro*, Madrid, Julián Yébenes, 1995.
- , *El largo fin de semana: recordando todos mis pecados. Escritos autobiográficos*, Valencia, Promolibro, 1997.

- , *War Memoirs*, Londres, Karnac, 1997.
- , *Transformaciones*, Valencia, Promolibro, 2001.
- BIRRAUX, Annie, *L'adolescent face à son corps*, París, Universitaires, 1990 [trad. esp.: *El adolescente frente a su cuerpo*, Valencia, Abisal, 2007].
- BLEGER, José, *Simbiosis y ambigüedad*, Buenos Aires, Paidós, 1967.
- BLEICHMAR, Hugo, *Angustia y fantasma*, Madrid, Adotrap, 1986.
- BLOS, Peter, *Psicoanálisis de la adolescencia*, México, Joaquín Mortiz, 1971.
- , *La transición adolescente*, Buenos Aires, Amorrortu, 1981.
- BORNSTEIN, Berta, “On Latency”, en *The Psychoanalytic Study of the Child*, núm. 6, Nueva York, International University Press, 1951.
- BOWLBY, John, “Grief and Mourning in infancy and early childhood”, en *The Psychoanalytic Study of the Child*, t. xv, 1960.
- , “Processes of Mourning”, en *International Journal of Psychoanalysis*, vol. 42, 1961.
- BRUSSET, Bernard, “El vínculo fraterno y el psicoanálisis”, en *Revista de Psicoanálisis*, t. XLIV, núm. 1, Asociación Psicoanalítica Argentina, 1987.
- CAHN, Raymond, “Le processus de subjetivacion á l'adolescence”, en Maja Merret-Catipovic y François Ladame (dirs.), *Adolescence et psychanalyse: une histoire*, París, Delachaux et Niestlé, 1997.
- , *L'adolescent dans la psychanalyse. L'aventure de la subjectivation*, París, PUF, 1998.
- , *La fin du divan?*, París, Odile Jacob, 2002.
- CARRÉ, Jean Marie, *Vida de Rimbaud*, Buenos Aires, Del Pórtico, 1954.
- COHAN DE URRIBARRI, Alicia y Rodolfo Urribarri, “Consideraciones sobre el divorcio y la nueva familia del divorciado”, en *Terapia Familiar*, año IX, núm. 15, agosto de 1986.
- DEUTSCH, Helene, “Absence of Grief”, en *The Psychoanalytic Quarterly*, t. VI, 1937, pp. 12-22.
- , *Psicología de la mujer*, Buenos Aires, Losada, 1977.
- ERIKSON, Erik, *Infancia y sociedad*, Buenos Aires, Hormé, 1966.
- FEIGELSON, Charles I., “Reconstruction of Adolescence and Early Latency in the Analysis of an Adult Woman”, en *The Psychoanalytic Study of the Child*, vol. 31, 1976.
- FERNÁNDEZ MOUJÁN, Octavio, *Abordaje técnico y clínico del adolescente*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1974.
- , “El trabajo de duelo durante la adolescencia”, en Susana Quiroga (comp.), *Adolescencia: de la metapsicología a la clínica*, Buenos Aires, Amorrortu, 1984.
- FREUD, Anna, *Normalidad y patología en la niñez*, Buenos Aires, Paidós, 1973.
- , “La adolescencia”, en *Psicoanálisis del desarrollo del niño y del adolescente*,

- Buenos Aires, Paidós, 1977.
- , *Psicoanálisis y la crianza del niño*, Buenos Aires, Paidós, 1977.
- FREUD, Anna y Dorothy Burlingham, *La guerra y los niños*, Buenos Aires, Hormé, 1965.
- FREUD, Sigmund, “Carta 52”, en *Obras completas*, t. I, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.
- , *Estudios sobre la histeria*, en *Obras completas*, t. II, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.
- , *La interpretación de los sueños*, en *Obras completas*, t. IV, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.
- , *El chiste y su relación con lo inconsciente*, en *Obras completas*, t. VII, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.
- , “Las metamorfosis de la pubertad”, en *Tres ensayos de teoría sexual y otras obras*, en *Obras completas*, t. VII, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.
- , “A propósito de un caso de neurosis obsesiva”, en *Obras completas*, t. X, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.
- , “El creador literario y el fantaseo”, en *Obras completas*, t. IX, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.
- , “La novela familiar de los neuróticos”, en *Obras completas*, t. IX, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.
- , “Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci”, en *Obras completas*, t. XI, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.
- , “Sobre la psicología del colegial”, en *Obras completas*, t. XIII, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.
- , “Duelo y melancolía”, en *Obras completas*, t. XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.
- , *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico*, t. XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.
- , “La transitoriedad”, en *Obras completas*, t. XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.
- , “Psicología de las masas”, en *Obras completas*, t. XVIII, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.
- , *Más allá del principio del placer*, en *Obras completas*, t. XVIII, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.
- , “Fetichismo”, en *Obras completas*, t. XXI, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.
- , “El malestar en la cultura”, en *Obras completas*, t. XXI, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.
- , *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, en *Obras completas*, t. XXII, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.
- , “Esquema del psicoanálisis”, en *Obras completas*, t. XXIII, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.

- , “La escisión del yo en el proceso defensivo”, en *Obras completas*, t. XXIII, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.
- , *Moises y la religión monoteísta*, en *Obras completas*, t. XXIII, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.
- FURMAN, Robert, “Death and the Young Child: Some Preliminary Considerations”, en *The Psychoanalytic Study of the Child*, t. XIX, 1964, pp. 321-333.
- GARCÍA BADARACCO, Jorge *et al.*, “Revisión de algunos conceptos acerca de la perversión, desde la experiencia clínica”, en *Revista de Psicoanálisis*, t. XXXVII, núm. 6, Asociación Psicoanalítica Argentina, 1980.
- GONZÁLEZ RUANO, César, *Baudelaire*, Madrid, Espasa Calpe, 1958.
- GREEN, André, *Locuras privadas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1990.
- , *La metapsicología revisitada*, Buenos Aires, Eudeba, 1996.
- , “La representación y lo irrepresentable. Hacia una metapsicología de la clínica contemporánea” (entrevista realizada por Fernando Urribarri), en *Revista de Psicoanálisis*, núm. 6, Asociación Psicoanalítica Argentina, 1998-1999.
- GREENACRE, Phyllis, *Trauma, desarrollo y personalidad*, Buenos Aires, Hormé, 1960.
- GRINBERG, León, “Sobre dos tipos de culpa”, en *Revista de Psicoanálisis*, t. XX, núm. 4, Asociación Psicoanalítica Argentina, 1963.
- GUIR, Jean, *Psicosomática y cáncer*, Buenos Aires, Catálogos, 1984.
- GUTTON, Philippe, *Lo puberal*, Buenos Aires, Paidós, 1993.
- , “Déjà la, au-delà”, en *Adolescence*, núm. 45, 2003, p. 418.
- ISAY, R. A., “The Influence of the Primal Scene on the Sexual Behavior of an Early Adolescent”, en *Journal of the American Psychoanalytic Association*, t. 23, 1975.
- JACOBSON, Edith, *El self y el mundo objetual*, Buenos Aires, Beta, 1974.
- , “The Return of the Lost Parent”, en Max Schur (comp.), *Drives, Affects and Behaviour*, vol. 2, Nueva York, International Universities Press, 1965.
- JEAMMET, Philippe, “Lo que se pone en juego de las identificaciones en la adolescencia”, en *n/A. Psicoanálisis con Niños y Adolescentes*, núm. 2, 1992, pp. 41-57.
- JEAMMET, Philippe y Maurice Corcos, *Évolution des problématiques à l'adolescence*, París, Doin, 2001.
- KANCYPER, Luis, “Adolescencia y a posteriori”, en *Revista de Psicoanálisis*, núms. 5/6, Asociación Psicoanalítica Argentina, 1992.
- , *Resentimiento y remordimiento*, Buenos Aires, Lumen, 2006.
- KAPLAN, Louise, *Adolescencia. El adiós a la infancia*, Buenos Aires, Paidós, 1986.
- KOREMBLIT, Marcos, “¿Termina la adolescencia?”, en *Psicoanálisis*, vol. XXIX, núm. 2, 2007, pp. 277-296.
- LAGACHE, Daniel, “La psychanalyse et la structure de la personnalité”, en *La Psychanalyse*, París, PUF, 1961 [trad. esp.: *Psicoanálisis y estructura de la*

- personalidad*, Madrid, Lucerna, 2005].
- , “Aporte para un estudio sobre el cambio individual durante el proceso analítico”, en *Revista de Psicoanálisis*, t. XXVI, núm. 1, Asociación Psicoanalítica Argentina, 1969.
- LAPLANCHE, Jean y Jean-Bertrand Pontalis, *Diccionario de psicoanálisis*, Barcelona, Labor, 1971.
- LAUFER, Moses, “Object Loss and Mourning During Adolescence”, en *The Psychoanalytic Study of the Child*, t. XXI, 1966.
- LE SOLLEUZ, Jean, *L’oeuvre de Baudelaire. Extraits*, París, Hachette, 1956.
- MAHLER, Margaret, “On Sadness and Grief in Infancy and Childhood”, en *The Psychoanalytic Study of the Child*, t. XVI, 1961, pp. 332-351.
- , *Estudios I. Psicosis infantiles y otros trabajos*, Buenos Aires, Paidós, 1984.
- MALDONADO, Jorge Luis, “Vicissitudes in Adult Life Resulting from Traumatic Experiences in Adolescence”, en *International Journal of Psychoanalysis*, vol. 87, 2006 [trad. esp.: “Vicisitudes en la vida adulta de experiencias traumáticas acontecidas en la adolescencia”, en *El narcisismo y el trabajo del analista*, Buenos Aires, Lumen, 2008].
- MALLET DA ROCHA BARROS, Elias, “Trauma, símbolo y significado”, presentación en la Asociación Psicoanalítica Argentina, junio de 2005.
- MAURON, Charles, *Le dernier Baudelaire*, París, José Corti, 1966.
- MIJOLLA, Alain de, *Los visitantes del yo*, Madrid, Tecnipublicaciones, 1987.
- MORGAN, Edwin, *Baudelaire*, Buenos Aires, Juventud, 1946.
- NAGERA, Humberto, “Children’s Reaction to the Death of Important Object, a Developmental Approach”, en *The Psychoanalytic Study of the Child*, t. XXV, 1970, pp. 360-400.
- NIEDERLAND, William G., “An Analytic Inquiry into the Life and Work of Heinrich Schliemann”, en M. Schur (comp.), *Drives, Affects, Behavior*, vol. 2, Nueva York, International Universities Press, 1965, pp. 369-396.
- NOVICK, Kerry Kelly y Jack Novick, “Postoedipal Transformations: Latency, Adolescence and Pathogenesis”, en *Journal of the American Psychoanalytic Association*, vol. 42, núm. 1, 1994.
- “Passage de Rimbaud”, en *Magazine Littéraire*, núm. 289, París, junio de 1991.
- PERRET-CATIPOVIC, Maja y François Ladame (dirs.), *Adolescence et psychanalyse: une histoire*, París, Delachaux et Niestlé, 1997.
- PHILLIPS, Sidney H., “Trauma y guerra”, en n/A. *Psicoanálisis con Niños y Adolescentes*, núm. 8, 1995.
- PIA, Pascal, *Baudelaire par lui-même*, París, Seuil, 1970.
- PIAGET, Jean y Barbel Inhelder, *De la lógica del niño a la lógica del adolescente*, México, Paidós, 1985.
- PORCHÉ, François, *Baudelaire y la presidenta*, Buenos Aires, Argos, 1947.

- RICHARD, François, *L'aventure de la subjectivation*, París, GREUPP, 1999.
- RIMBAUD, Jean Arthur, *Iluminaciones*, Córdoba, Assandri, 1955.
- , *Una temporada en el infierno*, Buenos Aires, Fabril Editora, 1962.
- , *Cartas de Rimbaud*, Buenos Aires, Juárez, 1969.
- , *Cartas abisianas (1880-1891)*, Barcelona, Tusquets, 1980.
- , *Obra escogida*, ed. bilingüe, Barcelona, Teorema, 1982.
- , *Œuvres poétiques. Extraits*, París, Bordas, 1985.
- ROOT, Nathan, “A Neurosis in Adolescence”, en *The Psychoanalytic Study of the Child*, vol. 12, Nueva York, International Universities Press, 1957.
- SARTRE, Jean-Paul, *Baudelaire*, París, Gallimard, 1947.
- URRIBARRI, Rodolfo, “La familia adolescente”, en *Actualidad Psicológica*, 1977.
- , “Pasaje de la latencia a la adolescencia”, curso previo a la IV Reunión del Fórum Panamericano para el Estudio de la Adolescencia, Bahía, Brasil, enero de 1977 (inédito).
- , “Generalidades sobre el período de latencia”, relato en las Jornadas Clínicas de Asociación Argentina de Psiquiatría y Psicología de la Infancia y la Adolescencia (ASAPPIA), Rosario, 29 de septiembre de 1979 (inédito).
- , “Replanteos sobre el período de latencia y comienzos de la adolescencia”, conferencia plenaria en el VI Congreso Latinoamericano de Psiquiatría Infantil, México, febrero de 1985.
- , “Consideraciones sobre el período de latencia”, en *Revista de la Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados*, núm. 15, 1988.
- , *Replanteos sobre el período de latencia*, Buenos Aires, Facultad de Psicología (UBA), 1991.
- , “Pérdida de seres queridos en la infancia y la adolescencia”, en *n/A. Psicoanálisis con Niños y Adolescentes*, núm. 1, 1991.
- , “Sobre adolescencia, duelo y a posteriori”, en *Revista de Psicoanálisis*, t. XLVII, núm. 4, Buenos Aires, Asociación Psicoanalítica Argentina, 1990, y en Leonardo Goijman y Luis Kancyper (comps.), *Clínica psicoanalítica de niños y adolescentes*, Buenos Aires, Lumen, 1998.
- , “Descorriendo el velo. Sobre el trabajo de la Latencia”, en *Revista de Psicoanálisis*, t. LVI, núm.1, Asociación Psicoanalítica Argentina, 1999.
- , “Notas sobre pubertad, narcisismo y representación”, en *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, núm. 90, Montevideo, 1999.
- , “Rapport entre processus de latence et d'adolescence”, en *Adolescence, Monographie International Society for Adolescent Psychiatry*, GREUPP, París, 2000.
- , “Patología en la adolescencia y su relación con la latencia”, en *Revista de Psicoanálisis* (Premio FEPAL 2000), t. LVII, núm. 2, Asociación Psicoanalítica Argentina, 2000.

- , *Estructuración psíquica y subjetivación del niño de escolaridad primaria. El trabajo de Latencia*, Buenos Aires, Noveduc, 2008.
- VERLAINE, Paul, *Los poetas malditos*, Buenos Aires, Efece, s. a.
- VERMOREL, Madeleine, Jacques Dufour y Marie-Claude Bal, *Autour de l'œuvre de Raymond Cahn*, París, In Press, 2009.
- WALLERSTEIN, Judith y Joan Kelly, *Surviving the breakup*, Nueva York, Basic Book, 1980.
- WOLFENSTEIN, Martha, "How is Mourning Possible?", en *The Psychoanalytic Study of the Child*, t. XXI, 1966.
- , "Loss, Rage and Repetition", en *The Psychoanalytic Study of the Child*, t. XXIV, 1969.

SOBRE LA PROCEDENCIA DE LOS TEXTOS

Los ensayos reunidos en este libro fueron publicados previamente, aunque todos ellos fueron revisados, corregidos y aumentados para el presente volumen. A continuación se indican las referencias de la primera publicación:

“La importancia de la Latencia para la adolescencia” fue publicado originalmente como “Sobre estructuración psíquica y subjetivación: latencia, duelos y adolescencia, sus implicancias en la patología en adultos”, en *Revista de Psicoanálisis*, t. LXIX, núm. 4, Asociación Psicoanalítica Argentina, 2012.

“Notas sobre pubertad, traumatismo y representación”, en *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, núm. 90, Asociación Psicoanalítica del Uruguay, noviembre, 1999.

“Sobre adolescencia, duelo y a posteriori”, en *Revista de Psicoanálisis*, t. XLVII, núm. 4, Asociación Psicoanalítica Argentina, 1990.

“Conflictos, desafíos y procesamiento en la adolescencia” fue publicado como libro por el Premio Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires en 2006.

“Patología adulta en relación con la estructuración psíquica postedípica” fue publicado por primera vez en portugués como “Patologia adulta em relação com a estruturação psíquica pós-edípica”, en *Psicanálise*, vol. 14, núm. 1, 2012.

“Oscilando entre repetición y creación, limitación y liberación, escisión e integración” fue publicado originalmente como “Oscilando entre repetición y creación, limitación y liberación, escisión e integración. Sobre la vida y obra de H. Schliemann y de W. R. Bion”, en *Revista de la Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados*, núm. 33, 2010.

“Pérdida de seres queridos en la infancia y la adolescencia: consecuencias en la estructuración psíquica” fue publicado como “Pérdida de seres queridos en la infancia y la adolescencia”, en *n/A. Psicoanálisis con niños y adolescentes*, núm. 1, 1991.

“Las voces del silencio. Adolescencia y poesía en Charles Baudelaire y Arthur Rimbaud”, escrito junto con Eduardo Mandet, fue publicado por primera vez en *Revista de Psicoanálisis*, t. Liv, núm. 3, Asociación Psicoanalítica Argentina, 1997.

ÍNDICE DE NOMBRES

- Aberastury, Arminda: 13, 15, 74, 76, 79, 82, 83, 88 n., 268.
Abraham, Karl: 90.
Agostini, Dominique: 218 n., 233, 234 n.
Ajuriaguerra, Jean de: 120 n.
Archimbaud-Dufays, Carolina: 295.
Asselineau, Charles: 300 n., 311, 312.
Aulagnier Castoriadis, Piera: 40 n., 46, 99, 100 n., 143, 144 n., 146 n., 168, 172.
- Bal, Marie-Claude: 172 n.
Baranger, Madeleine: 133 n.
Baudelaire, Charles: 16, 17, 281, 282 n., 283-287, 294-297, 298 n., 299 n., 300, 301, 304, 305 n., 306 n., 307 n., 308 n., 309, 311, 312, 314, 319-324, 329.
Baudelaire, Joseph François: 286, 296, 297 n.
Becker, Ted: 190, 192 n.
Bergeret, Jean: 173.
Bibring, Edward: 97
Bion, Francesca: 218.
Bion, Parthenope Talamo: 219.
Bion, Wilfred Ruprecht: 16, 218, 219, 220 n., 222 n., 223, 224 n., 225, 226 n., 227, 228, 229 n., 230, 232 n., 233-236, 237 n.
Birraux, Annie: 20, 114 n., 116 n., 128 n.
Blanc, Louis: 290.
Bleger, José: 81.
Bleichmar, Hugo: 267.
Blos, Peter: 13, 15, 20, 23 n., 47 n., 51 n., 66 n., 73, 74, 79, 86, 89 n., 92 n., 111, 115 n., 116 n., 135, 144 n., 156 n., 169, 180 n., 189, 206, 207 n., 208, 209, 266 n., 311 n.
Bornstein, Berta: 26, 72, 191.
Bowlby, John: 78, 81, 260 n., 264.
Bremner Kaplan, Elizabeth: 189, 190.
Brusset, Bernard: 20, 34.
Buisine, Alain: 325.
- Cahn, Raymond: 13, 20, 112 n., 157 n., 167-173.
Carré, Jean Marie: 302 n., 303 n.
Chernizky, David: 149.
Cocteau, Jean: 181.
Cohan de Urribarri, Alicia: 58 n., 255 n., 266 n.
Corcos, Maurice: 125 n., 126 n., 136 n., 159 n.
Cuif, Vitalie: 301.
Cunningham, Daniel John: 237.
- Da Vinci, Leonardo: 151.
Delahaye, Ernest: 316.
Demeny, Paul: 301, 316.
Deutsch, Helene: 86, 195, 264, 265 n.

Diatkine, René: 172.
 Dufour, Jaques: 172 n.
 Duval, Jeanne: 304-307.

 Einstein, Albert: 150.

 Favreau, Jean: 172.
 Feigelson, Charles I.: 193, 194, 196 n.
 Fernández Mouján, Octavio: 77, 78, 80, 81, 92.
 Freud, Anna: 72, 101, 102, 192, 195, 207, 208 n.
 Freud, Sigmund: 25, 39, 51 n., 54, 67, 72, 79-82, 83 n., 85, 91, 92, 95-97, 107, 108, 111, 112, 135, 141, 145, 150, 151 n., 152, 155, 156, 160 n., 161, 162, 167, 169, 175, 204 n., 205 n., 206, 209, 238, 240, 258, 260-263, 266, 316 n., 321, 329.
 Furman, Robert: 255 n., 264.

 García Badaracco, Jorge: 264 n.
 Goethe, Johann Wolfgang von: 162.
 González Ruano, César: 298, 300.
 Graña, Roberto B.: 167 n.
 Green, André: 13, 36 n., 55, 56 n., 65-67, 68 n., 133.
 Greenacre, Phyllis: 63.
 Grinberg, León: 81, 84.
 Grunberger, Bela: 171.
 Gutton, Philippe: 13, 20, 128 n., 129, 130 n., 132, 136 n., 142 n.

 Haig, Douglas: 225.
 Hanks, Tom: 119.
 Hermann, Imre: 34.
 Hernández, Felisberto: 162, 163 n.

 Inhelder, Barbel: 35 n.
 Isay, Richard A.: 192, 193, 195.
 Izambard, Georges: 290, 309, 314, 316, 318.

 Jacobson, Edith: 73, 74 n., 79, 193, 265 n., 270, 274, 276, 280 n.
 Jeammet, Philippe: 13, 20, 64 n., 106 n., 125 n., 126 n., 136, 143 n., 159 n., 172.

 Kafka, Franz: 119.
 Kancyper, Luis: 141 n., 265 n.
 Kaplan, Louise: 100.
 Kelly, Joan: 255 n.
 Kestenberg, Évelyne: 172, 175.
 Kestenberg, Judith S.: 189, 190.
 Klein, Melanie: 39, 81, 233.
 Knobel, Mauricio: 74 n., 76, 77 n.
 Kohut, Heinz: 190.
 Koremblit, Marcos: 203.
 Kureishi, Hanif: 139, 144, 147, 148 n., 149, 150, 157, 158 n.

 Lacan, Jacques: 39.
 Ladame, François: 112 n., 157 n.

Laforgue, Jules: 299.
 Lagache, Daniel: 96-98.
 Laplanche, Jean: 96 n., 97 n., 146 n., 160 n.
 Laufer, Moses: 171, 259 n.
 Lebovici, Serge: 172.
 Luca, Erri de: 129 n., 130 n., 132 n.
 Luxemburgo, Rosa: 113.

 Mahler, Margaret: 169, 182, 255 n., 265 n.
 Maldonado, Jorge Luis: 200, 202, 203.
 Mallet da Rocha Barros, Elias: 200.
 Mandet, Eduardo: 16.
 Mankell, Henning: 268.
 Merret-Catipovic, Maja: 112 n., 157 n.
 Michelet, Jules: 290.
 Mijolla, Alain de: 293, 320 n., 325 n.

 Nagera, Humberto: 255 n.
 Niederland, William G.: 211, 213, 215 n., 216 n., 217.
 Novick, Jack: 196, 197, 198 n.
 Novick, Kerry Kelly: 196, 197, 198 n.
 Nucher, Miriam D.: 59 n.

 Paz, Rafael: 109 n.
 Perignon, Pedro: 295.
 Phillips, Sidney H.: 199, 200 n., 206.
 Piaget, Jean: 35 n., 41.
 Piva, Angela: 167 n.
 Pontalis, Jean-Bertrand: 96 n., 97 n., 146 n., 160 n.
 Porché, François: 306 n., 309.

 Quinet, Edgard: 290.
 Quiroga, Susana: 77 n.

 Rimbaud, Frédéric: 289.
 Rimbaud, Isabelle: 320 n.
 Rimbaud, Jean Nicolas Arthur: 16, 17, 281-284, 288, 290 n., 291 n., 292 n., 293, 294, 301, 302, 303 n., 304 n., 309, 310, 314, 315 n., 316, 317-320, 321 n., 322-327, 328 n., 329.
 Rolla, Edgardo: 171.
 Root, Nathan: 72, 73.
 Rousseau, Jean-Jacques: 114.

 Sabatier, Apollonie : 306, 321.
 Salas, Eduardo: 20, 83.
 Sartre, Jean-Paul: 287, 299, 318, 324.
 Schliemann, Heinrich Johann: 16, 211-214, 215 n., 217, 218.
 Schur, Max: 211 n., 265 n., 270 n.
 Séneca: 11.
 Shakespeare, William: 11.
 Sófocles: 90.
 Strachey, James: 262.

Stuart Mill, John: 157.

Tausk, Victor: 171.

Unamuno, Miguel de: 71, 239.

Urribarri, Fernando: 67 n..

Urribarri, Rodolfo: 13, 23, 47 n., 66 n., 86 n., 103 n., 122 n., 123 n., 142 n., 146 n., 152 n., 159 n., 167 n., 189 n., 255 n., 266 n.

Verlaine, Paul: 289, 292, 293, 311, 316, 317.

Vermorel, Madeleine: 172, 173.

Vignolo, Susana: 63.

Wallerstein, Judith: 255 n.

Wilde, Oscar: 94.

Winnicott, Donald: 158 n., 159, 169, 172, 233.

Wolfenstein, Martha: 242 n., 249 n., 255 n., 265 n., 266 n.

Zak de Goldstein, Raquel: 161 n.



En los ensayos reunidos en *Adolescencia y clínica psicoanalítica* Rodolfo Urribarri se acerca al mundo de los jóvenes a partir de una larga y profunda experiencia clínica y de investigaciones teóricas sobre el tema. Frente a cierta postura clínica que entiende la adolescencia como un duelo casi patológico de lo infantil, Urribarri la aborda como un proceso de cambio y de transformación y evita patologizar la normalidad y confundir patologías. En tal sentido, analiza tanto los procesos evolutivos, los replanteos teóricos y la relación con la clínica, como la importancia de las modificaciones y los padecimientos adolescentes con respecto a la vida y los trastornos en la adultez.

Dicho análisis tiene múltiples perspectivas. ¿Qué procesos metapsicológicos son propios de la adolescencia? ¿Cómo es el duelo tras el abandono de la infancia o ante la pérdida de seres queridos? ¿Cuáles son las reapropiaciones que realiza el adolescente? Urribarri elabora sus reflexiones psicológicas a través de casos clínicos, comentarios sobre trabajos de otros especialistas e incluso vuelve su mirada hacia la literatura y la poesía de Hanif Kureishi, Charles Baudelaire y Arthur Rimbaud, entre otros.

En estas páginas, el autor demuestra que la adolescencia “está motorizada por la emergencia de lo nuevo, que promueve nuevas configuraciones estructurales, que en algún grado engloban y transforman lo previo, en un arreglo con miras al porvenir”.

Índice

Dedicatoria	9
Prólogo, por Abel Mario Fainstein	12
Presentación	16
I. La importancia de la Latencia para la adolescencia	19
II. Notas sobre pubertad, traumatismo y representación	36
III. Sobre adolescencia, duelo y a posteriori	46
IV. Conflictos, desafíos y procesamientos en la adolescencia	66
Anexo: Acerca del proceso de subjetivación en Raymond Cahn	96
V. Patología adulta en relación con la estructuración psíquica postedípica	100
VI. Oscilando entre repetición y creación, limitación y liberación, escisión e integración	118
VII. Pérdida de seres queridos en la infancia y la adolescencia: consecuencias en la estructuración psíquica	132
Anexo: Reseña del artículo “The Return of the Lost Parent”, de Edith Jacobson	149
VIII. Las voces del silencio. Adolescencia y poesía en Charles Baudelaire y Arthur Rimbaud, junto con Eduardo Mandet	156
Bibliografía	208
Sobre la procedencia de los textos	216
Índice de nombres	218